ES URGENTE ENCONTRARLO, ANTES QUE LA ENCUENTREN A ELLA

DOS NOCHES EN LISBOA

CHRIS PAVONE

MOTUS

ES URGENTE ENCONTRARLO, ANTES QUE LA ENCUENTREN A ELLA

DOS NOCHES EN LISBOA

CHRIS PAVONE

MOTUS

DOS NOCHES EN LISBOA

Chris Pavone

Traducción: María Inés Linares

Título original: Two Nights in Lisbon

Edición original: The Gernert Company, Inc.

© 2022 Chris Pavone

© 2022 The Gernet Company, Inc.

© 2023 Trini Vergara Ediciones

www.trinivergaraediciones.com

© 2023 Motus Thriller

www.motus-thriller.com

España · México · Argentina

ISBN: 978-84-18711-89-3

Índice de contenidos

Portadilla

Legales

Parte I. La desaparición

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Parte II. El secuestro

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Parte III. El rescate

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Parte IV. La huida

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Parte V. La recompensa

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Chris Pavone

Manifiesto Motus

La justicia es la verdad en acción.

Benjamin Disraeli

PARTE I

LA DESAPARICIÓN

CAPÍTULO 1

Lisboa, Portugal

Día 1. 7.28 a. m.

Ariel despierta, sola.

La luz del sol entra a raudales por el espacio entre las cortinas y proyecta una columna brillante en la pared, casi dolorosa de ver.

Ariel siente calor. Aparta la sábana hacia el otro lado de la cama, donde debería estar su flamante esposo, pero no está. Su mirada se pasea por la habitación, como si saltara sobre las piedras al cruzar un arroyo, buscando algún rastro de John, pero no encuentra ninguno. Se deja caer en la corriente gélida de un pánico ya conocido: ¿y si se equivocó con él, con todo esto?

El reloj de la mesita de noche marca las 7.28 en un rojo alarmante. Es mucho más tarde que la hora a la que Ariel se despierta habitualmente, en especial en esta época del año. Son los meses más atareados en la granja: los pájaros empiezan a cantar alrededor de las cuatro de la madrugada, el trabajo del campo comienza al amanecer, los perros ladran, los hombres gritan por encima del traqueteo de los motores. Es difícil dormir con todo ese alboroto, incluso si ella quisiera.

Ariel ha sido madrugadora desde que nació George; era necesario mientras fue un bebé, pero cuando el niño comenzó a dormir durante más horas seguidas, ella no lo imitó. Levantarse temprano se convirtió en una cuestión ideológica, de carácter. Así quería que se la conociera, aunque solo fuera para sí misma: por levantarse temprano, acostarse temprano y ser una trabajadora incansable entre ambos momentos; una persona seria y responsable, después de haber malgastado su juventud, o algo aún peor que malgastarla.

A pesar de su pulso acelerado, Ariel todavía está atontada; su mente, turbia. La noche anterior debe de haberla golpeado de verdad: la deshidratación y el agotamiento de los viajes internacionales, el desfase horario, la comida, el vino y el sexo, la píldora para dormir que John le hizo tomar.

Él se había levantado de la cama; ambos estaban empapados de sudor, agotados. Se volvió para mirar a Ariel, para admirarla desnuda, acostada; un rubor rosado se extendía por su pecho palpitante, subía por el cuello y llegaba a las mejillas, como una infección que avanza rápidamente. Se inclinó hacia ella, pero se detuvo justo antes de que sus bocas se encontraran. La miró fijamente a los ojos, haciéndola desear hasta que ella ya no pudo esperar más y estiró el cuello para darle un beso que fue casi demasiado largo, profundo, y desencadenó una nueva oleada de excitación, que se sumó a la que aún sentía. Su piel tan viva, tan cosquilleante, puro deseo. Ariel lo vio moverse lentamente por la habitación a oscuras, con cuidado de no tropezar, de no golpearse un dedo de un pie. Desnudo junto a la ventana, movió el cierre de los postigos hasta que se oyó el clic satisfactorio cuando se abrieron. Cogió una hoja con cada mano y las empujó suavemente hasta que se abrieron de par en par. Luego, el toque suave de las yemas de los dedos, como pidiendo permiso.

Esto es exactamente lo que Ariel siempre ha deseado. Exactamente lo que ha conseguido, por lo menos hasta ahora.

Ariel escucha algo fuera de la habitación desordenada.

—¿John?

No hay respuesta.

Se dirige cautelosamente hacia el origen de ese sonido y se detiene en seco en la puerta de la suite, consciente de que solo lleva puesta una camiseta. Mira hacia abajo para ver cuánto le cubre. No lo suficiente. Vuelve a escuchar el mismo ruido; definitivamente viene de ahí afuera, justo al otro lado de la puerta.

—¿John?

—Desculpe. —Es la voz de una mujer, amortiguada por la puerta—. Serviço de limpeza.

Ariel se asoma por la mirilla; una camarera está ordenando los elementos de su carrito.

—Desculpe —repite.

Ariel se aleja de la puerta. Mira alrededor de la sala de estar, cuyas paredes están pintadas de un tono gris pálido tan luminiscente que es como estar dentro de una ostra. Baja la mirada hacia las copas que tomaron la noche anterior antes de dormir, los cojines del sofá esparcidos por el suelo, los zapatos apartados de un puntapié. Allí, en el sofá, habían comenzado, todavía vestidos, pero con las ropas desabrochadas y luego arrojadas a un lado, a acariciarse, a lamerse y chuparse, golpeándose las rodillas y raspándose contra la textura de la alfombra hasta que John dijo: "Vamos a la cama" con la voz trémula de excitación. Ariel ni siquiera podía hablar.

Revisa su teléfono: nada. No hay notificaciones ni alertas, solo la pantalla de inicio ocupada por la foto de un niño pequeño abrazado a dos perros grandes; una imagen que ya tiene cuatro años, pero es tan perfecta que no puede ni pensar en reemplazarla con algo más nuevo.

Todavía son las dos y media de la madrugada en la Costa Este, donde viven casi todas las personas que Ariel conoce. Ni siquiera ha recibido spam nuevo. Abre la aplicación que rastrea los dispositivos de su familia: el móvil de su hijo, el de su marido, el suyo propio. Los datos tardan mucho en cargarse para señalar las ubicaciones geográficas dispares. La primera burbuja que aparece es la suya, AP, aquí mismo, en el centro de Lisboa. Luego la de su hijo, GP, exactamente donde debe estar, en medio de la noche a seis mil quinientos kilómetros de distancia: dormido en su cama, junto a por lo menos uno de los perros, Scotch, y probablemente también Mallomar. Los perros son muy leales a George, y viceversa. La estrecha cama siempre está llena de mamíferos malolientes, apretados unos contra otros, soñando.

La aplicación aún no ha encontrado a John: su ícono JW marca "Ubicando…", pero luego se rinde y admite el fracaso: "Ubicación

no disponible", como si Ariel tuviera que culpar al dispositivo, a la persona o a los caprichos del éter, a cualquier cosa excepto a la aplicación misma. Ni siquiera las aplicaciones quieren asumir culpas.

Ariel ya lleva tres minutos despierta.

Cuando dejó a su primer marido hace casi quince años, Ariel también dejó atrás todo lo demás. Vació su vida por completo y comenzó desde cero a llenar su nueva existencia pieza a pieza: una casa nueva de estilo antiguo, en un lugar nuevo y tranquilo, un nuevo bebé, un perro loco nuevo y luego un segundo perro más loco, un nuevo peinado y vestuario, una nueva carrera en una especialidad nueva, amigos y pasatiempos nuevos, una forma nueva de comportarse, de interactuar con el mundo e invitar al mundo a interactuar con ella. Ya no quería moverse por la vida siempre, únicamente y ante todo como una mujer atractiva.

Hace poco se dio cuenta de que estaba lista para agregar la pieza final de su nueva vida, que ya no era tan nueva y, tal vez, aún no estaba lo suficientemente completa. No puede evitar preguntarse si invocó a John desde su deseo o si fue al revés.

Él había permanecido de pie junto a la ventana durante mucho tiempo anoche, iluminado por las farolas que proyectaban una sombra alargada en el techo, una forma extraña parecida a una pintura de Munch, en la luz azulada e inquietante de la noche de la ciudad. Ariel había sentido un rápido espasmo de miedo; una sensación conocida e inoportuna que la asalta sigilosamente de vez en cuando, ataques sorpresa que la invaden solo por momentos. Ella sabe que vendrán, pero no exactamente cuándo.

Ariel cerró los ojos con fuerza e inspiró profundamente, tratando de concentrarse en las sensaciones físicas inmediatas: la brisa cálida que soplaba desde el Tajo, el graznido distante de una gaviota, una bocanada de aire marino, salado y tal vez con un poco de tufo a pescado, el ardor y el hormigueo de su piel cálida. Soltó el aire por la boca, de manera lenta y prolongada, completamente bajo control. Todo era cuestión de control.

Luego abrió los ojos y puso fin al pequeño drama que había existido

solo en su mente, en su mundo personal de pánico.

Ariel había sido intrépida de joven, cuando la gente tiende a ser audaz. Había sido actriz, después de todo. ¿Qué es más audaz que eso? Pero luego la vida había conspirado contra su audacia, minado su coraje, hecho añicos su confianza en que podría moverse con seguridad por el mundo. No pudo.

John seguía ante la ventana abierta; su silueta desnuda era conocida —ella ha explorado cada centímetro de su cuerpo con los ojos, con las puntas de los dedos, con la lengua— y, al mismo tiempo, tan extraña como lo es cualquier cuerpo ajeno, cualquier otra persona. Ariel sabe cómo se ve, a qué sabe. Pero no cómo se siente ni qué piensa.

Años atrás, había perdido toda la fe en su capacidad para ver claramente a otras personas. Había estado muy segura de su primer marido, pero se había equivocado por completo, el tipo de error que es sorprendentemente obvio en retrospectiva. Ariel solo había visto lo que Bucky quería que viera de él, lo que le había puesto delante. Ella había sido una cómplice involuntaria de esa tergiversación de sí mismo, hasta que fue demasiado tarde no solo para esa relación, sino para todas sus relaciones. Había perdido la confianza en su propio juicio, en su capacidad para ver el verdadero yo de cualquiera. Durante mucho tiempo, ni siquiera lo intentó.

¿Aprendió algo? Por supuesto. Pero cualquier lección se desvanece si no continúas estudiando: cálculo diferencial, francés, historia del colonialismo, mitos griegos, Ariel no recuerda nada de todo eso. Ni siquiera puede recordar qué significa “cálculo diferencial”. Hace un par de años buscó la palabra en el diccionario, pero no le aclaró nada.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó.

John se volvió hacia ella y apartó el rostro de la luz de la farola hasta que Ariel dejó de ver su expresión. En realidad, no veía nada.

—Ya sabes. Solo pienso en mañana.

El mañana ya había llegado. Mañana era ahora.

Se duchará, eso es lo que hará. Se duchará y se vestirá con lo que había elegido para hoy, hace ya una semana, deliberando ante su armario con un pequeño gráfico de qué ropa necesitaría, para qué y en qué días de este corto viaje. Hoy será una falda a media pierna y una blusa campesina, sencilla, sin pretensiones, pero sexy. El atuendo normal de Ariel consiste en vaqueros y camisetas, sin nada de maquillaje. Pero este viaje a Lisboa no es normal, así que se maquillará y se pondrá un collar largo, y resaltará partes de su cuerpo que normalmente no destaca.

Luego abrirá la puerta y encontrará el periódico estadounidense sobre el felpudo, con las historias sobre el funeral del vicepresidente y sobre el hombre que ha sido designado para sucederlo; las noticias que dominan los medios desde hace semanas.

Ariel recogerá ese periódico y bajará con cuidado por las amplias escaleras del hotel, se tomará su tiempo sobre el mármol resbaladizo, su mano se arrastrará por la barandilla de madera, pulida y brillante tras dos siglos de erosión prolongada de las manos humanas. Entrará con pasos largos en el comedor soleado que mira hacia la bulliciosa plaza rodeada de edificios elegantes, de tranvías viejos y peligrosos que rechinan sobre sus vías y vomitan turistas madrugadores y trabajadores con ojos soñolientos que mordisquean sus pastéis, dirigiendo sus ojos hacia la fachada distinguida del hotel, cuyas cortinas ondean a través de las puertas francesas de la planta baja, justo enfrente de la mesa donde Ariel y John ya han desayunado dos días seguidos; es su mesa, y ahí es donde su nuevo esposo estará, sentado con su café y sus periódicos, esperándola, mirándola con esa sonrisa…

Pero no está ahí.

CAPÍTULO 2

Día 1. 7.49 a. m.

¿Dnd sts?

Acerca el dedo al ícono de enviar, pero no llega a pulsarlo. Ariel no es una persona histérica y no quiere que la vean como tal. Ya la han acusado anteriormente de histeria. De exagerada. Más de una vez no la han creído en asuntos importantes. Se había vuelto reacia a asegurar cualquier cosa que no pudiera probar de manera irrefutable; nada de "se dice que". Ella ya había dicho. Y no había sido suficiente.

En el comedor solo hay otra mesa ocupada por la pareja australiana con aspecto de jubilados que también había estado el día anterior; Ariel imagina que aún deben de estar bajo los efectos del jet lag. Detrás de la barra, un pequeño televisor reproduce noticias en un canal con un logotipo desconocido que muestra una historia conocida: las imágenes del funeral en Washington. Senadores, expresidentes, un par de jueces de la Corte Suprema, el presidente, por supuesto.

Ariel aparta la vista de esa pantalla y vuelve a mirar la de su móvil. Pulsa "enviar" y espera el sonido que confirme que su mensaje ha sido enviado con éxito; una pequeña burbuja, el patetismo de una misiva sin respuesta para un ser querido.

João, el camarero, está limpiando los vasos mientras un ayudante deposita pasteles en una fuente. El desayuno es de autoservicio. No tiene sentido que Ariel se siente ahí sola, en una mesa sin comida ni bebida. Es mejor que tome algo. Es mejor que beba café y lea el periódico y espere a su marido.

Esto es lo difícil de una relación intensa, ¿no? Una de las cosas difíciles. Esperar. Tal vez era más fácil cuando la única forma de

comunicarse era por cartas manuscritas transportadas a mano por el antiguo servicio de correos Pony Express, o en una goleta de tres mástiles. Se tardaban meses en intercambiar unas pocas líneas, sin que un amante de cualquier tipo o grado de pasión, real, potencial o puramente imaginaria, pudiera responder instantáneamente. No hay razón para quedarse sentada apretando los puños, mirando una y otra vez esa pequeña línea salvavidas, esperando, esperando que se ilumine, que aparezca la pequeña ventana: "¡Aquí estoy, sí, todavía te quiero!".

Ariel se sienta a la mesa con su café y su periódico estadounidense, y se obliga a mirar la primera plana, la historia principal, la única de los últimos días. Durante mucho tiempo se ha sentido cómoda sentada sola en cafeterías y restaurantes, por lo general con una de esas novelas de misterio que nunca deja de leer, identificándose con el papel de detective investigadora o de intrigante culpable, perdiéndose en los detalles científicos de la escena del crimen y los vericuetos legales.

Hoy no. Hoy mira fijamente el papel del periódico, pero no se atreve a leer. Hoy no está nada cómoda.

—¿Puedo traerle algo? —Es João, muy solícito, como siempre.

—No —dice—, obrigada. —Es una de las pocas palabras portuguesas que conoce. Se estudió el vocabulario elemental en la parte posterior de la guía, pero no avanzó mucho.

—¿Está segura?

Ariel no quiere ser una mujer que se pregunta dónde está su marido, un arquetipo de inseguridad. Pero ¿dónde está? No le queda más remedio que hacerlo.

—¿Has visto a mi marido esta mañana?

Durante un segundo, João no sabe qué decir.

—Lo siento —responde con una sonrisa indulgente, de esas que cualquiera le daría en esta lamentable situación a esta lamentable criatura—. Hoy no, senhora.

—Oh, ya debe de haberse ido a trabajar —balbucea Ariel en voz baja, casi un murmullo, como para disimular su compromiso con esta falsedad tan obvia.

—¿Quiere que les pregunte a mis compañeros?

João parece realmente preocupado, lo que aumenta la humillación. En este momento, ella preferiría la empatía artificial estadounidense, esa que se parece más al servicio al cliente que al interés humano. Esa que es completamente falsa.

—Por las mañanas tenemos dos, ¿cómo se dice?, camareras de quarto…

—Oh, no, eres muy amable, pero, por favor…

—… y Duarte en la recepción, y…

—Oh, Dios, no, por favor no te molestes. —Ariel niega con la cabeza enérgicamente—. En serio.

—No es molestia.

—Mi marido tenía que salir a trabajar temprano. —Ella se entierra cada vez más profundamente en la conversación—. Me he quedado dormida. —Ya suelta cualquier tontería, sin intentar convencer a nadie de nada.

—¿Está segura?

—Por supuesto. —Quiere meterse debajo de la mesa—. Eres muy amable.

—Si cambia de idea…

—Te lo haré saber de inmediato. —No hará tal cosa—. Muchas gracias.

Han pasado solo veinticuatro minutos desde que Ariel se despertó.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Rodrigo.

João no quiere difundir rumores; no cotillea sobre los huéspedes del hotel ni sobre nada más. Pero hay algo preocupante en la mujer estadounidense, en la manera en que sigue mirando fijamente su teléfono, en su angustia que casi no puede contener. Parecía tan feliz ayer…

—¿Conoces al marido de esa mujer?

—Sí, por supuesto.

El hotel está solo al cincuenta por ciento de ocupación. Es fácil hacer un seguimiento de los huéspedes, especialmente de aquellos que se eternizan en los desayunos mirándose embelesados el uno al otro.

—¿Lo viste esta mañana? —pregunta João.

—No. ¿Por qué?

—Ella tampoco.

Ariel revisa la suite más detenidamente. El cargador del móvil de John está allí, pero el teléfono no. Abre su portátil del trabajo e inmediatamente se le solicita una contraseña; no se molesta en adivinarla. John no ha traído papeles en este viaje, ni archivos, ni carpetas llenas de gráficos y más gráficos Nada excepto su ropa, su teléfono, este portátil inaccesible y… ¿Qué otra cosa…?

Regresa al dormitorio, el armario, la caja fuerte dentro, con un teclado que desbloquea…

Sí, está su pasaporte; el de ella también, junto con las llaves de su casa y del coche y el dinero estadounidense; todas las cosas importantes, pero innecesarias.

¿Cuánto tiempo ha pasado? Catorce minutos desde que Ariel envió ese mensaje. Suficiente para que él responda, si puede. John siempre devuelve las llamadas y los mensajes lo más rápido posible. Esta es una de las cosas que ella sabe sobre él. También sabe que sus vinos favoritos son los tintos generosos del sur de Francia, conoce su fecha de nacimiento y su número de calzado, esos pequeños detalles. Él sabe el mismo tipo de cosas sobre ella. Casi

todas son tonterías inútiles.

Ya ha esperado suficiente. Es hora de probar con una llamada telefónica, que pasa directamente al correo de voz sin un solo tono de llamada. No es que su marido se niegue a responder; es que no puede. Ni siquiera sabe que ella está llamándolo.

—Bom dia —dice Ariel, mirando a su alrededor en la recepción decorada con antigüedades y obras de arte, cuero y seda; todos los símbolos del lujo.

—Buenos días —responde el recepcionista.

—Me hospedo con mi esposo John Wright en la suite Ambassador.

—Sí, senhora Wright. Mi nombre es Duarte. ¿Cómo puedo ayudarla?

Ariel piensa en corregirlo sobre su apellido, pero para qué molestarse.

—Cuando me desperté esta mañana, mi marido no estaba en nuestra habitación y no logro localizarlo por teléfono.

Duarte parece inquieto; probablemente se pregunta qué le va a pedir que haga. Este es el tipo de hotel donde los huéspedes pueden quejarse de cualquier cosa. Algunas personas prácticamente hacen de esto un deporte: el agua está demasiado caliente, el generador de electricidad es demasiado ruidoso, las toallas son demasiado mullidas, no hay edulcorante Splenda. Duarte está preparado para cualquier locura.

—João mencionó que podría haber otros empleados a los que podríamos preguntar. Así que, ¿podrías hacerlo?

—Perdone, ¿hacer qué?

—Preguntarles. Si vieron a mi marido.

—Sí, claro. Me encargaré de eso.

Duarte, sin entender la urgencia, espera que Ariel se vaya. Pero ella

cruza las piernas, dejando en claro que está dispuesta a esperar allí.

—Ah, ya entiendo —dice el joven. Levanta el auricular, tiene una conversación rápida y se vuelve hacia Ariel—. Ya vienen María y Leonor. Espere un minuto, por favor.

Ariel asiente.

—¿Está todo a su gusto en la habitación, senhora Wright?

—Mi nombre… —comienza, pero se detiene.

Cuando se casó con John, Ariel ya había cambiado su nombre dos veces. De ninguna manera renunciaría a su nueva identidad meticulosamente construida. John no se mostró en desacuerdo; ella ni siquiera se lo preguntó.

—Sí —dice—, gracias. La habitación está bien.

María y Leonor entran juntas; María es la mujer que Ariel vio en el pasillo hace unos minutos. Los tres empleados hablan rápido en portugués, que a Ariel le suena a ruso mezclado con español. No entiende ni una palabra. Lo único que puede captar en este idioma es el tono: bueno o malo, sí o no. Así es como debe de sentirse ser perro. Lo que ella está sintiendo ahora es no. Malo. Si tuviera cola, la tendría entre las patas.

—María sabe quién es su marido, pero no lo ha visto esta mañana. Y Leonor no lo conoce.

Ariel repasa las fotos de su teléfono: un castillo, una catedral, adoquines y sí, aquí: un selfi de los dos con un telón de fondo pintoresco, el tipo de imagen que Ariel publicaría en las redes sociales si acostumbrara hacerlo.

—Aquí, este es mi marido.

La camarera mira la imagen, luego a Ariel, luego de nuevo a la pantalla, como si confirmara que la mujer frente a ella es la misma de la foto. Ariel quiere gritar “¡Eso no es lo importante!”, pero se contiene; escucha un portugués aún más ininteligible.

—Lo siento —dice Duarte—. Leonor no ha visto a este hombre hoy.

Ahora tres generaciones de trabajadores hoteleros portugueses están mirando a Ariel, todos preguntándose si pueden seguir adelante con su día, lejos de esta mujer estadounidense.

—Obrigada —les dice, y todos le responden con sonrisas contenidas de alivio, liberados de la incomodidad del problema matrimonial de una desconocida.

La ausencia de pistas es, en sí misma, una pista.

CAPÍTULO 3

Día 1. 8.58 a. m.

Antes de salir a la calle, Ariel endereza la postura y endurece el rostro, su armadura para disuadir las miradas masculinas o desalentar conversaciones no deseadas, o al menos para minimizarlas. Tiempo atrás, ella solía reaccionar rápidamente y responder haciendo una peineta, murmurando una obscenidad o respondiendo de manera hostil; se contenía solamente si no tenía una ruta de escape o no había testigos. Pero sabía que las respuestas agresivas nunca mejoraban ninguna situación y, a veces, la empeoraban mucho.

En un pueblo pequeño como el suyo, cualquiera de esos hombres, incluso los desconocidos que pasaban en sus coches, podían convertirse en enemigos a los que tendría que enfrentarse de nuevo algún día en un aparcamiento oscuro, en una playa desierta, en su propia casa.

Así que Ariel se traga su orgullo, reprime sus instintos belicosos y decide, en cambio, ser elusiva, distender, apaciguar; una indignidad, sin duda, pero preferible a un ataque o algo peor. Porque los hombres que les hacen proposiciones agresivas a las mujeres en la acera son los mismos que las golpean, que las violan, que las matan a golpes con una llave inglesa.

El fuerte sol de la mañana rebota en la fachada blanca y brillante del hotel. Ariel mira colina abajo, hacia donde estaría John si estuviera en la oficina de su cliente, en algún lugar cerca de la enorme praça do Comércio, con su imponente arco dominando un lado y el estuario de varios kilómetros de ancho extendiéndose desde el otro. Esta plaza principal fue una vez el corazón vivo de Portugal, uno de los centros comerciales más importantes de Europa, del mundo entero. Ya no. En estos días, los negocios se hacen en torres revestidas de vidrio en barrios más alejados.

La praça está al sur. Ariel se dirige hacia el norte, cuesta arriba por la empinada ladera del Bairro Alto. Cruza calles angostas atravesadas por guirnaldas de luces y tendederos de los que cuelgan paños de cocina y camisetas de fútbol que ondean sobre los grupos de mesas frente a las cervejarias y tabernas, sobre los cuchitriles que albergan almacenes de comestibles o establecimientos en los que se venden zapatillas, sardinas y una variedad alucinante de artículos hechos de corcho.

Es lunes por la mañana. La ciudad está cobrando vida más rápido que en el fin de semana, con tiendas que abren y cafés que se llenan, con gente que camina hacia su trabajo por las aceras hechas de mosaicos. Hay árboles frondosos por todas partes, paredes pintadas con nombres e iniciales y signos de la paz y sonrisas dientudas y perros de dibujos animados. Nada de armas, ni símbolos de pandillas de gánsteres. Los grafitis de Lisboa reflejan exuberancia, no desesperación.

Mientras camina, Ariel presiona el botón de inicio del teléfono una y otra vez, desliza el dedo por la pantalla y no recibe nada, nada.

Todas las panaderías están abiertas y de ellas emanan diferentes aromas: la riqueza de la mantequilla y el azúcar de los pasteles de una, la harina y la levadura de otra; estos olores europeos que, tal como los mercados de mariscos en las aceras y los vendedores de zumos recién hechos, no son parte de la vida en su hogar. En Estados Unidos hay otros olores; la mayoría implican carne o frituras.

Ariel continúa subiendo la empinada colina, se le cansan las piernas. Siente una punzada en el tobillo izquierdo, el mismo que se torció el otoño pasado cuando el perro labrador de alguien la arrolló en la plaza del pueblo. Aquella lesión había sido el último insulto: el pulgar aplastado por una pesada caja de libros, el manguito rotador desgarrado mientras cambiaba una bombilla, la fascitis plantar en ambos pies porque sí, el disco comprimido en su cuello por la misma razón nula e injusta.

“¿Qué quieres que te diga?”, le había comentado el quiropráctico. “Bienvenida a la mediana edad”. Por un tiempo, Ariel se engañó a sí misma pensando que algún día se libraría de todas estas molestias:

el tendón sanará, los dispositivos ortopédicos funcionarán, el yoga mitigará el dolor de espalda, esto o aquello mejorará, entonces todo irá bien. Pero ya han pasado años de quejas ininterrumpidas y acumuladas; ya ha empezado a aceptar que nunca más volverá a estar completamente libre de dolor. Habrá una lesión menor tras otra, ocasionalmente alguna más severa, además de enfermedades cada vez más graves; un deterioro implacable que conduce a la muerte final. Como el cambio climático, una tendencia que va en una sola dirección y culmina en una catástrofe inevitable, sin finales alternativos.

Se dio cuenta, entonces, de que cualquier cosa que fuera a hacer tenía que comenzar a hacerla en algún momento.

Las empinadas colinas de Lisboa ofrecen vistas a todas partes: el castillo medieval de allí, el laberinto del casco antiguo debajo, la gran curva en el ancho río, el puente estilo Golden Gate que cruza el canal. Desde aquí arriba, Lisboa parece enorme: tantos barrios, repartidos a lo lejos.

Ariel no se ha acostumbrado a las ciudades. Cuando las cosas se desmoronaron para ella en Nueva York, fue a lo grande, por completo, y ya no quiso saber nada de la ciudad: ni de la gente, ni de los hombres, ni de la constante presión de todo ese entorno. Dejó atrás el ruido, las multitudes, los olores y la agresión sensorial generalizada. Ahora casi no visita ciudades; solo hace uno o dos viajes de negocios al año que duran un par de noches cada uno, e invita a su madre a venir desde Carolina del Sur para cuidar de George y los perros, como lo está haciendo ahora.

Intenta volver a llamar a John y obtiene la misma falta de respuesta: directamente al buzón de voz.

Mira al otro lado de la calle el destino hacia el que va. No quiere hacer lo que tiene que hacer ahora, no quiere que empiece el disgusto. Le recuerda un momento del invierno pasado; estaba a punto de quedarse dormida cuando, de repente, tuvo un dolor el pecho y sintió frío en todo el cuerpo. Buscó a tientas su teléfono, marcó el número de su mejor amiga con los dedos alarmantemente entumecidos.

—¿Ariel? —La voz de Sarah estaba ronca por el sueño—. ¿Qué ocurre?

—Creo… —Ariel casi no pudo reunir el aliento para hablar—. Necesito… Urgencias. —No quería una ambulancia, había escuchado historias terroríficas sobre costes que el seguro médico no reembolsaba.

—Oh, Dios mío, voy para allá enseguida.

George se recostó en la parte trasera del Subaru de Sarah; llevaba puesto un abrigo sobre el pijama y abrazaba a Teddy, mientras Ariel temblaba en el asiento del copiloto, cada vez más aterrorizada a medida que se acercaban al hospital donde su vida tal vez cambiaría para siempre. Podría estar teniendo un ataque al corazón, un aneurisma, quién sabe. Era una mujer todavía joven y solo conocía los síntomas de una enfermedad potencialmente mortal por la televisión y las películas. No tenía idea de lo que su cuerpo realmente estaba tratando de decirle. Necesitaba un intérprete, y los intérpretes corporales trabajaban en los hospitales.

A los pocos segundos de llegar a urgencias, la llevaron en una camilla por un pasillo luminoso. Le preguntaron su nombre y fecha de nacimiento una y otra vez, le hicieron pruebas y más pruebas, bombearon un tinte a través de su sistema circulatorio; pasaron las horas, George dormitaba en una sala de espera junto a una máquina expendedora. Escuchó repetidas veces la horrible expresión "embolia pulmonar", hasta que finalmente, a las dos y media de la madrugada, un médico se acercó a su cama con actitud decidida y una sonrisa; Ariel no estaba segura de si era de tranquilidad o alivio.

—Señora Pryce, tiene neumonía.

Después de dos días de descanso y antibióticos, se sintió bien, como si nada. Pero si no hubiera ido a urgencias, podría haber muerto esa misma noche. A veces puedes posponerlo. Pero a veces no.

Sube las escaleras empinadas y entra.

—Bom dia —le dice al sargento que está ante el mostrador principal

—. Mi marido ha desaparecido.

Ariel trata de asimilar la retahíla de frases rápidas en portugués que le dice la mujer policía uniformada; por momentos suenan como afirmaciones o acusaciones y tal vez un par de ellas como preguntas.

—Desculpe —dice Ariel, usando la palabra que aprendió al escuchar a otras personas disculparse—. No sé portugués. ¿Hay alguien aquí que hable inglés?

La mujer policía la fulmina con la mirada.

—Desculpe —repite Ariel, tratando de parecer patética, digna de lástima o de simpatía.

Otra mirada furiosa. ¿Cómo puede solucionarlo?

—¡Ah! —Ariel levanta un dedo, la señal universal para decir "un momento por favor". —Aunque Ariel no había aprendido mucho portugués antes de este viaje, había comprado una aplicación. La típica estrategia estadounidense ante cualquier problema: comprar algo. Esta era una de las cosas que más odiaba de las personas que más odiaba: el reflejo de malgastar el dinero en cualquier cosa, como una rutina.

Sin embargo, aquí está, escribiendo en su teléfono demasiado rápido, cometiendo demasiados errores; y solo uno ya es demasiado. No hay forma de que una aplicación de traducción adivine lo que intenta decir con faltas de ortografía. Levanta un dedo de nuevo, murmura otra disculpa, luego toca el ícono de traducir y da su teléfono.

La mujer policía mira la pantalla, tarda un par de segundos en leer. Luego mira a Ariel, vuelve a evaluar a esa mujer parlanchina que ha entrado en la comisaría a primera hora de la mañana del lunes. Su rostro se vuelve más amable y dice:

—Um momento.

—Mi marido. —Ariel mira alternativamente a los dos agentes.

—¿Está desaparecido, dice? —pregunta el hombre.

António Moniz tiene un rostro cálido y amable, pero Ariel ya puede ver el escepticismo en sus cejas, en sus ojos levemente entrecerrados.

—Bueno, no sé si desaparecido. Pero no puedo encontrarlo.

Moniz asiente.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Alrededor de la medianoche.

El último recuerdo de Ariel de la noche anterior era John de pie junto a la ventana abierta, contemplando la noche. No sabe exactamente qué hora era cuando finalmente se quedó dormida, pero la medianoche parece razonable.

—¿Doce de la noche? —Moniz parece sorprendido—. ¿Medianoche de anoche?

—Sí.

—Es decir —Moniz mira su reloj—, ¿diez horas?

—Así es.

El policía inspira profundamente. Es obvio que no sabe qué decir a continuación, qué decirle a esta mujer. Intercambia una mirada con su compañera, una mujer atractiva, pero de aspecto severo, llamada Carolina Santos, que hasta el momento no ha dicho nada.

—Ya sé que no ha pasado mucho tiempo —dice Ariel.

—No —acepta Moniz, quizás demasiado rápido, con demasiado entusiasmo—. No demasiado.

—Pero la verdad es que esto no es propio de él.

—Por supuesto —asiente Moniz—. Por supuesto —repite, pero no parece una reiteración, sino más bien una contradicción, o tal vez

un sarcasmo.

Esta conversación aún no trata sobre John. Todavía se trata de Ariel y su credibilidad.

—Estoy preocupada. —Ariel mira alternativamente a los dos policías, buscando apoyo, pero no lo encuentra.

La agente Santos no solo no habla, sino que ni siquiera toma notas. Su función parece ser mirar fijamente a su visitante. Ariel le tiene un poco de miedo a Santos.

—¿Su marido sale a correr? —pregunta Moniz—. ¿Para hacer ejercicio? ¿Es posible que se haya ido a entrenar?

—No. —Ariel niega con la cabeza—. Sus zapatillas de correr están en nuestra habitación.

—¿Tiene…? ¿Cómo se dice, cuando se tienen problemas con el sueño?

—¿Insomnio? No.

—Lo siento, eso no es lo que quiero decir. Por los viajes, los cambios de horarios…

—¿Jet lag?

Moniz chasquea los dedos.

—Sí. Eso. ¿Puede ser que por el jet lag se despertase demasiado temprano y saliese a pasear? ¿Es posible?

—Tal vez, pero ¿por qué no me ha dejado una nota? ¿O me ha llamado? ¿O me ha devuelto las llamadas?

—No lo sé, senhora. ¿Se le ocurre algún motivo?

Ella niega con la cabeza.

—De todas maneras, John se tomó un somnífero anoche. Yo también. Para que nos ayudase a adaptarnos y que él estuviera bien

descansado para el trabajo de hoy.

—¿Trabajar? ¿Están en Lisboa por negocios?

—Mi marido es consultor, ha venido a visitar a un cliente.

—¿Ha hablado con el cliente? Tal vez ya esté en su oficina.

—No he podido hacerlo. No sé quién es el cliente. John me lo dijo, pero no puedo recordarlo. Debería haberlo anotado, lo sé. Pero no lo hice.

—¿Y usted? —pregunta él—. ¿También está aquí por negocios?

—No. Yo solo he venido para acompañarlo.

Ariel nota que Moniz tiene una mancha de algo en la corbata, grasa o salsa, algo aceitoso.

—¿Tiene alguna idea, senhora Pryce, de dónde está su marido?

—No. Estoy preocupada.

—¿Qué es lo que le preocupa?

Podrían ser un montón de cosas horribles, ¿no? John podría ser víctima de algún delito o accidente, podría estar en un hospital, atropellado por uno de esos tranvías o un coche, un camión, cualquier cosa. O estar tirado boca abajo en un callejón tras haber sido asaltado, sangrando, inconsciente. Podría estar muerto en algún mercado de pescado en ruinas al otro lado del Tajo, encadenado a una tubería oxidada, su sangre derramada en los desagües industriales, arrastrada hasta mezclarse con el río salobre.

Tal vez ha sido acusado falsamente de algo y está detenido en otra comisaría, o lo están interrogando en una embajada. O incluso en Tánger, arrestado por las fuerzas de seguridad, acusado de espía, de contrabandista, de prófugo de la justicia.

Y tal vez la acusación no sea falsa. Ariel no conoce todos los rincones oscuros de la vida de John. Tal vez tiene un pasado cuestionable que finalmente salió a la luz, o un presente conflictivo

que ha ocultado hábilmente hasta ahora. Podría estar implicado en lavado de dinero, fraude, evasión de impuestos, escondido detrás del disfraz de consultor. ¿Quién coño sabe lo que hace un consultor?

O, por supuesto, podría estar bien. Ariel quedará como una mujer sobreprotectora, insegura, tonta. Exactamente aquello de lo que la han acusado antes: poco creíble.

—No lo sé —admite.

Moniz da golpecitos con su bolígrafo en el papel, que Ariel ve que está casi completamente en blanco. No ha dicho casi nada que valga la pena escribir.

—Senhora, espero que entienda que no es posible que la policía busque a todos los hombres cuyas esposas no pueden encontrarlos en la mañana. ¡No podríamos ocuparnos de otras cosas! —Su intento de hacer un chiste fracasa, lo ve de inmediato y se retracta —. Estoy seguro de que no es nada. Su marido está en el trabajo y regresará a su hotel al final del día.

Este es el tipo de optimismo insulso e infundado que Ariel aborrece. Como las charlas motivadoras de un entrenador de atletismo. Ariel no soporta las charlas motivadoras.

—Seguramente tendrá una buena explicación que darle, o quizás a usted no le parezca tan buena, pero de cualquier manera no será algo delictivo ni grave. Y, de todos modos, volverá.

Moniz extiende las manos, dando por concluida la historia.

—Pero ¿y si no lo hace?

—Si su marido continúa desaparecido mañana por la mañana, por favor, vuelva a comunicárnoslo. O llámame por teléfono. —Moniz extrae una tarjeta de una caja de latón y se la tiende a Ariel.

—Escuche, sé que han sido solo unas pocas horas. Sé que no tengo ninguna prueba. Sé que no tengo tanta información como debería. Todo eso lo sé. Pero estoy realmente preocupada. No responde a mis llamadas ni a mensajes de texto, no me ha dejado ninguna nota

y no es el tipo de persona que haga esas cosas. Por tanto, ¿no podemos empezar a buscarlo ahora?

Moniz asiente; entiende que ella no lo comprenda.

—Senhora, esta información que nos está dando no es prueba de un delito, si es que es prueba de algo. Y la cantidad de tiempo que lleva sin ver a su marido no es suficiente. Ahora mismo hay cientos de personas en Lisboa, quizás miles, que no han visto a un familiar o amigo desde anoche, cuya mujer o marido no atiende al teléfono o no devuelve un mensaje. Actualmente, suponemos que todo el mundo está siempre disponible, esperamos que estén en contacto con nosotros durante todas las horas de todos los días y noches, simplemente porque es posible hacerlo. Pero el hecho de que sea posible no lo hace deseable. No todo el tiempo, ni para todas las personas.

Moniz tiene razón en eso, sin duda.

—Entonces, ¿esto es todo?

No tiene sentido discutir con él, ¿verdad? No con un hombre que ya ha tomado una decisión.

—Lamento que no podamos tomar ninguna medida en este momento. —Se pone de pie, le tiende la mano para estrechársela—. Espero que comprenda.

Es muy posible que Ariel necesite la ayuda de la policía en el futuro, por lo que no quiere pelear una batalla imposible de ganar ahora.

António Moniz observa alejarse a la estadounidense.

—¿Qué opinas?

Su compañera tarda unos segundos antes de responder.

—Creo que esta mujer no conoce a su marido tan bien como cree.

Según la experiencia de Moniz, todos los policías son cínicos, pero Carolina Santos lo lleva a un nivel completamente diferente.

—Y por supuesto, esto vale para casi todas las mujeres —continúa Santos—. A todas nos mienten. Continuamente.

Moniz no discute. Santos se enciende enseguida con este tema. Además, cree que no le falta razón.

—Oye, Erico —grita. Unos escritorios más allá, un agente más joven levanta la vista de las páginas de fútbol del periódico—. ¿Has visto a esa mujer estadounidense que acaba de irse?

—Sí.

—Síguela.

CAPÍTULO 4

Día 1. 10.44 a. m.

—Buenos días, mi nombre es Saxby Barnes. —Le tiende la mano para un apretón que dura una fracción de segundo de más—. Por favor, ¿sería tan amable de seguirme?

Barnes es un hombre empalagoso que luce la bandera en un pin en la solapa y la sonrisa impostada de un político. Esa sonrisa que todos sabemos que es una mierda, pero aceptamos fingir lo contrario: los sonrientes y los que simulan creerlos, un gran pacto de ignorancia fingida.

Desliza una tarjeta magnética y luego lleva a Ariel a través de una gran sala diáfana, mira por encima de su hombro un par de veces, probablemente para asegurarse de que no se haya separado de él ni haya salido corriendo. Hay mucha seguridad en la embajada de los Estados Unidos: formularios y trámites y filtros, un especial empeño en evitar que suceda algo negativo en el edificio, en lugar de brindar algo positivo a los visitantes.

Desde el otro lado de la sala Ariel siente una mirada inquisitiva sobre ella. Mira a su alrededor el tiempo suficiente para captar a un hombre de mediana edad con barba corta, una camisa Oxford arrugada y algo que podría ser una credencial de prensa.

—Entonces, entiendo que no puede localizar a su marido —dice Barnes mientras doblan una esquina.

—Así es.

—Y supongo que nos consta que no es que él simplemente la haya dejado.

Barnes se gira sonriendo y Ariel lo mira perpleja.

—¿Cómo podría un hombre dejar a una mujer como usted? —Ahora está radiante, orgulloso de sí mismo, de haber encontrado una manera de coquetear con una mujer, casada y preocupada, al minuto de conocerla—. Desde luego, ningún hombre en su sano juicio —agrega, y la mira expectante. Quiere que ella se sienta agradecida por el cumplido.

Ariel hace un esfuerzo deliberado por ver la bondad en todos aquellos a quienes conoce. Intenta empezar cada nueva relación concediendo el beneficio de la duda. Pero este tipo se lo va a poner difícil.

Se traga su orgullo y complace a Barnes con una sonrisa.

—Por aquí —dice él, manteniendo abierta la puerta de una oficina pequeña y ordenada. Cuando Ariel pasa a su lado, percibe una bocanada de alcohol en su aliento. ¿De hoy? ¿O todavía de anoche? Ella conoce a esa clase de tipos, los que nunca dejan pasar la oportunidad de tomar una copa, y nunca solo una.

—Entonces, señora de, eh…

—Señora Ariel Pryce, sin "de".

—Correcto. Señora Pryce —repite con una sonrisa—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Un poco de agua?

—No, gracias —responde, lo más amablemente posible. Un "no" con tono de "sí".

—La veo un poco, eh…

A Ariel le ha llevado un tiempo encontrar un taxi bajo el sol abrasador, y el aire acondicionado del automóvil dejaba bastante que desear; luego tuvo que esperar fuera de la embajada, y después en una habitación llena de gente frustrada. Probablemente tiene un aspecto horrible y sudoroso.

—Hace mucho calor fuera —dice ella.

—¡Portugal en julio es así! Pero estoy acostumbrado a este calor; soy de Georgia.

Por supuesto. Saxby Barnes, con su cara sonrosada, es todo un caballero sureño de mirada lujuriosa, con su chaqueta ajustada de lino azul, su corbata reglamentaria y sus pantalones blancos. El disfraz completo.

—¿Está segura de que no quiere agua?

Está claro que Barnes no entiende cómo una mujer puede rechazar esta cortesía cotidiana, no solicitada ni deseada, que está tratando de imponerle. Ariel ha aprendido que los excesivamente educados son aquellos en los que menos debe confiar, los que intentan convencerte de su gentileza, de su generosidad, de su caballerosidad.

—Bueno —cede—. Se lo agradezco.

Barnes sonríe ante esta pequeña victoria de su solicitud agresiva, este garrotazo coloquial: endosarle un favor, con la expectativa de obtener algo más tarde.

"No aceptes un no como respuesta", le debe de haber dicho su madre, sin duda, al enseñarle los modales apropiados de un anfitrión cortés. "No aceptes un no como respuesta", le debe de haber dicho su padre, al enseñarle cómo tener éxito en los negocios, en la política, en cualquier profesión. "No aceptes un no como respuesta", le deben de haber dicho sus hermanos de la fraternidad, al enseñarle a confiar en su propio juicio sobre lo que una chica quiere, sin que importe lo que ella pueda decir. Así que aquí está, tratando de hacerlo todo a la vez, tal como le han dicho toda su vida.

La caballerosidad puede ser simplemente otra forma de hostilidad. La caballerosidad puede ser el arma en sí.

—Con gas, ¿verdad? Me temo que no nos queda sin gas.

Por supuesto: dar algo, quitar algo.

—Con gas está bien.

Parece como si Barnes estuviera prácticamente acariciando el tirador de la puerta. Ariel se da cuenta de que esa nevera debe de

ser una adquisición reciente. Algo que Barnes ha tenido que ganar o sonsacarle a alguien. Está orgulloso de ese pequeño artefacto suyo.

—Gracias de nuevo —dice ella—. Muy amable.

—No hay de qué. —Toma asiento—. Muy bien, entonces, necesitamos algunos, eh… detalles. —Barnes abre un cajón del escritorio y saca un par de trozos de nailon acolchado—. Túnel carpiano —explica, mientras envuelve su muñeca izquierda en uno de esos artilugios.

Ariel dirige su mirada al periódico estadounidense que no ha leído esta mañana, la cobertura general de los eventos de su país. La primera página la domina una foto de un hombre que ha alcanzado notoriedad nacional, primero como asesor especial de su viejo amigo el presidente, luego por su nombramiento inesperado, pero en gran medida incuestionable, para el gabinete ministerial. Pero ahora, después de la hemorragia cerebral del vicepresidente, este político novato está repentinamente a punto de subir al escenario mundial. Con el inminente final del mandato del actual presidente, este hombre se convertiría en el presunto candidato a la presidencia de los Estados Unidos.

Barnes ciñe el velcro, lo abre y lo vuelve a fijar, se asegura de que el ajuste sea óptimo. Repite el proceso en la muñeca derecha, luego se vuelve hacia ella y asiente, completamente protegido contra el doble estrago de la tendinitis y la gravedad. Ariel no puede evitar sentir un poco de pena por este tipo. Pero solo un poco.

—¿Podría describir a su marido, por favor? Altura, peso…

—Mide alrededor de un metro setenta y cinco. No sé cuánto pesa. No lo veo pesarse.

—¿Pero aproximadamente…?

—Es delgado. —Ella no sabe cómo describir el cuerpo de John. Es perfectamente proporcionado, hermoso—. Musculoso, aunque no demasiado.

—De acuerdo. —Está claro que Barnes no quiere oír hablar sobre el

atractivo físico de ningún otro hombre. La inseguridad y la homofobia están tan estrechamente relacionadas que Ariel sospecha que son lo mismo—. ¿Qué más? A ver… ¿el pelo?

—Castaño oscuro, abundante y ondulado. Ojos verdes.

—¿Alguna marca distintiva? ¿Cicatrices? ¿Pendientes? ¿Tatuajes? ¿Barba o bigote?

Ariel niega con la cabeza. John es uno de los pocos hombres sin adornos que conoce, con un guardarropa completamente desprovisto de logotipos, etiquetas o marcas identificables, sin escudos de equipos deportivos ni nombres de universidades; no usa joyas ni gorras de béisbol. Hasta su coche es del montón.

—¿Edad?

—Treinta y seis.

Barnes levanta la vista rápidamente y luego vuelve a mirar su teclado. Ella puede ver el cálculo que ha hecho durante ese vistazo: Ariel es una década mayor, una diferencia que no es para nada banal cuando va en dirección hombre-mujer.

—¿La gente diría que es atractivo?

—Sin duda.

Ella sabe qué hilos está manipulando Barnes, qué suposiciones hizo cuando ella llegó, qué nueva historia está construyendo ahora: no es que Ariel se haya casado con un hombre más joven, es que John se casó con una mujer mayor. Barnes tiene más o menos la edad de John. Tal vez se esté preguntando qué podría obligarlo a casarse con una mujer mayor. Esta mujer mayor.

Ariel lo analiza mientras él la analiza a ella. La tela de su traje está tirante, tiene arrugas en lugares incorrectos; el botón superior de su camisa no puede abrocharse. Es un hombre que ha ganado algo de peso recientemente, más de un kilo o dos, y no ha puesto su guardarropa al día. Quizás se niegue a aceptarlo, diciéndose a sí mismo que este peso extra desaparecerá fácilmente cuando deje de comer postres. La próxima semana, tal vez. O la siguiente.

—Está bien, entonces, esta mañana ¿no se ha comunicado con usted en absoluto?

—No. No ha respondido a mis mensajes de texto ni a los correos electrónicos. Cuando llamo, salta directamente el buzón de voz. Le he dejado un par de mensajes.

Barnes echa un vistazo a la documentación que le ha entregado Ariel: cumplimentarla ha sido como llenar el formulario del seguro médico, algo que se hace en un portapapeles de plástico con un bolígrafo con la marca de un nuevo medicamento para la diabetes.

—Entonces, ¿qué han estado haciendo ustedes dos en Lisboa?

—Cosas normales de turistas.

—¿Por ejemplo?

Por la mañana temprano habían hecho una ruta en Segway por un paseo marítimo dedicado al ocio: había restaurantes y discotecas separados de los puertos deportivos por una franja de senderos para corredores y ciclistas, como un sueño de revitalización urbana del siglo xxi. Habían montado en uno de los viejos y chirriantes tranvías, el famoso número 28, dando tumbos en esquinas cerradas, subiendo y bajando colinas empinadas, como una montaña rusa antigua, abarrotada, incómoda y un tanto aterradora.

Barnes no es muy buen mecanógrafo; usa solo algunos de los dedos, alternando las miradas entre el teclado y la pantalla con vistazos ocasionales de reojo a Ariel y a sus senos. Ella misma mira hacia abajo, para asegurarse de estar lo suficientemente cubierta.

—¿Algún contacto con alguien?

—Por supuesto, con mucha gente. En el hotel, los restaurantes, un par de museos.

Habían visitado el Gulbenkian, un armatoste de arquitectura brutalista con una de las mejores colecciones de arte privadas del mundo, el botín de la riqueza de un Estado-nación. También un convento que se había convertido en un museo de azulejos, los cuales están por todas partes en Lisboa: en las fachadas de edificios

con fascinantes patrones geométricos, en las paredes interiores de tiendas y cafés, en los suelos de los vestíbulos. Es refrescante solo mirar su suavidad azul y blanca.

—¿Alguien que usted ya conociera? ¿O alguien que su marido conociera?

—No. —Ariel no le va a contar a Barnes lo de la mujer en el café—. Tenemos una cena formal programada para mañana por la noche, con los socios de la empresa cliente de John y sus mujeres. Por eso me pidió que viniera en este viaje. A esta clase de hombres de negocios aparentemente les gusta conocer a las mujeres.

—¿Qué clase de hombres de negocios?

—Los europeos.

Barnes sonríe con complicidad, lo que probablemente le parezca encantador. No lo es. Todos los aspectos del encanto sureño de este hombre han irritado a Ariel desde el principio.

—¿Su marido viaja mucho por trabajo?

—Algunas veces al mes, no más de dos o tres noches, principalmente a Europa.

—¿Lo acompaña a menudo?

—Esta es la primera vez. Estamos siempre muy ocupados y no es fácil encontrar momentos en los que ambos podamos viajar. Nuestro único otro viaje juntos fue la luna de miel.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace tres meses.

Ariel puede ver en la ceja levantada de Barnes que su teoría está tomando una forma más definida: son recién casados, tal vez hayan discutido, ella no conoce a este hombre en realidad, tal vez él simplemente la ha dejado. ¿Quién lo culparía? Hace solo unas horas que el pobre se fue ¿y ella ya está en la embajada? Tómese un calmante, señora.

—Entonces, ¿por qué vino esta vez? —pregunta—. Los viajes de trabajo de otras personas no suelen ser divertidos.

—Es cierto —dice Ariel—. Pero nunca antes había estado en Portugal. Y todo lo que tenía que hacer para este viaje era comprarme un vestido nuevo.

—No es una obligación terrible, ¿verdad?

De hecho, Ariel no había querido comprar el vestido. Es muy cuidadosa con el dinero, y también reacia a la moda en general. Cuando era joven, por supuesto, leía todas las revistas que te dicen qué comprar y cómo sexualizarte (el maquillaje, la ropa, los zapatos, la depilación), pero ya ni siquiera mira esos titulares: "Los zapatos de verano más sexies", "Diez pasos para endurecer tu trasero", "Dale la mejor mamada de su vida". Ya no.

—¿Ha revisado el saldo de su cuenta bancaria hoy?

Ariel se sorprende por este giro en la conversación, aunque no demasiado.

—No.

—¿No cree que debería hacerlo?

No, no lo cree. No había mucho que retirar, incluso si lo que Barnes está insinuando fuera cierto. Pero es imposible.

—¿Por qué no nos quitamos esto de encima? —sugiere Barnes—. Lo tachamos de nuestra lista.

Ariel sabe que la única razón para no hacerlo sería tener miedo de lo que pudiera encontrar. Pero, definitivamente, no tiene miedo.

—¿Quiere usar mi ordenador?

—No, gracias. —Ella coge su teléfono—. ¿Cuál es la contraseña del wifi?

Barnes garabatea algo y desliza el papel hacia ella. Ariel escribe los dígitos en su teléfono y abre la aplicación bancaria, espera a que se

cargue el inicio de sesión y luego la siguiente pantalla.

Siente que se le acelera el pulso. ¿Se está poniendo realmente nerviosa?

Debería estar segura. Lo está.

La señal de wifi parece ser fuerte, pero la respuesta de su teléfono es lenta. Ariel sospecha que esto es lo contrario a una conexión segura; probablemente sea una red diseñada expresamente para capturar el historial de navegación, las pantallas, las pulsaciones de teclas y las contraseñas de cualquier invitado que la use. En realidad, no le preocupa que el Departamento de Estado le robe los cuatro mil dólares de su cuenta corriente, pero se está poniendo nerviosa esperando que se cargue la página, esperando, esperando…

La pantalla se carga y muestra el saldo exactamente como debería ser.

—Todo bien.

—Genial. Eso son buenas noticias —dice Barnes, pero claramente está decepcionado de tener que descartar su teoría: un hombre joven y atractivo se casa con una mujer mayor, vacía su cuenta bancaria y desaparece en un país extranjero, fuera del alcance de las fuerzas del orden estadounidenses. Tal vez eso es lo que ella también sospecharía si estuviera sentada de su lado del escritorio, enfrentándose a una mujer como ella que le presentara una situación como esta.

Ariel es muy consciente de estar siendo observada, por cámaras, por personas. No pudo evitar ver los objetivos mientras pasaba por las oficinas; no puede evitar imaginar que también hay uno en algún lugar de esta habitación.

Las cámaras no son nuevas para ella. Fue actriz en su juventud, siempre hiperpendiente de su apariencia, de lo que estaba comunicando no solo a través de las palabras y las inflexiones, sino también con las expresiones faciales, el lenguaje corporal, el movimiento de los dedos y de las rodillas o las miradas furtivas. Las

muchas señales que todos emitimos constantemente, no solo cuando estamos en un escenario o frente a una cámara, sino siempre, porque todos estamos siendo observados a través de una u otra lente. A veces puedes olvidarlo, ignorarlo o fingir que lo ignoras. Pero otras veces hay una cámara real ahí para recordártelo, montada en la esquina de una habitación como esta. Te están observando. Te están grabando.

Después de algunas preguntas más superficiales, Barnes ha dejado en claro que no está dispuesto a buscar el apoyo de la policía local ni a involucrar a otros miembros del personal de la embajada en la búsqueda de John.

—¿No hay nada que pueda hacer? —Ariel le lanza la mirada más suplicante de sus ojos de corderito.

Esto solía ser algo en lo que destacaba, aprovechar su apariencia para seducir a los hombres, especialmente a los que no eran lo suficientemente astutos o conscientes de sí mismos para reconocer que estaban siendo manipulados. Algunos sospechan instintivamente de las mujeres atractivas que son demasiado simpáticas; Saxby Barnes no es uno de ellos.

Ariel se inclina hacia delante; puede ver sus ojos parpadear hacia el escote de su blusa.

—Por favor.

Es una habilidad que ella se había permitido que se atrofiase, una que deseaba no haber poseído ni necesitado nunca. Una habilidad que ni siquiera quería que existiera. Pero admite a regañadientes que puede serle útil para hacer tratos con el patriarcado.

—Mire, señora Pryce, no soy policía. No somos…

Ella inclina la cabeza, consternada, y prácticamente puede sentirlo aprovechar la oportunidad para mirar bajo su blusa.

—Eso no es lo que hacemos aquí —continúa—; no rastreamos a las personas que han dejado a sus… eh… parejas por unas horas. Ese es un trabajo para la policía local, si es que es un trabajo para alguien,

lo cual espero sinceramente que no sea el caso. Pero simplemente porque su marido haya salido de su hotel esta mañana sin decírselo, eso no lo convierte en un desaparecido. Solo en un hombre con prisas. O un desconsiderado. O un distraído. Todas opciones mucho más probables que la posibilidad de que haya sufrido daños, y ninguna de ellas es un delito. Así que, en este punto, no podemos…

Barnes se calla, esperando que Ariel intervenga y esté de acuerdo. "Sí, entiendo". Pero ella no lo dice. Entonces, se pone de pie, le tiende la mano y sonríe otra vez.

—Ojalá pudiera ser de más ayuda.

—¿En serio?

Él asiente, tratando de parecer más sincero en su patente falta de sinceridad.

—Claro.

Ariel está decepcionada. No solo porque él no la ayudará, sino también porque no ha podido persuadirlo: un hombre se ha resistido a sus encantos, aunque parecía que se rendiría fácilmente.

Saxby Barnes no va a ser su aliado. Ariel estará mejor con el policía de Lisboa, que al menos tiene una cara comprensiva y una compañera mujer. No es mucho, pero es mejor que nada, que es lo que le ofrece este funcionario estadounidense. Nada, aparte de una botella de agua con gas.

Ariel está más que decepcionada. De repente está enfadada: con este hombre, consigo misma, con el mundo. Se acerca sigilosamente a ella, esta furia. Como un volcán en erupción después de años de acumular presión.

—Por cierto, ¿qué tipo de nombre es Saxby?

—Un nombre de familia. Se remonta a diez generaciones.

Como si el mero hecho de que algo sea tradicional lo hiciera admirable o defendible. La misma justificación, exacta, se ha utilizado para casi todas las injusticias en la historia del mundo.

—Entonces, ¿es parte de su orgullosa herencia sureña? ¿De los buenos viejos tiempos?

La sonrisa falsa se desvanece.

—Así es.

Ariel quiere ponerlo en evidencia. Tiene experiencia de primera mano con los efectos insidiosos y corrosivos de la tradición fetichista.

—¿Como el té dulce?

Barnes deja caer la mano que ella no ha estrechado.

—¿O la esclavitud?

Él saca pecho, levanta la barbilla, queriendo defender su honor, frustrado porque no puede discutir con esta mujer. ¡Es un caballero! Además, es su trabajo ser complaciente.

Ariel se vuelve y da un paso hacia la puerta.

—Ah, ¿señora Pryce?

Algo en su tono la preocupa. Mira hacia atrás por encima del hombro.

—¿Usted, por casualidad, tiene algún otro nombre? ¿O su marido?

CAPÍTULO 5

Día 1. 11.27 a. m.

Se para frente a la embajada, esperando que su pulso disminuya a un ritmo regular, que su mente recupere el dominio sobre su cuerpo. En la acera, una mujer con atuendo de mochilera sostiene su móvil en alto y toma una fotografía de la embajada, con Ariel en primer plano.

Ariel desbloquea su teléfono y abre las distintas aplicaciones de comunicación, una tras otra. Tiene la edad suficiente para recordar con claridad la vida antes de los teléfonos móviles, sin aplicaciones, sin coches con ordenador de a bordo, televisores inteligentes ni termostatos remotos. No cree en la infalibilidad de la tecnología; siempre alberga la sospecha de que el despertador fallará, el pronóstico del tiempo es incorrecto, el correo de voz nunca ha llegado.

Pero no, no hay nada de John. Nada de nadie, de ningún lado.

—Discúlpeme.

De repente, un hombre está a su lado y Ariel retrocede.

—Disculpe —repite—. Perdón por molestarla. —Es el hombre barbudo que vio cuando estaba en la embajada—. Mi nombre es Pete Wagstaff. Soy periodista. Quizás pueda ayudarla.

Ariel lo mira con los ojos entrecerrados bajo la cegadora luz del sol. Ya puede sentir las gotas de sudor que salen a la superficie en la parte posterior de su cuello.

—Ya sabe, a menudo en la embajada tienen las manos atadas. —Mete la mano en el bolsillo y le tiende una tarjeta.

Ariel reconoce el logotipo de una organización de noticias,

“Corresponsal en Lisboa”, números de teléfono, correo electrónico, la dirección de una oficina.

—Gracias —dice—. No quiero parecer desagradecida, pero no puedo hablar con usted. Lo siento.

Este hombre no es tan viejo como parecía desde el otro lado de la sala. También es más guapo, tiene una amabilidad tranquilizadora en la mirada.

—¿Alguien le dijo que no lo hiciera?

Ariel niega con la cabeza.

—Yo… no puedo. No lo tome como algo personal.

Él sonríe.

—De acuerdo. Pero si se le ocurre una manera en que pueda ayudarla, sea cual sea el problema, por favor, póngase en contacto conmigo. Conozco bien esta ciudad y siempre estoy disponible.

—Es muy amable de su parte —dice Ariel, ofreciéndole a su vez su sonrisa más amable. Sabe que no puede hablar con un periodista; eso está fuera de toda cuestión. Pero no significa que un periodista no pueda ser útil de alguna manera, en algún momento—. Lo tendré en mente.

Ariel mira la hora: sí, ahora es un buen momento. O si no, al menos es un horario aceptable para enviar este texto:

¿Todo bien hoy?

No puede contenerse cuando están separados, incluso cuando sabe que debería hacerlo.

Su teléfono suena casi de inmediato y su corazón se acelera.

Sí mamá todo bien

Bueno, al menos tiene eso. Pero se da cuenta de que no es suficiente. Así que marca la llamada internacional.

—Hola —responde su hijo—. ¿Cómo es Lisboa?

—Calurosa. —No quiere decirle lo que está pasando. Lo único que ella quiere en realidad es escuchar su voz—. ¿Cómo va todo por allí?

—Bien.

Así es como George responde a casi todas las preguntas últimamente: "bien". O a veces: "OK". Taciturnidad de chico preadolescente, que combina con su forma larguirucha de chico preadolescente. Pero, de vez en cuando, dice algo que le recuerda que todavía es un niño, a pesar del cuerpo. "¿Los perros son ciudadanos?". Esto fue la semana pasada, estaban conduciendo y la radio estaba sintonizada en una noticia sobre inmigrantes indocumentados. "No, cariño", dijo ella, con cuidado de no reírse de él. Fue difícil. "Los perros no son ciudadanos".

Ariel no imagina qué derechos, privilegios y responsabilidades podrían tener los perros ciudadanos imaginarios de George. ¿Votan? ¿Pagan impuestos?

—¿Cómo están los perros? —le pregunta ahora, sabiendo que es el único tema acerca del cual él está dispuesto a hablar.

—Bien. Están comiendo desibertis. —Palabra que significa "desayuno" en el idioma privado que ambos fingen que hablan los perros. La cena es cenibertis. Los dientes son dentibertis. Hay una lógica—. Mallomar se lleva una croqueta y sale de la habitación corriendo para masticarla. Scotch lo ignora.

—Mallomar está loco.

—Mucho. Pero escucha, mamá, tengo que irme. El autobús del campamento está a punto de llegar. Te quiero.

Eso es todo, se da cuenta: eso es todo lo que quería de esta llamada. Él todavía está dispuesto a decir "te quiero", aunque solo en privado, y tal vez solo para finalizar una llamada. Ariel se conforma con eso.

La jefa de estación, Nicole Griffiths, siente una presencia en la

puerta. Coloca la punta de su bolígrafo en la página para no perderla y mira hacia arriba para ver a Saxby Barnes, de pie allí, con una hoja de papel en la mano izquierda y la derecha levantada.

—Toc, toc —dice, mientras golpea el aire. Piensa que eso es algo ingenioso—. ¿Puedo pasar?

Barnes aparece con frecuencia por allí, convencido de que acaba de desenterrar información para los servicios secretos, lo que siempre resulta no ser así. Nicole quiere creer que lo hace porque lo seduce la idea de la CIA, no ella.

—Si no queda más remedio…

Barnes cierra la puerta detrás de él.

—Una turista estadounidense acaba de denunciar que su marido, un hombre de negocios, ha desaparecido. Se despertó esta mañana y él se había ido; no contesta al teléfono.

—Interesante —dice Nicole, en un tono de voz que sugiere todo lo contrario. En la embajada hay personas en las que Nicole confía, pero Barnes no está entre ellas—. ¿Le dijo que fuera a la policía?

—Ya había ido. Dijo que la policía no haría nada, porque es demasiado reciente.

Eso es lo normal. Nicole no responde.

—Parece una ciudadana honrada —continúa Barnes—. En teoría, el marido también. Excepto por un pequeño detalle: ambos cambiaron sus nombres, por separado, años antes de conocerse.

El bolígrafo de Nicole sigue apuntando a la página que tiene delante, un informe ridículamente denso sobre un aumento en los cruces ilegales desde Tánger a través del estrecho de Gibraltar, menos de quince kilómetros de aguas turbulentas que separan África de Europa. El autor de este informe debe de pensar que se le paga por palabra. Como a Dickens, con quien Nicole nunca tuvo paciencia. Ve al grano ya.

—Él, hace unos años; ella, hace más de una década. Hice una

búsqueda rápida de información sobre ambos mientras ella esperaba. —Barnes parece orgulloso de haber hecho esa consulta de rutina—. Y fíjese en esto —continúa—. La mujer no sabe nada del cambio de nombre del marido.

Por una vez, es posible que Barnes haya venido por un asunto legítimo para los servicios de inteligencia. Esta es una de las razones por las que la oficina de la jefa de estación está en la embajada, junto con parte del personal de investigadores de la agencia. También, de por qué la identidad de la jefa de estación no es secreta.

—Entonces, señor Barnes, ¿qué puede hacer la agencia por usted?

Coloca la hoja de papel frente a Nicole, ya firmada por su jefe en la embajada.

—¿Puede encontrar el teléfono de este caballero?

—Delo por hecho.

—¿Y podría pedirle que, por favor, me mantenga informado?

—Por supuesto —dice Nicole, aunque no tiene ninguna intención de hacerlo. Barnes no es inteligente ni discreto, lo que en su mundo es una combinación peligrosa.

Ariel camina por el barrio de Alfama, que parece una ciudad completamente diferente, un laberinto de calles estrechas empedradas, escaleras empinadas y antiguos edificios encalados con techos de tejas rojas; es el único sector de Lisboa que salió ileso del terremoto y el tsunami de 1755, y de las secuelas del incendio que destruyó el ochenta y cinco por ciento de los edificios de la ciudad y mató a una quinta parte de la población. Hay un aire de pueblo pequeño aquí: los vecinos charlan en las calles, los niños patean pelotas contra las paredes, hay olor a guisos de pescado, almejas al vapor y cerdo asado, gatos que se escabullen en los alféizares y perros que trotan impunemente por las calles peatonales.

Parece un lugar feliz, seguro, donde no pasa nada malo. Pero Ariel sabe que no existe tal cosa.

Hay tres hospitales en el centro de Lisboa, y estos son los primeros lugares a los que llama. Ninguno tiene registrado a John Wright, ni a ningún estadounidense no identificado. Lo intenta con unos cuantos más alejados, río arriba, río abajo, tierra adentro. No, no, no. No está en un hospital.

—Vamos, hombre —dice Kayla Jefferson—. Órdenes de la jefa: tenemos que ir a buscar un teléfono.

—¿Un teléfono?

—Bueno, estamos buscando al dueño de ese teléfono.

Guido Antonucci coge sus gafas de sol, se las cuelga del cuello de su camisa azul y se endereza en la silla con dificultad. Los pies realmente lo están matando; tal vez necesite nuevas plantillas a medida. Antonucci trabaja en Lisboa desde hace más de dos años, pero aún no se ha enfrentado al desafío de encontrar un ortopedista local. Maldito dolor.

—Al parecer, el dispositivo no se ha movido en seis horas —dice Kayla—. Así que lo más probable es que no encontremos al dueño. A menos que haya muerto.

Kayla es una mujer atlética y joven; casi no supera la edad de integrar un equipo deportivo universitario. Se burla de Antonucci con chistes de viejos, de calvas, de calzado ortopédico. Está en un momento de la vida en el que sus mejores amigas siguen siendo sus compañeras universitarias de fraternidad, pero pronto aprenderá. La vida en la Dirección de Operaciones de la CIA tiene un coste físico que se paga más rápido de lo que se cree, sin importar qué grado de aptitud física se tenga al comenzar. Antonucci también fue un atleta universitario, pero hace demasiado tiempo para mencionarlo. No recuerda la última vez que habló con un compañero de fraternidad.

—Aquí es adonde vamos. —Kayla amplía la pantalla de su teléfono y señala en un mapa de la ciudad un punto rojo que está a unos ocho kilómetros de la embajada—. No hay nada allí, que yo sepa. La dirección más cercana es un almacén desocupado.

Antonucci abre el cajón inferior, busca su arma y la mete en su

pistolera de tobillo. Los almacenes vacíos están prácticamente hechos a la medida para las actividades ilegales, y él siempre está encantado de llevar su arma.

—No parece imposible que esté muerto —dice mientras se pone de pie con un gruñido de cansancio.

—Vamos, abuelito —dice Kayla.

Antonucci sabe que él es de la vieja escuela y Jefferson claramente no lo es, y por eso a menudo se les asigna trabajar en equipo. La joven le cae bien y no le importan sus bromas de viejo, por lo general. Cuando Antonucci entró en la CIA, casi no había mujeres ni italoamericanos. Pero ahora su compañera es una mujer, su jefa también y, a veces, extraña la camaradería más fácil de los hombres. Ahora necesita ser cuidadoso todo el tiempo. Es otro tipo de agotamiento.

Hasta su nombre es una reliquia del pasado. ¿Existirá otro niño estadounidense llamado Guido? Lo duda, y qué alivio que así sea. Odia su nombre, tan caricaturesco, tan fácil de ridiculizar. Por otra parte, estas modas siempre vuelven, con un brillo refrescante de ironía.

—¿De quién es el teléfono? —pregunta.

—De un hombre de negocios estadounidense.

—¿Lo ha perdido? —Se dirigen al garaje—. Entonces, ¿qué somos ahora, el servicio técnico?

—No, su mujer lo ha perdido a él. Pero no te preocupes, Guido. Si nos damos prisa, podemos volver a tiempo para tu siesta de la tarde.

CAPÍTULO 6

Día 1. 12.48 p. m.

Ariel mira alrededor de la plaza llena de gente, los bancos, las tiendas, los cafés, el neón verde intermitente de una farmacia. Esta plaza es un lugar concurrido durante todo el día y hasta altas horas de la noche, un lugar que parece que podría ser increíblemente seguro, pero a veces también peligroso, es un lugar que…

Por supuesto.

Sí, ya ha localizado una allí. Y otra allí y, sí, una justo enfrente de su propio hotel, hacia el que ahora corre y en el que luego entra, sube las pulidas escaleras de dos en dos, irrumpe en la recepción, donde Duarte mira alarmado a la esposa estadounidense, sudorosa y jadeante, con un aspecto enloquecido.

—¿Puedo ver las grabaciones de sus cámaras de seguridad?

La agente Carolina Santos cuelga el teléfono, termina de escribir sus notas y luego se vuelve hacia su compañero. António Moniz es unos años mayor que ella, pero entró en la policía mucho más tarde, casi a los treinta, después de pasar diez años haciendo cosas de las que no habla. Con el tiempo, Santos ha llegado a sospechar que Moniz pasó esa década entre las drogas y los viajes, tal vez en una gira hippy por el sudeste asiático y América Latina, o simplemente navegando por Europa: Berlín, Praga o Bucarest, los lugares donde la gente malgasta su juventud, antes de darse cuenta de que la juventud no es algo que se deba desperdiciar.

Ahora Moniz es solo otro hombre de mediana edad que tiene una foto de una niña en su escritorio de su respetable lugar de trabajo gubernamental. Todo el mundo se vuelve respetable, tarde o temprano. A menos que vaya a la cárcel. O muera.

—¿Ese era Erico? —pregunta Moniz.

Los visitantes asumen, por supuesto, que la niña es la hija de Moniz. Por eso la foto está ahí.

—Sí. Ha estado siguiendo a la mujer estadounidense desde que se fue. Pasó más de una hora en la embajada de los Estados Unidos. Cuando salió, la abordó ese periodista compatriota suyo que siempre está dando vueltas. Erico no recuerda su nombre, yo tampoco. ¿Y tú?

Moniz niega con la cabeza.

—Tuvo una breve conversación con el periodista, aceptó su tarjeta de visita, caminó un rato y luego cogió un taxi de regreso a su hotel. Antes de entrar, pasó un minuto de pie en la acera, mirando alrededor, girando lentamente, examinando toda la plaza. Buscando pistas, tal vez.

Esa sería sin duda la explicación obvia. Moniz no está tan seguro, pero se muerde la lengua. Santos va a desarrollar sus propias teorías, basadas en sus experiencias y su actitud. Moniz desarrollará la suya. Con suerte, sus teorías coincidirán; esos son los casos fáciles. Pero Moniz tiene la sospecha de que este no lo será.

¿Cómo deberías sentirte cuando te das cuenta de que estás al borde de una crisis mortal? ¿Cuando está claro que en cualquier momento el incendio forestal se va a tragar tu coche, el huracán va a arrancar el techo de tu casa, la pelea en el bar se va a convertir en homicidio involuntario? Algo puede parecer poca cosa al principio, solo un hipo, pero un instante después te estás ahogando y solo tienes unos segundos para salvarte.

¿Es así como debería comportarse Ariel en este momento?

El invierno pasado, si no hubiera llamado a Sarah y no hubiera ido a urgencias en medio de la noche, podría haber muerto de neumonía. A veces, lo que parece pánico es en realidad autopreservación racional.

—Por Dios —dice Guido Antonucci—. ¿Qué coño estamos

haciendo?

—Estamos buscando un teléfono, Guido. ¿Ya se te ha olvidado? ¿Es el alzhéimer?

Antonucci sigue hurgando en la basura.

—Sé lo que estamos haciendo literalmente.

—Entonces, ¿lo estás preguntando en sentido figurado?

—¿Para esto te uniste a la agencia, Jefferson? ¿Para hurgar en la basura portuguesa en busca de teléfonos móviles como una policía novata?

—No, admito que esto no era lo que tenía en mente.

—Deberíamos haber traído guantes.

—Aquí. Mira.

—No lo toques.

—Crees que soy tonto, ¿no? Quizás te preguntas quién me ata los zapatos por la mañana.

Antonucci se hace a un lado, toma su teléfono y usa una aplicación segura para llamar a su jefa.

—Encontramos el dispositivo en un contenedor de basura frente a un almacén abandonado.

—¿Ningún rastro del dueño? —pregunta Nicole Griffiths.

—No hay rastro de nada. Estamos cerca del río, del otro lado de las vías.

—¿Cómo es el almacén?

—Parece que no está en uso. Hay una puerta cerrada que conduce a la zona de carga y no se ven vehículos. Podemos mirar a través de una de las ventanas que dan a la calle, y el interior se ve completamente vacío. Aunque es posible que haya cosas o personas

allí. Para estar seguros, tendríamos que… —Antonucci se calla. Por más segura que sea la aplicación desde la que llama, no quiere hablar sobre infringir la ley.

—No —dice Griffiths—. Nadie tiraría a la basura un teléfono justo al lado de la razón por la que se deshace de él.

Antonucci mira el contenedor, extrañamente lleno teniendo en cuenta lo apartado que está este lugar. La gente debe de usarlo para tirar ilegalmente la basura doméstica.

—Este contenedor está demasiado lleno —dice. Ha trabajado en ciudades con servicios de saneamiento sin recursos y sin prioridad, donde hay basura por todas partes. Lisboa no es una de ellas. Los contenedores de basura allí nunca se desbordan—. Me imagino que pronto pasará el camión. ¿Nos llevamos el dispositivo?

—Por supuesto —dice Griffiths—. Vamos a echarle un vistazo.

El vídeo señala que eran las 6.51 a. m. cuando John atravesó el pequeño vestíbulo, que en realidad no es un vestíbulo; no hay muebles ni escritorio, es solo un espacio fresco, aireado, con suelo de baldosas; en un extremo están las puertas delanteras del hotel, en el otro el ascensor y la escalera que rodea el centro del edificio. La recepción está arriba, en lo que todos en Europa llaman el primer piso; al igual que la palabra entrée, esto significa algo completamente diferente en los Estados Unidos. Desde allí arriba, en la recepción, el vestíbulo de la planta baja se controla a través de una cámara de seguridad que está montada en un rincón, junto al ascensor, frente a la puerta principal.

Cuando John salió del edificio, ya habían entrado algunos empleados del hotel: un cocinero a las cinco y media; luego, poco antes de las seis, Duarte, seguido minutos después por las dos camareras.

Una segunda cámara cuelga en el exterior del edificio, mirando oblicuamente a la puerta de entrada, y proporciona un semiperfil de cualquiera que entre y una vista aceptable de una pequeña franja de acera. No es suficiente para identificar rostros; la finalidad principal debe de ser detectar la actividad, o simplemente disuadirla.

Cualquiera que tuviera la intención de buscar una cámara encontraría esta; alguien que no estuviera haciendo nada bueno.

Todavía eran las 6.51 cuando la cámara capturó a John abriendo la puerta y mirando alrededor. Dio un solo paso hacia la acera y levantó la cabeza poco a poco, como si notara algo o a alguien. Se quedó inmóvil por un momento, tal vez sorprendido, o dudando, sin saber cómo proceder. Entonces se decidió y dio un par de zancadas en esa dirección. Luego desapareció del encuadre.

Este vídeo muestra principalmente la espalda de John, con un atisbo del costado. Ariel ve que tenía puesto un pantalón de traje y una camisa blanca, pero no chaqueta ni corbata, y que no llevaba nada en las manos; ni maletín, ni periódico, nada. No parecía un ejecutivo de camino al trabajo.

—Veámoslo de nuevo.

Duarte mira a Ariel. Ya han reproducido el vídeo dos veces y no hay nada que ver. Pero el empleado no va a discutir. No se discute con los huéspedes por nada, y desde luego no con una huésped en este tipo de situación y con este tipo de personalidad.

Vuelven a mirar todo el asunto: ven a John salir de cuadro nuevamente, y con eso se termina todo el testimonio, al parecer. Pero Ariel mantiene los ojos pegados a la pantalla, buscando algo más, cualquier cosa, cualquier movimiento, cualquier cambio, cualquier…

—Ahí —le dice a Duarte—. ¿Qué es eso?

—Disculpe, ¿el qué?

—Eso. Mire: retroceda unos segundos.

El joven desliza el cursor.

—Ahí. ¿Lo ve? ¿Esa sombra grande? Se mueve solo un par de segundos después de que John salga del cuadro en esa dirección exacta. ¿Qué cree usted que es eso?

—En esa dirección está la calzada, así que esa sombra puede que

sea un coche. ¿Qué otra cosa puede ser?

—No sé. ¿Un tranvía?

—No, un tranvía es mucho más grande y tiene una forma diferente.

El joven se aparta de la pantalla con la mirada satisfecha de quien acaba de resolver un rompecabezas.

—Creo que es un coche, senhora, y se aleja. Después de que su marido se haya metido en él.

Ariel se encuentra de pie en el lugar donde habría estado el coche fantasma. El hotel está a un lado de esta calle, el parque al otro. Mira atentamente en todas direcciones, observándolo todo: los árboles, las farolas, las puertas de entrada y los primeros pisos de los edificios, las entradas a las tiendas y residencias. Identifica al menos una docena de cámaras de seguridad, pero no ve ninguno de sus objetivos; ninguna está orientada hacia este punto preciso. Y si ella no puede ver los objetivos desde este lugar, entonces, los objetivos tampoco captan este lugar. ¿No es así como funciona? ¿Física óptica? ¿Lógica?

Gran parte de ser actriz consiste en ser hiperobservadora. Cuando Ariel renunció a la actuación profesional, no se volvió menos observadora; simplemente entrenó su habilidad con otros objetos. Y en las décadas posteriores, su hábito constante de leer novelas de misterio la ha reorientado exactamente hacia esto: buscar pistas.

Aquí hay demasiados árboles, bloquean la vista. Los árboles abundan en Lisboa, no solo en parques y plazas; también crecen en los alcorques circulares de las aceras, o en macetas frente a las tiendas, y brindan refugio del sol implacable.

Ariel sabe que ninguna de las otras cámaras alrededor de esta plaza puede proporcionarle ninguna pista útil.

Otro callejón sin salida. Se acumulan rápidamente.

CAPÍTULO 7

Día 1. 1.49 p. m.

Es la hora del almuerzo. Las aceras del centro de la ciudad están abarrotadas, pero la gente aquí no parece tener prisa; no mira fijamente pantallas portátiles, ni compite para cruzar primero las calles desafiando los coches, los camiones o desafiándose entre sí. En cambio, parece que todos se toman un descanso pausado, moviéndose lentamente en el calor, sin chaquetas, con las mangas arremangadas. Caminan por el lado en sombra de las calles bordeadas de edificios pintados de colores pastel: melocotón y ciruela pálidos, lavanda y menta desteñidos y todas las tonalidades concebibles de amarillo, combinados con las finas líneas negras de las farolas colgantes, los marcos de las ventanas y las barandillas de balcones, una ornamentación que parece hecha con tinta china sobre lavados de acuarela.

Ariel debe comer. No llegó a desayunar, estaba demasiado ansiosa, y su ansiedad no se ha calmado desde entonces. Es difícil imaginarse sentada ante una mesa, comportándose como una persona tranquila y civilizada, esperando al camarero, el menú, la cuenta. Casi no puede soportar esa monotonía incluso en el mejor de sus días.

—Senhora Pryce, me alegro de volver a verla tan pronto.

Suena como una decepción que viene de Moniz. Pero ¿qué debería esperar ella?

—Tengo pruebas. —Ariel pone la memoria USB en el escritorio del policía.

—Vaya. —Entrecierra los ojos ante el pequeño dispositivo—. Disculpe —dice, y se da unas palmaditas en la chaqueta hasta encontrar un par de gafas—. Es muy molesto perder vista. Muy

desagradable. ¿Le ha pasado a usted?

Ella niega con la cabeza.

—¿Todavía no? Es afortunada.

Afortunada no es como ella se llamaría a sí misma, pero ahora no es el momento de discutir. No sobre eso.

Moniz le da la vuelta a la memoria USB.

—Perdone, ¿qué es esto?

—Es un pendrive. Un pincho. Contiene imágenes de la cámara de seguridad del hotel que muestran a mi marido en la acera esta mañana.

—Este dispositivo, este vídeo, ¿se lo ha dado el hotel?

—Sí.

Ariel se da cuenta de que a Moniz no le hace ninguna gracia conectar su ordenador y la red policial a esta pieza de hardware entregada por esta estadounidense posiblemente desquiciada. Vuelve a dejar la memoria en la mesa, la empuja, como si fuera peligrosa u oliera mal. Levanta su teléfono fijo, mantiene una conversación rápida.

—Un momento. —Indica una silla—. Por favor.

Se miran a los ojos durante un segundo, luego ambos desvían la mirada: Moniz hacia su bloc de notas, Ariel al otro lado de la gran sala, observando las diversas cosas que uno esperaría encontrar habitualmente en cualquier comisaría de policía. Ariel no ha estado en una desde hace mucho tiempo, pero puede recordar vívidamente su última visita.

Vuelve a mirar a Moniz, que también es lo que esperaría encontrar en una comisaría, el modelo estándar de policía listo para usar: cuarenta y tantos años, cabello ralo compensado con un bigote tupido, una estructura voluminosa con veinte kilos de más que se asientan en la parte delantera de su vientre, distendidos en un bulto

sobre la línea del cinturón, la forma en que algunos hombres llevan su mediana edad y su cerveza, como si estuvieran embarazados de seis meses. Cuando estuvo aquí antes, Moniz tenía una mancha de algo en la corbata. Ahora ha agregado un toque de lo que parece ser salsa de tomate en su camisa de color azul pálido.

Junto al monitor, un marco plateado sostiene una fotografía de una niña de cinco o seis años de aspecto anodino; no se ve ninguna madre en la foto. Ariel le mira el dedo anular, no encuentra ningún anillo de boda.

Llega un colega uniformado y le entrega un portátil a Moniz, quien inserta la memoria USB en el puerto y reproduce el breve vídeo. Luego se inclina más cerca de la pantalla y lo vuelve a reproducir.

—Mire —dice Ariel—, después de que John desaparezca del cuadro. ¿Ve esa sombra?

—Sí.

—¿La ve moverse? Creo que es un coche alejándose. Con mi marido dentro.

Moniz no se digna responder a estas conjeturas. Continúa mirando de cerca la pantalla, una escena completamente estática, durante otros diez segundos, veinte. Ariel se pregunta qué está buscando. Tal vez nada, tal vez solo está ganando tiempo, pensando qué decir, cómo hacer que esta mujer se levante de su silla y cómo quitarse este problema de su cabeza. Ariel no se imagina haciendo un trabajo como el suyo: pasar todo el día, todos los días, enfrentándose a los problemas de otras personas.

Su compañera se acerca. Santos saluda con un movimiento de cabeza a Ariel, luego tiene una conversación rápida en portugués con Moniz. Él señala el portátil, Santos se inclina y ambos policías miran el vídeo concentrados. Moniz se quita las gafas de cerca, las coloca premeditadamente sobre su escritorio, ajusta su ángulo.

—Lo siento —dice—. Entiendo que esté preocupada por su marido. Pero este vídeo, a mí, —se golpea el pecho con el dedo índice— no me parece una prueba de algo ilegal.

—¿Pero ve la sombra?

—Sí, la veo.

—Tal vez el vídeo se pueda mejorar. Entonces, podríamos identificar más detalles sobre ese coche.

—¿Se refiere a esa sombra?

—¿No hay algún software que pueda usar para, no sé, averiguar la marca del coche? ¿A partir de la forma de la sombra?

Moniz se muerde el labio inferior, como si masticara la idea. Se vuelve hacia su compañera.

—Es posible —dice Santos. ¡Puede hablar!

—Bien —le dice Ariel a la mujer—. Entonces hagámoslo.

Ambos policías están luchando con la idea. Tal vez piensan en aceptar la sugerencia de Ariel. O en cómo rechazarla y cuál de ellos dos lo hará.

—Si esta sombra es un coche, ¿no es posible que su marido se suba porque ese coche lo lleva a la oficina de su cliente, donde se encuentra en este mismo momento trabajando?

Ariel casi pone los ojos en blanco.

—¿No es esta una explicación posible? ¿No es lo más probable?

—Sí, por supuesto, eso es posible. Pero mire: no lleva chaqueta ni corbata. Metió en la maleta cuatro corbatas para tres días de trabajo. ¿Por qué traería todas esas corbatas a Lisboa si no iba a llevar ninguna de ellas a la oficina en un día que estará lleno de reuniones de negocios?

Los policías no tienen una réplica a eso.

—Está desaparecido —dice Ariel.

—Quizás. Pero estar desaparecido, sin llevar chaqueta ni corbata,

no es un delito.

—Pero… —¿Qué puede decir Ariel?—. Me preocupa que le haya pasado algo malo.

—Algo malo —dice Moniz—, ¿como qué?

Ariel inclina la barbilla hacia el marco de su escritorio.

—¿Es su hija? —Moniz no responde—. ¿Qué pasaría si se hubiera despertado esta mañana —continúa Ariel— y ella no estuviera en la cama donde se suponía que debía estar, y no hubiera dejado una nota, y no pudiera localizarla? ¿Qué haría?

Moniz sigue sin responder, por lo que Ariel gira hacia la mujer, que se ha quedado de pie, sin comprometerse a participar en esta conversación.

—Por favor —dice Ariel—. ¿No puede hacer algo? —A Ariel no le gusta esto, apelar a la mujer; se siente tan débil, tan reduccionista. Pero funciona. Casi siempre funciona. Santos asiente.

—Está bien —dice Moniz—, por favor, empecemos por el principio: ¿por qué está su marido en Portugal?

Leonor apaga las luces del baño y dirige su atención al dormitorio. La ropa de cama es una maraña desordenada, hay almohadas por todas partes, sábanas en el suelo. Una noche salvaje, piensa. Y luego, aparentemente, el marido desapareció. Leonor casi espera encontrar sangre, o drogas, algo. Ella no confía en los estadounidenses.

Antes de poner la sábana ajustable, se arrodilla —la parte más dolorosa de su trabajo— para revisar debajo de la cama. Es entonces cuando lo ve.

—Debería saber el nombre del cliente —admite Ariel otra vez—. Me doy cuenta de que debería conocer la empresa, la dirección, el nombre del contacto de mi marido. Debería conocer toda esta información, o al menos parte.

Las muchas cosas que Ariel debería saber, pero no sabe, detalladas

de esta manera suenan mal.

—Pero cuando John me contó estos detalles, no los escribí, y simplemente no recuerdo nada de eso. Lo siento.

—¿Pero él le dio toda esa información? —pregunta Moniz—. ¿Está segura?

—Por supuesto.

—¿Sabe qué tipo de negocio es? Tal vez podamos reducir las opciones.

—Manufacturación.

—Bien, bien, eso es algo. —Moniz escribe una palabra—. ¿Manufacturación de qué?

—¿Tal vez algo relacionado con los recursos naturales?

—Bueno. ¡Bien! La minería es muy importante aquí. Hierro, zinc…

—No creo que sea minería, no.

—¿Pesca? ¿Elaboración de vino?

—Creo que probablemente recordaría esas cosas como minería, pesca o vinificación. No se relaciona solamente con los recursos naturales.

—Tenemos una industria maderera muy grande. Sobre todo, el corcho. ¿Sabía que Portugal es el principal productor de corcho del mundo?

—Me he dado cuenta.

—Entonces, ¿corcho?

Ariel hace una pausa larga antes de encogerse de hombros. No quiere parecer demasiado desdeñosa con el corcho, con los esfuerzos de la policía. Lo están intentando. Eso es todo lo que ella puede pedir.

—Creo —agrega— que el ejecutivo en cuestión se llama Jorge.

—Jorge, está bien. ¿Y su apellido?

Ariel niega con la cabeza.

—Está bien, eso también es más que nada. ¿Algo más?

—Jorge, estoy bastante segura de que ese es su nombre, es un golfista de hándicap bajo. —Moniz lo anota.

—¿Cuándo le contó su marido todo esto? —pregunta Santos.

—Hace más o menos un mes. Cuando me invitó a venir al viaje.

—Un mes, eso no es tanto tiempo. ¿Por qué no puede recordarlo?

—Cuando John me contó estos detalles, había bebido demasiado. Suelo ser muy cuidadosa.

Mira a Santos, una mujer policía, una persona que no necesita más explicaciones. Ariel no puede evitar bajar la vista también a su mano en busca de un anillo de boda, pero no encuentra ninguno.

—Tuvimos una gran cena con otras personas en un restaurante, fue una noche larga, tenía siempre mi vaso lleno… —Ariel se encoge de hombros—. De todas maneras, fue en el camino a casa. Recuerdo estar sentada en el coche, pensando que me alegraba de no ser yo quien tuviera que conducir. Fue entonces cuando John me bombardeó con detalles que no absorbí. Supuse que me volvería a contar las partes relevantes en otro momento, por lo que no me parecía tan importante prestar atención. Pero nunca lo hizo.

Santos mantiene el contacto visual. Ariel puede sentirla evaluar su historia. Estos policías han estado evaluándola todo el tiempo, cada parte de ella. Ese es siempre el caso en una situación como esta, un posible delito denunciado por una mujer que involucra a un hombre con el que ha tenido intimidad. Se trata de su credibilidad.

—¿Tiene una fotografía de su marido? —pregunta Moniz. Está claro que esta entrevista también está a punto de llegar a un final no concluyente—. Podemos compartirla con nuestros colegas y los

hospitales.

Ariel recupera su teléfono, encuentra el mismo selfi de pareja que les mostró a las camareras. Moniz mira la pantalla con los ojos entrecerrados, suspira dramáticamente y luego vuelve a buscar sus gafas. El asunto de las gafas de lectura le está afectando mucho.

—¿Tiene una foto diferente? —En la que ella ha mostrado predomina el paisaje, el panorama de la ciudad desde lo alto, una vista espectacular—. ¿Quizá un plano más cercano de su cara?

—Creo que no. —Ariel recorre su galería de fotos inútilmente. Sabe que no hay otras—. La verdad es que no suelo tomar fotos de John.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

—A mi marido no le gusta toda esa manía de registrarlo todo que tiene la gente. A mí tampoco.

Nada, nada, y más nada; el personal del hotel, la policía y la embajada. Nadie se toma en serio a Ariel, todos ven a una mujer inestable, a una mujer irracional, a una mujer confundida, a una mujer equivocada, a una mujer incrédula. Una y otra y otra vez.

El sol de verano es cegador, rebota en las paredes de colores claros, en las aceras de piedra; cada superficie parece dura y reflectante; cada estructura, diseñada para repeler la luz del sol, para mantener frescos los interiores de los edificios. Esto convierte las aceras en hornos al aire libre.

Ariel camina penosamente hacia su hotel, buscando lugares a la sombra en las calles. El sudor le corre por las sienes, tiene una sensación de hormigueo en el cuero cabelludo, siente la piel enrojecida por todas partes, por las mejillas, por el pecho.

Solo los turistas y las personas desesperadas están fuera con este calor. Ariel se siente como ambas cosas: una turista desesperada, que zigzaguea entre los bolardos de hierro que separan las calzadas estrechas de las aún más estrechas aceras. Dobla una esquina en una manzana sin sombra alguna; ahora mira directamente hacia el sol abrasador que cae a plomo a ambos lados de la calle, sin refugio

en ninguna parte. Debe de haber más de cien por cien de humedad, y la luz es tan jodidamente brillante que incluso con las gafas de sol tiene que entrecerrar los ojos. El calor es como una agresión física.

Ariel se plantea darse la vuelta, esconderse en algún lugar. Le palpita la cabeza —el sol, el cansancio, la tensión, la preocupación — y se da cuenta de que está sedienta; casi no ha bebido ni un sorbo de líquido en todo el día, excepto café. Está deshidratada, aturdida, mareada…

Tiene que dejar de caminar, aunque sea por un minuto. Está al borde del colapso. Se estabiliza apoyando una mano en la pared de piedra caliente. Ve un pequeño supermercado a la vuelta de la esquina, un lugar fresco donde puede beber una botella de agua, esperar un taxi que la lleve al hotel, tomar una ducha fría, acostarse y beber más agua.

Sí, eso es lo que hará.

Le da la espalda al sol y comienza a caminar por donde ha venido, deliberadamente despacio, tal vez con el aspecto de una borracha prudente, alguien que no quiere que la vean tropezar —ni tampoco tropezar, en realidad—. El agotamiento por calor y la deshidratación a menudo se ignoran, y ella…

Un momento.

¿Y ese hombre al otro lado de la calle, que camina en su dirección? Ariel ya lo ha visto antes.

Detrás de la privacidad de sus gafas de sol, lo examina más detenidamente: sus gafas de aviador, una camisa azul lisa que cubre un torso de mediana edad en forma de pera, zapatos cuadrados de cuero con suela de goma debajo de los pantalones caquis arrugados. Hace tiempo que Ariel ya no se interesa por la moda y nunca le había prestado mucha atención a lo que visten los hombres. Pero se obliga a concentrarse en la mitad inferior del atuendo de este tipo, para memorizarlo. La mitad superior sería fácil de cambiar.

Dobla la esquina, fuera de la vista del hombre, y luego busca una ventana que pueda proporcionar un reflejo: sí, allí, la gran

extensión de cristal de una tienda de regalos, y ¡sí!, ve que él también se detiene en seco y se vuelve en su dirección.

Es difícil distinguir sus rasgos en el reflejo del escaparate (muchos artículos, mucho corcho) y el ángulo no es muy bueno, ni tampoco la luz. Parece estar apoyado contra la pared, con la cabeza gacha, mirando… ¿qué? Debe de estar revisando su teléfono, o simulando mirarlo, como cualquiera que atienda una llamada. Pero las circunstancias lo traicionan: está parado en un lugar ilógico, ardiente, a pleno sol, incómodo; su actitud solo es explicable si en realidad está haciendo otra cosa. Como esperar el próximo movimiento de Ariel.

Ella lo observa durante treinta segundos y él no se mueve. Esa es toda la confirmación que necesita.

Ariel entra en el pequeño supermercado y se detiene en el espacio agresivamente frío por el aire acondicionado para beberse una botella de agua mientras mira por la ventana. Le entrega su botella vacía al cajero, compra una segunda y vuelve a salir; se para entre las bandejas de productos que atraen a los transeúntes con la brillante promesa de naranjas y melocotones, cerezas y limones.

Vuelve a mirar los reflejos del escaparate abarrotado: Ariel no puede verlo por ninguna parte. Busca en la calle en una dirección, luego en otra. Se ha ido. Al menos por el momento.

¿Qué debería hacer? Podría doblar la misma esquina, tratar de encontrarlo, para probarse a sí misma que el hombre la está siguiendo. Pero correría el riesgo de hacer más fácil su persecución.

O podría aprovechar su libertad momentánea y eludirlo.

O podría enfrentarse a él.

La respuesta depende de quién la esté siguiendo, ¿no?

Ariel se aferra con desesperación a la manilla de la puerta. El taxista ha vuelto a pisar el acelerador a fondo y se desvía violentamente hacia la izquierda, hacia el carril del tráfico que se aproxima, tratando de acelerar para adelantar al tranvía que frena, pero ve

que otro coche viene directamente hacia él, pisa el freno y gira el volante hacia la derecha.

—¡Ha estado cerca! —grita en inglés, con algo parecido a alegría, y se detiene detrás del tranvía.

Cuando el coche que se aproxima pasa rápidamente, su conductor hace un gesto obsceno. El taxista se encoge de hombros, como si solo fuera parte de su trabajo hacer que otros conductores se enfaden con él.

El tranvía amarillo se detiene por completo para descargar pasajeros mientras otros suben. Ariel mira más allá de estas personas, hacia la pared encalada de un edificio, una amplia extensión estucada en la que se pegan carteles, anuncios que parecen de marcas estadounidenses: una mujer espectacular con ropa ridícula; capturas de pantalla con comentarios sarcásticos sobre una aplicación para las redes sociales; una influencer que vende cosméticos. La cultura estadounidense, el comercio estadounidense, las mentiras estadounidenses, en todas partes.

Ariel le pide al taxista que la deje en el otro extremo de la plaza, donde puede vigilar su hotel antes de bajarse del taxi. Presta especial atención a los hombres solitarios, haciendo un inventario cuidadoso mientras cruza la plaza, y luego escapa del calor hacia la tranquilidad del hotel, las baldosas frescas y con poca luz. Sube en el pequeño ascensor; puede oír los engranajes, la maquinaria está oculta, pero no es secreta, no es misteriosa.

En la vida diaria en su ciudad, los únicos ascensores que usa son los del hospital, lugar que le resulta más familiar de lo que desearía. Hay gente que no ha pisado nunca un hospital, casi ni sabe dónde hay uno. Ariel desearía ser una de esas personas, felizmente ignorante.

George fue prematuro y pasó cinco semanas terribles en la unidad de cuidados intensivos. Después, el niño tardó años en ponerse al día en su desarrollo, y toda su infancia estuvo marcada por pruebas y tratamientos, médicos y hospitales, especialistas y terapeutas: ocupacionales, físicos, logopedas. Hasta que cumplió diez años, Ariel no se permitió imaginar a su hijo durmiendo en la casa de otra

persona; incluso la de su mejor amigo, al final de la calle en que vivían, le parecía demasiado lejos, aunque quedaba a un minuto de distancia en automóvil y podía llegar corriendo en cinco si hacía falta.

Su hijo era una de las razones por las que Ariel sentía que vivía en alerta máxima, esperando que en cualquier momento sucediera algo malo. Algo más.

CAPÍTULO 8

Día 1. 4.27 p. m.

—¿Sí? —Ariel ve que la llamada es del teléfono fijo de su librería. Llega a la conclusión de que hay algún problema.

—¡Hola! Soy Perséfone.

—Hola, P. ¿Pasa algo?

—No, no ha pasado nada. Te llamo para darte los números del fin de semana, como pediste.

Ariel había dado una serie de instrucciones de última hora antes de dejar la tienda al cuidado de sus empleados, un grupo heterogéneo de estudiantes de secundaria y un par de chicas universitarias en sus vacaciones de verano, que trabajan a tiempo parcial, además de Perséfone, su empleada a tiempo completo, cuyo verdadero nombre es Ember.

"Detesto el nombre Ember". Es el que figura en la nómina de la joven, en sus documentos, en su carnet de conducir; aún no se ha decidido a hacer el cambio legal. "Ni siquiera es un nombre. Mis padres son idiotas".

Perséfone probablemente tenga razón, al menos sobre su madre. Hace solo un par de meses, Ariel la había visto de pie frente a un juez atónito tratando de justificar su infracción de tráfico vestida con una camiseta que tenía una inscripción demasiado audaz. La mujer se había vestido así sabiendo que tendría que declarar en un tribunal.

—Es como si hubieran querido llamarme Amber, que de todas maneras es un nombre de estríper estúpida y vulgar, pero se equivocaron y lo escribieron mal.

—Pero es una bonita idea, ¿no? —había preguntado Ariel—. Ember en inglés significa “brasa” en español: eres como una chispa.

—La verdad es que no. No es más un trozo de carbón caliente que queda después de que se apaga el fuego. Una brasa es una basura peligrosa.

Ariel estaba de acuerdo, pero hubiera sido descortés hacérselo saber, especialmente durante la primera entrevista de trabajo, cuando ella y Perséfone aún no se conocían. Tampoco quiso debatir sobre el nombre que había elegido la joven.

“Per-sé-fo-ne” repite siempre, despacio, exasperada y quizás sorprendida de que haya tanta gente que no conozca la mitología griega. “Ya sabes, la reina del inframundo”.

“Per ¿qué?”. La gente se lo pregunta todo el tiempo, y ella inevitablemente hace un gesto de fastidio.

“Per-sé-fo-ne”. Se las arregla para impregnar esa última sílaba con sus muchas decepciones, sus frustraciones. Su vida va a ser larga y dura.

Pero ¿quién es Ariel para cuestionar las fantasías de otra persona sobre sí misma, su decisión de reinventarse? No le molesta que cualquiera cambie su nombre para tratar de convertirse en alguien diferente de lo que sus padres decidieron. Ella había hecho exactamente lo mismo.

Su último mediodía en la tienda antes de dirigirse al aeropuerto fue casi frenético; lo pasó principalmente en la oficina-almacén-sala de descanso del sótano, un espacio de techo bajo, sin ventanas, que provocaba claustrofobia y en el que a Ariel le había llevado años sentirse cómoda, con plantas de interior que crecían a la luz de las lámparas y carteles promocionales de libros clavados en las paredes.

Finalmente, subió las escaleras después de la hora la comida cargando una pila de pesados libros de cocina para reponer en los estantes. Perséfone estaba detrás de la caja registradora, absorta en una novela de fantasía posapocalíptica, un género que de alguna manera estaba relacionado con sus estudios de posgrado, los que

mencionaba a menudo; ese momento dorado en el que todo es posible, cuando el futuro parece tan brillante. Pero Perséfone comenzaba a sospechar que había sido un falso resplandor en el horizonte; no el sol naciente de un nuevo día radiante, sino solamente los restos de una hoguera moribunda de logros educativos demasiado publicitados, demasiado caros e infravalorados que resultan no servir para casi nada en el mercado laboral, después de veinte años consecutivos de educación a tiempo completo intercalados con trabajos por horas en tiendas minoristas, doblando camisas, pulsando botones en cajas registradoras.

Por eso Ariel había contratado a la joven. No por su conocimiento enciclopédico de casi todo —especialmente de la literatura de género, que resultó ser un gran activo para la venta de libros—, sino porque reconoció en ella el peso aplastante de su desilusión. Quería ayudarla a aliviarlo.

Sonó la campanilla de detrás de la puerta. Perséfone dijo: "Bienvenidas" de forma automática pero alegre cuando un par de mujeres entraron, dejando la puerta abierta de par en par a pesar del letrero cuidadosamente pintado a mano que decía: "¡Aire acondicionado encendido! Por favor, cierre la puerta. ¡Gracias!".

—Imbéciles —murmuró Ariel, y empujó la puerta con la cadera para cerrarla.

Las mujeres debatían, al parecer, sobre los méritos de diferentes destinos de safari: "Bueno, sí, gorilas, pero, por otro lado, ya sabes, ¿Uganda?". Y la otra dijo algo que Ariel no entendió sobre vuelos comerciales a África. Y de repente las mujeres dejaron de hablar. El silencio tan brusco hizo que Ariel levantara la vista.

—Oh-Dios-mío.

Una de esas mujeres la estaba mirando.

—¿Laurel?

Cuando Ariel se fue de la ciudad, no lo hizo discretamente: lo abandonó todo, quemó las naves, más bien las hizo explotar y las mandó a la mierda. Durante un tiempo se mantuvo en contacto con

un puñado de personas que, meses después, se redujo a nadie. Ahora, una década y media más tarde, una de las últimas de aquellas amigas avanzaba hacia Ariel, con la boca abierta de asombro, los brazos abiertos con afecto, adornados con un bolso de veinte mil dólares, un enorme anillo de compromiso de diamantes junto a una alianza de boda y una manicura perfecta; podías ver toda la vida de esa mujer en la decoración de su mano.

Ariel ya había estado a punto de tener un encuentro así varias veces. En el puesto de verduras de una granja, cuando un tipo parecido a He-Man se bajó de un todoterreno con un billete de cincuenta dólares para comprar maíz y acusó a Ariel de ser quien una vez fuera, pero ella lo negó y huyó en su camioneta destartalada. En la granja de ostras, adonde la gente puede llegar en barco desde los enclaves más caros; allí, fue Ariel quien vio primero a aquella pareja (siempre está alerta, por si aparecen estas personas que no piensan ni remotamente en ella) y esquivó por completo cualquier interacción.

Su ciudad no es un lugar donde la gente rica viva ni tenga casas de fin de semana. Hay cierta prosperidad típica de un pueblo pequeño: dueños de tiendas, profesionales, jubilados; se les nota por sus coches de alta gama, sus Rolex, los muslos torneados de sus esposas miembros de la asociación de padres, lo mismo que en todas partes. Pero no hay celebridades, ni megayates, ni jets privados, ni multimillonarios. No hay gente como esa mujer.

—Hace-tanto-tiempo. ¡Dios-mío!

Besos al aire en ambas mejillas. Ariel todavía sostenía un montón de libros pesados, realmente no podía darle un abrazo, trató de justificarse encogiéndose de hombros. Miró para ver si Perséfone había escuchado a esa clienta usar su antiguo nombre. Oh, claro que la había escuchado.

Nadie en esta ciudad besa en ambas mejillas. Absolutamente nadie. Ariel lo hacía antes por costumbre, cuando era otra persona; besos dobles en el aire para abrirse camino a través de la vida. Hay cosas peores.

—¿Cómo estás?

—Genial, Tory. ¿Y tú?

—¡De maravilla!

Antes, Ariel solía ver a Tory Wasserman muy a menudo, en aquellos años en que Ariel Pryce se llamaba Laurel Turner. Las dos estaban en los mismos circuitos: el mismo vecindario, los mismos almuerzos en clubes privados y galas benéficas, las mismas clases de gimnasia de moda, de kickboxing a spinning, de pilates a yoga, intercambiando atuendos, accesorios e instructores, el ritmo de sus días marcado por sus rituales de autocuidado; manadas de mujeres que recorrían su vecindario en taxis y coches con chófer (esto fue antes de que todos usaran Uber como verbo) entre el gimnasio y el estudio y el salón de belleza y la escuela y, muy de vez en cuando, la tienda de comestibles. En sus casas, la mayor parte de las provisiones la llevaban las criadas, que entraban por la puerta de servicio.

Tory había trabajado en publicidad de moda, pero renunció cuando la planificación de su boda se convirtió en una ocupación a tiempo completo. También fue entonces cuando contrató a un estilista para que fuera regularmente a peinarla para la noche.

“Pago por tres citas por semana, aunque a veces uso solo dos, cuando simplemente necesito relajarme en casa, resetearme. Pero siempre pago por las tres como, ya sabes, un anticipo”.

Esto lo explicaba mientras mordisqueaba una ensalada de treinta y cuatro dólares en la cafetería de un museo. Las otras amas de casa a tiempo completo sentadas a la mesa con ella asentían con la cabeza, coincidiendo en que era una idea excelente, celosas de que no se les hubiera ocurrido a ellas mismas para, así, anotarse un punto en el deporte competitivo de gastar dinero, quién puede jugar de manera más inteligente, más original, más impresionante: carritos de golf Bentley, expediciones antárticas, un óleo pintado por un gran artista, calefacción por suelo radiante. Trataban de acercarse cada vez más a la vida perfecta, sorprendidas y decepcionadas de que, al parecer, no se pudiera comprar.

Tory miraba alrededor de la librería, como si buscara una explicación del papel de Ariel allí. Ya tenía una aplicación de redes

sociales abierta en su teléfono: obviamente, se había convertido en una mujer siempre lista para publicar, siempre actuando, arqueando las cejas y esponjando su cabello, exclamando en voz alta y riendo más fuerte, la interminable campaña publicitaria de sí misma, posando, editando, publicando, revisando publicaciones para comentar y adorar y revolcarse en likes —"OMG, eres tan cool"—, y luego responder, mientras escucha a Taylor Swift o Lizzo o tal vez Adele. Todas estas mujeres aconsejan lo mismo: "Quiérete a ti misma, eso es lo que realmente importa". Pero eso ya se sabe, ¿no? Tory ciertamente lo sabía.

Hubo un tiempo en que Ariel había admirado el descaro de Tory, esta autoafirmación desvergonzada, esta autopromoción. La asombraba la voluntad de su amiga de ser poco atractiva en su búsqueda por ser atractiva. Ariel nunca había sido capaz de hacer eso, de ser eso. Era una de las razones por las que no había llegado a ser una actriz de éxito; era algo que no le gustaba de sí misma, antes de convertirse en algo de lo que sí estaba orgullosa.

—Dios mío, ¿tú, o sea, trabajas aquí? —preguntó Tory en voz baja y conspiradora.

Ariel sintió el impulso de responder "Soy la dueña", pero lo reconsideró

—Sí, trabajo aquí.

El rostro de Tory estaba lleno del inconfundible júbilo por la desgracia de otra persona. Un trabajo.

—Ah, vaya, eso es, eh… asombroso. —Tory gastaba treinta mil dólares por año solo en peluquería—. ¿Recuerdas a mi prima Madison? Ambas vamos a East.

Esto significaba que tanto Tory como Madison pasaban los veranos en East Hampton.

—¿Vives por aquí? —preguntó Tory—. ¿Es aquí donde viniste cuando dejaste la ciudad?

Ariel respondió solamente con una sonrisa. No quería confirmar ni

negar, no quería explicar, no quería empezar a disculparse por no devolver las llamadas de Tory, por desaparecer de la faz de la Tierra. Es cierto que hubo un tiempo en el que Tory podría haber sido la única persona en la que habría confiado, pero Ariel nunca le había explicado su situación a ninguno de sus antiguos amigos, y no podía empezar a hacerlo en ese momento.

La puerta tintineó de nuevo para dejar entrar a un hombre de mandíbula cuadrada que vestía una camisa de golf debajo de un chaleco de lana con la inscripción "Excalibur Capital" estampada en el pecho, una gorra de béisbol carmesí de HBS y un reloj de pulsera grande y reluciente, asegurándose de que todos pudieran notar de un vistazo quién era: un empresario-mega-exitoso. Hacía treinta y dos grados fuera; el tipo estaba realmente entregado a ese chaleco.

—Laurel, ¿recuerdas a mi marido, Slade?

Por supuesto que Ariel lo recordaba, Slade Wasserman era imposible de olvidar: un idiota de nivel platino que rociaba veneno como un aspersor de césped, empapándolo todo con su masculinidad tóxica.

—Hola, Slade —dijo.

Quince años atrás, el primer marido de Ariel, Bucky, había sido uno de los pioneros en adoptar la moda del chaleco con cremallera sobre una camisa de vestir. Ahora es prácticamente un uniforme para los hombres de todas las sectas de la religión capitalista.

—Oh, hola —dijo él, y logró comunicar con su entonación y lenguaje corporal su total desinterés en Ariel. Había cierta belleza en ello.

—¿Dónde están mis niños? —preguntó Tory.

—Han ido a comprarse un helado.

—Helado. —Tory miró su reloj, que, al igual que el de Slade, era una monstruosidad dorada—. A las cuatro de la tarde.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema, nena?

—Falta una hora para la cena.

Slade se encogió de hombros, qué mierda le importaba. La especialidad de Slade era el despliegue de activos financieros, no los horarios de comidas de los niños.

Se suponía que en ese momento Ariel debía preguntar por los hijos de Tory, eso hubiera sido lo más educado. Pero era algo que simplemente no podía soportar. No podía preguntar qué estaba haciendo su antigua amiga, por qué se encontraba allí, tan lejos del centro de su verano de alta gama. Ariel temía que, si empezaba a hacer preguntas, se vería obligada a responder algunas a cambio.

Madison ni siquiera simuló buscar libros antes de llamar a Perséfone al mostrador del café.

—Tomaré un café descafeinado con leche de almendras —ordenó mientras usaba la cámara de su teléfono como un espejo, inclinando su rostro de un lado a otro.

Ariel recordaba a esta mujer; nunca le faltaban excusas para mirarse, retocarse el lápiz labial, el rímel, fruncir los labios frente a los espejos, jugar con su cabello. Era una persona que simplemente sacaba un cepillo y comenzaba a arreglarse no solo cuando la oportunidad se presentaba; inventaba oportunidades donde no existían, cada vez que tenía treinta segundos libres: en un coche, mientras esperaba para sentarse en un restaurante o para pagar en una tienda.

—Lo siento mucho —dijo Perséfone—, no tenemos leche de almendras.

—¿En serio? —Madison dejó de admirarse a sí misma y levantó la vista.

Ariel sintió que se encogía de vergüenza; ella solía pedir exactamente lo mismo, y habría estado exactamente igual de decepcionada.

Tory se acercó deprisa.

—Oh, Dios mío, ¡mira qué cucada! —Era una tarjeta de felicitación

pintada a mano, una escena náutica predecible.

—¡Es tan mona!

La tienda obtenía buenas ganancias de la venta de banalidades.

—¿Prefieres leche entera o desnatada?

—¿De vaca? —Madison estaba horrorizada. Y eso que llevaba un bolso de piel de caimán colgando de su brazo.

Ariel sintió como si estuviera observando una especie exótica, en un simulacro de su hábitat natural, como el zoológico o los dioramas del Museo de Ciencias Naturales. La pequeña placa de bronce diría Homo obscenicus, América del Norte, c. siglo xxi. Y, sin embargo, no se podía negar: ella había sido una de esas bestias.

Ariel respondió al "¡Tenemos que quedar para comer!" de Tory con un "¡Por supuesto!", a pesar de que no tenía intención alguna de hacerlo. Ya no era miembro de la tribu, y todos lo sabían, pero eso era lo que había que decir.

—Me alegro de verte —dijo Tory—. Me alegro mucho.

—Yo también —coincidió Ariel, y se sorprendió al descubrir que estaba diciendo la verdad. Le había gustado ver a su antigua amiga; sintió el impulso de seguir en contacto con ella, pero supo que no lo haría.

Los Wasserman y su acompañante Madison salieron en una ráfaga de más besos al aire y risas agudas, dejando atrás un miasma persistente de Hermès y bótox y una inminente gentrificación. Había signos de cambio en la ciudad, incluido el tipo de Brooklyn con tatuajes que había querido comprarle la librería, lo que al principio le pareció ridículo a Ariel y, luego, intrigante. Las cosas estaban cambiando y Ariel no estaba segura de querer ser parte de lo que estaba por venir. Primero fueron los dueños de fincas, hartos de la loca vida urbana, hablando de compostaje y mantillo; luego, los hípsters, y cuando menos lo esperase, llegaría una multitud de dueños de camionetas Range Rover negras. Ella también solía ser una de esas personas.

“Sé que mucha gente viene aquí a comprar parcelas, hablan de tener una vida orgánica, de dejar un legado, qué sé yo”. Eso había dicho Ariel una docena de años atrás, en su primera conversación con Pedro. Él había cultivado esos mismos campos para el terrateniente anterior: patatas, algo de maíz, tomates y coles de Bruselas.

Pedro había asentido, con su sombrero de paja en la mano. “Sí, señorita”. Sus ganancias cubrían los impuestos, pero no mucho más. Nadie se hacía rico por cultivar treinta hectáreas allí.

En ese momento de su vida, Ariel había renunciado a muchos de sus ideales. No le había dado ni un puto beneficio. Tenía muchas batallas que pelear, y la agricultura orgánica no era algo que le quitase el sueño. “Yo no quiero hacerlo”, había dicho ella. “Haz lo que tengas que hacer”.

Ariel mira por la ventana de la habitación del hotel e inspecciona la calle y la plaza en busca del tipo que la estaba siguiendo. No lo ve.

—Perséfone, ¿ha ido alguien raro a la tienda este fin de semana?

—¿Raro? ¿A qué te refieres?

—¿Alguien que me buscase? ¿O que preguntase por mí?

—No, creo que no. ¿Por qué?

—Si alguien lo hace, por favor anótalo y avísame.

—¿Qué quieres decir con que lo anote?

—Anota el día y la hora, qué aspecto tiene y qué dice la persona.

—¿Esto tiene algo que ver con esas mujeres que entraron en la tienda el viernes?

—¿Qué? No.

—Entonces, ¿vas a decirme de qué se trata?

—P., lo siento, pero ¿podrías hacerlo por mí, por favor? No tengo

tiempo para explicártelo ahora.

Perséfone es tremendamente curiosa, constantemente hace preguntas pensando que tiene derecho a obtener respuestas. La verdad es que Ariel no la culpa. La joven se ha criado en una era posterior a la de la privacidad, en la que ya no hay límites, incluso cuando se trata de los secretos de otras personas; quizás especialmente en esos casos. Ariel la sorprende frecuentemente mirando documentos que no le conciernen, haciendo preguntas que no son de su incumbencia. Al principio le molestó, pero no puede hacer nada con respecto a la personalidad de nadie. Así que acepta que Perséfone se entrometerá y controla qué es lo que deja a su alcance.

Para casi todo lo demás, tiene una caja fuerte debajo del escritorio. No pretende esconderla. Si alguien alguna vez irrumpe en la tienda en busca de objetos de valor, no quiere que arrasen todo el puto lugar. Y si los ladrones pueden abrir una caja fuerte, ocultarla no ayudará. Cualquiera que pueda abrir una caja fuerte no buscará los recibos de los ingresos del día.

Ariel también está preparada para eso.

En medio de la última ráfaga de instrucciones y preguntas del viernes por la tarde y los momentos de pánico ante el largo fin de semana de vacaciones que se avecinaba, Ariel miró hacia el escaparate, más allá del cual una camioneta pickup gigante padecía la agonía de las maniobras para aparcar. En los últimos años, esta especie de camioneta con esteroides se había convertido en el vehículo más popular de la ciudad. Parece que ahora, todos a los que les gusta conducir pegados al coche de delante, los que superan el límite de velocidad, los impacientes que se saltan los semáforos rojos están detrás del volante de uno de estos monstruos y acechan detrás de Ariel, con los faros apuntándole a los ojos, amenazando a todos a su paso, exhibiendo su suspensión elevada y sus ruedas gigantes y sus silenciadores comprados en el mercado de piezas de repuesto, sus inscripciones que dicen “power stroke” estampadas en los lados. ¿Qué clase de poder querían demostrar, a quién y por qué?

Todo en ese vehículo parecía pertenecer a un matón de colegio,

incluyendo las pegatinas del parachoques: el rostro ceñudo del logo de los New England Patriots, el desafío implícito de “Blue Lives Matter” —la frase para protestar ante la violencia ejercida contra la policía—, la extraña águila armada de la Asociación Nacional del Rifle, los palos cruzados del equipo de lacrosse del club cuyo entrenador Ariel sabía que era el conductor de la camioneta. También había sido bombero voluntario y tesorero de un club de caza y pesca. Este hombre era, como dice la gente, activo en la comunidad. Se brindaba a ella. Era un supuesto patriota, lo sabías porque él lo decía, incluso era el nombre de su equipo de fútbol americano favorito.

Se puede ver esa guerra cultural allí mismo, parachoques contra parachoques, en cualquier carretera de los Estados Unidos.

El hombre salió pesadamente del asiento del conductor, una encarnación humana de su camión, vestido con una camiseta que parecía una tienda de campaña, pantalones de baloncesto largos hasta las rodillas y chanclas de plástico, un atuendo ideal para un vestuario de un club deportivo, a pesar de ser una persona que, obviamente, no se dedicaba a una actividad física rigurosa. “Equipación atlética” era una etiqueta equivocada para esta categoría de vestimenta; más bien, era un “equipación antiatlética”. El tipo tenía una larga cicatriz en la mejilla y una barba descuidada que se había dejado crecer para tratar de ocultarla. Ariel sabía que se había negado a ir a urgencias porque no estaba dispuesto a explicar el origen de la herida. Prefería tener una cicatriz. Y como cualquier cicatriz, un perpetuo recordatorio de algo que había salido mal.

Los parachoques de Ariel no tienen pegatinas.

Los ojos del hombre se encontraron con los de Ariel a través de la calle y del escaparate que los separaba; a través de tantas cosas que los separaban. Ella no demostró reconocerlo, no sonrió, no asintió; nada más que una intensa mirada de mala voluntad.

Él se alejó y entró en lo que los veraneantes llaman la vinoteca, pero que para los lugareños es la licorería. Nunca, ni una sola vez, había entrado en la librería.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? —le preguntó Ariel a Perséfone.

—No. Que tengas unas vacaciones increíbles.

La chica parecía sincera, aunque siempre era difícil saberlo. El valor predeterminado de su generación es la ironía, seguida de cerca por la ambigüedad; casi todos los sentimientos han sido mitigados por expresiones tan vacías como "en plan de", una protección constante contra cualquier exceso percibido de seriedad.

—Gracias —dijo Ariel—. Voy a intentarlo.

Hacía mucho tiempo que no se iba de vacaciones. En los primeros años después del nacimiento de George la aterrorizaba viajar. Con un bebé, un niño pequeño e incluso en preescolar, los colapsos, el ritmo de sueño impredecible, la ansiedad, había demasiados inconvenientes potenciales. Además, con los problemas de salud de George, Ariel nunca quiso alejarse demasiado de sus médicos, del camino ya conocido desde urgencias hasta el consultorio del especialista en el hospital del pueblo, donde todos la conocían y conocían a su hijo. Era extraña la familiaridad que tenía con el hospital: hubiera querido no tenerla.

Y el perro —que luego pasó a ser plural—, esos ojos grandes que la miraban fijamente: "¿Qué quieres decir con que te vas? ¿Por qué vas a hacerlo?".

Además de las preocupaciones eternas de vivir en una casa vieja en un camino rural desolado: nunca se sabe cuándo fallará el horno, si el techo tendrá una gotera, si se romperá una tubería y nadie se dará cuenta hasta que la casa se venga abajo. Huracanes, tormentas de nieve, plagas de ratones, líneas eléctricas caídas, el lugar nunca es seguro. Además de la librería-café, que se enfrenta no solo a los mismos desastres físicos potenciales, sino también a los diversos problemas de las pequeñas empresas: los empleados que faltan al trabajo, los que están descontentos o son poco fiables, las inspecciones de salubridad reglamentarias, las renovaciones de permisos, los retrasos en las entregas, los pagos de salarios, la contabilidad, los desacuerdos en el servicio al cliente, el pago de impuestos y llamadas de ventas y los seminarios web sobre el

manejo del software de gestión de inventario.

No es poco el esfuerzo que se requiere para dejar atrás toda esa vida, aunque solo sea por un par de días, su hijo y su casa y su tienda y su granja e incluso su vieja camioneta de mierda calcinándose bajo el sol en el aparcamiento del aeropuerto, una madre casi incompetente para el cuidado de una casa. Docenas de consecuencias negativas para que Ariel se preocupe.

Pero en todos esos años de toda esa preocupación, nunca hasta ahora se había enfrentado a esta pesadilla en particular: su marido ha desaparecido en un país extranjero.

CAPÍTULO 9

Día 1. 5.58 p. m.

Toc, toc.

Ariel siente que su cuerpo se contrae. ¿Ahora qué?

—¿Quién es?

—¿Senhora Wright? Soy Duarte, de la recepción.

Ariel abre la puerta.

—¿Sí?

—Mis disculpas por entrometerme. Pero creo que usted quiera saber esto.

—¿Sí? ¿Qué?

—Estamos encontrando algo.

¿Es cierto que el corazón puede salirse del pecho? Ariel siente que sí.

—Llamamos y volvemos a llamar, pero solo sabemos el número de teléfono de su marido, no el suyo. Y su marido, él no…

—¿Qué? ¿Qué han encontrado?

—Aquí. —El joven busca en su bolsillo, extrae un papel—. Leonor, ella limpiando su habitación y encontrando esto debajo de la cama…

Nicole Griffiths está guardando sus cosas antes de dar por terminado el día de trabajo cuando ve a Saxby Barnes nuevamente; está delante de su puerta y espera que ella repare en él.

—Hola, Barnes. —No va a preguntarle por qué ha ido. Lo que sea que quiera, tendrá que pedirlo.

—¿Así que han encontrado el teléfono de ese caballero?

—Sí.

Griffiths sale de las aplicaciones de su ordenador, una por una; como siempre, se asegura de que todos los programas se cierren. En estos días, nunca se sabe por dónde puede venir un ataque. Los piratas informáticos se han vuelto terriblemente inteligentes a la hora de colarse en la privacidad de otras personas.

—¿Hay algo que pueda comentarme?

—Todavía no.

Ella cierra con llave los cajones de su escritorio, se pone de pie.

—¿Dónde estaba el teléfono?

Griffiths mira su reloj.

—Escuche, Barnes, tengo prisa. —Necesita llegar a casa, ducharse, cambiarse y conducir al centro para su cita con Pietro, y no quiere llegar tarde.

—¿Pero me hará saber lo que encuentre? —pregunta Barnes.

Griffiths no quiere mentirle descaradamente a su semicolega, eso sería de mala educación. Pero cualquiera que sea el problema con el empresario desaparecido, Saxby Barnes probablemente no sea parte de la solución. En especial si el asunto estuviera relacionado de alguna manera con la seguridad nacional, lo cual es muy dudoso, pero no imposible. Nunca es imposible. Por eso ella está dispuesta a involucrarse en lo que a primera vista parece un delito común, un accidente o un malentendido matrimonial. Barnes será más que bienvenido para desenredar cualquiera de esos líos.

Griffiths sonríe. Es su sonrisa más tensa, fría y poco sincera, pero es mejor que nada. Dejará que Barnes intente averiguar qué significa, confiada en que se equivocará.

—Miren esto.

Ariel está de pie junto a la mesa; los policías se han sentado frente a sendos platos de estofado. Ariel casi no ha comido en ¿cuánto? Veinte horas. Está muerta de hambre.

—Por favor —invita la mujer, Santos, y señala una silla vacía.

Cuando Ariel llamó al detective Moniz hace unos minutos, él le dijo dónde encontrarlos después de una larga pausa. “No hay problema”, agregó, aunque sonó como si quisiera decir lo contrario.

Ahora lee la nota.

—¿Esta es la letra de su marido?

—Sí.

Santos le arrebata el papel a Moniz de la mano y él le lanza una mirada hostil, luego se vuelve hacia Ariel.

—¿Está segura?

No lo está. Ariel y John no intercambian muchas notas manuscritas.

—En realidad, no, no estoy segura. Pero creo que sí. Una empleada de limpieza la encontró debajo de nuestra cama cuando estaba arreglando la habitación. Creo que John debió de haberla dejado a mi lado mientras yo dormía, pero luego tal vez moví las sábanas a un lado.

Moniz nota que Ariel mira su comida y empuja la canasta de pan hacia ella.

—¿Podemos ofrecerle algo, senhora? ¿Ha comido?

Ariel niega con la cabeza, aunque no le queda del todo claro cuál de las dos preguntas responde. Moniz decide que es la última. Mira por encima del hombro, encuentra la mirada del camarero, luego señala el estofado, hace un movimiento circular y señala a Ariel. El camarero asiente, dice algo a través del mostrador a un cocinero de espectacular bigote.

Las seis de la tarde no es la hora habitual de cenar en Lisboa; solo hay un par de clientes más y un camarero en este restaurante acogedor. Ariel puede sentir todos los ojos fijos en ella, la mujer que se dirigió directamente a la mesa de los policías.

—Entonces, ahora queda claro, ¿no? John salió de nuestra habitación con la intención de regresar, pero no lo hizo.

—Sí —coincide Moniz—, así parece. —Vuelve a mirar la nota, solo un par de líneas: "Me he ido a dar un paseo. Vuelvo 7.30 para el desayuno. Te quiero".

—Esto es una prueba, ¿verdad? —Ariel se inclina hacia delante—. Esto, más las imágenes de la cámara de seguridad.

—Bueno, yo no…

—Las dos cosas prueban que a John le ha pasado algo malo.

El camarero deposita un cuenco humeante delante de Ariel: almejas, verduras, patatas y trozos de algún tipo de carne. Ariel inmediatamente se quema la lengua.

—Si esto realmente lo escribió su marido, entonces, sí, es prueba de algo. Pero solo de que abandonó el hotel por su propia voluntad.

—Y tenía la intención de regresar. A las siete treinta. Cosa que no hizo.

Los tres comen por espacio de un minuto. Ariel observa el brazo de Moniz subir y bajar para coger cucharada tras cucharada, incluso mientras todavía mastica la anterior, sin cerrar la boca por completo. Se lame los labios y se rasca distraídamente la barba.

Ariel aparta su plato a un lado.

—¿Cuándo lo comprobarán? ¿Cuánto tiempo tiene que estar desaparecido mi marido para que me crean?

—Si usted quiere —dice Moniz—, podemos quedarnos con este documento y, si resulta que su marido realmente ha desaparecido, podemos examinar las huellas dactilares. ¿Es eso lo que quiere?

Se pasa una servilleta despreocupadamente por la barba, pero no se quita todas las migas de pan. Mira a Ariel a los ojos, sin rehuirla a ella ni a su angustia.

A Ariel le caen bien estos policías; no quiere enemistarse con ellos y no puede permitirse alejar a ningún aliado; tiene muy pocos.

Moniz vuelve a tomar su bloc de notas y su bolígrafo, se queda mirando el papel en blanco. Tal vez esté pensando sus preguntas, o traduciéndolas al inglés, buscando en su memoria el vocabulario, las conjugaciones de los verbos. No debe de ser fácil hacer este trabajo en un idioma que no es el propio. Solo recordar las formas correctas de cortesía, las disculpas, debe de ser agotador.

—¿Ha estado usted antes en Lisboa, senhora?

—No.

—Pero su marido sí, ¿verdad? ¿Tiene amigos aquí?

—¿Amigos? No que yo sepa. Conocidos, tal vez. Del trabajo.

—¿Conoce el nombre de alguno?

—Lo siento —dice por enésima vez. Ha pasado mucho tiempo disculpándose con hombres que dudan de sus dudas.

—¿Él no habló con nadie mientras estuvo aquí? ¿Nadie en absoluto?

—Bueno, solo con una mujer.

Fue en la tarde de sábado, un momento del día en que toda Lisboa se reúne bajo las sombrillas en los cafés. Ariel pidió lo que parecía que estaba tomando todo el mundo, un brebaje poco común hecho con oporto blanco, un licor que Ariel ni siquiera sabía que existía, y ahora el oporto spritz acababa de convertirse en su bebida favorita: dulce, deliciosa y poco alcohólica, se bebía de un sorbo como un refresco y ella estaba tratando de decidir si sería imprudente pedir un segundo…

—¡Luigi!

De repente, una mujer joven apareció junto a su mesa, sonriendo con sus dientes blancos perfectos entre sus labios carnosos pintados de rojo, hoyuelos profundos, un peinado afro glorioso, una piel brillante e impecable. A Ariel la ha sorprendido el amplio predominio del pueblo brasileño y la influencia de su cultura en Lisboa, como una especie de colonialismo inverso que encuentra conmovedor y esperanzador.

—Olá! —le dijo esta mujer de aspecto espectacular al marido de Ariel, que parecía atónito.

—¿Luigi? —John se señaló a sí mismo—. ¿Yo? Lo siento, pero no.

Ella ladeó la cabeza y frunció el ceño. No era el tipo de mujer a quien los hombres negaran conocer; no estaba acostumbrada a que la rechazaran.

—Mi nombre es John, no Luigi —dijo—. Esta es mi mujer, Ariel.

La mujer abrió la boca para discutir, luego lo reconsideró y reconstruyó su deslumbrante sonrisa. Dios, era un ser humano de aspecto increíble, con su vestido diminuto.

—Ah —dijo, con un adorable encogimiento de hombros—. Desculpe.

Regresó tranquilamente a su mesa, donde se puso a explicarle la conversación —o al menos eso parecía— a su acompañante, otra hermosa joven que llevaba otro vestido minúsculo. Ella también miró a John, luego a Ariel a los ojos, antes de volverse hacia la mujer que le hablaba, y hubo algo de reconocimiento en esa mirada, cierta comprensión: “Sé que sabes lo que nosotras sabemos”.

Ambas mujeres echaron la cabeza hacia atrás en una risa despreocupada; eran jóvenes y hermosas, el centro de atención, de atracción, era un día soleado, nada podía ser mejor. Tomaron sorbos de sus spritz para demostrar lo divertida que era su vida, lo poco que les importaba John. Ariel sabía que no siempre es tan divertido como parece. Ser atractiva a veces trae problemas.

Sintió el impacto de una certeza: esa mujer y John habían compartido una aventura de una noche, pero él le había mentido acerca de su nombre. Ahora estaba de vuelta en Lisboa con Ariel, se reencontraba con esta aventura, y en el calor del momento decidía temerariamente fingir que nunca la había conocido.

—Es increíble —dijo.

—¿Sí? —John miró el menú, evitó la mirada de Ariel y evitó esa conversación.

—Oh, por favor. Ni siquiera yo la echaría de la cama.

John se rio, pero no dijo nada.

—No pasa nada si la conoces —dijo Ariel—. Si tuviste algo con ella. En serio, ¿sabes?

—Sinceramente, nunca la he visto —respondió.

A Ariel le zumbaba la cabeza por el alcohol, el calor y el jet lag, por la proximidad de una persona tan ridículamente sexy. Sabía que no tenía sentido, pero no había dudas al respecto: estaba un poco celosa. También un poco excitada. Tal vez más que un poco.

“Qué perra”, piensa Barnes. Qué perra engreída, ingrata y condescendiente. Tan pronto como regresa a su pequeña oficina, hace otra llamada, a la que alguien responde de inmediato con un “Hola, Barnes”.

—¡Wagstaff! ¿Cómo te trata la vida?

—Muy bien —dice el periodista—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Saxby Barnes ve el mundo en términos estrictamente transaccionales: hace cosas por otras personas para que ellas hagan cosas por él. Cada migaja de información que encuentra, cada minuto de su trabajo es valioso para otra persona y él pretende obtener algo a cambio. No inmediatamente, pero en algún momento.

—Wagstaff, tengo cierta información que quizá desees investigar.

—Ayer por la tarde, en un café. Había una mujer.

—¿Sí? —Moniz apoya el bolígrafo en el siguiente renglón del papel.

—Ella pensó que conocía a mi marido, pero estaba equivocada.

—Disculpe, ¿qué café era? ¿Se acuerda?

—El nombre no, pero estaba cerca de esa iglesia que no tiene tejado. No lejos de aquí.

—¿O Convento do Carmo?

—Sí, eso es. Hay una plaza con un café, tal vez dos.

—Sí, conozco el lugar. ¿Y no ocurrió nada más con esta mujer?

—No, solo eso: ella pensó que conocía a John, él le dijo que lo sentía, pero no, ella se alejó.

Ariel se da cuenta de que Moniz se ha salpicado un poco de salsa en la solapa de la chaqueta, para complementar la mancha anterior del desayuno en la corbata y de comida en su camisa. Su cabello escaso, antes cuidadosamente peinado, ahora se desordena, indómito. Siente un tufillo de olor corporal. El día lo ha incivilizado progresivamente. Tal vez le ocurre lo mismo todos los días, comienza de nuevo cada mañana. Ariel se pregunta hasta dónde su torpeza es fingida y hasta dónde es genuina. O si hay alguna diferencia.

—¿Cuándo fue la última vez que visitó Lisboa?

—Hace un par de meses.

—Y antes de eso, ¿cuántas veces estuvo aquí?

—Una vez, que yo sepa, pero lo conozco desde hace solo un año.

—¿Un año? —No es exactamente sospecha lo que hay en los ojos de Moniz, pero se le parece.

Ariel sabe lo que debe parecerle todo esto a él. Joder, sabe lo que le

parece a ella misma: un noviazgo corto y precipitado; una pareja que realmente no se conoce; una desaparición que podría ser casi por cualquier razón, o por ninguna.

Moniz duda sobre si debe hacer la próxima pregunta. Ariel lo ve decidirse a hacerla. “Aquí viene”, piensa.

—¿Cómo de bien diría que conoce a su marido?

CAPÍTULO 10

Día 1. 6.33 p. m.

Ariel pone cara de indefensa, "¿Qué pretenden de mí?". Se vuelve hacia Santos, que permanece impasible.

—Es cierto —admite—, no hace mucho tiempo que conozco a mi marido. Pero es suficiente.

Moniz deja su bolígrafo sobre el papel y hace una pausa larga. Luego mira a Ariel y sonríe con indulgencia; no es una sonrisa cómica ni de alegría, sino de lástima. No quiere decir lo que debe decir a continuación.

—Senhora, lo siento, debo hacerle una pregunta que tal vez sea desagradable.

Ariel sabe que un policía podría imaginar muchas explicaciones para la desaparición de John, y muchas de ellas serían al menos vagamente acusatorias: acusatorias hacia John, hacia ella misma, hacia ambos. No son teorías muy agradables de decir en voz alta, a ella. Tiene un sabor amargo, pero Moniz no tiene elección. Ariel ve todo este debate interno atravesar su rostro.

—¿Su marido consume drogas?

—No —responde demasiado rápido, consciente de que está protestando—. No —repite, con un tono más suave y más racional, como si hubiera pensado más seriamente la pregunta y luego hubiera llegado a la misma conclusión, completamente razonada.

—Aquí, en Portugal, todas las drogas recreativas están, cómo se dice, des… ¿deslegalizadas?

—Despenalizadas.

—Sí. Esta ley cambió hace algunos años. Marihuana, cocaína, heroína…, su consumo ya no es ilegal. Esto se hace para luchar contra los problemas de las adicciones. Problemas de enfermedades, de delincuencia, de pobreza, seguramente los conocen en los Estados Unidos.

—Sí.

—Uno de los efectos colaterales de este cambio es que Lisboa se está convirtiendo en un destino para gente que quiere disfrutar de las drogas. Al igual que Amsterdam, ¿entiende? La gente viene aquí por esa razón.

—No. —Ariel menea la cabeza—. John no.

—Es cierto que consumir drogas ya no es un delito, pero aún puede ser peligroso. Dañino. Y las personas que venden las drogas no son muy amables. Y algunas de las personas que las consumen, tampoco. El estilo de vida de las drogas ya no es delito, pero sigue sin ser agradable. Todavía no es seguro. ¿Lo entiende?

—Eso no tiene nada que ver con John. Él no consume drogas.

—¿Es posible que lo hiciera en el pasado?

Ariel no tiene una respuesta rápida. En realidad, no tiene ninguna. Solo sabe lo que John ha decidido compartir con ella. Cuando se conocieron, ya había vivido la mitad de su vida, décadas en las que podría haber hecho cualquier cosa, en cualquier lugar.

Pero eso es cierto para todos, ¿no es así? El pasado se puede reinventar.

Después de su primer encuentro, Ariel investigó a John superficialmente, como se hace hoy en día, recorriendo la web, las redes sociales, haciendo clics aquí y allá. No había encontrado mucho. Luego, cuando él avanzó más, hizo una búsqueda más rigurosa: llamadas anónimas, consultas por correo electrónico utilizando alias. Ariel era propensa a momentos de paranoia, sobre todo cuando estaba sola, acostada en la cama a altas horas de la noche. Especialmente después de haber leído una de sus novelas

policíacas; muchas tratan acerca de hombres psicópatas que fingen ser normales y que terminan haciéndoles cosas indescriptibles a las mujeres.

Por las mañanas, Ariel reconocía que la mayoría de sus sospechas sobre John eran absurdas. Pero no todas.

En cierto momento admitió que en realidad no estaba esforzándose por investigar: no quería encontrar nada malo en John, no quería descubrir mentiras, engaños, tergiversaciones. Esta falta de imparcialidad comprometía todo su esfuerzo. Así que contrató a un investigador privado para que se ocupara de aquello de lo que ella no podía hacerse cargo, así como lo que simplemente no quería.

El detective averiguó dónde se crio John, en qué escuela estudió el bachillerato y a qué universidad asistió, dónde hizo el servicio militar para ser oficial del Ejército; investigó sus trabajos y sus casas, a sus padres muertos y a su hermana mayor, que vivía en otro continente. Toda la información básica que se puede encontrar en bases de datos: hechos comprobables, referencias consultadas con departamentos de recursos humanos y registros civiles y caseros.

Pero puede que eso no fuese todo. Es difícil rastrear viajes de turismo sexual a Tailandia, borracheras de fin de semana de coca y prostitutas, una adolescencia alimentada de Ritalin, una adicción a la metanfetamina o al juego en línea, una relación intermitente con el crack o con la pasta base, pornografía infantil, violencia doméstica, agresión sexual. A menos que estas actividades queden asentadas en el sistema legal, y casi nunca es así. Estas cosas son casi imposibles de encontrar a menos que se sepa exactamente qué se busca, dónde buscar y cuándo.

El investigador encontró algunas cosas que preocuparon a Ariel, pero no muchas, y tampoco la preocuparon tanto.

Solía creer que era posible saber todo acerca de otra persona, al menos todo lo importante. Ella había dicho que sí a una propuesta de matrimonio anterior de un hombre que conocía desde hacía un par de años, terminó viviendo con él durante un par más —mucho tiempo— antes de descubrir que nunca lo había conocido, ni

siquiera los aspectos importantes. Tal vez tampoco conoce a este nuevo hombre.

Todos nos contamos historias sobre los demás, sobre nosotros, sobre nuestro pasado. Construimos nuestras narraciones, comenzamos con el panorama general y luego agregamos detalles uno por uno, como construir una casa: los cimientos, la estructura y el techo y, cuando queremos acordarnos ya estamos instalando los picaportes de las puertas, los accesorios de iluminación y las barandillas, una casa completa donde antes no había nada, algo que parece haber estado allí desde siempre, aunque es una construcción completamente nueva.

Podemos hacer lo mismo con nosotros mismos. Ariel lo había hecho. ¿Por qué John no habría de hacerlo? Tal vez este policía tenga razón: tal vez ella no conoce a su marido en absoluto.

—Porque, a veces, esto es lo que puede pasar con un antiguo hábito que tal vez un hombre esté dejando por motivos de salud, legales o financieros —continúa Moniz—. Más adelante en su vida, llega a un lugar como Lisboa, donde la salud, la ley y las finanzas de las drogas son diferentes, y aquí piensa: "Oh, esto es mucho más seguro, mucho más barato, puedo probar un poco". Y entonces…

—Entiendo lo que quiere decir. —Ariel trata de no ofenderse por esta sugerencia, sabe que no debería, pero así se siente. Ofenderse no es una elección racional—. Pero no es eso lo que está pasando aquí.

El policía asiente; no es su trabajo convencerla.

—¿Es posible…? Esta tampoco es una pregunta muy agradable, lo siento, pero debo preguntar, espero que usted comprenda…

—Sí, adelante.

—¿Es posible que su esposo esté ahora mismo con otra persona? —Ariel ladea la cabeza—. ¿Otra mujer? —aclara Moniz.

Está cada vez más frustrada con este tipo de preguntas, aunque son esperables, tal vez inevitables. Así como es inevitable que ella

objete de esta manera, “John no haría eso, él no es un tramposo, ni un adicto, ni un sociópata”. ¿Cuántas veces necesita decirlo en voz alta?

—Escuche —dice, mirando alternativamente a Moniz y a Santos—. John prácticamente me rogó que viniera a este viaje con él. Si iba a venir aquí para estar con otra mujer, o para consumir drogas, ¿por qué le pediría a su esposa que lo acompañara? ¿Por qué?

—Esa es una muy buena pregunta. ¿Tiene alguna idea?

—Porque lo que está pasando no es eso.

Santos interviene:

—¿Es posible que no hubiera venido a Lisboa con malas intenciones, pero que estas cosas estén pasando de todos modos? La vida no siempre es como pretendemos.

Eso es seguro.

—Escuche —dice Ariel de nuevo, tratando de sonar sensata—. Entiendo sus sospechas: está con otra mujer, se droga, me está estafando. Puedo ver por qué piensan en esas posibilidades, entiendo por qué necesitan seguir esas teorías. Pero les digo que están equivocados. Entonces, mi pregunta es: ¿qué tiene que suceder antes de que comiencen a creerme?

Moniz mira alrededor, parece inquieto. Ariel se da cuenta de que ha levantado la voz. Un tono que algunas personas podrían llamar estridente.

—Por favor, senhora, domine su tono de voz.

—Pero, joder, ¿por qué no me creen?

—¿Hemos dicho que no la creemos? No, no es así.

—Bueno, entonces, ¿por qué no hacen algo?

Ariel es impulsiva, siempre lo ha sido, incluso de niña. A sus padres les encantaba contar historias sobre sus rabietas exageradas cuando

se le perdía un juguete, se cancelaba una fiesta o no le gustaba la comida. Pero iracunda es muy diferente de histérica. Los hombres a menudo tratan de reformular el temperamento como histeria, reformular la rectitud como exageración, como hipersensibilidad, como irracionalidad. Así que esta es la respuesta que Ariel ha recibido antes, la respuesta que ella espera, esta mirada indulgente, desdeñosa, que dice algo así como: "¿Qué quiere que hagamos, senhora?".

Es el tono que usa un hombre cuando cree que está siendo razonable. Un tono que trasciende generaciones, culturas, idiomas. El tono universal de condescendencia.

Moniz se inclina hacia delante.

—Perdone, le estoy preguntando qué cree que la policía puede hacer por usted ahora, si su marido ha salido salió sano y salvo de su hotel esta misma mañana y si no hay pruebas de que le haya ocurrido de nada malo. La prueba que ha traído —Moniz señala la nota— es, en todo caso, la demostración de que su marido está ileso, no en peligro ni relacionado con ningún delito.

—Pueden rastrear la ubicación de su teléfono.

Moniz se inclina hacia atrás rápidamente, alejándose de esta sugerencia.

—Pueden exigírselo a la compañía de telefonía móvil. —Ariel mira alternativamente a Moniz y a Santos. Ella es quien responde.

—Solo con una orden judicial. Un juez no emitirá una orden por estas pruebas que usted trae.

—Entonces su servicio de inteligencia. Portugal tiene un servicio de inteligencia, ¿verdad?

—Por supuesto —responde Moniz—. Este país fue, tiempo atrás, el centro del mundo del espionaje, ¿lo sabía? Durante la Segunda Guerra Mundial. Más espías aquí en Portugal que en cualquier otro lugar.

¿A quién le importa eso una mierda?

—Entonces pueden hacerlo —dice Ariel—. Pueden… ¿cómo se dice?… triangular la ubicación del teléfono de John.

—Sí, se puede hacer. Pero no se hace a menos que haya pruebas de que se trata de un asunto de inteligencia internacional. ¿Existe tal prueba?

Ariel sabe que no tiene una respuesta convincente, y es entonces cuando todo se desmorona, su labio inferior tiembla, su barbilla también, luego toda la parte inferior de su cara.

—No lo sé —balbucea entre sollozos.

Siente que los otros pocos clientes observan esta escena y que el personal se compadece de los policías. ¿Qué van a hacer con esta mujer? Están satisfechos de que no sea su responsabilidad. Si hay algo de lo que Ariel está segura es de que nadie quiere lidiar con una mujer histérica.

CAPÍTULO 11

Día 1. 6.47 p. m.

Ariel sale corriendo del restaurante hacia la calle concurrida, llena de vida, con la música que se escucha a todo volumen en todas partes en Lisboa, el sertanejo brasileño y el reguetón puertorriqueño, el pop europeo y el rock estadounidense y el fado tradicional; la música desborda de las tiendas y los cafés, pubes y clubes, de los artistas callejeros en cada plazoleta frente a cada iglesia. No quiere imaginar lo que sucedería si una banda de rock se instalara en el césped de la iglesia episcopal de la calle principal de su ciudad un lunes por la tarde.

Justo enfrente del restaurante, la acera está llena de una densa masa de lo que parece ser un grupo de colegas de oficina, una docena de personas que ya han comenzado su velada con cócteles en otro lugar, con el ánimo en alto; se palmean la espalda mutuamente, cuentan chistes y ríen a carcajadas, mientras se encaminan a una gran…

Eso es.

—Disculpe —dice ella, y gira sobre sus talones—. Discúlpeme.

Avanza a codazos entre el grupo, de regreso a la puerta y al interior del restaurante donde los policías, que todavía están en su mesa contra la pared del fondo, disfrutan de una tarta y un café exprés y miran escépticos a la mujer estadounidense que simplemente no se da por vencida.

—Debe de haber una reserva para la cena —anuncia Ariel—. Para mañana por la noche.

Ambos policías siguen masticando.

—No sé el nombre del restaurante —continúa—. Pero sé que está a

poca distancia a pie del hotel, y que es un lugar que exige vestimenta elegante, y que la reserva era para seis u ocho personas, a las nueve. Es bastante información.

Moniz traga.

—Así que puede llamar a todos los restaurantes elegantes cerca de mi hotel. Pregunte por los nombres de las personas que reservaron para grupos grandes mañana a las nueve. Luego llame a esos clientes. ¿Cuántos puede haber?

Los policías siguen sin decir nada.

—Uno de ellos será el cliente de mi esposo.

Santos asiente; Ariel tiene razón, no se puede negar.

—Sí —le dice—. Lo haremos.

—Oh, Dios, gracias. Gracias. ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Los hombres le habían dicho que era susceptible. La habían llamado quisquillosa, combativa, hipersensible. Una perra engreída, una calientapollas, una puta. Le habían levantado la mano como si fueran a golpearla, y ella les había sostenido la mirada: “Adelante, imbécil, hazlo”.

Seguramente no era para tanto, decía la gente. Incluso algunas mujeres lo decían, y no solo su madre aquella vez, en aquel momento que destrozó su relación.

Ariel sabía que, en parte, era porque había llevado una vida que parecía privilegiada; se notaba en su pelo, su piel, su manera de hablar, sus diplomas, los sellos de sus antiguos pasaportes. Toda su vida parecía envidiable, segura, como si siempre estuviera a plena luz del día en una multitud con muchos testigos, incluso cuando era tarde por la noche y estaba completamente sola. No le pasaban cosas malas a alguien como Ariel en los Estados Unidos; eso era lo que todos creían, hasta las personas que sabían que no era así. Esa es la verdadera histeria, la pretensión nacional de que no somos lo

que empíricamente somos. El padre de Ariel, la madre, su marido, sus amigos, los policías de años atrás y estos policías de ahora: toda su vida. Siempre habían logrado hacerla callar por el método del condicionamiento operante, al darle la misma respuesta una y otra vez, como a una rata de laboratorio a la que se le aplican descargas eléctricas en un experimento, o un perro al que alguien golpea para que aprenda. Es una mujer sin credibilidad.

La primera vez tenía trece años, estaba en octavo curso, y ese chico Mackenzie, de décimo, la manoseó en la despensa cuando buscaba malvaviscos para tostarlos en la fogata que harían en el patio trasero.

"¿Brett Mackenzie?", había preguntado la madre de Ariel, incrédula, meneando la cabeza. "¿Estás segura, cielo? Lo conozco de toda la vida. Es un buen chico".

Ariel se alejó.

La segunda vez, ella tenía dieciséis años y estaba viendo una película de terror en el sótano de Brittany; todos se habían emborrachado con la cerveza que habían comprado en la tienda. Fue en el verano antes del último año del bachillerato, esa temporada de estudiar para el examen SAT, de escribir ensayos para preparar la solicitud de ingreso a la universidad, de hacer prácticas laborales, de los esfuerzos desesperados para parecer ciudadanos serios mientras se empapaban en alcohol los sábados por la noche para aliviar el estrés.

Liz se desmayó en uno de los grandes sillones de cuero y Jared salió sigilosamente de la habitación para llamar a Francesca, y de repente Ariel sintió a Don encima de ella, asfixiándola.

—No —dijo Ariel, pero él la ignoró. Ella trató de empujarlo, pero no pudo—. Para ya —agregó. Apretó los muslos. Él se los separó por la fuerza—. Voy a gritar —advirtió.

—No, no lo harás —dijo Don. Sintió sus dedos tratando de desabrocharle los pantalones—. No querrás despertar a Liz, ¿verdad? —Entonces se le ocurrió una idea—. ¿O sí?

Fue en ese momento cuando ella juntó fuerzas y se retorció hacia un lado solo un poco, para liberar su pierna, solo un poco, para golpearlo con fuerza en la ingle, solo un poco, para hacer que se moviera, solo un poco, para poder escaparse de debajo de él. Solo un poco, solo un poco, solo un poco…

Ariel saltó del sillón. Pensó en huir, o sacudir a Liz para despertarla, o golpear a Don en la cara. Pero él estaba plantado boca abajo en el sillón, inmóvil. ¿Inconsciente? No, emitía un sonido, tal vez sollozaba. ¿Tan fuerte le había pegado? No creyó que le fuera a hacer tanto daño.

Pero no, Don no estaba llorando. Se reía. Se dio la vuelta, mostraba una gran sonrisa de borracho.

—Ha sido divertido.

—¿Divertido? ¿En serio? —preguntó ella.

Él no parecía entender lo que Ariel le decía. Estaba concentrado en volver a abotonarse los vaqueros y fracasaba en cada intento.

—¿Quieres beber algo? —dijo sin mirarla.

Estaba aturdida y demasiado ebria, no confiaba completamente en su cerebro. Ya dudaba de haber comprendido lo que había pasado un minuto atrás.

—¿No? —Don se dejó los pantalones a medias de abrochar, solo un botón, y en un ojal incorrecto. Los cierres de botones no son prácticos para las personas borrachas—. Voy a tomar una cerveza.

Al día siguiente, Ariel se lo contó a su madre. Elaine estaba en la isla de la cocina, tomando su comida consistente en agua caliente con limón y leyendo la sección de estilo del periódico. Aunque tal vez no era exactamente leer lo que hacía Elaine, sino examinar fotos de fiestas y bodas.

—¿Dices que Don intentó violarte? —Ni siquiera se molestó en cerrar el periódico; miró a Ariel por encima de sus gafas de cerca, escrutó su apariencia inconfundible de adolescente con resaca recién levantada al mediodía, después de haber cometido al menos

una tontería la noche anterior—. Don Williamson.

—Bueno, no llegó a hacerlo. Pero estuvo a punto, sí.

—¿Cómo sucedió?

—¿Cómo? Acabo de decírtelo. ¿Qué parte no entiendes?

—Quiero decir… ¿cómo llegó tan lejos?

Al principio, Ariel estaba demasiado atónita para responder.

—¿Lo incitaste a hacerlo?

—¿Qué coño quieres decir con incitarle?

—No digas palabrotas, jovencita, no lo toleraré.

En su adolescencia, Ariel había sido pródiga en insultos, en gran parte porque ni su madre ni su padre los decían nunca. Años más tarde, se dio cuenta de que las mujeres pueden maldecir libremente o vivir en Park Avenue, pero no ambas cosas. Ahora, en el segundo acto de su vida, insultar cada vez que lo desea es una de las cosas que aprecia de estar alejada de las estrictas reglas de la sociedad de Nueva York, que no eran tan diferentes de las de donde creció, las reglas de sus padres. Solo se aplicaban de manera más estricta.

—Pero ¿por qué no me crees?

—No es que no te crea, cielo, pero ¿estás segura de que eso fue lo que pasó? ¿O es posible que haya sido un malentendido?

Ariel estaba boquiabierta. Ella y su madre no confiaban la una en la otra. Se volvió y dio un paso atrás.

—¿Adónde crees que vas?

—Con papá.

Su madre suspiró pesadamente.

—Oh, cariño.

Ariel se volvió.

—¿Qué significa eso?

—Tu padre no va a querer escuchar algo así.

—Hostia puta, ¡espero que no!

Esta vez, Elaine ignoró el insulto. Se alejó de su periódico, del entretenimiento superficial de envidiar las fiestas de otras personas, y abrazó a su hija.

—No quise decir eso. Tu padre, él no es un hombre… moderno. Y Eric Williamson es uno de sus amigos más cercanos. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Que no creo que obtengas la respuesta que estás buscando.

En retrospectiva, Ariel se sorprende de lo ingenua que fue. Ahora que es madre, trata de recordarse a sí misma: los jóvenes pueden parecer muy maduros y actuar como tales muchos años antes de saber cómo funciona el mundo de los adultos.

El estudio de su padre estaba lleno de libros y revistas y grandes fajos de informes de aspecto serio que antes le hacían creer a Ariel que él era un erudito, una especie de intelectual. Hasta que se dio cuenta de que solo trataba de ganar dinero.

Su padre dejó el vaso con cuidado en el centro del posavasos. Se sirvió su whisky con un gran cubito de hielo. Tenía una bandeja especial para hacer estos grandes cubitos.

—Lamento mucho escuchar esto —dijo sin dejar de mirar el líquido ambarino, lejos de su hija. Ariel se preguntó si era su primera copa o la segunda, antes del almuerzo de un domingo de verano—. ¿Qué quieres hacer?

—No sé. ¿Qué opinas?

—Supongo que podrías hablar cara a cara con el chico.

La importancia de esta frase la golpeó como un tren de carga. No solo la duda en “supongo”, sino, más importante, la segunda persona del singular: “podrías”. No “podríamos”.

—Pero al final, ¿qué lograrías? —continuó.

Ariel se dio cuenta de que no importaba cuánto tiempo discutieran (cinco minutos, diez, dos horas), la conclusión era inevitable.

—¿Me crees, papá?

—Por supuesto que te creo, cariño. Pero yo soy tu padre. ¿Otras personas? —Apretó los labios y negó con la cabeza—. Trata de imaginar exactamente cómo se desarrollaría esto, conversación por conversación.

Ariel casi no escuchaba su letanía de razones, sus excusas, su relación con el papá de Don, el pueblo, los primos, los chismes…

Entendió la advertencia de su madre. Elaine conocía a su marido y lo aceptaba tal como era, incluso sus peores partes, las que debía haber detestado. Mucho después, esto resultó ser exactamente lo que Ariel se negó a hacer, el tipo de esposa que, en cierto momento, se negó a ser.

—Por supuesto que depende totalmente de ti, cariño, y apoyaré cualquier decisión que tomes. Pero ¿quieres mi consejo?

Dejó el vaso vacío sobre el posavasos (la suya era una casa repleta de posavasos a juego con los muebles en todas las habitaciones, incluso en los dormitorios) y finalmente la miró a los ojos.

—Olvídate de todo.

Nadie quiere reconocer que su padre es un imbécil. Hasta entonces, a pesar de las pruebas convincentes acumuladas durante años, Ariel se había negado, hasta que no tuvo otra opción, hasta que fue innegable, hasta este momento. Ella tenía dieciséis años.

—Simplemente sigue adelante.

La tercera vez, trataba de abrirse camino como actriz en Nueva

York, ir a audiciones y talleres, trabajar como camarera y cuidar niños, vivía al día, mes tras mes. Llevaba seis años así; se estaba quedando sin tiempo.

Fue durante el horario comercial, en una oficina en TriBeCa, a la que había ido para una entrevista. No había alcohol ni drogas. No había una historia ni una relación previa entre ellos, ni un motivo particular. Ella lo había hecho todo bien, y aun así…

—¿Entiendes —dijo él, desabrochándose el cinturón— que puedo hacer que te sucedan muchas cosas?

Fue entonces cuando Ariel se dio cuenta de que no existía tal cosa como "hacerlo todo bien". Fue también el momento en que renunció a su carrera como actriz. Lo había deseado durante mucho tiempo, pero no lo deseaba tanto; no estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario, no si esto era lo que hacía falta. Salió de esa habitación, salió de esa vida.

Quería ser actriz porque creyó que todo sería arte y creatividad, pero, en su experiencia, se trataba solo de belleza, excepto cuando se trataba de sexo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó su compañera de apartamento.

Ariel no quería una carrera que girase en torno a la belleza y el sexo. ¿Habría otras opciones?

—No lo sé —respondió—. Supongo que conseguiré un trabajo de verdad.

Había aprendido que ni siquiera sus propios padres la creerían. Había aprendido que nunca debería emborracharse, ni siquiera con sus amigos cercanos. Había aprendido que nunca más debería pensar que cualquier chico, cualquier hombre, era digno de confianza. Había aprendido que no había nada que pudiera hacer, no importaba cuántas lecciones aprendiera a lo largo de su vida: iba a suceder, de cualquier manera.

Y así fue.

—¿Qué opinas? —António Moniz saca algunos billetes de su bolsillo. Le toca pagar la cena.

Santos termina de tomar su espresso, deja la taza con cuidado en su platito.

—Creo que el marido está metido en algo y la mujer no sabe nada al respecto.

Por supuesto, piensa Moniz. Este es el talón de Aquiles de Santos: rápida para creer a una mujer, rápida para culpar a un hombre. Y a menudo tiene razón: es más frecuente que hay criminales hombres que mujeres. Mucho más frecuente. Pero cada caso es una nueva tirada de dados, y con cada tirada existe la probabilidad que quizás esta vez sea la mujer la que mienta, conspire, cometa un crimen. O tal vez solo sea una esposa histérica.

—¿Otra mujer? —pregunta Moniz.

—Lo dudo. La primera hora de la mañana no es momento de escabullirse para una cita, ¿verdad?

—Por favor. —Moniz sonríe—. ¿Qué sé yo de eso?

—No —dice Santos, ignorándolo—. Creo que la senhora Pryce tiene razón: su marido se subió a un coche. Pero todavía no tengo una teoría de por qué. ¿Y tú, António? ¿Qué opinas?

Moniz duda antes de responder. El hecho de que a muchas mujeres sinceras no se las haya creído en el pasado no significa que esta mujer en particular, ahora, esté diciendo la verdad. Pero sabe por experiencia que esto no es algo que Santos esté dispuesta a escuchar.

—¿No ha venido demasiado temprano a vernos esta mañana? ¿Su marido ha desaparecido durante solo dos o tres horas y ya sale corriendo a llamar la policía, en una ciudad extranjera, donde no habla el idioma?

—Oh, me parece perfectamente razonable. Si esas dos o tres horas son al final del día, entonces de acuerdo, hay muchas explicaciones relativamente inofensivas. Tal vez esté en un bar, o comprando

drogas, o tal vez ha encontrado a otra mujer, o tal vez esté perdido, o su teléfono no funcione, o tal vez haya tenido un accidente de coche. Y ninguna de sería una buena noticia, pero tampoco una razón para estar aterrorizada. Pero ¿que desaparezca a primera hora de la mañana? —Santos niega con la cabeza—. Si yo fuera esta mujer, también estaría preocupada.

—Está bien, pero ¿te preocuparía tanto como para ir a denunciar su desaparición a la policía? ¿Y a la embajada? ¿No ha sido tal vez estar demasiado asustada? ¿Demasiado pronto?

—¿Qué más puede hacer ella? ¿Qué debería hacer? ¿Nada?

Moniz no está convencido, pero sabe que es importante respetar, o al menos complacer, las convicciones de otras personas. Sobre todo, las de tu compañera de trabajo.

—Entonces, ¿qué crees que está pasando?

—Me sorprendería si no tuviera algo que ver con algo sexual.

Ariel está en medio de otro sector de Lisboa pintado en colores pastel cuando siente algo, un escalofrío se apodera de su columna haciéndola aminorar el paso, y luego nota un ruido, tenue y, sin embargo, alarmante, cada vez más fuerte, cada vez más cercano, está sucediendo rápido, y se da la vuelta cuando la moto está a veinte metros detrás de ella, el motor zumba, las ruedas chirrían hasta detenerse y ella salta a un lado, siente que ambos pies dejan el suelo, el instinto toma el mando…

El motociclista viste vaqueros negros y una chaqueta negra y un casco negro con una visera reflectante, no queda nada a la vista.

La mano enguantada se mete en un bolsillo de la chaqueta de cuero, y Ariel da otro salto y choca contra una pared, golpeándose el codo contra la piedra; duele como el infierno, y deja escapar un grito, y sus ojos se mueven rápidamente para escapar mientras el brazo del motorista se extiende y Ariel grita “¡No!” antes de darse cuenta de que lo que le está mostrando no es una pistola, no es un cuchillo, no es ningún arma, al menos no del tipo tradicional.

Mira fijamente ese guante de cuero que le ofrece esto: un teléfono móvil, a solo unos centímetros de su propia mano. En estos días, el arma más común de todas.

Vuelve a mirar hacia donde debería estar la cara del motorista, pero todo lo que puede ver en la amplia extensión de la visera es un reflejo de sí misma, con los ojos muy abiertos y aterrorizada, la frente arrugada y la boca abierta y los hombros encorvados hacia delante. Un animal acorralado.

La mano del motorista se extiende más lejos, acerca el teléfono hacia ella, y cuando Ariel lo coge con los dedos, la moto se aleja de la acera con las llantas chirriantes y el motor rugiendo, y Ariel se obliga a mirar para identificar cualquier detalle distintivo antes de que desaparezca, pero no hay matrícula, no hay marcas que pueda ver en la oscuridad creciente, nada que pueda describir a la policía que no sea una persona corriente de tamaño medio vestida de negro en una moto negra de tamaño mediano estándar, que después de solo unos segundos acelera y da la vuelta a la esquina, y Ariel puede oír el cambio de marchas y la moto acelerar otra vez después de doblar la curva cerrada, luego el ruido comienza a disminuir, y ahí es cuando se da cuenta.

El teléfono está sonando.

PARTE II

EL SECUESTRO

CAPÍTULO 12

Día 1. 6.55 p. m.

—Escucha con atención.

—Sí —dice Ariel. Trata de arrebatarles algo de control a sus emociones, a su voz, a su corazón acelerado, pero fracasa estrepitosamente—. Dígame.

—Tenemos a tu marido. —La voz del teléfono está distorsionada; no suena humana.

—Dios, no. ¿Él está bien?

—Si quieres volver a verlo con vida, me entregarás tres millones de euros en efectivo…

—¿Estás loco? Yo…

—Dentro de cuarenta y ocho horas.

—Pero yo…

—Sin negociaciones. Sin aplazamientos. Sin policía. Sin embajada. Lleva este dispositivo encima en todo momento.

—¿Quién eres?

La persona que llama deja escapar un estallido de risa sin gracia.

—¿Cómo sé que John todavía está vivo?

Ariel escucha una especie de ruido de arrastre, luego:

—Ariel, soy yo…

—¡John! ¡Dios mío! ¿Estás bien?

Y luego el ruido otra vez.

—Ahí lo tienes: está vivo.

—¿Qué quieres de él?

—Ya te lo he dicho: tres millones de euros.

—No tengo tres millones de euros. Mi marido tampoco.

—Pero conoces a gente que los tiene.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes dos días.

Y la llamada se corta.

CAPÍTULO 13

Día 1. 6:56 p. m.

Ahora ya no hay probabilidades inofensivas, ni explicaciones descabelladas, ni abogados del diablo, ni dudas razonables. Ahora es un hecho evidente: John no está simplemente desaparecido; ha sido secuestrado. Ahora todo es diferente.

—La hostia —dice Guido Antonucci—. Ha pasado algo bien gordo aquí en Chiado.

Nicole Griffiths está sentada en su escritorio y revisa una lista de invitados a confirmar para un evento, en busca de nombres cuestionables. A veces desearía ser una oficial de bajo nivel, como antes, poder estar en la calle todos los días, reclutar agentes, escabullirse por calles extranjeras, abordar a las personas que pueden darle información en los bares y en los burdeles y en los pasillos silenciosos de las conferencias profesionales, tener conversaciones clandestinas ocultas a plena vista. Ser jefa es una mierda. Cuando eres joven, la gente te lo advierte, pero es difícil de aceptar.

—Dime.

—La tal Pryce va caminando por la calle cuando, de repente, un motorista se le aparece, le da un teléfono y luego se aleja a gran velocidad. Pryce recibe inmediatamente una llamada en ese teléfono, que dura aproximadamente un minuto. Luego se queda allí congelada, con la boca abierta, como si acabara de escuchar que su perro ha muerto.

—¿O su marido?

—No, no lo creo. No está llorando, no se ha derrumbado, no se ha desmoronado. Si el marido de esta mujer acaba de morir, ella es

una asesina a sangre fría.

Griffiths conjetura si esa no es una posibilidad, pero se lo guarda para sí misma.

—¿Y qué ha hecho después?

—Ha salido corriendo, y he tenido que apartarme de allí antes de que me viera. Doblé la esquina y te he llamado. Jefferson la está siguiendo a pie ahora.

—De acuerdo. Mantenme informada.

Griffiths mira la hora. Tiene la sensación de que esto va a estropear su cita con Pietro. Su relación es estrictamente transaccional, y la transacción es estrictamente sexual. Así que a ninguno de los dos le molestará especialmente la cancelación, pero aun así. No es algo que le guste a ninguno de los dos.

—Sí. —Ariel suspira pesadamente—. Entiendo que es una solicitud inusual. Por favor.

—Es muy perturbador para los otros niños, señora Pryce. También para su hijo.

Un puñado de pequeños bulliciosos caminan riendo a carcajadas, ajenos a una crisis que se gesta entre ellos.

—Sí, y lo siento, pero es importante. —Es lo más importante, siempre.

¿Lo entenderá este hombre? Después de todo, dirige un campamento de día. Aquí es donde George ha pasado todos sus veranos, es lo que conoce de la estación, los animales de granja, los deportes acuáticos, la hiedra venenosa, las quemaduras solares, el sueño pesado de los justos. El campamento está a solo unos pocos pueblos de distancia, a quince minutos en coche, pero parece que los separara un continente. Un océano. Y ahora es así.

—Este es un momento de mucho lío, señora Pryce, estamos terminando de comer, los niños…

—Por favor, se lo ruego. Y, la verdad, no tendría que rogarle.

Silencio. Ariel ya se ha topado con este tipo de negativas antes; llama para saber de George todo el tiempo, con demasiada frecuencia en opinión de los jefes de campamentos, los directores de las escuelas, los entrenadores deportivos. Tal vez le fruncirían menos el ceño si explicara por qué lo hace, pero ella se niega.

—Lo siento, no voy a poner a su hijo al teléfono solo para que pueda confirmar que está bien. Estoy fuera, en el porche trasero, y puedo ver claramente a George: está sentado en el césped con otros cuatro niños. Está bien. Y lo siento, pero tendrá que conformarse con eso.

No, no es suficiente.

—Hola, mamá —dice Ariel. Llamó a Elaine inmediatamente después de cortar la comunicación con el director del campamento.

—¿Cariño?

—Mamá, ¿estás en mi casa?

—¿Dónde más podría estar?

—¿Va todo bien allí?

—¿Que si va todo bien? ¿Qué quieres decir?

—Escucha, necesito que hagas algo, y va a sonar extraño: necesito que hagas una bolsa con ropa suficiente para un par de días, para ti y George, y todas sus medicinas, y que lleves a los perros y algo de comida para ellos, y vayas a buscar a George al campamento, y…

—Oh, Dios mío, ¿George está bien?

—Sí. Pero necesito que lo lleves a algún lugar donde nadie lo busque. Ni a ti.

Elaine no responde durante unos segundos.

—Cariño, me estás asustando. ¿Qué ocurre?

—John ha sido secuestrado.

Elaine ahoga un grito.

—No estoy segura de qué está pasando exactamente —continúa Ariel—. Si se trata de John y del rescate, o si tiene algo que ver con…

A Ariel no le sorprendería que su teléfono estuviera intervenido desde que compartió su preocupación con la embajada, lo que probablemente no sea diferente de alertar a la CIA. Toda comunicación puede ser interceptada o manipulada, grabada y archivada, robada y filtrada, difundida a todo el mundo. Cualquier llamada, cualquier correo electrónico, cualquier aplicación de mensajería encriptada de extremo a extremo, cualquier foto íntima o conversación sexual o información privilegiada o nota de rescate. Ya no hay privacidad, ciertamente, en ningún teléfono móvil.

Tiene que suponer que alguien, en algún lugar, está escuchándola.

—O si tiene que ver con otra cosa —dice Ariel—. Con alguien más.

—¿A qué te refieres?

Se refiere a los secretos, enterrados durante mucho tiempo, de los hombres poderosos.

—Por favor, no vayas a un hotel, mamá. No vayas a ningún lado, tendrás que pagar con tarjeta de crédito. No uses mi teléfono fijo para hacer una reserva. Tampoco uses tu móvil.

—Entonces, ¿qué hago?

—Pregúntale a Pedro. —Ariel tiene una visión rápida y desagradable de Elaine deambulando por el campo, preguntando a todos los hombres latinos con los que se cruce si alguno de ellos es Pedro—. ¿Sabes quién es Pedro, mamá? Siempre lleva un sombrero de paja claro, mide un metro sesenta y cinco…

—Sí, querida, sé quién es.

—Bueno. Pídele prestado su móvil y úsalo para llamar a algún

amigo.

—¿A quién?

—¡No sé, decídelo tú! —grita Ariel. Luego suaviza su tono—: Por favor, encuentra un lugar, mamá, pero no me digas adónde vas. No se lo digas a nadie excepto a la persona que vas a visitar, y aun así, no uses tu propio teléfono. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí.

Ariel escucha ladrar un perro, suena como Mallomar. Cuando ella habla por teléfono, el perro marrón escucha atentamente, con la cabeza ladeada, y de vez en cuando trata de responderle. Eso es lo que está haciendo ahora.

—¿Qué debo decirle a George?

—Mañana es Cuatro de Julio —dice Ariel—. No hay campamento, así que los dos vais a vivir una aventura divertida. Tal vez podáis visitar a alguien que tenga piscina. —El pueblo donde vive Ariel no es el tipo de lugar donde Elaine conocería a nadie. Pero a una hora de distancia es una historia diferente.

—Supongo que puedo pensar en algo… Pero ¿qué explicación voy a darle?

—Cierra la llave de paso del agua. Esa será una buena razón.

Esto será algo que George comprenderá. Ocurrió hace unos años, su pozo se secó y Ariel tardó unos días en arreglarlo todo, en conseguir que ese tipo, ese bastardo, saliera en invierno y cavara un nuevo pozo, más lejos de la casa según el nuevo código urbanístico, y luego otros pocos días más para que el fontanero instalara las conexiones, y mientras tanto era difícil vivir sin agua corriente, por lo que finalmente Ariel, George y los perros se habían mudado a una habitación en la casa de un amigo, donde George durmió en un saco de dormir en el suelo, como si acampara bajo techo. Una experiencia memorable.

—Ve al sótano, busca la llave principal.

—¿Llave principal? No sé qué significa eso.

Elaine vive en una urbanización en un club de golf con un gerente y porteros, un lugar donde ella puede levantar el teléfono y decir que el inodoro está atascado o el radiador está frío y un hombre de uniforme con su nombre bordado en el pecho se presentará de inmediato, cargando una caja de herramientas, y tal vez tenga que ir a la ferretería por una pieza, y finalmente Elaine soltará un billete de veinte y él responderá "Gracias, señora Winston", y se llevará cualquier cosa que haya acarreado la reparación, envueltos en papel de periódico.

Antes, Ariel creía que el mundo funcionaba así: no tenías que saber hacer las tareas del hogar, sino que llamabas a las personas que sí sabían hacerlas y, cuando terminaban, te lo agradecían. Así había funcionado su infancia, y su dormitorio universitario, y sus apartamentos en Nueva York, donde vivió con otras mujeres jóvenes, luego sola, luego con su primer marido.

—Oh, cariño, ¿en qué te has metido? —Una vez más, la misma vieja suposición: que es culpa de Ariel.

—No puedo explicarlo ahora, mamá. ¿Puedes, por favor, hacer esto por mí? Te lo contaré todo más tarde.

Oye a su madre respirar con dificultad, tal vez esté sollozando.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

—No, claro que no estoy bien. Estoy asustada, esto es una locura.

—Lo siento. —Ariel quisiera asegurarle a su madre que no hay nada de qué preocuparse, pero eso sería contraproducente. Y tal vez no sea cierto.

—De acuerdo, ya estoy en el sótano.

—La llave principal es una manilla roja que sale de una tubería, cerca de la bomba que está en el suelo; tiene un trozo de hilo rojo atado alrededor, y una etiqueta colgante que dice "llave principal". ¿La ves?

—Sí.

—Ahora ciérrala.

—¿Hacia qué lado?

Ariel levanta la mano derecha para recordar.

—Gírala a la derecha, en el sentido de las agujas del reloj. —Al igual que con los pedales de los coches, su cuerpo lo sabe, pero no necesariamente su mente—. Después de cerrarla, todavía habrá algo de agua en las tuberías y una sola descarga en la cisterna de cada inodoro, pero después de eso, las cisternas no se volverán a llenar, no podréis usarlas. Enséñale los grifos vacíos a George.

—¿Quieres que le mienta al chico?

—¿Si quiero? No, mamá. No quiero que mi madre le mienta a mi hijo. Tampoco quiero que secuestren a mi marido en Portugal. Lo que quiero es que George y tú estéis a salvo, que mi hijo no esté aterrorizado, y este es el plan que se me ha ocurrido, y si tienes una idea mejor, por favor, desde ya, soy toda oídos.

Comprar una casa de campo de doscientos años de antigüedad no fue la más razonable de las muchas decisiones que Ariel tomó durante aquel año trascendental que definió su vida. De hecho, fue una irresponsabilidad, como comprar un coche antiguo cuando no sabes qué es una caja de cambios. Si no tienes paciencia ni dinero ni conocimiento, no es sensato elegir cosas viejas y complicadas.

Ariel no sabía cómo funcionaba la casa. Tampoco sabía cómo funcionaba su flamante bebé; ninguno había venido con un manual de uso. A diferencia de su cepillo de dientes eléctrico, que incluía un folleto de treinta y dos páginas de instrucciones.

Los primeros años en la granja fueron un ejercicio de frustración casi continua, una cosa tras otra se rompía, goteaba, fallaba, y cada problema se agravaba por la humillación que Ariel sentía al no poder responder preguntas prácticas sobre su propia casa: ¿la calefacción era eléctrica o de vapor?, ¿dónde estaba la fosa séptica y cuándo se vació por última vez?, ¿qué nivel de energía eléctrica

tenía?, ¿de dónde salía el agua? Ella no sabía una puta mierda de todo eso.

Empezó a preocuparse porque el agua del grifo tenía un sabor extraño. ¿Era así? A veces, las cosas que experimentas todos los días son difíciles de juzgar. Ariel le preguntaba a cualquiera que viniera a visitarla; recibió diferentes opiniones. Llamó a un servicio de pruebas que envió a un tipo a tomar una muestra para analizarla en un laboratorio y luego le enviaron por correo electrónico un análisis que ni siquiera entendió, como si estuviera escrito en otro idioma.

El agua era alcalina, le explicó el hombre por teléfono. Un filtro resolvería fácilmente el problema.

Unas semanas más tarde llegó Jeb Payne y bajó a su sótano a medio edificar: suelo de tierra, paredes de mampostería tosca sin revocar, una habitación espeluznante llena de telarañas y cosas mecánicas que no entendía, iluminada por una bombilla desnuda que colgaba desde el techo bajo, y rodeada por todas partes de túneles excavados y poblados por ratones y ratas y mapaches y zarigüeyas, que peleaban y follaban y anidaban y morían; el hedor de roedores muertos era constante durante el invierno.

—Eh —dijo Payne, acercándose a la gran cosa con forma de bala que parecía una parrilla de barbacoa futurista—. Parece que ya tienes un sistema de filtrado de agua. —Puso su mano fornida sobre la cosa, sus dedos como salchichas, y se volvió hacia ella—. Es este.

Ariel detestaba ver la condescendencia en su rostro, como si se estuviera conteniendo para no reírse de ella.

—Parece que está desconectado. —Se inclinó, examinó una manguera, una tubería—. ¿No sabes por qué? —Volvió a mirarla de reojo por encima del hombro, un gesto odioso—. No, supongo que no.

Ariel sentía la vergüenza subir a sus mejillas y sabía que él también podía notarla.

En ese momento, se odió a sí misma por ser esta clase de persona, con esa incompetencia pasada de moda, una mujer a merced de un

hombre como ese, cuya arrogancia era la consecuencia natural de sus propias elecciones, de las elecciones de su madre, de las elecciones de la sociedad sobre lo que los hombres saben hacer, lo que las mujeres saben hacer y lo que no.

Él fue la gota que colmó su vaso.

Ariel llamó al fontanero y al electricista. “No”, admitió, “no es una emergencia. De hecho, nada grave”. Pagó a cada operario por una hora de su tiempo para recorrer la casa y explicarle las cosas mientras ella tomaba notas y hacía preguntas: para qué es esto, cómo funciona esto, por qué está aquí. Fue humillante, pero también una inversión que valió la pena para evitar futuras humillaciones: exhibió su ignorancia para vencerla.

Y fue más allá de los servicios técnicos a domicilio. Lo aplicó a todo: Ariel decidió poner toda su vida bajo su propio dominio, para descubrir cómo hacer las cosas por las que había estado pagándoles a otras personas para que las hicieran por ella. La mayoría no eran tan complicadas. Solo se necesita estar dispuesta a intentarlo.

Ariel nunca había querido ser una mujer que mirase todo a través de la lente del miedo, de las peores hipótesis, de las conductas de escape, de vivir a la defensiva, de la desconfianza y el antagonismo, de la evasión de riesgos. Quería ser una persona que saliera al mundo sin temor, aun cuando no saliera en absoluto; quería mantenerse impávida incluso acostada en su cama.

La vida presenta muchas opciones, algunas de ellas superficiales, sobre cómo te ves, te vistes y te peinas, pero también sobre todo lo demás: cómo crías a tu hijo, cómo ganas tu dinero y lo gastas, qué tipo de amigos tienes, qué haces con tu tiempo libre, gatos o perros, vino o cerveza, dieta vegetariana u omnívora, sedán o camioneta. Innumerables opciones para elegir. Ni siquiera nos damos cuenta de que estamos escogiendo muchas de ellas; no reconocemos que somos libres de hacerlo.

Pero lo somos. Ariel se obligó a analizar detenidamente sus opciones. A elegir deliberadamente.

Lo que eligió fue ser una persona que sabe cómo funciona la

fontanería de su casa. Una persona que entiende la mecánica fundamental de la camioneta que conduce, la finca que posee. Eligió ser alguien que investigará cómo hacer casi cualquier cosa y luego la hará: redactar un contrato de subarrendamiento, cambiar una rueda pinchada, reparar un grifo que gotea, hacer el balance de su contabilidad y presentar su declaración de impuestos, construir una casa en el árbol y hacer una fogata, volver a encender la luz piloto de un calentador de gas, usar cinta y masilla y arena y pintura para reparar un panel de yeso.

También eligió ser una mujer que sabe cómo defenderse. Y hasta cómo matar a alguien con sus propias manos.

CAPÍTULO 14

Día 1. 7.21 p. m.

Ariel llega a la siguiente intersección y se da cuenta de que no está segura de dónde está ella, ni de dónde está su hotel. Dobla a la izquierda, camina unos pasos, luego vislumbra el río colina abajo.

"Mierda". Ha ido en dirección contraria y se ha alejado un buen trecho del camino, lo que significa que tendrá que pasar otros cinco minutos caminando, expuesta, vulnerable. Vuelve sobre sus pasos hasta la esquina, da la vuelta…

Ariel siente que se le corta el aliento, pero se obliga a no reaccionar visiblemente.

Él está al otro lado de la calle y camina lentamente hacia ella, como si acabara de dar un paseo.

Casi no tiene tiempo para tomar la siguiente decisión. Una vez más, puede retroceder y huir. O puede fingir que no lo ve, que no lo reconoce, que pasa de largo. O puede enfrentarse a él.

Se ha cambiado la parte superior de la ropa, ahora lleva una camiseta gris de cuello redondo en lugar de la camisa azul. Pero los pantalones caquis son los mismos, con pliegues en la parte delantera, aunque menos marcados. Y son los zapatos de aspecto ortopédico los que realmente lo delatan.

Podría atacarlo. Durante gran parte de la vida de Ariel, nunca se le habría pasado por la cabeza atacar; le habría parecido descabellado, imposible. Ya no.

Baja de la acera y comienza a cruzar la calle. Podría hacerlo. Ya lo ha hecho antes.

Fue hace dos años. George estaba jugando en casa de un amigo y

los trabajadores de la granja se habían ido a las cuatro y media, como siempre. Así que Ariel estaba sola cuando escuchó que un camión se detenía en el sendero de entrada.

Primero, supuso que se trataba de alguien de la empresa de riego, a la que había llamado unos días antes, pero no se habían comprometido a decir cuándo habría un equipo disponible para acudir.

Ariel estiró el cuello para mirar por la ventana y fue entonces cuando vio quién era. Ni anunciado, ni invitado, ni bienvenido.

Una de las cosas que Ariel echa de menos de vivir en la ciudad es la abundancia de opciones. En restaurantes y bares, librerías y boutiques, tiendas de artículos para el hogar y ferreterías y pantallas de lámparas y todo: si no te gusta un comercio o la gente que trabaja ahí, te puedes ir a otro, u otro, u otro. Aquí no. Este pequeño pueblo no tiene opciones, ni de tiendas que frecuentar ni de personas con las que interactuar. Solo hay un ortopedista, una juguetería, un farmacéutico. Y para los problemas de fontanería, solo un tipo, que es exactamente la clase de pervertido con la que Ariel elegiría no tratar si tuviera otra opción. Pero no la tiene.

Salió al porche, miró hacia un lado de la calle y luego hacia el otro.

—¿Hola? —Trató de dar a esas dos sílabas un tono de duda, desgana y frialdad, pero no de abierta hostilidad. No quería iniciar una pelea, a menos que tuviera que hacerlo, pero no en una situación como esta. Sin ruta de escape. Sin testigos.

Jeb Payne se bajó de su enorme camioneta y se subió los pantalones. Todavía no tenía tanto sobrepeso como llegaría a tener, pero había engordado mucho desde la primera vez que la visitó para reparar el filtro de agua.

—Hola. —Se acercó a ella con una gran caja de herramientas.

—No te he llamado yo, ¿verdad? —Ariel sabía con certeza que no. Pero esperaba que enmarcar esto como una pregunta sería menos conflictivo.

—No. Estoy aquí para el seguimiento que se hace cada tres años. Es parte de nuestro servicio. Para, eh, clientes especiales.

—No es necesario. —Ariel se cruzó de brazos, de pie frente a la puerta—. Todo funciona bien.

—Me alegra saberlo. —Sonrió—. Pero tengo que comprobarlo de todas maneras. Es parte de nuestro trato. —Como si no hubiera entendido la primera vez.

—De verdad, no es necesario.

—De verdad debo hacerlo —dijo. Ya estaba en su porche—. Me llevará solo un minuto.

Estaba de pie ante la puerta mosquitera, pero no tocó el picaporte, como si hiciera una distinción entre haber venido sin que lo llamaran y el innegable delito de entrar sin permiso explícito. Ariel tuvo la sensación de que Payne había aprendido de su primo agente de policía todos los detalles más sutiles de cuándo entrar en una vivienda es allanamiento.

—¿Me permites? —preguntó.

Ariel no quería dejarlo pasar. Pero ¿iba a decirle: "No, no te lo permito, por favor vete"? Esperó un segundo para dejar ver su reticencia, pero Payne no retrocedió. Ella no quería convertirlo en una situación abiertamente antagónica, pero esa parecía ser la única alternativa a menos que lo dejase entrar.

Se hizo a un lado para que él pasara, pero se quedó en el porche, dudando. Miró la camioneta de Payne, que bloqueaba la suya en el camino de entrada. Volvió a mirar la carretera aislada y vacía, por donde pasaban muy pocos coches a cualquier hora del día. Miró hacia la casa de su vecino más cercano, a unos cientos de metros de distancia, ningún Buick en el camino de entrada; Cyrus probablemente estaba en el club de veteranos, donde se tomaba una o dos cervezas casi todas las tardes.

Ariel percibió malas vibraciones. Tal vez no fue una coincidencia que estuviera sola.

—¿Te molesta si cojo un vaso?

—En la alacena a tu derecha —dijo Ariel, todavía fuera.

Payne vertió agua en un vaso y bebió un trago. Dejó el grifo abierto.

—¿Es este el sabor que tiene siempre? —Todavía estaba de pie ante el fregadero, con el vaso apuntando en su dirección, tratando de atraerla dentro.

Se preguntó si estaba exagerando; ya la habían acusado de eso antes. Parecía poco probable que ese hombre hubiera ido allí, a plena luz del día, con la intención expresa y premeditada de atacarla. Pero, definitivamente, tampoco era imposible.

Ariel entró. Ignoró el vaso en la mano extendida de Payne y, en cambio, buscó uno nuevo en el estante, lo llenó y bebió un trago. Pero no prestó atención al sabor del agua.

—Me parece bien.

—Mmm. —Él hizo una mueca de desacuerdo—. Tengo que ir al sótano, revisar tu… eh… aparato. Deja correr el agua para que podamos obtener una muestra pura. Volveré en unos minutos.

Salió y Ariel respiró aliviada. Siguió preparando la cena, sumergiendo rebanadas de berenjena en harina, luego en huevos batidos, luego cubriéndolas con pan rallado, las manos embadurnadas y pegajosas.

De pronto Payne regresó al porche, con los perros detrás de él. Se sentían obligados a supervisar a los visitantes.

—Eh —dijo.

Ariel se lavó las manos en el agua que todavía corría, luego se volvió hacia la puerta mosquitera, pero no se acercó.

—¿Todo bien?

—¿Puedo entrar? Necesito otra muestra.

Nuevamente vaciló antes de decir: “Supongo que sí”. Quería que se notara claramente su desinterés.

Payne llenó un par de tubos de ensayo y luego cerró el grifo.

—En una semana más o menos tendré los resultados.

—Está bien —dijo ella—. Gracias por venir.

Él no hizo ningún movimiento para irse. Miró la encimera, los tazones de ingredientes, luego sus ojos se dirigieron de nuevo hacia ella, comenzando por sus piernas y moviéndose hacia arriba lentamente.

—Bueno, debería irme —dijo, afectando el acento extrafuerte que los hombres de la zona a veces usan para demostrar que son del campo, para distanciarse de los advenedizos de la ciudad.

—Bueno —dijo—, gracias de nuevo por venir.

—Pero no tengo prisa. —Sonrió—. ¿Qué tal una cerveza?

Durante toda la visita de Payne, Ariel sintió que algo malo la molestaba, como un pequeño cosquilleo en la parte posterior de la garganta, al que puedes ignorar hasta que toses y te duele.

—Ah, no, no puedo. Tengo que preparar la cena; mi hijo llegará en cualquier momento.

Ariel miró la encimera y notó que no había ningún cuchillo al alcance de la mano.

—De hecho, tengo invitados —mintió—. Estarán aquí pronto.

Nada de esto era cierto, y la sonrisa de Payne le dio a entender que él lo sabía.

—Tienes una fiesta, ¿eh?

Ariel había aprendido la lección; por supuesto que sí. Sabía lo que tenía que hacer y cuándo. Pero esto era algo difícil, decir que no, hacerlo en voz alta, para asegurarse de que no haya ninguna

interpretación alternativa, ningún posible malentendido, ningún indicio de ambigüedad.

—No, no es una fiesta.

Dio un paso hacia ella.

—Me gusta salir de fiesta.

Para hacer de tripas corazón y decir: “Por favor, vete”.

—¿Y a ti? Te gusta ir de fiesta, ¿no?

Para decir: “Insisto”.

—Escucha —comenzó Ariel. Él ya estaba demasiado cerca. Era un hombre grande, le sacaba treinta o treinta y cinco kilos y más de una cabeza; ella no quería que se convirtiera en una pelea física.

Para decir: “Vete ahora mismo, o llamo a la policía”.

—Me estás haciendo sentir incómoda. —Ariel se miró el calzado, las botas con punta de acero.

—¿Incómoda? —Como si hubiera dicho una ridiculez—. Venga, no seas así.

—Pero soy así. —Lo miró a los ojos, tratando de parecer firme. Ser firme.

—Vamos. —Payne dio otro paso, la tenía al alcance de la mano. Hizo otra mueca de desprecio, como si estuvieran jugando un juego un poco divertido.

—Por favor, me temo que tengo que pedirte que te vayas.

Estiró la mano hacia Ariel y ella la apartó con un manotazo. Su sonrisa torcida se derrumbó en un gesto de enfado; toda su cara se oscureció.

—¿Qué pasa? ¿Eres una maldita tortillera, como dice la gente?

No había razón para añadir hostilidad o pedir calma. Ninguna de

las dos actitudes la ayudaría.

—Yo les he dicho que no, que no puede ser.

Ariel sintió que se le aceleraba el pulso, que le temblaba la mandíbula, que todo su cuerpo se tensaba. Ahora estaba segura de que esto iba a terminar mal, solo era cuestión de qué tipo de final, si alguien terminaría en el hospital o muerto. Y quién de los dos iba a ser.

—A esta chica —sonrió Payne— le gustan las pollas. Lo sé.

Esta vez su mano salió disparada rápidamente y agarró a Ariel por sorpresa, aferrándola por el cuello. Era un hombre grande con manos grandes y fornidas. No estaba en forma, pero definitivamente era fuerte. Ariel sintió el reflejo de vómito.

Los perros ladraban sin parar en el porche, en el lado equivocado de una puerta cerrada.

Ella estaba preparada para esto, ¿no? Se había entrenado, había practicado. No solo en general, no solo en abstracto. Se había preparado específicamente para esto.

No tendría sentido pisarlo con la puntera reforzada de su bota, con lo que solo conseguiría hacerse daño a ella misma. Así que se saltó ese paso; levantó la pierna con rapidez y cuidado, y apuntó la rodilla directamente a la entrepierna de Payne con todas sus fuerzas, para que el impacto fuese lo más doloroso posible, y él aulló y le soltó el cuello, y antes de que él retrocediese, Ariel le dio un golpe con el brazo derecho, no cualquier tipo de gancho, sino simplemente un jab recto y rápido (la precisión y el ángulo eran mucho más importantes que el poder) con la base de su mano en lugar de los nudillos, apuntando a la nariz desde abajo hacia arriba, la muñeca firme, el brazo extendido, impulsando la parte inferior de su cuerpo también, todo el peso de sus cincuenta y ocho kilos en una violenta colisión contra los huesos pequeños y delicados de la nariz respingona de este enorme hombre, la sangre brotaba y él se inclinó, y ella dio un paso hacia un lado y cogió una sartén de hierro fundido y la arrojó hacia la cabeza de Payne, que ahora estaba situada justo a la altura de la cadera de Ariel, y la sartén

impactó con un sonido metálico estrepitoso, y él cayó con un ruido sordo que hizo vibrar el suelo de la cocina.

Ariel corrió hacia la mesa y cogió un cuchillo de trinchar de su soporte.

—Debería matarte.

Estaba de pie a su lado, sin darle a Payne ninguna posibilidad de darle una patada. Él se retorcía del dolor en la entrepierna, la nariz, la mejilla que lucía un corte grande, posiblemente tenía el pómulo roto, la nariz rota.

—De hecho, tal vez lo haga.

—¡No! —Separó una de las manos con las que se cubría su rostro, la levantó con la palma ensangrentada frente a ella, protegiéndose de la larga hoja del cuchillo.

—Ruega, hijo de puta. Ruégame que no te mate.

—Por favor —suplicó, arrastrándose hacia la puerta.

Ariel se mantuvo firme, con el cuchillo de cocina en una mano y la sartén en la otra, jadeante, fulminándolo con la mirada, como un personaje trastornado de una película de acción que podría llamarse Madre vengadora.

—Por favor —repitió él.

Pensó en llamar a la policía. Pero no quería distraerse, darle tiempo o espacio para hacer ningún movimiento. En ese momento podía parecer que ella había ganado la pelea, pero también era posible que él estuviera reuniendo fuerzas para levantarse y atacarla.

O podía ser que tuviera un arma en el camión. Con esa pegatina de rifles cruzados en el parachoques, estaba garantizado, ¿no? Seguramente había un arma de fuego en ese vehículo, y él vendría corriendo por los escalones del porche con ambas manos ensangrentadas sosteniendo una semiautomática y dispararía indiscriminadamente, mataría a los perros primero, luego giraría el cañón hacia ella…

Ariel podía ver este resultado tan claramente que le parecía inevitable.

Bajó los escalones a saltos mientras comprobaba la posición de ambas camionetas, y confirmaba que no había manera de que pudiera maniobrar la suya más allá de la de él; había árboles en el medio y también el garaje. Y si huía a pie, él la perseguiría fácilmente en su camioneta antes de que pudiera ponerse a salvo. Le dispararía a través de la ventanilla, como el deportista antideportivo que definitivamente era.

Ariel abrió la puerta de la camioneta de Payne, buscó debajo del asiento y no encontró nada más que basura; metió la mano en el compartimento de la puerta y halló más basura.

Miró hacia atrás y vio que se había puesto de pie y cruzaba el porche con cautela. Como un animal herido que lucha por su vida, humillado y enfadado e irracional. Más peligroso que nunca.

No había ningún arma en el espacio entre los dos asientos.

Tropezaba por las escaleras. Los perros lo flanqueaban, le ladraban, pero no lo atacaban.

No había un arma debajo del asiento del copiloto.

Se tambaleaba hacia ella por el camino de losas. Estaba a solo veinte metros de distancia.

Extendió completamente su cuerpo sobre el asiento del conductor, estiró la mano para golpear el botón que abría la guantera, pero no pasó nada, mierda, así que lo golpeó de nuevo y nada.

Estaba a diez metros de distancia.

Así que golpeó la pequeña puerta con la palma de la mano y, finalmente, esta se abrió, expulsando un manómetro de neumáticos y una botella de analgésicos y un Twix, todas esas porquerías cayeron sobre la sucia alfombra del suelo, dejando el compartimento vacío excepto por un objeto más grande y pesado, una pistola semiautomática, anclada en su lugar por su propio peso. Cogió el arma, se impulsó hacia atrás a ciegas, boca abajo, salió

volando del asiento del conductor por la puerta. Uno de sus pies se apoyó en el peldaño de goma del camión, pero el otro no, perdió el equilibrio y aterrizó sobre su trasero, una fuerte sacudida, y luego la parte de atrás de su cabeza chocó contra el camino de guijarros, y todo se oscureció por un instante, pero la oscuridad rápidamente se convirtió en estrellas que estallaron y luego pudo verlo parado directamente encima de ella, justo delante del cañón del arma que mantenía apuntando a su cara.

Soltó el seguro.

—Retrocede, cabrón —dijo.

Ariel se arrastró hacia atrás, empujándose con una mano mientras la otra sujetaba firmemente el arma. Dejó de apuntar a la cabeza de Payne y se dirigió al objetivo más grande y más fácil del centro de su pecho. Ariel tenía muy poca experiencia disparando armas, pero no pensó que fallaría a un metro, o dos o tres, que era la distancia a la que se encontró cuando se hubo levantado.

Su mente se aceleró en un debate interno, que ya había tenido antes, pero solo en su imaginación, en abstracto, sobre otro hombre. Ahora era concreto, era real, era este hombre. Sabía que, de cualquier manera, probablemente pasaría el resto de su vida cuestionando su decisión.

—Vete de aquí, hijo de puta —dijo.

Y él se fue.

CAPÍTULO 15

Día 1. 7.22 p. m.

Ariel cruza la calle en diagonal hacia el lado del tipo de los pantalones caquis, acortando rápidamente la distancia entre ellos. Él trata inútilmente de fingir que la ignora.

Ya ha aprendido esta lección más de una vez: si parece que un hombre te va a atacar, te atacará. No hay que limitarse a esperar que haya otra explicación; no hay que esperar hasta que realmente ataque antes de tomar una acción defensiva. La mayoría de las veces, eso es simplemente salir volando. Pero otras veces, sin embargo, correr es imposible, desaconsejable o contraproducente. Como ahora.

Ariel busca una botella de agua en su bolso, abre la tapa, la sostiene contra la boca. Él se está acercando, solo unos segundos. Tiene la botella en la mano izquierda; el hombre está de su lado izquierdo.

Solo unos pocos pasos, otros pocos segundos… Ahora.

El pueblo donde vive Ariel es tranquilo, especialmente en invierno, sin veraneantes rondando. Ves a todos. En la gasolinera, el supermercado, la cafetería, el cine y la farmacia y el ayuntamiento. Ves a las personas que conoces caminar por la calle principal, cruzar el aparcamiento de la plaza comercial hacia el local de comida china para llevar, o salir de la pizzería. Ves sus coches y camionetas adelantarte en la carretera, sabes qué vehículos conducen, reconoces los de tus amigos a medio kilómetro de distancia. También los de tus enemigos.

Veía a la esposa de Jeb Payne continuamente; una mujer de aspecto infeliz que llevaba y traía a tres niños en un Siena beis a los entrenamientos de fútbol y al colegio. Ariel también veía al primo de Payne, Brooks, el policía. Los dos habían crecido juntos, como

uña y carne toda su vida. Esta fue la razón por la que Ariel no había recurrido a la policía. Una de las razones.

Un par de meses después del ataque, Ariel se encontró de pie detrás de Beverly Payne y dos de sus hijos en la caja del supermercado; el mayor estaba fuera, encorvado, mirando una pantalla.

Sintió el impulso de decirle algo a esta mujer. Pero ¿qué? ¿Para lograr qué? Por supuesto, Ariel quería hacerle daño a Payne, claro que sí. Pero ¿quería hacerle daño a Beverly?

"¿Sabes cómo le rompieron la cara a tu marido?". Esto es lo que podría haber preguntado. Beverly le devolvería la mirada, humillada, a la defensiva. No importaba qué historia se hubiera inventado Payne, esta mujer probablemente sospechaba la verdad. Puede que ya hubiera sucedido algo así antes, tal vez incluso a la propia Beverly. Al menos una de cada diez mujeres casadas ha sido violada por su pareja. Beverly no debía de ser ajena a la violencia de su marido.

"No sé de qué estás hablando", es lo que seguramente respondería, rápida y enfadada, y luego se alejaría esperando que la conversación terminara ahí.

"Soy yo quien le hizo eso en la cara", diría Ariel cerca de la nuca de Beverly. "¿Sabes por qué?".

Los hijos mirarían a Ariel boquiabiertos, comprenderían implícitamente que esta conversación en el supermercado era algo importante. Algo que define la vida de alguien. Y las vidas que se definirían serían las suyas.

"Porque trató de violarme".

Uno de los niños dejó caer su vasito, que rodó en dirección a Ariel. Beverly escuchó el sonido y se volvió mientras Ariel se arrodillaba para recogerlo. Se quedó en cuclillas para alcanzárselo al niño.

—¿Qué tal, Cole?

—Gracias, señora.

Ariel volvió la mirada hacia Beverly, quien también dijo:

—Gracias.

No, esta mujer no era enemiga de Ariel. Era una compañera de combate.

La idea de que hubiera una sola calle principal fue una de las cosas que le gustaron de mudarse a un pueblo pequeño, la promesa de algo puro, algo inocente en lo que Ariel quería creer, los personajes extravagantes detrás de los escaparates de cristal de las tiendas pintorescas, las charlas amistosas y las sutilezas superficiales de la vida pueblerina. Esperaba que fuese el antídoto para todo lo malo de su vida en la ciudad y se aferró a esa ilusión durante mucho tiempo, demasiado, de la forma en que te aferras a tu última esperanza: desesperadamente.

Ariel se sintió menos segura después de haberle dado una paliza a Payne; se preocupó por una posible venganza. Él sabía dónde vivía, dónde trabajaba, dónde compraba, comía y llenaba el depósito de gasolina, dónde iba su hijo al colegio, a béisbol y a natación. Sabía cuándo estaba sola, sabía lo vulnerable que era. Y su mejor amigo era policía.

Pensó en conservar la semiautomática para defensa propia, pero conocía las estadísticas. Poseer un arma solo aumentaría la probabilidad de que ella misma recibiera un disparo. Entonces, en lugar de eso, limpió sus huellas dactilares del arma con aceite mineral y luego usó un cordel para atarla a un bloque de cemento que encontró en la playa y lo dejó caer desde un puente a un canal profundamente dragado. Pero Ariel no tenía dudas de que Payne poseía otras; el hogar promedio de quienes usan armas tiene ocho de ellas.

Continuó tomando clases de defensa personal para practicar cómo enfrentarse a diferentes tipos de peligros físicos, usando diversas tácticas. Se hizo más fuerte, más rápida, más confiada. Aprendió muchas formas de protegerse.

“Bueno”, le dijo a su instructor de artes marciales, solo unos meses atrás. “Ahora quiero aprender a atacar”.

Ariel no dejaba de preguntarse si debería haberle disparado a Payne. ¿Era la muerte un castigo justo por una agresión sexual? Eso era discutible. Pero mientras ese idiota estuviera vivo, caminando libremente, nunca se sentiría segura. ¿Y qué castigo era proporcional a eso?

No tenía fe en que la policía investigara. No confiaba en que el sistema judicial le proporcionara un remedio. Ariel no quería matar a nadie, pero sí quería dormir tranquila. Quería justicia. ¿Quién podría dársela?

Nadie.

Está a solo unos pasos de este hombre que la ha estado siguiendo. Tres pasos, dos, ahora…

Ariel cae hacia delante, como si hubiera perdido el equilibrio y estuviera a punto de caerse, y suelta la botella de agua, que cae a los pies del hombre. La tapa sale volando y un chorro de agua salpica el zapato de aspecto ortopédico, él se inclina instintivamente para recuperar la botella o sacudirse el agua, por lo que su brazo está hacia abajo, su torso doblado, su rostro mucho más cerca de la cintura de lo que le gustaría si tuviera alguna idea de lo que le espera.

Ariel golpea su rodilla contra la cara del hombre y escucha el sonido de unos dientes contra los otros, un gemido cuando él cae y, mientras está caído, rápidamente le da una patada en el abdomen sin perder mucho tiempo en afinar la puntería, porque le hará daño igualmente, sin importar dónde caiga el golpe, y luego da un salto hacia atrás para alejarse de su posible alcance y recuperar el equilibrio.

—Por favor, para —pide él en un inglés inesperado, pero ella no se detiene ante esa sorpresa mientras prepara otra patada, esta vez más cuidadosa y fuerte, que será la que lo noqueará—. Estoy tratando de ayudarte —dice, y luego agrega algo ininteligible.

Ella apoya el pie en el suelo.

—¿Qué?

—Soy estadounidense. —Escupe un poco de sangre en la acera—. Estoy tratando de ayudar. —Se pasa la lengua por la boca, evaluando qué nivel de daño tiene en los dientes.

—¿Quién eres?

—Estoy tratando de ayudar —repite, y trata de sentarse.

—¿Ayudar con qué?

—Con tu marido. Soy de la embajada.

Desde media manzana de distancia, Pete Wagstaff observa con asombro cómo Ariel ahora tiene lo que parece ser una conversación civilizada con el hombre de la CIA al que acaba de golpear. Luego, una camioneta todoterreno con matrícula diplomática se acerca chirriando y Pryce se sube al asiento trasero con el tipo. Y todo esto solo unos minutos después de que esa moto apareciera de la nada, fuera lo que fuese.

Hasta hace una hora, Wagstaff pensó que Ariel Pryce probablemente era una pérdida de tiempo. Ya no.

CAPÍTULO 16

Día 1. 7:43 p. m.

Ariel es guiada nuevamente por los pasillos de la embajada, pero esta vez las personas que le indican el camino son muy diferentes de Saxby Barnes, el caballero-imbécil. Uno es el tipo mal vestido y de mediana edad a quien hace unos minutos Ariel le ha dado una patada con todas sus fuerzas en la acera. La otra es la joven negra que iba al volante de la camioneta todoterreno y había conducido a la velocidad de un piloto de carreras de regreso a la embajada, cuyos pasillos ahora están vacíos y silenciosos.

—Por aquí, por favor —dice la joven, y hace pasar a Ariel a una sala de reuniones donde otra mujer se levanta de su asiento y camina hacia ellas, con la mano tendida.

—Hola, mi nombre es Nicole Griffiths.

—Ariel Pryce.

—Gracias, chicos —les dice Griffiths a sus colegas.

Ellos se retiran y cierran la puerta. Ariel toma asiento ante la mesa de reuniones, que ya está preparada con una jarra de agua y un par de vasos. Ariel se sirve uno. Está sedienta.

—Bueno, iré directamente al grano, señora Pryce. ¿Han secuestrado a su marido?

Ariel no responde.

—¿Le dijeron que no hablara con nadie?

Ariel solo mira a la mujer.

—Por supuesto que se lo dijeron. Los secuestradores siempre lo

dicen. ¿Por qué no iban a hacerlo? Pero si usted habla, ¿qué van a hacer ellos?

—Oh, no sé, ¿tal vez matar a mi marido?

—Pero, si lo hacen, ¿qué ganan? Un rehén muerto y ningún motivo para que alguien pague un rescate. Se quedan sin nada con lo que negociar. Cometen un asesinato, matan a un ciudadano estadounidense… —La mujer se detiene—. Su marido es estadounidense, ¿no?

Ariel asiente con la cabeza.

—Entonces, matan a un estadounidense, por lo que tienen que lidiar con la ira de los Estados Unidos. Todo eso, sin obtener ningún beneficio. ¿Quién quiere algo así?

—Tal vez son psicópatas.

—En realidad, no es así como funcionan estas cosas.

—¿Cómo sabe usted cómo funcionan estas cosas?

La mujer solo sonríe.

—Me dijeron, específicamente, que nada de policía ni de embajada —insiste Ariel.

—¿Cómo se pusieron en contacto con usted? —Griffiths continúa ignorando sus objeciones—. ¿La llamaron al móvil?

¿Cuánta información debería compartir Ariel con esta mujer? ¿En qué podría perjudicarla? Tarde o temprano, alguien tiene que tomarla en serio. Tal vez ese alguien sea Nicole Griffiths.

—Un tipo que iba en una moto me entregó un teléfono.

—Interesante. ¿Cuánto le piden?

—Tres millones de euros.

Griffiths no se muestra sorprendida por la cifra. Con calma,

pregunta:

—¿Usted tiene tres millones de euros?

Ariel resopla.

—¿Hay alguna razón para que alguien piense que los tiene?

¿La hay? Ariel viajó en el avión en clase preferente, un capricho que a la mayoría de la gente ni siquiera se le pasaría por la cabeza, por un precio equivalente al de una caldera nueva de alta gama para su casa, con instalación incluida (garantizada para durar veinte inviernos), o al importe de los gastos veterinarios de un perro durante toda su vida, o incluso al precio de un coche de segunda mano en buenas condiciones. Pero también le había parecido la decisión más lógica. ¿Por qué debería sentarse en la tercera clase mientras John dormía cómodamente reclinado en la parte delantera del avión? Además, el billete de Ariel, aunque de precio exorbitante, es el único gasto que hizo con su dinero para este viaje; todo lo demás lo paga la cuenta corporativa de John.

—No —dice Ariel—. No somos… —No sabe cómo explicar lo obvio que es que ella y John no son ricos—. Mi camioneta tiene más de trescientos mil kilómetros.

Griffiths sonríe.

—Pero ¿aquí, en Lisboa? ¿Parece diferente aquí?

—Claro —admite Ariel—. Nos hospedamos en un buen hotel. Comemos en buenos restaurantes. Es un viaje de negocios, así que no nos trasladamos en mi camioneta oxidada. Aunque, por otro lado, tampoco viajamos en limusinas con chófer.

Los signos de estatus. Los manipulamos todo el tiempo: las diferencias entre gama alta y baja, la frecuencia con la que mostramos nuestro estrato social o detectamos el de los demás, la forma en que nos ven y valoran. El it bag de la temporada, el safari de vacaciones, el botón desabrochado de la manga del esmoquin. La manera de decir esmoquin.

El chófer que los había trasladado desde el aeropuerto de Lisboa

había sido cortés y estaba ansioso por hacer negocios en el futuro: "Por favor", dijo al entregarle a John una tarjeta de presentación. "En cualquier momento, para ir a cualquier parte". Pero no vestía traje, solo era un tipo con un Mercedes limpio. Relativamente limpio.

—No saltamos de una experiencia exorbitante a otra, tours privados, acceso exclusivo, superlujo. No vamos de compras a esas tiendas. —Ariel mueve la muñeca en un gesto desdeñoso hacia todas las boutiques caras del mundo, donde la gente mata el tiempo comprando zapatos y corbatas cuando no tiene nada mejor que hacer con su tiempo y su dinero.

—¿Su marido tiene éxito en su carrera?

Ariel se encoge de hombros.

—Tiene un buen trabajo.

—Si no le incomoda que pregunte, ¿qué significa eso, en términos de ingresos?

—Varía según las bonificaciones que recibe, pero el promedio es de unos cientos de miles al año.

Griffiths asiente: no son pobres, pero tampoco tienen tres millones de euros en efectivo.

—Y su nivel de vida en los Estados Unidos, ¿da la impresión de ser alto, aparte de su camioneta oxidada?

—No, no se me ocurre por qué alguien puede pensar eso. Vivo con mi hijo en una granja pequeña a un par de horas de Nueva York. John trabaja en la ciudad, por lo que duerme allí la mayoría de las noches de lunes a viernes en un apartamento modesto. Viene al campo los fines de semana.

—¿Ha dicho su hijo? ¿No es de John?

—George tiene trece años. Conocí a John hace uno.

—Ya veo. ¿Y qué me puede decir sobre el perfil John en las redes?

¿Hay algo que sugiera que puede ser alguien importante, bien relacionado o rico?

Muchas personas hacen grandes esfuerzos para parecer ricas en las redes sociales, especialmente aquellas que no lo son. Hasta se toman selfis junto a jets privados falsos, por el amor de Dios.

—No, John no tiene perfil ninguno. No tiene actividad en las redes sociales. Los dos somos “anti”.

—¿Por qué?

—Porque creo que las redes sociales están destrozando el mundo. John coincide conmigo.

—Es una actitud bastante cínica.

—Cínico es la palabra que usan las personas ingenuas cuando en realidad quieren decir lúcido —dice Ariel.

Griffiths deja que una sonrisa ascienda por sus labios.

—Tal vez nos hemos desviado un poco.

—En fin, mi marido y yo somos casi inexistentes en el mundo virtual.

—¿Es posible que haya sido secuestrado por algo relacionado con sus negocios?

—No tengo ni idea. Aunque usted no se lo crea, esta es mi primera experiencia de secuestro.

—¿Su marido negocia acuerdos comerciales grandes?

—Diez millones, o veinte. Más o menos.

—Veinte millones de dólares es mucho dinero.

—Sí, lo es, en efectivo. Pero no necesariamente en una inversión de una empresa de capital de riesgo.

—Tiene razón. ¿Hay alguna posibilidad de que su marido esté

implicado en un negocio ilegal?

—No se me ocurre cómo podría estarlo. Él es solo un consultor.

—¿Y usted? —pregunta Griffiths—. ¿Alguien puede llegar a pensar que tiene tres millones de euros escondidos en alguna parte?

A Ariel solo se le ocurre el nombre de una persona que podría pensar eso, y, definitivamente, no es el secuestrador.

—No.

—¿Conoce a alguien que posea esa cantidad de dinero? Un amigo, un pariente…

Ariel duda antes de mentir.

—No.

—Entonces, ¿qué planea hacer?

—Supongo que voy a tratar de obtener la mayor cantidad de dinero posible. ¿Qué más puedo hacer?

Griffiths continúa mirando a Ariel de una manera que parece vagamente suspicaz. Aunque tal vez su mirada no se dirige específicamente a Ariel, sino que forma parte de su máscara profesional.

—¿Cómo va a intentarlo?

—No estoy segura, pero voy a empezar por hablar con mi exmarido. Tiene algo de dinero. Probablemente no tanto, pero tal vez sirva para comenzar. De hecho, creo que debería llamarlo ahora mismo. ¿Puedo hacerlo aquí, en privado?

—Claro, le dejaré la habitación para que hable tranquila. —Griffiths se pone de pie—. Mientras usted hace esa llamada, ¿podemos revisar rápidamente el teléfono que le dieron los secuestradores?

Ariel está segura de que el dispositivo no tiene más huellas dactilares que las suyas. No es probable que se pueda rastrear la

señal hasta una persona, una tarjeta de crédito u otros números de teléfono. Ningún secuestrador cometería un error tan estúpido. Pero alguien compró el teléfono en algún lugar, en algún momento; esos son hechos que se pueden determinar y que pueden conducir a registros de vigilancia, pistas, ubicaciones.

—Por favor, háganlo rápido —dice Ariel—. Me dijeron que lo llevase encima en todo momento.

—Por supuesto —promete Griffiths—. ¿Puedo preguntarle algo más? ¿Tiene una buena relación con su exmarido?

—No, la verdad es que no —dice Ariel—. Hace catorce años que no nos hablamos.

—Joder, Guido, realmente estás hecho una mierda.

—Gracias, jefa.

—¿Por qué no te vas a tu casa?

Él niega con la cabeza.

—Estoy bien.

Griffiths se vuelve hacia Kayla Jefferson y le entrega el teléfono móvil.

—Mira a ver si puedes encontrar algo. Hazlo rápido. Lo quiere de vuelta lo antes posible, y no la culpo. Además, vamos a hacer escuchas en todos sus teléfonos, inmediatamente. Grábalo todo.

La joven se va corriendo. Jefferson no es una experta en informática, pero, para ser una oficial de operaciones sobre el terreno, tiene un sorprendente conocimiento tecnológico, lo que parece ser una habilidad de toda su generación. No puede decirse lo mismo de Antonucci y de la propia Griffiths, ambos pertenecientes a la generación que aún lucha por dominar el mando del televisor. Esa es la brecha que divide en dos a la comunidad: la generación anterior aún prioriza la inteligencia humana sobre todo, el tipo de información que se recopila en las interacciones cara a cara, los interrogatorios, las manipulaciones, las traiciones. Para los más

jóvenes, en cambio, solo importa el mundo digital. Si pueden encontrarlo todo virtualmente, ¿para qué hacer otra cosa?

No hay nada virtual en el estado de la cara de Antonucci. Todo el lado izquierdo está hinchado, como si le hubieran extraído la mitad de los dientes con unos alicates.

—Al menos, ponte algo de hielo —le dice Griffiths.

—En serio, estoy bien.

Antonucci sabe que, tarde o temprano, las burlas llegarán y serán despiadadas. Tal vez piensa que, si es estoico ahora, podrá aliviar parte de lo que vendrá. Está equivocado.

Pero Griffiths no va a empezar ahora a burlarse de él. Jefferson tampoco. A Antonucci se le otorgará un período de gracia mientras estén ocupados con esta operación. Incluso después de que termine, es posible que continúen mostrándose ecuánimes. Antonucci tendrá que esperar y esperar y esperar, con el tormento de saber que la humillación aún permanece en su horizonte. La espera podría incluso ser peor que la humillación misma.

—Lo lamento —le dice Griffiths. La verdad es que tiene mal aspecto —. Especialmente si esto al final no nos conduce a ninguna parte.

Se encoge de hombros. Antonucci ya ha pasado por situaciones como esta. Sabe que la CIA investiga muchas situaciones que resultan no ser nada, y esta puede ser una de ellas: otro secuestro de un ciudadano a cambio de un rescate. Nada relacionado con la seguridad nacional, nada que le incumba a la agencia. Cuando es así, pueden decidir devolver la investigación al consulado para que se coordine con la policía local, la Interpol, el FBI, cualquiera que sea el brazo apropiado de aplicación de la ley.

Pero ¿y si resulta que el caso, de alguna manera, implica la seguridad nacional, espionaje o terrorismo? Entonces, nunca es demasiado pronto para ponerse al día. Griffiths apostaría cien a uno a que este no resultará ser un asunto de la CIA. Pero no apostaría su carrera.

Como casi todo el mundo, en las últimas dos décadas Ariel compra un teléfono nuevo cada vez que la batería deja de cargar, falla el GPS, se cae dentro del fregadero con jabón u ocurre cualquiera de las obsolescencias planificadas que contemplan los fabricantes. Con cada nueva compra, que ocurre cada pocos años, transfiere todos los datos antiguos al nuevo teléfono, todas las fotos, vídeos, aplicaciones, contraseñas y listas de contactos antiguos. Por eso todavía tiene los números de Bucky Turner en su libreta de direcciones, aunque no se ha comunicado con él en catorce años.

Toca el ícono de llamada y espera la línea internacional, y espera, y espera, y…

Error en la llamada.

Ariel vuelve a intentarlo, vuelve a dar error. Mira a su alrededor y ve un teléfono fijo en una mesa auxiliar.

Griffiths está esperando en el pasillo, justo frente a la puerta.

—Aquí no tengo señal en el móvil —le dice Ariel—. ¿Puedo usar ese teléfono fijo?

—Por supuesto. Presione el asterisco y el cero para pedir una línea externa, luego el símbolo más, luego uno y por último el código de área.

—Gracias. Hay un número escrito en el teléfono. ¿Puedo pedir que me llamen a ese número?

—Sí.

Ariel cierra la puerta, toma asiento, mira fijamente el auricular. No puede pretender tener privacidad usando esta línea, ¿verdad? Claro que no. Teclea el número del móvil de Bucky, y esta vez comienza a sonar.

Dos tonos.

Tres.

No lo va a coger. Cuatro.

No se sorprende: Bucky no reconoce el número desde el que lo llama y no aceptará una llamada de un número desconocido en Portugal. Huele a spam de aquí a cien kilómetros.

—Bucky —dice Ariel al correo de voz—. Soy, ehhh, Laurel. De verdad necesito hablar contigo, es una emergencia. Por favor, llámame lo antes posible. Es una cuestión de vida o muerte.

Recita el número de teléfono fijo, luego lo repite y, justo antes de colgar, recuerda decir:

—Gracias.

Ariel no tiene dudas de que Bucky le devolverá la llamada. Lo que puso fin a su matrimonio no fue su aversión por ella; al revés. Bucky se volvió hostil hacia Ariel, pero no porque la odiara, sino porque Bucky se odiaba a sí mismo, y ella fue quien le hizo saber que debía hacerlo.

Griffiths se apoya en la pared del cubículo de Jefferson.

—¿Y?

—No hay prácticamente nada en este teléfono. Solo se hizo una conexión, presuntamente la llamada del pedido de rescate, que se realizó desde otro teléfono prepago. Ambos fueron comprados al mismo tiempo y en el mismo lugar hace dos semanas. Una tienda localizada en Málaga.

—¿Málaga? Qué extraño.

—Dejé un mensaje en la tienda y estoy esperando recibir noticias sobre las imágenes de la cámara de vigilancia. Pero supongo que no habrá ninguna; por algo eligieron esa ubicación. También supongo que la transacción fue en efectivo.

—Está bien —dice Griffiths—. Entonces, este teléfono probablemente solo nos conduzca a un punto muerto. ¿Qué has averiguado de John Wright?

—Todavía estoy trabajando en eso. Ya sabes: en los Estados Unidos, no todas las empresas tienen las oficinas abiertas la víspera del

Cuatro de Julio.

—¿Cómo conoció a su ex?

Griffiths está de vuelta en la sala de reuniones con Ariel, esperando que Bucky le devuelva la llamada.

—¿A Bucky? Dios, fue hace mucho tiempo. Fui a un evento de recaudación de fondos con una antigua amiga. Nos habíamos ido a vivir a Nueva York al mismo tiempo, recién salidas de la universidad, con la idea de entrar al mundo del teatro. Ella lo logró, yo no, pero seguimos siendo amigas. Había comprado la entrada al evento y me invitó como su acompañante. Bucky estaba en la misma mesa que nosotras. Por la manera en que nos conocimos, en esa recaudación de fondos en un club de lujo en el Upper East Side, presentada por un actor famoso, él dio por sentado que yo pertenecía a ese mundo.

—¿Qué mundo? ¿El de los ricos?

—El dinero es una parte, pero hay más. Las universidades elegantes, las vacaciones europeas, Aspen y Palm Beach, los hoteles de lujo, los restaurantes Michelin, encontrar con amigos y familiares dondequiera que vayas. El mundo entero es un gran club poblado por, como diría Bucky, "gente como nosotros".

—Ajá.

—Sin embargo, resultó que no soy "gente como nosotros".

—¿Por eso se separaron?

¿Había sido por eso?

—Sí —responde Ariel—. Fue complicado.

—¿No lo es siempre?

Ariel sabe que Nicole Griffiths debe de ser una espía. Tratándose de un secuestro, la CIA probablemente tendrá que intervenir tarde o temprano: Barnes obviamente es "tarde", y Griffiths es "temprano". Es posible que la agente ya sepa mucho sobre Ariel, sobre Bucky,

sobre todo. Griffiths debe de estar a la pesca de contradicciones en su discurso, tratando de detectar las mentiras. Debe tener cuidado.

—Al final, Bucky no era el hombre que yo creía o esperaba que fuese.

Griffiths espera a que Ariel dé más detalles, pero luego acepta que no lo hará.

—¿Echa de menos ese estilo de vida?

—Sí, a veces.

Especialmente cuando las cosas están rotas, cuando la vida no funciona correctamente, Ariel echa de menos aquella época en que cualquier pequeña aspereza se suavizaba fácilmente, en que la ayuda estaba tan solo a una llamada telefónica de distancia. Siempre había alguien que conocía a alguien: el mejor cirujano ortopédico, el sastre que ofrecía turnos las veinticuatro horas, el chófer que te llevaba a cualquier parte a las dos de la mañana sin hacer preguntas. “Claro, estaré allí en diez minutos”.

No ocurría lo mismo, por supuesto, con los problemas más grandes. No había nadie a quien se le pudiera pagar para resolverlos; la verdad es que, más bien, sucedía lo contrario. Los problemas graves eran producto de la riqueza misma, de los privilegios, de la inmunidad ante las consecuencias. De la sola idea de que cualquier situación pudiera resolverse con dinero.

—Pero hay que pagar un precio por todo eso, ¿no? —Ariel mira hacia la mesa—. En las tiendas, los restaurantes y los hoteles, está en la etiqueta, en el menú, en la lista de precios, a la vista de cualquiera —responde.

Todavía conserva algunos recuerdos materiales de aquella vida, como si fuesen talismanes: el paraguas de madera nudosa de la tienda de Bloomsbury, la bufanda de cachemira de la rue Saint-Honoré, el reloj Tank, el cepillo para el pelo con mango de hueso. No le muestra estas cosas a casi nadie, y quienes las ven no reconocen su procedencia. Nadie en su nueva vida estuvo nunca en ese viejo club.

—Pero algunos precios están ocultos, son invisibles —continúa—. A veces, el precio no se hace evidente durante mucho tiempo. A veces ni siquiera lo reconoces, nunca entiendes que ya lo has pagado.

Ariel vuelve a mirar a la oficial de la CIA y agrega.

—A veces, tú misma eres el precio.

Suena el teléfono fijo; Ariel y Griffiths se giran para mirarlo y luego se miran entre sí.

—Esperaré fuera —dice Griffiths, y se levanta—. Simplemente abra la puerta cuando haya terminado.

Ella se va y Ariel levanta el auricular.

—¿Hola? ¿Bucky?

—Hola. ¿Qué ocurre?

Ella había estado casada con este hombre; lo había amado más de lo que jamás había amado a nadie. Y esta es la primera vez que escucha su voz en catorce años. No sabe qué esperar de él; no sabe si siente algo por ella, después de tantos años.

—Oh, Bucky, es horrible. —Ariel respira hondo—. Estoy en Portugal, han secuestrado a mi marido y me están exigiendo tres millones de euros, en efectivo, en cuarenta y ocho horas.

—Dios mío. Lo siento mucho.

—Ahora son menos, cuarenta y siete horas, en fin. Y no tengo ninguna manera de obtener esa cantidad de dinero, Bucky.

Bucky no responde de inmediato. Siempre ha sido alguien que sopesa cuidadosamente todas las opciones antes de comprometerse con nada. Por eso no se casó hasta los cuarenta.

—No te llamaría si tuviera otra opción, pero no la tengo. ¿Puedes ayudarme?

—¿Ayudarte? ¿Cómo puedo ayudar?

—¿Cómo crees que puedes hacerlo? Necesito el dinero, Bucky.

—Oh, cielos, ¿todo? No tengo esa cantidad de efectivo disponible ni de lejos. Además, mañana es Cuatro de Julio, los bancos no estarán abiertos aquí…

Ariel se sorprende al darse cuenta de que está llorando. Se seca una lágrima de la mejilla.

—¿Estás bien? —pregunta Bucky—. ¿Estás en peligro?

—Creo que no. Pero estoy realmente preocupada por mi marido, y no veo cómo voy a… —Ahoga un sollozo—. Esto es horrible, Bucky. Horrible. De verdad, necesito tu ayuda. ¿Tienes dinero en otro lugar, tal vez?

Bucky se queda en silencio por un segundo antes de preguntar:

—¿Qué quieres decir?

Ahora es el turno de Ariel de hacer una pausa cautelosa.

—Debes saber que te estoy llamando desde un teléfono fijo en la embajada de los Estados Unidos en Lisboa.

Al principio él no parece entender por qué le dice eso, pero luego se da cuenta.

—Ah —responde.

Ariel no quiere preguntarle explícitamente sobre activos que podría estar escondiendo en paraísos fiscales desde un teléfono que podría estar —de hecho, está— intervenido por agentes federales.

—No —agrega él—. No tengo.

—Podría devolverte el dinero, Bucky. En algún momento. Estoy segura de que el seguro de John lo cubrirá.

—¿Estás segura? Yo no lo creo. Pero eso ni siquiera importa. Sencillamente, no hay manera de que pueda reunir esa cantidad; al menos, no en un espacio de tiempo que te sirva de algo.

—¡Lo van a matar! —suplica Ariel.

—Oh, Laurel, no lo sabes. No puedes saberlo.

Ariel espera unos segundos.

—Bucky —dice—. ¿Conoces a alguien más que pueda ayudar?

—¿Alguien? —Ella puede oírlo respirar profundamente—. Sabes que sí. Pero estoy bastante seguro de que no quieres recurrir a él.

Ninguno de los dos va a pronunciar el nombre de esa persona en un teléfono que no es seguro.

—Por supuesto que no, Bucky. Pero ¿acaso se te ocurre alguna otra opción?

—Después de esta llamada habremos terminado —dice Griffiths—. Llevaré a Pryce de vuelta a su hotel.

Jefferson levanta las cejas. Los jefes de estación de la CIA no suelen servir como chóferes personales para los civiles estadounidenses en apuros.

Ese es el problema de Nicole con la disparidad de género dentro de la agencia. No siempre es una cuestión política, de feminismo o de equidad. Es una consideración práctica. Hay situaciones que a menudo requieren de la participación de las mujeres, y no hay suficientes disponibles.

—¿Has trabajado en muchos secuestros? —pregunta Jefferson.

—Aquí no. Este es el primero en los cuatro años que llevo en Lisboa. Y los secuestros no suelen ser asunto de la agencia. Probablemente tampoco lo será esta vez. Aunque eso depende de quiénes sean estas personas.

—¿Estas personas? ¿Te refieres al tipo secuestrado y a quién más?

—Y a la mujer, Jefferson. Las parejas casadas siempre forman equipo. Salvo que sean enemigos.

El móvil de Ariel sigue sin tener cobertura. Ella sospecha que la CIA está interviniendo el servicio en esta sala para obligarla a usar el teléfono fijo y asegurarse de escuchar sus conversaciones. Sabe que ni su móvil ni el teléfono prepago son lo suficientemente seguros para hacer la llamada que necesita, ni por asomo. Y sería sin duda irresponsable hacerla desde la línea de la embajada; incluso podría ser ilegal. Sin importar las circunstancias atenuantes, Ariel no puede bajar la guardia ahora. Justo ahora.

CAPÍTULO 17

Día 1. 8.48 p. m.

Ariel mira por la ventanilla del coche. El sol aún no se ha puesto por completo y una luz dorada baña las fachadas de los edificios en la cima de las colinas. Pero abajo, en el valle central, que no recibe luz solar directa, ya se cierne en la penumbra y apaga los colores. Las farolas se encienden y proyectan sus conos afilados de luz. Ariel siente que la oscuridad desciende rápidamente, como en todas las ciudades cuyos edificios bloquean los últimos rayos bajos del sol. En el campo, la noche llega más lentamente.

—Gracias —le dice a Griffiths—. Puede dejarme aquí. Quiero comprar algo de picar en el quiosco.

Eso no es verdad.

—¿Está segura? Puedo esperarla.

—No, gracias —repite Ariel—. Le agradezco la oferta.

—Espere. —Griffiths le alcanza una tarjeta—. Por favor, avíseme si tiene novedades.

Ariel toma la tarjeta y sale del coche. Inspecciona la plaza, llena de gente que come o bebe o pasea o solo está sentada allí; debe de haber unas cien personas, no hay forma de observarlas a todas. Camina lentamente, mirando de izquierda a derecha y de atrás hacia delante, tratando de identificar a los hombres que merodean solos. Cuenta seis, pero dos son demasiado viejos, uno es demasiado joven y el cuarto tiene un aspecto demasiado ridículo, vestido con ropas de colores chillones que lo hace demasiado evidente. Descartados esos cuatro, quedan dos hombres que podrían estar vigilándola; ella memoriza cómo están vestidos.

Para mantener las apariencias, compra un zumo en el quiosco y

luego continúa cruzando la plaza en penumbra, mientras sigue mirando a su alrededor, pero se queda sin energías rápidamente, se desconcentra. Ariel siente que sus nervios están desollados, sus emociones en carne viva, su espíritu expuesto y golpeado por la inutilidad de todas las reuniones y llamadas telefónicas, por el fracaso de todas ellas.

La noche ya llega. Está a punto de quedarse sola, en la oscuridad, en una ciudad extranjera, muy lejos de casa, en un lugar cuyo idioma no habla, donde su marido está desaparecido, donde no conoce a nadie. Siente el peso de todo sobre sus hombros, sobre su psique, sobre todo; es abrumador, tal vez no pueda soportarlo. ¿Qué aspecto tiene alguien aplastado por ese peso?

Así: de pie en una acera, sollozando.

Ariel deja que el llanto suceda; no intenta detener las lágrimas que corren por su cara, sus hombros se convulsionan. Se permite sentir su plenitud, todo su cuerpo atormentado por intensos sollozos. Deja que la invadan. ¿Qué le importa si toda Lisboa la ve llorar? Le da la bienvenida al llanto.

Llora hasta desahogarse, por ahora. Respira hondo, endereza hombros, saca pecho, levanta la cabeza. Luego, continúa caminando bajo la última luz del atardecer de Lisboa, mientras el crepúsculo da paso a la noche.

Griffiths escucha la grabación del diálogo entre Ariel Pryce y su exesposo, Bucky Turner, a través de un teléfono conectado a los altavoces del coche. Sus voces rodean a Griffiths; el clic final que pone fin a la conversación suena como la aguja que se levanta cuando termina de sonar un disco de vinilo.

—Dios mío —le dice a Jefferson, quien le ha enviado por correo electrónico la grabación desde su ordenador de la embajada. De vez en cuando, Griffiths se sorprende por toda la tecnología, por la cotidianidad de estas cosas extraordinarias que eran impensables cuando empezó en la agencia.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—Sí, ¿verdad que ha sido raro?

—Vamos a escuchar otra vez la parte en la que hablan sobre el otro hombre.

¿… alguien más que pueda ayudar?

—¿Alguien? Sabes que sí. Pero estoy bastante seguro de que no quieres recurrir a él.

—Por supuesto que no, Bucky. Pero ¿acaso se te ocurre alguna otra opción?

Hay una larga pausa antes de que el exmarido pregunte:

—¿Qué te hace creer que él pueda tener esa cantidad de efectivo a mano?

—Por favor. ¿Crees que no tiene cuentas numeradas en algún lugar como Luxemburgo? ¿O tal vez diamantes en bruto en una caja de seguridad en Zurich?

—No sé nada de nada de eso, Laurel. Y tú tampoco.

—Oh, sabes que él es un evasor de impuestos con todas las letras. Por no decir una especie de delincuente.

—No deberías estar haciendo acusaciones como esas, especialmente si vas a pedirle ayuda.

Griffiths da vueltas a este intercambio en su mente.

—¿Qué está pensando? —pregunta Jefferson.

—Ambos, sin duda, tienen miedo del hombre del que están hablando. Lo primero que pensé fue en el crimen organizado, pero esa frase, “por no decir una especie de delincuente”, suena a que no están hablando de un profesional. Solo infractor ocasional de la ley, no sé. Un aficionado.

—¿Será un socio comercial del exmarido?

—Es posible. Quienquiera que sea este hombre, Pryce lo odia. ¿Ya tenemos acceso a sus teléfonos?

—Sí. Su móvil, el de prepago y el fijo de su habitación del hotel. Los tres.

—Bueno. Ahora echemos un vistazo al marido secuestrado también.

—¿Qué hay que buscar?

—Todo.

—Necesito hacer una llamada —le dice Ariel a la recepcionista del turno de la noche, que se llama Alexandra, según la placa que lleva en su uniforme—. Y no quiero usar el teléfono de mi habitación.

—¿Cómo dice? —Alexandra es una joven delgada y musculosa que parece que corre quince kilómetros todos los días y los sábados por la noche practica kickboxing.

—Mi marido ha sido secuestrado.

—Meu Deus.

—Y me preocupa que mi teléfono tal vez esté pinchado —explica Ariel, y muestra su móvil—. Alguien podría estar espiándome. Y si han pinchado mi móvil, quizás también hayan hecho lo mismo con el de mi habitación. ¿Lo entiendes?

La joven ha entendido claramente todas las palabras que acaban de salir de la boca de Ariel, el idioma no es la barrera, sino lo que narices le pase a esta loca estadounidense.

—Así que quiero usar el tuyo —insiste, señalando la consola del teléfono fijo—. Debo hacer una llamada muy importante. Para tratar de salvar la vida de mi marido.

Ariel sabe que la recepcionista va a acceder. Realmente no tiene otra opción al trabajar en un lugar como este.

—Por supuesto —dice ella, sonriendo plácidamente—. Adelante.

Solo le lleva un par de segundos encontrar el número principal, una simple búsqueda en la web. Luego, hace clic en el primer enlace y presiona “Contacto” sin necesidad de desplazarse, allí mismo, en la parte superior de la página. La magia de internet. Es fácil olvidarlo al observar los efectos tóxicos de las redes sociales, la debacle económica del comercio minorista a causa de las ventas online y de una economía basada en la burbuja tecnológica, las noticias falsas y la desinformación que amenazan la integridad de la democracia y, de hecho, la integridad de todo. Es una larga lista de aspectos negativos. Pero son fáciles de ignorar cuando quieres que te lleven a casa a altas horas de la noche desde un bar o que te entreguen una pizza, o tener un encuentro íntimo anónimo. O conseguir el número de teléfono de cualquier habitante de los Estados Unidos.

No es ninguna novedad para Ariel que este número sea fácil de encontrar; ella ya ha hecho esa misma búsqueda antes. Incluso marcó estos mismos dígitos en otro intento de comunicarse con este hombre en esa oficina, de esa manera. Ya fracasó aquella vez y está preparada para que suceda de nuevo. Sabe cómo sonará el fracaso. Y sabe lo que hará después.

¿Sabrá él de qué se trata esto? Sí, claro que sí.

—Un momento por favor.

Ariel acaba de repetir por tercera vez las mismas líneas de diálogo, confiando en que, con cada persona que le responde, se acerca más a aquel con quien quiere hablar. Todos estos guardianes han dudado, porque nunca han oído hablar de nadie llamada Laurel Turner, pero ninguno está dispuesto a mostrarse abiertamente incrédulo, desconfiado u hostil. Nunca se sabe quién está al teléfono, no quieren hacer enfadar a la persona equivocada.

Aunque las oficinas estadounidenses están cerradas hoy en su mayoría, Ariel está segura de que el hombre con el que trata de comunicarse está en la suya. Probablemente trabaja todos los días, sin tomarse días festivos, ni siquiera en el Día de la Independencia.

Permanece en espera durante mucho tiempo. Se imagina que esta mujer debe de ser el último guardián, la persona que entra en la oficina de su jefe y aprovecha una pausa en la conversación para

inclinarse y susurrarle: “Lo llama Laurel Turner, dice que usted sabe de quién se trata”.

Él no va a atenderla de inmediato. Se sentará inmóvil durante un segundo o dos, su mente se apresurará a pensar en las hipótesis posibles, a considerar las desventajas de contestar la llamada en lugar de rechazarla, a especular sobre lo que podría suceder a continuación, hasta dónde podría llegar esta amenaza, por qué y con qué fin.

La conclusión a la que inevitablemente llegará es que sí, tiene que hablar con esta persona que llama. Pero no en este momento, no en esta oficina, no ante testigos. “Dígale que me pondré en contacto con ella”, murmurará, tratando de sonar desdeñoso, sin mirar a su asistente a los ojos, con la esperanza de que su indiferencia oculte este contacto como a una aguja en un pajar y, por lo tanto, su empleada no pueda recordar más tarde el nombre de la persona que llamó. A pesar de que la contrató precisamente porque lo recuerda absolutamente todo y lleva un registro completo e inmaculado. Además, seguramente es atractiva.

Tendrá un debate consigo mismo: ¿debería pedirle a la asistente —que no solo es atractiva, sino increíblemente bella— que no tome nota de la llamada? ¿O esa petición llamaría más la atención? ¿Debería, en cambio, tomar nota él mismo, una vez concluida? Ambas opciones le parecerán malas. Y tal vez empiece a preocuparse por el final de esta partida de ajedrez, cuyo primer movimiento es esta llamada. La situación es mala, y no tiene dudas de que lo malo acaba de comenzar.

Él sabe que su seguridad está respaldada por acuerdos férreos, por leyes irrefutables, por la amenaza de la ruina financiera, incluso de la cárcel. Pero también es posible que nada de eso importe ya. El mundo ha cambiado desde que se firmaron esos acuerdos; la ley ha perdido parte de su fuerza, de su relevancia. Los hechos, también. Las acusaciones pueden ser igualmente malas —o peores— en el clima actual, cuando las insinuaciones, los rumores y las falsedades pueden viajar más lejos y más rápido que la verdad. Este cambio lo ha beneficiado, sin duda. Pero es plenamente consciente de que también puede hacerle daño. Puede destruirlo.

Tal vez llamará a su asistente y le dirá, en voz baja para que la media docena de hombres de mediana edad que están cerca no lo escuchen: “Esto es personal, por favor no lo anote en el registro”.

Ella comprenderá, asentirá con la cabeza: “Por supuesto”, mientras el pánico la invade porque ya es demasiado tarde para eso, y tratará de descubrir cómo manipular sus registros, cómo de rastreables son, quién los rastreará y cuándo, y en qué tipo de problemas terminará metiéndose, en comparación con los problemas que tendrá si no obedece, si ni siquiera intenta obedecer. En ese debate interno se consumirá la asistente, mientras cruza la gran sala lejos de todos esos hombres y un par de ellos probablemente le miren el trasero. Usa faldas ajustadas, porque sabe que es lo que se espera de ella. Y porque de verdad quiere conservar este trabajo.

“Lo siento”, le dirá a Ariel, al volver a su escritorio. “¿Puede dejarme un número de teléfono? Él le devolverá la llamada”.

Ariel necesita agotar todas las posibilidades. La policía tiene que hacerlo, la embajada, la CIA: hay un protocolo para todos, para todo, un conjunto de respuestas crecientes a indicadores cada vez más urgentes, una marca tras otra, señaladas en una casilla tras otra.

Llama a la oficina de John, aunque sospecha que no va a encontrar a nadie allí. Pero necesita hacer este esfuerzo y esperar alguna respuesta, cualquier cosa. Primero su línea directa, donde el contestador responde de inmediato: “Hola, soy John Wright, estoy fuera del país por negocios y nuestras oficinas están cerradas por el día festivo. Volveremos a abrir el miércoles cinco. Deje un mensaje y le devolveré la llamada lo antes posible”.

Ariel deja un mensaje relatando los aspectos básicos de la situación, en caso de que alguien que no sea John revise las grabaciones del contestador. Llama también a la línea general de la compañía, obtiene la misma respuesta: cerrado por el día festivo, nos pondremos en contacto con usted el miércoles.

Está haciendo todo lo posible. ¿Qué más puede hacer?

—Hola, ¿Bucky? Se niega a hablar conmigo.

—Bueno, la verdad es que no me sorprende.

—Pero puedes hablar con él, ¿verdad? Todavía eres su amigo.

Bucky no responde.

—Por favor, Bucky. Necesito que lo convenzas. Por favor.

—¿Convencerlo? ¿Cómo?

Ariel se resiste a decirlo en voz alta; siente la gravedad de lo que implica, un delito.

—Tengo una grabación de nuestra última conversación.

—¿Qué conversación?

—Entre él y yo.

—Santo cielo, no quiero saber nada de eso.

—Llevé un micrófono oculto. Díselo.

—Dios, Laurel. Eso suena absolutamente ilegal.

Suena a una grabación oculta hecha sin consentimiento. Suena a chantaje. De hecho, es ambas cosas.

—¿De verdad quieres hacerlo?

Ariel resopla.

—No, no quiero tener nada que ver con ese cabrón nunca más. Lo sabes mejor que nadie. Lo que quiero, sinceramente, es que esté en la cárcel o, mejor aún, muerto. Pero necesito… —Se interrumpe antes de perder la compostura—. No tengo elección, Bucky. Así que ahora mismo necesito asegurarme de que él tampoco la tenga.

—¿Qué ocurrirá si aun así se niega?

—Entonces, haré pública mi grabación. Y lo que sea que termine pasando con mi situación y con John, no sé, la cárcel o la muerte, para él dará igual, porque su vida estará completamente jodida.

—No puedo hacer esto. No puedo amenazarlo…

—No tendrás que hacerlo.

—Es extorsión. Lo entiendes, ¿verdad? Cuando la gente habla del delito de extorsión, se refiere exactamente a esto que me pides que haga.

—Tú eres solo un mensajero.

—¿Crees que la policía pensará lo mismo?

—Sabes que esto nunca va a llegar hasta la policía. Nunca se arriesgará a que se haga público. Tú sabes por qué, yo sé por qué, y él sabe por qué, y a menos que quiera que todos lo sepan también, lo cual no puede permitirse, entonces, atenderá mi llamada.

A Ariel no le sorprende la resistencia de Bucky. Nadie demostraría entusiasmo ante esta oportunidad. Pero confía en que finalmente cederá. Ariel también puede extorsionarlo a él, si es necesario.

—Esto no me resulta nada agradable.

Por supuesto que no. Si para Bucky fuera agradable enfrentarse a este hombre, sus vidas serían muy diferentes.

—A mí tampoco, Bucky. Es un lujo que no puedo permitirme.

No hay nada que hacer ahora, excepto esperar. Pero Ariel ya no soporta quedarse sentada en su habitación del hotel, mirando al vacío, así que enciende el televisor y recorre los canales de la televisión de cable hasta encontrar la cadena de noticias estadounidense: “Las sesiones de confirmación del cargo comenzarán en solo cinco días. La Administración espera concluir estas sesiones y confirmar al candidato antes del receso de agosto, dentro de unas pocas semanas”.

Ariel va a la cocina americana, se sirve un vaso de agua helada, regresa al televisor.

“… en los tratos comerciales del candidato, por supuesto, pero también en su vida personal…”.

¿Realmente quiere ver esto?

"… acusaciones del pasado, aunque nunca ninguna denuncia formal. Entonces, ¿qué es probable que se sepa sobre estas acusaciones durante las sesiones de confirmación? ¿Lo más probable? Nada".

Ariel cambia de canal.

CAPÍTULO 18

Día 1. 10.03 p. m.

Ariel revisa su móvil y el teléfono prepago que le dieron los secuestradores: todavía no hay nada. Confirma que su puerta está cerrada con llave, en un gesto instintivo, aunque vago, de autoprotección. Debería llamar para averiguar cómo están su hijo y su madre. Se pregunta a qué amiga habrá llamado Elaine y se da cuenta…

Mierda.

Abre la aplicación de rastreo, que localiza el teléfono de George en un lugar desconocido a medio camino entre la casa y la ciudad, en una zona residencial que ella no reconoce.

—¿Mamá? ¿Dónde estás?

—En casa de mi prima Rhoda.

—¿Rhoda? —Ariel tiene entendido que Rhoda murió hace años.

—Bueno, Rhoda falleció. Pero ¿recuerdas a su marido, Bud?

—¿Bud? Mmm…

—Aquí estamos. ¿Hay alguna novedad?

—No, la verdad es que no. Pero escucha, mamá, tengo que pedirte que desactives tu teléfono. El de George también.

Elaine suspira, pero no dice nada.

—Con los GPS y las señales de telefonía… Sinceramente, no entiendo la tecnología. Pero mirando mi teléfono, puedo ver exactamente dónde estás. Incluso puedo ver la piscina del patio

trasero de Rhoda. De Bud. Tiene forma de riñón.

—Bueno, pero ¿no es eso algo bueno? ¿No quieres saber dónde estamos?

—Mamá, el problema es que si yo puedo localizarte, alguien más también podría hacerlo.

—¿Quién? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Cuando te digo que los desactives, me refiero no solo a poner los móviles en modo "no molestar". Apágalos por completo y déjalos así todo el tiempo. Dame el número de teléfono de Bud, te llamaré allí cuando pueda.

—Tienes que decirme qué ocurre.

—Mamá, por favor.

—No me trates como a una niña. Soy tu madre.

Ariel respira hondo.

—¿Cómo está George? ¿Está bien?

Elaine también se toma un segundo antes de responder.

—Dice que siente el estómago "nudoso".

Joder.

—¿Se tomó su medicina esta mañana?

—Sí.

—¿Estás segura?

—¡Sí, por Dios!

—Está bien, ¿puedes ponerlo al teléfono? Y después de que colguemos, por favor, recuerda lo de apagar los móviles. ¿Te sabes mi número de memoria?

—¿Me estás tomando el pelo? Casi no recuerdo el mío.

—Bueno, anótalo en una hoja de papel antes de apagar el móvil. Luego, si necesitas llamarme, hazlo siempre desde el teléfono de otra persona. O desde uno público.

—¿Hablas en serio? ¿Cuándo fue la última vez que viste un teléfono público?

Ariel no responde.

—¿De verdad no vas a decirme lo que está ocurriendo?

—Ya te lo dije, mamá.

—Pero ¿qué tiene que ver el secuestro de John en Portugal con la posibilidad de que alguien triangule la ubicación de mi móvil en Long Island? ¿A qué le temes? ¿A quién?

—No puedo decírtelo.

—¿Y eso que significa?

—¿No puedes sencillamente creerme, mamá? —Ya se están gritando la una a la otra. La escalada de los gritos siempre aumenta rápidamente—. ¿No puedes confiar en mí? ¿Por qué tengo que demostrarte cada maldita cosa, como si estuviéramos en un tribunal y tú fueras el juez?

Guardan silencio solo para recuperar el aliento, respiran pesadamente, como cuando los boxeadores se sientan en sus rincones entre un round y otro para curar sus heridas y reunir fuerzas. El round que acaba de terminar no es el primero.

—No entiendo cómo puedes vivir así. —Elaine dijo esto a los cinco minutos de llegar a la casa de Ariel el viernes por la tarde, solo media hora antes de que su hija tuviera que partir hacia el aeropuerto—. Realmente no lo entiendo.

La madre de Ariel pronuncia alguna variante de esa frase cada vez que la visita y mira a su alrededor en el jardín o dentro de la casa. Siempre hay algo a medio demoler, algo para reemplazar o

construir: el baño de abajo, con una parte del suelo abierta para acceder a una tubería rota; la barandilla lateral del porche, a medio colocar; el viejo arce derribado junto al sendero de entrada, aserrado en grandes trozos que aún no tienen un tamaño manipulable para usarlos como leña. Siempre hay un montón de proyectos que, como no son urgentes, permanecen inconclusos durante largos períodos de tiempo, esperando que se les preste atención en el futuro cercano. Ariel acepta este estado permanente de semideterioro, pero su madre se ciñe al principio opuesto: todo debe ser perfecto, todo el tiempo. O al menos aparentarlo. Esa es, en realidad, la única perfección posible: la aparente.

—Parece que acaba de pasar un huracán.

Elaine observó a Fletcher trotar por el patio, como si la cabra se diera cuenta de repente de que llegaba tarde a una reunión importante. Se supone que Fletcher vive en el establo, con los otros animales de la granja, pero a menudo se las arregla para cruzar el césped y llegar hasta el porche trasero, y a veces entra por la puerta de la cocina para devorar lo que esté a su alcance. La cabra puede comerse una docena de manzanas en un minuto, sin pudor, mirándote fijamente mientras mastica, casi como si sonriera, moviendo la mandíbula de lado a lado.

—Siempre tiene el mismo aspecto —dijo Elaine, destilando toda su decepción y desaprobación.

A primera vista, ciertamente, la vida doméstica de Ariel puede parecer improvisada: los animales, las diversas fuentes de ingresos, los muebles y enseres y accesorios de segunda mano, una existencia que parece desordenada. Pero lo es en sus propios términos, bajo su control. Esto no la vuelve ordenada, pero es un caos que se entiende, un desorden esperable.

—Las granjas son así, mamá.

Incluso las gallinas tienen cierto encanto. A Ariel le gusta ver cómo vagan de aquí para allá, ajenas a todo, ocupándose de sus propios asuntos, sin pedir nada a nadie, discretas.

—Pero tú no eres granjera, querida.

—Bueno, mamá, más o menos lo soy. Vivo en una granja, obtengo ingresos de ella, pago impuestos a la producción agrícola.

—Pero no cultivas nada, ¿verdad?

Ariel respiró hondo. Sabía lo que vendría a continuación.

—No necesitas vivir así… —Elaine hizo un gesto con la mano para abarcar la habitación y todo lo que contenía: las sillas que no combinaban entre sí, las tablas del suelo con la pintura desconchada, la alfombra con pelo de perro, los tazones volcados, los rastros persistentes de la pequeña cabra doméstica.

—¿Qué quieres decir con así, mamá?

—No te hagas la tonta. Sabes a qué me refiero.

Elaine está convencida de que la máxima expresión del lujo es que otras personas lo hagan todo por ti. Ariel piensa que el lujo es tener la libertad de hacer las cosas uno mismo. Elaine es como Bucky, que cree que cuanta más gente haga más cosas por él, mejor.

A Ariel le llevó mucho tiempo darse cuenta de cosas que ahora le parecen bastante evidentes. Así es la vida, ¿no? Darte cuenta una y otra vez de lo equivocada que estabas.

—Tienes otras opciones.

—¿Cómo cuáles, mamá? Dime, ¿qué vida debo elegir en lugar de esta? ¿Y quién debería pagar por lo que yo elija? ¿Y qué tendría que sacrificar yo a cambio?

Elaine hizo un ruido desdeñoso.

—Quiero decir, ¿qué más?

Esa última estocada, retorcida, iba directo al punto álgido de su relación, el más doloroso. Ariel desaprobaba el estilo de vida de su madre; no era asunto suyo. Ariel responsabilizaba a su madre, al menos en parte, por sus propias desgracias. A lo largo de su vida, Ariel había visto a Elaine acceder pasivamente a tantas cosas, de manera tan constante, con objeciones tan débiles, como si su madre

hubiera interiorizado las opiniones, las preferencias y las demandas de su padre. Elaine cedía siempre, a todo. Y así crio a Ariel, quien creció pensando que de eso se trataba ser mujer, ser una esposa. Así fue como Ariel comenzó su propio matrimonio, a tropezones, sin ninguna idea de cómo seguir siendo ella misma, porque le habían enseñado a dejar de serlo.

Ariel sabía que lo que sentía no era del todo justo. Pero los sentimientos no necesitan ser justos para ser genuinos.

También sabía que ese no era el momento de pelear por ello, ni por nada más, porque Elaine acababa de hacer un viaje de mil quinientos kilómetros para hacerle a su hija este inmenso favor.

—Mira, mamá, te agradezco que hayas venido desde tan lejos.

El segundo marido de Elaine había insistido en mudarse a Carolina del Sur (golf durante todo el año) y ella no había podido o no había querido disuadirlo. Elaine había cedido, como siempre. De todo lo que a Ariel le molestaba de su madre (y eran muchas cosas), esto era quizás lo peor: la posibilidad de que ella misma pudiera haber interiorizado su falta de carácter, de voluntad para decirles a los hombres lo que no querían escuchar.

A Ariel le cuesta pasar por alto las cualidades desagradables de las personas, y le cuesta aún más cuando se trata de su madre. Sí, se puede confiar en ella para que envíe un regalo de Navidad, para que cuide a su hijo sin que haya incidentes. Pero Elaine también fue la primera persona que la defraudó, de la manera más sorprendente e imperdonable. Por eso Ariel se había sentido tan sola en el mundo durante tanto tiempo: no puede esperar recibir apoyo incondicional ni siquiera de su propia madre.

Después, cuando Bucky también le falló tan horriblemente, Ariel ya no dejó que nadie se saliera con la suya. Ahora, lo que más deseaba poder cambiar de sí misma era esa intolerancia suya ante la imperfección. Lo había intentado y había fallado.

En cambio, trataba todo el tiempo de autoconvencerse de que era posible amar a las personas aunque, al mismo tiempo, odiara aspectos importantes de ellas. Esto también era difícil. Pero la

alternativa había sido aún más difícil.

Ariel respiró hondo.

—No quiero discutir contigo sobre cómo vivo mi vida —dijo—. ¿Podemos dejar de hacerlo?

Los perros observaban la escena con cautela, con las colas a media asta. Estaban en alerta máxima desde que Ariel subió su maleta del sótano. Los perros saben que no hay nada peor que el equipaje de Ariel, porque aparece justo antes de que ella se vaya, y esta vez podría ser para siempre; nunca se sabe si mami volverá, sería horrible que no volviera. Cada vez que ven la maleta, vuelve esa preocupación espantosa.

Ariel se inclinó y abrazó a los perros, lo que empeoró la situación, porque aumentó su ansiedad; Mallomar dejó escapar un pequeño gemido. Ariel reconoce que es egoísta con los animales que tiene a su cargo, con el amor incondicional que le brindan y que ella está decidida a atesorar tanto como pueda. Este es quizás el único tipo de amor completamente creíble; todas las demás variedades son sospechosas, poco fiables, temporales, con motivos cuestionables, resultados inevitables y decepcionantes.

Hace poco se dio cuenta de que prefiere la compañía de los niños y los perros a la de los humanos adultos. Mucho más. Es incómodo saber algo así sobre una misma, especialmente lo que tiene que ver con los perros. Ariel se obligó a pensar más profundamente al respecto y llegó a la conclusión de que lo que ama de los perros (su lealtad incuestionable y su afecto desenfrenado, su deleite al jugar, al correr por el puro placer de correr, su absoluta falta de conciencia de sí mismos) coinciden con lo que más le gusta de los niños pequeños. Cuanto más crecía su hijo, más echaba de menos esa inocencia. Ya había desaparecido para siempre.

—Está bien —aceptó Elaine—. Pero, Ariel, ¿por qué diablos tienes ahora una cabra?

Cyrus, el vecino, había comprado a Fletcher, la cabra, para acompañar a Shadow, el caballo, que parecía estar deprimido, pero resultó que el letargo y la falta de apetito del caballo no se debían

al aburrimiento, sino al virus de la anemia infecciosa equina, y Shadow murió solo unas semanas después de la llegada de Fletcher. Cyrus también murió unos meses después, y la cabra se quedó sola. El solo hecho de pensar en ello hizo llorar a Ariel.

—¿Estás bromeando? ¿Me estás preguntando si puedes adoptar la cabra de ese imbécil?

Eso le había dicho la exmujer de Cyrus por teléfono desde Scottsdale. Se habían divorciado dos décadas atrás, después de que sus hijos se fueran de casa, cuando admitieron que se odiaban mutuamente.

—Sí, eso es lo que te estoy preguntando.

Aparentemente, esto era lo más divertido que la anciana había escuchado.

—No —dijo, cuando finalmente pudo controlar la risa—. Quiero viajar diez mil kilómetros ida y vuelta para recoger a la cabra huérfana del troglodita de mi exmarido para traerla a vivir conmigo, en mi apartamento de una sola habitación, en una comunidad de jubilados.

—Ya veo. Entonces…

—Será mi compañera de juegos.

—Bien, gracias. Te enviaré el papeleo en cuanto pueda.

—¿Papeleo? ¿Estás loca? —Luego colgó la llamada.

Ariel le contó la conversación al abogado a cargo de la herencia de Cyrus, Jerry, que en realidad no se dedicaba a herencias y no quería lidiar con la de Cyrus, ni tampoco con su cabra huérfana.

—Oh, Ariel, solo… —Jerry enterró la cara entre sus manos y se masajeó las cuencas de los ojos—. Yo no… Solo llévate la cabra, ¿quieres? Por favor, no me metas en esto.

—Gracias, Jerry, gracias —dijo Ariel, y comenzó a salir de la oficina, pero luego se volvió—. ¿Sabes cómo?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo debo llevarme la cabra?

Jerry la miró boquiabierto.

—¿Debería usar una correa?

Aún con la boca abierta, no pudo articular una respuesta. En vez de eso, extendió las manos como para abarcar en un gesto el escritorio lleno de expedientes legales, las estanterías repletas de jurisprudencia encuadernada en cuero, los títulos enmarcados de la universidad de segunda categoría y la facultad de Derecho de tercera categoría, los montos sofocantes de su deuda estudiantil, la indignidad de haber suspendido el examen para obtener su título de abogado no una ni dos, sino tres veces, la desalentadora confirmación de que era un fracasado nato por haberse relegado a un trabajo soporífero en ese bufete de pueblo, a redactar acuerdos prenupciales, a defender a tipos detenidos por conducir borrachos, a refinanciar hipotecas, litigios de poca monta que se resolvían con un simple acuerdo de mediación. Jerry estaba íntimamente familiarizado con todos los aspectos de la ley no remunerativa, pero nada de eso tenía que ver con el transporte de cabras huérfanas.

—Gracias, Jerry —dijo Ariel—. Te debo una copa.

Él parpadeó en señal de asentimiento; esta no sería la primera vez que Ariel pagara por sus servicios con una copa de burbon o dos, o tres o cuatro. Jerry cumplía con todos los clichés del abogado de pueblo: trabajo independiente, matrimonio fallido, alimentación irresponsable y alcoholismo funcional.

Quince minutos más tarde, Ariel llevaba a Fletcher por el sendero con una cuerda de algodón de seis metros de largo, que había arrancado de su patio trasero y que utilizaba para colgar la ropa, otra elección doméstica que su madre desaprobaba.

—Es tu vida —decía Elaine—. Supongo.

—Voy a buscar a George —dice ahora, alejándose, por fortuna, de esta pelea—. Espera.

Ariel espera mientras los sonidos de fondo cambian, hasta que oye algo que parece ser un televisor. Por supuesto: la principal estrategia de crianza de Elaine siempre ha sido encender el televisor. Trata de no preocuparse demasiado por las decisiones que toma su madre cuando ella se ausenta una o dos veces al año por sus viajes de negocios. Pero la muleta de la televisión la saca de quicio.

—Hola, mami.

Hace unos meses, la voz de George comenzó a quebrarse y cambiar, y ahora Ariel casi no reconoce el sonido de su propio hijo. Pero incluso en su tono nuevo, la voz de George le derrite el corazón, especialmente cuando la llama "mami".

—Hola, cariño. ¿Estás bien?

—Sí —responde—. Bastante.

—¿Te estás tomando tu medicina?

—Sí.

—¿Pero todavía no te sientes bien?

—No muy bien, no.

—En una escala de uno a diez, ¿cómo de mal?

—No sé. No tan mal.

Ariel no quiere presionar, no quiere forzarlo a quejarse, no quiere reforzar su victimismo, que puede ser corrosivo, puede convertirse en una obsesión, puede convertirse en la forma en que se defina a sí mismo. Ariel ya había caído en ese pozo y le había costado mucho salir. Su hijo está tratando de evitar ese destino; ella debería dejarlo.

—Está bien —le dice—. Si empeoras…

—Ya sé qué hacer, mamá. —responde, exasperado, en un tono que todas las madres conocen.

Probablemente la propia Ariel hablaba así treinta años atrás. Joder, tal vez también sonaba así hace un minuto, mientras le gritaba a su propia madre.

—Por favor, no te preocupes, mami.

Oh, Dios. ¿Que no se preocupe?

Ariel ha empezado a llorar de nuevo y se aleja el auricular de la boca para que George no pueda oírla. Respira hondo, trata de tragarse el llanto, de reprimirlo lo suficiente para forzar una sonrisa y decirle: "No lo haré", y hacer que esa mentira pequeña y a la vez complicada que le dice a su hijo suene sincera.

—Te quiero —agrega, porque quiere decir algo que sea verdad—. Te quiero mucho.

No había sido deliberado. Simplemente sucedió. La primera vez, George se metió en la cama de Ariel porque había tenido una pesadilla, o porque le dolía el estómago, y después siguió haciéndolo cada noche. En algún momento dejó de ofrecer excusas. Ella leía (siempre estaba leyendo, era parte de su trabajo, pero no podía hacerlo durante el día), con Mallomar recostado sobre sus pantorrillas. George entraba arrastrando los pies y se acomodaba en el otro lado de la cama de matrimonio, seguido por Scotch, que se dejaba caer sobre la alfombra y se acurrucaba hecho una bola de color caramelo.

Por la mañana, cuando sonaba la alarma de Ariel, George seguía allí y ella lo dejaba dormir una hora más mientras ella se ocupaba de las tareas de la mañana. Después le daba una palmadita en el hombro para despertarlo y él preguntaba: "¿Qué?". Y ella decía: "Hora de levantarse". Así venía sucediendo casi todas las noches desde hacía años, durante los cuales Ariel nunca dejó de cuestionárselo. ¿Era un grado saludable de cercanía, de comodidad, de dependencia? ¿Estaba estropeándole la vida a su hijo? ¿O a ella misma?

No estaba muy dispuesta a hacer algo al respecto. La verdad era que le gustaba tener otra vida a su lado, le gustaba escuchar respirar al niño, saber que estaba a salvo, no enfermo, que no tenía pesadillas,

que no estaba solo. Y ella tampoco.

Cuando George tenía seis u ocho años, cuando medía un metro veinte y pesaba veinticinco kilos, cuando se chupaba el dedo y cargaba su osito de peluche, cuando ella lo llevaba en brazos, en aquel entonces era mucho más fácil ser benevolente con su forma de vida y verla como algo natural: eran compañeros en todo, cenaban juntos todas las noches, despertaban juntos todas las mañanas. Solo se tenían el uno al otro. Eso estaba claro para todos, especialmente para ellos mismos.

Con el tiempo, él comenzó a alejarse. Pasaba más tardes fuera de casa, jugando con otros niños al fútbol, al béisbol y a los videojuegos. Cuando estaba en casa, estaba más tiempo solo en su habitación; ya no hacía los deberes del colegio en la mesa del comedor a la vista de Ariel mientras ella preparaba la cena, ya no veía la televisión con ella por la noche, ya no quería que ella le leyera en voz alta. Se resistió primero a las demostraciones públicas de afecto, luego a las privadas. Empezó a guardar secretos, a ocultar información solo porque sí, para probar la mentira, ver si funcionaba, cuáles eran las consecuencias si lo descubría.

No hubo declaraciones dramáticas, ni respuestas bruscas, ni grandes desplantes, ni reglas nuevas. Pero, aunque gradual, esta evolución ocurrió en el transcurso de unos pocos meses. Llegó rápido, la adolescencia.

Ariel aún podía recordar vagamente su propia experiencia de la pubertad, la necesidad de poner distancia, de definir un nuevo yo separado de sus padres. Recuerda que no pudo evitar odiarlos, aunque no había querido hacerlo; al menos, antes de que le dieran motivos.

Ahora veía que a su hijo le ocurría lo mismo. Incluso reconocía sus episodios ocasionales de autodesprecio. Se dio cuenta de que George no entendía lo que le pasaba, no podía justificarlo, no sabía por qué no podía resistir el impulso de criticar su manera de cocinar, de conducir, cualquier cosa.

—Mamá, no hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—¿Podrías no respirar tan fuerte?

Su pequeño equipo compacto de dos, nosotros contra el mundo, parecía impermeable y permanente. Ariel sabía que eso no era cierto, pero durante años fingió lo contrario. Ya no era posible seguir fingiendo. Pero el niño todavía se metía en su cama casi todas las noches.

—Oye, cariño.

Se sentaban una junto al otro a la mesa, siempre en los mismos lugares, desde que George usaba la silla alta.

Él levantó la vista, cauteloso, ya preparado para enfadarse.

—Creo que tal vez deberías dormir en tu propia cama esta noche.

Abrió la boca para responder y su labio inferior tembló. De repente ya no era el adolescente hosco. Tenía la misma mirada de desconsuelo que cuando era pequeño y ella le contó que se habían olvidado el oso Teddy en el ferry sin querer.

—¿Esta noche? —preguntó.

Ella había hecho filete a la parrilla, aunque no comía carne de ternera. George reclamaba proteínas, en particular carne roja, que no había comido durante la mayor parte de su vida. Las restricciones de su dieta habían sido el tema de una de sus mayores discusiones hasta el momento. Él había ganado.

—Creo que tal vez la mayoría de las noches.

Ariel vio en su rostro cómo se esforzaba por entender, en diferentes etapas de lucha consigo mismo y contra imperativos opuestos. Ariel no sabía por qué lado se inclinaría. Una gran lágrima rodó por la nueva pelusa color melocotón de su mejilla, que se había vuelto más delgada, y todo su cuerpo más largo, como una banda elástica estirada, delgada, tensa y peligrosamente cerca de estallar.

—¿Por qué?

—Creo que necesitas espacio, estás…

George golpeó la mesa con el puño y todo saltó: los cubiertos tintinearon, los platos resonaron. Su tenedor, con el que había pinchado un trozo de carne sanguinolenta, se cayó del plato sobre la mesa vacía.

Los perros se pusieron de pie, alerta, para tratar de resolver el problema. Miraban alternativamente a George y a Ariel.

—Creo que…

—¡Te odio! —Se apartó de la mesa, su silla se cayó y Mallomar ladró—. ¡Te odio!

Ariel oyó las patas de Scotch resonar escaleras arriba, siguiendo los pasos furiosos de George, y luego la puerta de su dormitorio se cerró de golpe. Mallomar gimió a su lado y ella se inclinó para acariciarlo, para tratar de tranquilizarlo. Para tratar de tranquilizarse a sí misma.

Se quedó mirando el espacio que había dejado su hijo, su silla caída, la comida a medio comer. Ella también sintió que sus labios temblaban. Sentada allí en su destartalada mesa de cocina de segunda mano, Ariel trató de convencerse a sí misma de que había hecho lo correcto, aunque hiciera llorar a todos los involucrados. Pero no estaba segura. De repente sintió una tristeza infinita por tantas cosas, por cada decisión que había tomado, cada dirección que había permitido que tomara su vida y que la había llevado hasta ese momento, ese lugar solitario donde sabía que iba a hacer llorar a su hijo. Y aun así siguió adelante y lo hizo de todas maneras, a propósito.

Su vida se volvería más solitaria ahora, ¿no? Todo iba a empeorar.

Ariel había estado negando demasiado durante demasiado tiempo. Había justificado su negación voluntaria porque también había puesto muchas cosas bajo control, se había felicitado por sus logros, su competencia, su confianza. Tal vez se trataba de lograr un equilibrio. No es posible tenerlo todo, hay que elegir las batallas, descubrir sin cuáles no puedes vivir, asegurarte de que esas sean las

que ganes.

Escuchó a George arriba, dando vueltas en su habitación, los ladridos angustiados del perro. No subiría a hablar con él. Lo dejaría solo con su ira. Ese espacio era lo que necesitaba, incluso si no era lo que quería. A veces hay una gran diferencia.

George lloró hasta quedarse dormido y Ariel dio vueltas y vueltas hasta poco antes del amanecer. Esa no era la primera vez que se cuestionaba a sí misma durante toda la noche, convencida de que ninguna de sus elecciones había sido buena, decidida a hacer un cambio, antes de que fuese demasiado tarde.

CAPÍTULO 19

Día 1. 10.44 p. m.

—¿Diga?

—Señora Turner —saluda él—. Hace bastante tiempo que no hablamos.

¿Señora Turner? Está actuando. Probablemente sospecha que alguien está grabando la conversación. O tal vez esté seguro de ello, porque es él mismo quien realiza la grabación, para garantizar su autenticidad. En estos días, todo se puede manipular: fotos, vídeos, audios. La única forma de contrarrestar las pruebas manipuladas por otra persona es manipular las tuyas y luego amplificarlas. La voz más fuerte gana.

—¿A qué debo el placer de tu llamada?

—Estoy en Lisboa. Mi marido ha sido secuestrado. Me piden tres millones de euros de rescate para dentro de dos días.

Espera un segundo antes de responder:

—Eso es terrible.

—Lo es. Y no tengo esa cantidad de dinero. No estoy ni remotamente cerca de tenerla.

Silencio.

—Necesito tu ayuda.

Más silencio. Ariel espera.

—Mira —dice él, como hacen los políticos antes de decir algo falso —. Lamento mucho que lo que te sucede, es realmente una

desgracia. Con mucho gusto verificaré que la policía local preste toda su atención al asunto y que el Departamento de Estado también participe de la manera adecuada. Pero sabes que no puedo…

Ariel oye el sonido de su propia respiración sobre el auricular. Él también lo escucha.

—Sabes que no puedo intervenir.

—Por supuesto que puedes.

—¿Qué crees que puedo hacer?

—Puedes hacer que alguien envíe una fuerza expedicionaria armada para rescatarlo.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—O puedes conseguirme los tres millones de euros.

—¿Estás loca? No imagino por qué piensas que yo haría eso.

—¿Imaginar? No, no hace falta que te lo imagines. Sabes exactamente por qué lo pienso.

—Una vez más, lamento mucho tu situación, pero…

—No pensarás que te llamo sin tener un as en la manga, ¿verdad? —Ariel suena desesperada. Lo está—. No pienses ni por un minuto…

—Cállate.

—… que con los registros de paternidad, y el informe policial y…

—¡Joder! ¡Cállate!

Ella deja de hablar.

—Ve a la embajada.

—Ya he ido a la embajada. Dos veces. Y ahora es de noche. Está

cerrada.

—Alguien te abrirá.

—¿Cuándo?

—Supongo que ahora mismo. —Él suspira—. Ve ahora.

Ariel se dirige hacia la zona donde hay de ruido, luz, gente, taxis. Pasa junto a un anciano que pasea a dos perros; él la mira de reojo, pero no, no puede ser de la CIA, ni policía, ni uno de los secuestradores, no si lleva dos perros. Mira a su alrededor y trata de absorber todos los detalles. Nunca se sabe qué puede ser de utilidad; nunca sabes lo que te van a pedir que recuerdes.

En el otro extremo de la plaza, ve otra figura de pie en la oscuridad, debajo de un árbol, apoyada contra el tronco. Ella se vuelve, como si no la hubiese visto.

Ve un taxi y corre hacia él, levanta el brazo para detenerlo y se sube.

—A la embajada estadounidense —dice, y espera a que el conductor la mire por el espejo retrovisor, pero no lo hace. Se pregunta si es él la persona que la sigue; eso tendría cierto sentido.

Pasan a toda velocidad por escenas de la vida nocturna, charcos de farolas que iluminan islas de diversión en los bares y clubes, separadas por amplios mares de oscuridad vacía, a través de los cuales el taxi de asiento pegajoso corre a toda velocidad y el corazón de Ariel también. Todo se acelera y se expande fuera de su control.

—Deje su bolso y sus dispositivos electrónicos aquí, en un casillero. Le daré una llave.

—Gracias, pero prefiero tenerlos conmigo.

—Lo siento —dice el guardia—, no puede llevarlos.

—Escuche —dice Ariel tratando de sonar calmada, mesurada—. Estoy lidiando con una emergencia realmente tremenda. Y es

posible que reciba una llamada importante. De extrema importancia. ¿No puedo…?

Baja la voz al ver que el guardia menea la cabeza.

—Por favor, son solo teléfonos. Esto es muy importante.

—Disculpe, pero está prohibido. Los dispositivos electrónicos pueden ser cualquier cosa. Pueden activar explosivos, servir para escuchas ilegales o alojar virus. Incluso pueden ser virus reales.

—Por favor. Se lo suplico.

Ha suplicado mucho hoy.

—Mire, hagamos una cosa —dice el guardia—. Dejaré sus móviles aquí, sobre esta mesa. Si suena alguno de ellos, le avisaré para que conteste la llamada.

Ariel no tiene otra opción que entregar sus cosas.

—Venga por aquí.

Pasa por un detector de metales bajo la atenta mirada del guardia, al que luego reemplaza otro. Este camina junto a ella unos pasos por un pasillo corto y usa una llave maestra para abrir la puerta de una habitación sin ventanas que está a solo unos metros del puesto de seguridad, aislada del resto del edificio, tal vez para evitar que quienes estén allí vean al personal de la embajada. O al revés. O ambas cosas.

—Por favor, tome asiento —dice el guardia—. La llamada de la persona con quien quiere hablar sonará aquí. Estaré fuera. Si necesita algo, presione esto. —Señala un botón rojo en la pared junto a la puerta recubierta de material aislante acústico, que tiene un sello de goma alrededor. Cierra la puerta detrás de él con un susurro.

Ariel no necesita revisar el picaporte para saber que ahora está encerrada allí. Se sienta en una de las sillas de plástico que rodean una mesa redonda con la parte superior laminada, sobre la que hay una compleja consola de comunicaciones en el medio. El cableado

del teléfono desaparece en el pie de la mesa y baja hasta el suelo, sin que se pueda acceder a los cables ni al conector.

Se sorprende de que esta habitación no tenga un espejo de dos vías, pero luego se da cuenta de que no, por supuesto que no. Esta no es una sala de interrogatorios; debe de haber otros espacios para interrogatorios en el edificio, tanto amistosos como hostiles. El propósito de esta sala es tranquilizar a las personas. Esta es una habitación muy segura, con una línea telefónica muy segura. Por eso ella está aquí.

Ariel se pregunta si hacerla esperar tiene un propósito, si hay alguna razón que explique la demora. Pero no importa, ¿verdad? De todos modos ella está esperando, su ansiedad aumenta y es incapaz de pensar en otra cosa que no sea: "¿Funcionará esto?".

—¿Dices que en este mismo momento ella está en la embajada?

Nicole Griffiths estaba acostada en la cama con un montón de informes en su regazo, a punto de caer en un sueño profundo, pero ahora está completamente despierta. Esta mujer estadounidense no solo la obligó a cancelar su cita con Pietro, sino que también estropeará su reconfortante sueño nocturno.

—Así es —dice Antonucci—. La seguí de regreso al hotel. Hace veinte minutos salió y se subió a un taxi, así que la seguí. Imagina mi sorpresa cuando el taxi la dejó en la embajada. Así que esperé un par de minutos y luego entré. El guardia de servicio me dice que recibió órdenes de llevar a Pryce a la sala de comunicaciones seguras.

—¿Órdenes? ¿De quién?

—El guardia no me lo dijo. Es comprensible.

La mente de Griffiths da vueltas tratando de adivinar qué podría significar que a esta mujer estadounidense, que parece ser normal y corriente, le hayan permitido entrar a un lugar seguro que se usa para transmitir comunicaciones confidenciales entre agentes, informantes y oficiales sin preocuparse por que sean interceptadas.

—Santo cielo.

Nadie en Lisboa tiene autoridad para permitir esto, ni siquiera Langley; al menos, no sin que Griffiths se entere. Así que la orden debe de haber venido de Foggy Bottom. Lo que significa que esta mujer debe de ser más importante que lo que aparenta. O su marido lo es. Al parecer no son un par de estadounidenses cualesquiera.

—Obviamente, no podemos escuchar su conversación si está allí —dice Antonucci—. Pero podemos oír las grabaciones de cualquier otra llamada que haya hecho. Ya hace tres horas que tenemos intervenidos sus teléfonos.

—Bueno, bien. Quédate con ella, no la pierdas de vista. Entraré y escucharé las grabaciones. Y escucha, Guido.

—¿Sí?

—Ten cuidado. Tengo la sensación de que esto es algo grave.

El timbre suena estridente en el silencio sepulcral de la pequeña habitación, y la mano de Ariel se dispara instintivamente para levantar el auricular, como el instinto de calmar a un bebé que llora. Pero así como una vez se obligó a hacer una pausa antes de consolar al pequeño George, ahora se obliga a tomar aire antes de atender y decir: “Hola”.

Él no pierde el tiempo.

—¿Qué cojones quieres de mí?

—Ya te lo dije: tres millones de euros por el rescate de mi marido.

—Tres millones. Vaya, ese número me suena conocido.

—No me jodas. No es un número que me haya inventado de la nada. Han secuestrado a mi marido y ese es el precio del rescate.

—Te lo repito, es una pena, y lamento que te encuentres en esta terrible situación, pero ¿por qué supones que me incumbe?

—Sabes por qué.

—No, la verdad es que no.

“Vamos allá”, piensa Ariel. “Sin vuelta atrás”.

—Porque grabé nuestra última conversación.

Él se queda en silencio durante un segundo, luego dice:

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Esa conversación que sucedió antes de que firmara algo. Lo entiendes, ¿verdad?

—No di mi consentimiento para ninguna grabación de ninguna conversación.

—¿Consentimiento? ¿Cómo te atreves a usar esa palabra?

—Tomé medidas específicas para evitar una grabación, para que cualquier prueba resultara inadmisible.

—En primer lugar, sí hubo consentimiento de una parte —dice Ariel. En Nueva York, solo basta con que una de las partes de una conversación dé su permiso para una grabación. Ella había sido quien accedió—. En segundo lugar, ¿a quién le importa una puta mierda si es o no admisible? Enviaré la grabación a todo el mundo, excepto a los abogados. Todos los medios de comunicación, todos los grupos de hackers, todos los gobiernos extranjeros, todos los chismosos de las redes sociales.

—Esto es una extorsión. Un delito grave…

—¿En serio? ¿En qué jurisdicción? Estoy en Lisboa. En este momento no podría importarme menos la ley estadounidense o su aplicación.

—… agravado por el uso de la amenaza de cometer otro delito grave. Serás procesada, te lo prometo. Irás a prisión. Y no solo por treinta o sesenta días y una reprimenda del juez.

—Si y solo si soy condenada. Un gran “si”, por cierto. Por unanimidad. Por un jurado de mis pares.

—Pasarás momentos difíciles.

—¿Sabes lo que incluirá un jurado de mis pares? Mitad de mujeres. Además de un par de hombres que serán padres de niñas. Recuerdas cuántos jurados se necesitan para absolver a alguien, ¿verdad? Por supuesto que sí. Fuiste a la facultad de Derecho.

—Me aseguraré de que cumplas tu condena en un lugar muy muy difícil.

—Está bien, pero ¿sabes qué? Estaré feliz de ir a la cárcel. Seré una heroína. ¿Pero tú? Tu carrera se terminará. Y no solo tu carrera, tu matrimonio también, toda tu vida. Perderás todo. Así que sí, adelante, busca ayuda legal. Me arriesgaré con un jurado, y por muchos meses que sean y por los daños que sean…

Ariel se da cuenta de que se ha agitado demasiado y respira profundamente.

—Serás un paria —continúa, mucho más tranquila. Mucho más amenazadora—. Y no te recuperarás. Jamás.

—No eres capaz de algo así.

—¿Estás realmente dispuesto a apostar a que no lo haré?

—Si es así, ¿por qué no lo has hecho aún?

—No estoy haciendo esto para divertirme, ni voluntariamente. Y repito: no lo haré si me ayudas a recuperar a mi marido.

Él se toma un momento para digerir lo que Ariel ha dicho y ella le deja hacerlo. La pelota ahora está en su tejado. Pero el reloj corre y él lo sabe.

—¿Has dicho cuarenta y ocho horas?

—Un poco menos ya.

—No tengo esa cantidad de efectivo disponible. Nadie la tiene. Excepto tal vez los capos de la droga.

Ariel casi llora de alivio, pero se recompone para decir:

—Puedes conseguirlo. —Ella sabe que un hombre como él tiene activos líquidos en todo el mundo que puede convertir en efectivo cuando el negocio abra al día siguiente, por la mañana, en Europa. Casi ni se daría cuenta de los tres millones.

—No puedo hacer esto —dice—. Ahora no.

—Por supuesto que puedes —responde ella—. Ahora.

Él hace una pausa de nuevo. Odia esta situación, y ella puede sentir su incomodidad a través del teléfono y saborearla. Es deliciosa.

—Es imposible. —Por el festivo, los bancos están cerrados y los mercados también. Todo esto es imposible. No creo que pueda juntar esa cantidad de dinero, no tan rápido.

—Está bien; entonces, simplemente rescata a mi marido. Consigue que alguien llame a los marines, a los boinas verdes, a los SEAL de la Marina, me importa una mierda a quién, a cualquier par de botas estadounidenses. Es un hombre, en Lisboa. Este es un problema que alguien como tú debería poder resolver.

—No puedo interceder como…

—¿Estás bromeando? ¡La gente intercede todo el tiempo! ¿No puedes interceder por la mujer de uno de tus mejores amigos?

—Exmujer.

—Escucha, tienes tres opciones: tráeme el efectivo, devuélveme a mi marido o lo pierdes todo.

Él se queda en silencio. Debe de estar preguntándose cuál de estas opciones es la menos mala. Es difícil admitir que Ariel tiene razón sobre los jurados, sobre la cárcel, sobre toda esa situación. En realidad, no tiene opción y sabe que ella lo sabe.

—Está bien —dice finalmente.

Ariel siente que su cuerpo va a explotar por la liberación del estrés.

—Está bien, ¿qué?

—Está bien, alguien se comunicará contigo.

—¿Quién?

—No sé. Tengo que resolverlo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? ¿Cómo puedo saberlo? ¿Crees que he hecho esto antes?

—El tiempo es esencial.

—Vete a la mierda. El tiempo es esencial. Vete a la mierda.

Él suspira profundamente. Esto es lo último que esperaba tener que enfrentar esta noche. Pero sabe desde hace años que algún día, de alguna manera, iba a tener que vérselas con Ariel. Puede que ahora no sea el momento ideal; de hecho, ahora es el peor momento posible, pero quizás por eso es inevitable.

—Nadie debe saber esto —dice.

—¿De verdad crees que necesitas aclararlo?

—Nadie. Ni la policía de Lisboa, ni los secuestradores, ni tu marido, ni, qué sé yo, nadie. Nunca.

Ariel lo oye respirar; sabe que está pensando en los pasos, los riesgos adicionales que se le presentarán, las formas de mitigarlos.

—Tendrás que firmar un acuerdo de confidencialidad, obviamente. Antes de que suceda nada más.

—Por supuesto.

Está furioso, debe estar esforzándose por no estallar. Ariel se pregunta si finalmente ha aprendido a controlar su temperamento. Lo duda.

—Joder —dice—, esto es una puta mierda.

—¿Una puta mierda para ti? ¡No lloriquees, supéralo! Mi marido ha sido secuestrado.

—¿Por qué? ¿Quién es tu marido, de todas maneras?

—Solo un tipo común que parece un rico empresario estadounidense.

—¿Y lo es?

—En realidad, no. No como tú. No tiene tres millones de euros guardados.

—Mierda.

Ariel no quiere ser conciliadora con este hombre, pero necesita apaciguarlo al menos un poco. Necesita que él lo haga.

—Te los devolveré —ofrece.

—Inmediatamente.

—Tengo dinero. Sabes que lo tengo.

—No sé nada de eso.

—Sí que lo sabes. Pero ese dinero está en un fideicomiso.

Ariel espera a que le pida más información, pero él no lo hace. Sabe para qué es el fideicomiso y por qué, pero probablemente no quiera dejar que ella desvíe la conversación a ese tema. Y Ariel no quiere enemistarse con él al intentarlo.

—No vuelvas a llamarme.

—Sí, de acuerdo. Pero escucha, si no me consigues el dinero y mi marido es asesinado por eso, entonces juntaré todos los micrófonos y megáfonos del mundo, y revelaré todo.

Capítulo 20

Día 1. 11.41 p. m.

Ariel mira a su alrededor, los muebles anodinos, las paredes sin adornos, la puerta cerrada que la separa de un edificio de máxima seguridad, custodiado por marines armados. Esos soldados no están allí con el propósito de ayudarla; en todo caso, están para ayudarlo a él. No se le había ocurrido hasta ahora que este podría ser un momento peligroso, pero lo es. Acaba de amenazar a un hombre poderoso al tiempo que le ha dado la oportunidad de silenciarla para siempre. ¿Acaba de ponerse en peligro de muerte?

No hay nadie más ahí. No hay periodistas que esperen entrevistarla, no hay asistentes que la miren de reojo, no hay conserjes que pasen empujando cubos, no hay diplomáticos encorvados sobre los ordenadores.

Sin visitantes. Sin invitados. Sin testigos.

Solo un par de soldados, que obedecen órdenes. Que son leales. Que portan armas.

Con cada segundo que pasa, Ariel está cada vez más convencida de que la van a detener allí mismo. Siente que los latidos de su corazón se aceleran cuando se acerca a la puerta y, cuando presiona el botón rojo, su imaginación se precipita hacia las posibilidades de escape: salir por una ventana, forzar una cerradura, derribar una puerta con una pata rota de la mesa… Y mientras espera una respuesta, el pánico la invade, convencida de que quedará prisionera.

La cerradura hace clic, la puerta se abre y ahí está el guardia, con una expresión indescifrable.

—¿Sí, señora?

—Ya he terminado.

El guardia no responde de inmediato, y el espíritu de Ariel cae en picado. ¿Es este el momento en que la conducirá por el pasillo a un tipo diferente de habitación sin ventanas?

—Después de usted.

Él la guía hacia la entrada del edificio, donde el otro soldado está del otro lado del control de seguridad. Un tercer hombre armado la observa mientras custodia otra puerta cerrada. Este no se mueve cuando Ariel se acerca, solo mantiene sus ojos fijos en ella.

El edificio está en completo silencio, los sonidos de la calle amortiguados por los cristales a prueba de balas, los vestíbulos dobles, las paredes gruesas.

¡Riiiing!

Es el teléfono fijo que está en el puesto de seguridad; la luz parpadea y el timbre suena a todo volumen. El guardia contesta y vuelve a mirar a Ariel, que ahora está a seis metros de distancia.

—Sí, señor, todavía está aquí. —Ariel camina más despacio—. Sí, señor.

Ariel está ahora a tres metros del escritorio y siente al soldado a sus espaldas. Está apretada entre los dos. El oficial de la recepción cuelga el teléfono y vuelve a mirarla. Ella se obliga a seguir caminando hacia él, hacia la puerta, hacia la libertad, aunque a cada paso está más segura de que algo más va a pasar, tiene una visión de justo antes de que ocurra: él levanta su mano izquierda y deja la derecha junto a su pistolera.

—¿Señora?

Ariel siente que su estómago da un vuelco. Le recuerda los días en que su hijo pequeño siempre parecía estar a punto de tirar un vaso o un jarrón y su cuerpo tenía esta respuesta visceral a la calamidad inminente. Siempre trataba de decirse que no importaba, una taza rota, leche derramada, pero en realidad nunca lo lograba. No hay excusas para justificar algunos miedos, sin importar lo

insignificantes o irracionales que sean. Este miedo, sin embargo, no es insignificante ni irracional.

Ariel no confía en su voz. En cambio, levanta las cejas al mirar al guardia.

—Por favor, espere —dice él con la mano aún levantada en la posición de alto—. Se ha dispuesto de un coche para llevarla a su hotel.

Oh, Dios, qué alivio. ¿Es esto un alivio? Tal vez no. No.

—No hace falta —dice ella—. Tomaré un taxi.

—Es tarde, señora. El coche estará aquí en unos minutos.

Sí, por supuesto: esto es lo esperable, ¿no? Ahora que Ariel lo piensa, nadie la va a matar en la embajada, y no serán los marines quienes lo hagan.

No, será un trabajador independiente, un extranjero, que llegará en un coche imposible de rastrear en medio de la noche. ¿Cuánto tiempo llevaría poner en marcha este plan? El hombre al que acaba de llamar supo desde el principio que algo indeseable se avecinaba, sabe exactamente dónde está Ariel, tuvo tiempo más que suficiente para iniciar una estrategia después de esa primera llamada. ¿Cuándo fue eso? ¿Hace una hora y media? ¿Es suficiente para que un estadounidense rico y poderoso contrate a un asesino a sueldo en Lisboa?

—Puede sentarse aquí a esperarlo. —El marine señala un trío de sillas.

—No, gracias, prefiero tomar un taxi, de verdad.

—Lo siento, pero tengo que insistir. Son órdenes, señora.

—¿Órdenes? ¿De quién?

Señala de nuevo hacia las sillas.

—Por favor.

Por favor puede significar muchas cosas diferentes, ¿no? Ariel sabe que no tiene elección; no puede salir corriendo.

Pero una vez que llegue el coche, de ninguna manera se subirá a él.

Muchos de los problemas de este hombre se resolverían si la vida de Ariel terminara esta noche. No solo el problema inmediato de las llamadas telefónicas y el intento de extorsión, sino la amenaza a largo plazo que representa su sola existencia. Una amenaza que posiblemente ha estado alojada en su mente durante años, y cada vez más en los últimos tiempos, porque ya hay varias personas que están rascando la superficie de su vida en busca de lo que hay debajo.

Ariel: ella es lo que hay debajo.

Si ella simplemente desaparece esta noche en Portugal, su desaparición seguramente se investigará. ¿Qué se encontrará? Las pruebas, esparcidas por toda la ciudad, de que el marido de Ariel se metió en problemas, que ella fue a buscarlo y, como era de esperar, cayó en el mismo problema y fue asesinada. Los policías, la embajada, el personal del hotel: todos testigos. Tal vez se encuentren pruebas, o tal vez se fabriquen; es posible que en este mismo momento alguien esté plantando drogas en su suite, bolsas de heroína, o tal vez montones de dinero en efectivo, o armas que han sido usadas, o todo eso junto, un volumen abrumador de pruebas incontrovertibles de que esta pareja estadounidense fue a Lisboa para implicarse en actividades delictivas y ¿qué obtuvo? Su merecido.

¡Riiiing!

El teléfono fijo suena aún más fuerte esta vez, más cerca, como un ataque. Ariel tiene su móvil; el teléfono prepago está en su bolsillo. Ella está segura de que ambos dispositivos fueron manipulados mientras estaba en la habitación segura, y que todo lo que haga a partir de ahora será monitoreado. Cada correo electrónico, cada mensaje de texto, cada palabra que pronuncie, ya sea en una línea abierta o no, incluso cuando los teléfonos parezcan estar apagados.

—¿Sí? —responde el marine.

Otra cosa por la que preocuparse, y ya hay muchas. Siente que toda la preocupación la aplasta de nuevo. ¿Cuánto tiempo hace que se paró en la acera y sollozó? Solo unas pocas horas. Siente que está al borde de perder el control de nuevo. Respira profundamente, profundamente.

El marine cuelga el teléfono, se vuelve hacia Ariel.

—Su coche ya ha llegado.

Durante los últimos minutos ha estado estudiando el mapa en su pantalla, tramando rutas alternativas, un plan B. Tal vez alguien, en algún lugar, haya visto que el mapa de su teléfono estaba activo. Pero no han podido seguir sus ojos para ver por qué estaba usando la aplicación.

Pasa junto al guardia con un escueto "gracias", cruza la puerta y sale a la tranquila calle nocturna, donde hay un sedán Audi frente a la puerta de entrada, aparcado en la calzada de una sola dirección que está separada de la ancha avenida por una mediana con adoquines y bancos y bolardos y árboles. Eso es mucho amortiguamiento entre la embajada y el tráfico, mucha separación de los motoristas armados, de los pasajeros de camionetas con rifles de asalto, de los camiones de dieciocho ruedas llenos de explosivos. Tal vez las embajadas estadounidenses son objetivos en todas partes.

El conductor sale y se apresura a abrir la puerta trasera para Ariel. Es un hombre grande, no delgado, pero tampoco gordo; se ve sólido, fuerte. Lleva vaqueros ajustados que le quedan muy bajos en las caderas, decorados con costuras extravagantes. Su suéter está llamativamente decorado con un logotipo de gran tamaño, con franjas de color estridente y letras en las mangas y la espalda, además de rayas en el cuello, que lleva abierto. Sus zapatos deportivos son de una marca desconocida, pequeños, ajustados y multicolores.

Definitivamente no es estadounidense.

Con las mujeres es más difícil saberlo; las mujeres de todo el mundo siguen modas similares, cortes de pelo, maquillaje, estilos copiados

de alguna celebridad: actrices, cantantes, influencers, lo que diablos sean las Kardashian. Todas siguen tendencias globales, reconocibles en todas partes, intercambiables. El estilo de los hombres es más local, más específico. Más identificable. Y ningún hombre estadounidense usaría un atuendo como ese, ni muerto.

¿Es esta una buena señal? ¿O mala? De cualquier manera, es positivo que el conductor haya salido para abrir la puerta. Eso lo aleja más del volante, del acelerador.

A Ariel le llama la atención un pequeño coche que pasa, borroso, al otro lado de la mediana, en la vía principal; este amplio tramo de la avenida es prácticamente una autopista. Mira a la izquierda, luego a la derecha. No hay peatones; no es una zona peatonal. Tampoco hay coches aparcados en ningún lugar que ella pueda ver. No hay señales de nadie en ninguna dirección. Nadie que sea testigo, nadie que intervenga. Solo están Ariel y este conductor fuera, y los marines adentro.

“OK”, se dice, cuando está a solo unos pasos de la puerta abierta del coche. “Ahora”.

Ariel corre. Se dirige a toda velocidad en la dirección opuesta al coche, hacia cualquier vehículo que pueda llegar a la calzada ancha. Oye que el conductor grita, pero no sabe lo que está diciendo y no le importa una mierda.

Corre junto al frontispicio de hormigón de la valla de la embajada, más allá del final del edificio. Pasa por un pequeño solar al aire libre con coches aparcados y contenedores de reciclaje, desde el que su visión periférica capta algo de movimiento, pero no puede decir qué; quizá sea alguien en el asiento del conductor de un coche, pero también podría ser un gato, un pájaro o una rama que susurra con la brisa.

Ariel mira por encima del hombro y ve al conductor del Audi sentarse en su asiento. Vuelve a mirar hacia delante, hacia la acera, hacia sus pies, concentrándose en no tropezar con los adoquines irregulares, las grietas, las raíces que atraviesan el pavimento.

Escucha la puerta del coche cerrarse de golpe mientras continúa

pasando el final del aparcamiento, y llega a la acera bordeada por arbustos bajos junto a una pared de cemento.

El conductor pone el Audi en marcha. El coche debe avanzar primero por la calzada estrecha, al final de la cual tendrá que incorporarse a la calzada ancha, que es de sentido único y se aleja de Ariel. Sería una locura girar y conducir en sentido contrario al tráfico, irresponsablemente peligroso, una maniobra que el conductor solo emprendería si tiene la intención de perseguirla de manera maníaca y criminal. En cualquier momento, los vehículos que pasan a gran velocidad podrían llegar a la avenida vacía, con el riesgo de colisión frontal y muerte. Ningún conductor de coche de alquiler haría eso. Solo un asesino lo haría.

Diez metros más adelante hay una abertura en el muro de hormigón, la entrada a un edificio de gran altura.

Ariel se gira para ver lo que hace el Audi: gracias a Dios se incorpora a la calzada y se aleja de ella. Pero eso no significa que esté a salvo. El conductor podría acelerar, girar a la derecha y otra vez a la derecha y luego dar la vuelta a la parte trasera de esta manzana, a la parte trasera de este edificio. ¿Cuánto tiempo le llevaría? Mientras Ariel estaba sentada en la embajada, examinando el mapa, calculó noventa segundos, como máximo dos minutos.

Tal vez él no la persiga. Desea desesperadamente que no lo haga, porque no hay ninguna razón inocente por la que lo haría. Ella tiene que pensar que pasará lo peor. Siempre.

Mientras corre hacia el camino de entrada, distingue una figura cerca de la embajada, iluminada por los reflectores que bañan el frente del rascacielos con un brillo protector. Es un hombre. Y está caminando en su dirección.

No, no camina: está corriendo. Corre tras ella.

Ariel acelera pasando al guardia de seguridad del rascacielos antes de que tenga la oportunidad de detenerla, y llega a un área de aparcamiento con coches aparcados en batería de un lado y espacios de aparcamiento paralelos en el otro, todo bien iluminado por altos reflectores.

El guardia le grita algo.

Ariel no reduce la velocidad hasta que llega al final del amplio aparcamiento abierto y da la vuelta alrededor del edificio a lo largo de un camino pavimentado bajo las palmeras.

El guardia vuelve a gritar, más estridente, más alarmado. Le responde otro hombre que grita.

Alrededor de la parte trasera del edificio ve canchas de tenis, una piscina en un pabellón elevado, palmeras, una pared de color salmón. Este es un elegante edificio de apartamentos, encerrado dentro de un perímetro fortificado, que limita por un lado con la embajada estadounidense y, por el otro, con la brasileña.

Los pasos la persiguen. Más de un par de pies.

Ese muro tiene una altura que no le permitirá a Ariel escalarlo. Ella lo sabe. El guardia lo sabe. Pero él no sabe que ella lo sabe, así que probablemente supone que ella va a intentar escapar por la parte de atrás y fallará, y ahí es donde la arrinconará, con una linterna del tamaño de un arma en una mano y el móvil en la otra, listo para llamar a la policía. O tal vez prefiera detenerla él mismo. Tal vez sea el tipo de hombre que espera ese tipo de oportunidad.

Ariel continúa corriendo a toda velocidad junto a las canchas de tenis como si su vida dependiera de ello, tratando de llegar al otro extremo del edificio antes de que el guardia rodee el lateral. Dobla la esquina sin saber si lo ha logrado.

No puede seguir a este ritmo, se va a desplomar. Reduce la velocidad a un trote en el camino entre el edificio y la pared alta, un espacio cerrado y claustrofóbico, sin posibilidad de girar, sin vía de escape. Ariel no sabe si el guardia le pisa los talones o se dirige hacia la piscina y el terreno que está más allá. Ahora está a solo unos metros del frente del edificio y reduce la velocidad a un ritmo de caminata, tratando de escuchar pasos detrás de ella… esforzándose por escuchar…

Nada. No se oye ningún paso. El guardia no la ha perseguido por esta esquina, al menos no todavía. Se detiene, se inclina, trata de

recuperar el aliento mientras tiene unos segundos; correr es difícil. Cuenta hasta cinco y reúne fuerzas para otra carrera a través del aparcamiento, de regreso a la puerta principal, a través de los amplios carriles de la avenida. Con suerte estará libre de tráfico y la llevará hacia el zoológico y los restaurantes de comida rápida y la vida y la gente y, con un poco de suerte, a un taxi que la lleve de vuelta al hotel, o qué coño, simplemente hará señas al primer coche que pase y se arrojará a merced de un completo desconocido. En su experiencia, los desconocidos no son los peligrosos.

Ariel se endereza, se pone de pie. Inspira profundamente, llena sus pulmones de oxígeno, como si se preparara para sumergirse bajo el agua. Luego da un paso adelante…

Capítulo 21

Día 1. 11.58 p. m.

No hay manera de que Ariel pueda esquivar al hombre que está bloqueando el camino, parado frente a ella, a solo unos metros. Su único escape posible sería dar la vuelta y correr en la dirección opuesta; probablemente pueda dejarlo atrás, debería irse ya…

Pero luego lo reconoce: es uno de los tipos de la embajada, al que le dio una paliza en la calle, hace un millón de años, esta noche. Cree que su nombre es Antonucci.

—No pasa nada —dice él, y extiende las manos en un gesto tranquilizador, como si estuviera alisando una manta—. Está bien.

Ariel sigue jadeando, con el pecho oprimido.

—No pasa nada —reitera él—. ¿Por qué corre?

Ella se inclina, todavía luchando por recuperar el aliento. Él le da tiempo para que se recupere y luego para que responda, pero Ariel no lo hace.

—¿A qué le tiene miedo? ¿A quién?

Ariel, todavía doblada en dos, vuelve la mirada hacia él y niega con la cabeza.

—¿Cómo podremos ayudarla si…?

—¿Ayudarme? —Ariel se endereza—. ¿Cómo podrían hacerlo? —Respira hondo—. Ya han demostrado que no pueden. Hacen un montón de preguntas irrelevantes en lugar de hacer algo. Al menos, a estas alturas, podrían haber encontrado el teléfono de mi marido. ¿Por qué no lo han encontrado todavía?

—Sí que lo hemos hecho.

—¿Qué?

—Encontramos su teléfono.

—¿Qué coñ…? —Ella niega con la cabeza—. ¿Por qué nadie me lo dijo?

—Estaba en un cubo de basura junto al río. No había nada allí; solo eligieron ese lugar para deshacerse del móvil. Probablemente su marido fue a parar lejos de allí. Lo siento.

Ariel cierra los ojos con fuerza.

—Localizar el teléfono no es todo lo que hemos hecho. Estamos investigando muchas posibilidades.

—¿Cómo cuáles?

—Mire, es muy tarde. ¿Por qué no repasamos esto por la mañana?

Ella no responde.

—¿Por qué huyó de un conductor que la embajada de los Estados Unidos puso a su disposición para velar por su seguridad?

¿Qué puede decirle? “Hui porque me aterra la posibilidad de que el conductor sea en realidad un asesino a sueldo contratado para matarme, para finalmente eliminar la amenaza latente que represento, una amenaza que ha resucitado con el secuestro de mi marido”.

—Vamos a llevarla de regreso a su hotel —dice él—. Venga.

Ella ve que tiene la cara hinchada en el lugar donde lo golpeó; debería haber pasado las últimas horas aplicándose hielo, pero en cambio parece que ha estado persiguiéndola por Lisboa. ¿Para cuidarla? ¿O para mantenerla vigilada?

—Mi coche está al final de la calle.

Él tiene razón. Tiene que darse por vencida por esta noche, volver al hotel, acostarse, dormir un poco. Esta es una de las duras lecciones que aprendió mientras criaba sola a un bebé: la privación del sueño es muy real, no tarda mucho en aparecer y sus efectos son brutales. Físicos, psicológicos, emocionales, todo a la vez. Necesitará pensar con claridad mañana, eso es seguro.

—Venga —repite él.

Ariel empieza a llorar otra vez. El hombre se da cuenta de sus lágrimas y está tratando de decidir cómo responder, si abrazarla o cogerle la mano, o el codo, o poner el brazo alrededor de su hombro, pero probablemente tiene miedo de que ella no quiera que la toque; al fin y al cabo, es un hombre desconocido y están en un callejón en medio de la noche. Tiene toda la razón. En cambio, le ofrece otro comentario vacío:

—Todo saldrá bien.

Él no puede saber que nada vaya a salir bien. Pero eso es lo que hacemos a veces, nos mentimos unos a otros, incluso cuando todos sabemos que se trata de una mentira. A veces lo llamamos cortesía, a veces lo llamamos optimismo, a veces lo llamamos apoyo o política o negocios o negociación o relaciones públicas o marketing, a veces lo llamamos simplemente hacer nuestro trabajo. A veces combinamos las mentiras que nos decimos unos a otros con las que nos decimos a nosotros mismos y negamos que lo que hacemos es mentir, o negamos que mentir sea algo malo, o negamos que mentir tenga consecuencias. Negamos que los hechos sean los hechos. Negamos que la verdad signifique algo.

A Ariel no le sorprende que este hombre le esté mintiendo ni que ella también esté mintiendo al permitirlo, ni que ambos sepan que el otro está mintiendo, aunque finjan que no es así.

Siempre queremos creer que solo hay una realidad y que todos la compartimos. Eso es algo de lo que Ariel solía estar segura: los hechos son los hechos, la verdad es la verdad.

Pero entonces…

Esto es lo que puede pasar: se pierde la fe en una misma, en la capacidad para ver el mundo con claridad, para entenderlo correctamente. Una empieza a pensar que está rota, que hay algún déficit intelectual que le impide ser competente como lo son todos los demás, algún cortocircuito que vuelve al cerebro incapaz de procesar los hechos y las emociones, de dar respuestas apropiadas.

Al principio, una puede estar segura —al cien por cien, sin duda— de que comprende los sucesos, el entorno físico, qué hora era, cuánto alcohol había consumido; todos estos hechos parecen muy claros, incuestionables, indiscutibles.

Pero, entonces, los demás dicen algo diferente. No entendiste lo que pasó en realidad: no, no fue así, para nada. Es tu interpretación la que es defectuosa; entendiste mal. Tú lo pediste, no solo en sentido figurado, sino literalmente, incluso lo dijiste en voz alta: “Sí, quiero”.

Una sabe con absoluta certeza que no es cierto, que una nunca dijo tal cosa. Pero los demás vuelven a decir, con cien por cien de certeza, que sí.

Entonces, ¿qué? Entonces, a pesar de una misma, a pesar de la confianza, a pesar de la seguridad, comienza a surgir la duda. Una empieza a dudar sobre cosas que obviamente están abiertas a la interpretación, asuntos subjetivos, opiniones. Y, en algún momento, también llega a dudar no solo de las opiniones, sino también de los hechos concretos.

No: era medianoche, no las diez.

Habías tomado seis copas, no dos; tú estabas borracha, yo estaba sobrio.

Tú me lo pediste, así que te lo di.

Así es como una pierde la fe en la objetividad, en la realidad, en una misma.

Así es como funciona lo que ahora llaman gaslighting.

Parte III

El rescate

Capítulo 22

Día 2. 9.17 a. m.

Ariel se despierta sola otra vez. En cuestión de segundos, su mente ya está hiperactiva, ese zumbido peculiar que viene con el estrés; demasiadas ideas que chocan, pensamientos al azar que se disparan en múltiples direcciones con pocas posibilidades de llegar a destinos lógicos. La mente está desorganizada, su inquietud es improductiva. Ariel siente que la sofocante frustración le oprime el pecho, y un ataque de pánico surge en respuesta a esta situación insostenible y a su incapacidad para lidiar con…

Basta.

Cierra los ojos. Respira profundamente. No piensa en nada excepto en espirar…

Y otra vez…

Y luego abre los ojos y se siente un poco mejor. No mucho, pero lo suficiente.

Mira a su alrededor; la habitación está más limpia y ordenada que la última vez que se despertó allí, sin nada que le recuerde a John, al sexo de la noche anterior. ¿Solo ha pasado un día?

Ayer fue definitivamente malo, pero hoy probablemente será peor. Al menos ayer Ariel tenía algo de control, era ella quien tomaba las decisiones fundamentales: fue a hablar con la policía, a la embajada, hizo varias llamadas a los Estados Unidos, juntó los hilos dispares en un solo ovillo y lo hizo moverse.

Ahora depende de otras personas y no puede confiar completamente en ninguna de ellas. Por eso necesita a tantas.

Ariel se viste con su atuendo habitual de vaqueros y camiseta. Se seca el pelo con una toalla, se pone las zapatillas de deporte, se pinta los labios y ya está lista.

Cuando era joven, Ariel tomó muchas de sus decisiones (personales, profesionales, románticas, platónicas y hasta de vestimenta) bajo la premisa de que ella era el centro del universo, y también la forma en que se veía, la ropa que usaba, los lugares a los que iba y las personas con quienes iba a esos lugares, sus niveles percibidos de atractivo, de estatus, los componentes básicos de un personaje que anhelaba ser público, ser alguien a quien la gente envidiara.

Se había tomado a sí misma bastante en serio. Pero así es la juventud, ¿no? Los jóvenes llegan desde todas partes del mundo a Nueva York para tomarse en serio, para llamar la atención, para ser conocidos, admirados, envidiados, deseados. Ariel logró todo eso solo para descubrir finalmente que no lo quería y darse cuenta de que estos rasgos que admiramos y envidiamos (juventud, belleza y privilegios) no son logros.

Cuando se fue de la ciudad, Ariel se deshizo deliberadamente de esos atributos que durante mucho tiempo había considerado ventajas y se habían convertido en impedimentos. Dejó sus hábitos de chica urbana, su actitud urbana, su estilo urbano, incluido todo ese pelo, todo el champú, el acondicionador y el secado, el tinte, el peinado, todo ese tiempo y dinero que ya no tenía. Ahora le corta el pelo Deb en la única silla de la sala de estar de un destartalado edificio victoriano, en el extremo más sórdido de la calle principal del pueblo.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó Deb la primera vez, mirando la foto de la revista que Ariel había marcado doblándole la esquina—. ¿Segura?

Ariel asintió. Era madre soltera de un bebé, casi no tenía tiempo para ducharse y, mucho menos, para lidiar con el pelo largo.

—¿Sabes cómo llamo a ese corte?

—¿Cómo?

—El Comando.

Ariel ya había dejado las manicuras, las pedicuras y los tratamientos faciales, el ejercicio incesante, el hambre constante y la hidratación continua, el maquillaje y las joyas, los vaqueros ceñidos, las faldas cortas y los shorts más cortos, las blusas y los vestidos escotados, la tediosa y compleja tarea de aumentar al máximo y constantemente su atractivo físico, su sensualidad, el esfuerzo incesante de llamar la atención: mírame, por favor, mírame, por favor.

—Sí —dijo—, el Comando es exactamente lo que quiero.

No es que ya no quiera ser atractiva; sí quiere serlo. Pero, sobre todo, quiere ser atractiva para sí misma, no para todos los libertinos callejeros que hacen sonar el claxon de su camioneta, que la miran en la caja del supermercado, que le hacen propuestas en la esquina de una calle oscura; cada silbido es un recordatorio descarado lo vulnerable que es.

—Escuchemos esa parte de nuevo. Los últimos treinta segundos.

—Claro. —Kayla mueve el cursor, hace clic en el triángulo. Griffiths cierra los ojos, agudiza el oído.

—No pensarás que te llamo sin tener un as en la manga, ¿verdad? No pienses ni por un minuto…

—Cállate.

—… que con los registros de paternidad, y el informe policial y…

—¡Joder! ¡Cállate! Ve a la embajada.

—Ya fui a la embajada. Dos veces. Y ahora es de noche. Está cerrada.

—Alguien te abrirá.

—¿Cuándo?

—Supongo que ahora mismo. Ve ahora.

Griffiths abre los ojos.

—Esa voz me suena tan familiar. ¿No os suena?

Las voces, fuera de todo contexto, pueden ser difíciles de reconocer. Pero a veces, todo lo que necesitas es una pequeña pista.

Jefferson no responde. Esto es algo que Griffiths respeta de la joven: si no sabe la respuesta, no llena el vacío con palabras huecas ni conjeturas descabelladas.

—Ok —dice Griffiths—. Hay muchas pistas sobre la identidad de este tipo en esta conversación. Empecemos.

—Claro. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Adelante.

—¿Por qué debería importarnos la identidad del hombre que podría o no estar proporcionando el dinero del rescate?

—Esa conversación suena bastante a una extorsión, ¿no?

—Sin duda. Pero la extorsión es un delito que debe investigar el FBI, no un asunto de inteligencia nacional.

—A menos que sí lo sea. Eso depende de quién sea el extorsionado. Este tipo definitivamente me suena sospechoso: registros de paternidad, informes policiales, millones de dólares. Y lo más importante de todo: es extorsionable. Solo eso ya enciende todas las alarmas.

Jefferson asiente vigorosamente. Tiene esa mirada de los jóvenes que están listos para trabajar.

—Hablando de hombres sospechosos, ¿dónde está Guido?

Jefferson responde de inmediato.

—Tenía algo que hacer esta mañana.

—Oh, ¿sí? ¿De qué se trata?

Jefferson se encoge de hombros.

—¿Tal vez ha ido a que le cosan las heridas?

La joven reprime una sonrisa y a Griffiths le basta como respuesta.

—¿Y Saxby Barnes? —pregunta Jefferson—. ¿No deberíamos incluirlo ahora?

Griffiths está preocupada por el rumbo que lleva esta investigación. Hasta que sepa más, no quiere que el círculo incluya a nadie que pueda tener motivos contradictorios. Griffiths no sabe qué motiva a Barnes, dónde residen sus lealtades, sus ambiciones.

—No —responde—. Creo que no. De hecho, debería ir a amordazarlo ahora mismo. ¿Podrías venir conmigo, por favor?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Quiero asegurarme bien de que no haya malentendidos en el futuro sobre lo que se le dijo a Barnes, quién se lo dijo y cuándo.

Ariel revisa el teléfono prepago: nada. En su propio móvil tampoco hay nada, solo algunas irrelevancias laborales, algo de spam, una invitación a una comida compartida en la escuela durante las vacaciones de verano, una de esas oportunidades para que las mamás alfa horneen pasteles para presumir de ellos en Instagram. Para este tipo de eventos Ariel compra una caja de galletas del supermercado y las sirve en la mesa sin siquiera sacarlas del paquete. No tiene tiempo para hornear galletas en un día laborable y no va a fingir lo contrario. De hecho, está orgullosa de ello.

Además, nunca compartiría una foto de una tarta en las redes sociales. La librería tiene algunas de las cuentas obligatorias y Ariel las mira a veces. Pero su nombre no aparece en ninguna parte y ella no publica nada. Todo eso lo maneja Perséfone. Si hay algo que la generación de chicas más jóvenes sabe hacer es compartir en las redes sociales, y compartir en exceso. Es el tipo de conducta que hasta no hace mucho tiempo se consideraba vergonzante: la inseguridad, la necesidad de validación, la autopromoción descarada, incluso el vídeo sexual explícito. Ahora todo eso se

acepta, se recompensa, se celebra, se exige.

Ariel solo hace fotos de vez en cuando, principalmente de su hijo, sus perros, su nueva cabra, y cada diciembre hace imprimir copias en papel fotográfico de las mejores del año, las ordena en un álbum encuadernado en cuero y lo coloca en la estantería junto al del año anterior. Un regalo de Navidad para sí misma, para el futuro: su pasado.

¿El álbum de este año incluirá algo de este viaje? Tal vez el selfi que se hizo con John, el que le mostró a las camareras. Ariel espera que sí. Espera que algún día esta sea una anécdota que pueda contar, cuando todo se haya convertido en historia antigua. Pero lo duda.

El servicio de desayuno está a punto de terminar. Ariel es ahora la única huésped que está en la gran sala, sentada ante la misma mesa por cuarta mañana consecutiva. Se suponía que mañana sería su última mañana en Lisboa, antes de partir hacia la costa para pasar un par de noches en un resort de playa.

El televisor que está detrás de la barra vuelve a estar sintonizado en las noticias internacionales en inglés. Están presentando un informe adulador sobre el candidato a vicepresidente: una biografía inmaculada, que narra su educación en una universidad de la Ivy League, sus años como entrenador de un equipo juvenil de béisbol, sus obras de caridad y el servicio prestado en la Guardia Nacional. El propósito es claro: mostrar que es un hombre dispuesto a sacrificar su tiempo, a donar su dinero, a arriesgar la vida y las extremidades, todo por la seguridad y la integridad de su comunidad. Este hombre es un patriota.

Pero ¿qué significa eso? Lo mismo puede decirse de los hombres de Al Qaeda y los talibanes, del ISIS y el Ku Klux Klan, de los nazis y la Inquisición española y de Atila, el maldito rey de los hunos. Todos sostuvieron sus convicciones apasionadamente. Todos se dedicaron a proteger a sus comunidades contra los invasores o los conquistadores o los infiltrados o los infieles, o al menos utilizaron esa lógica como justificación para ganar poder, retenerlo, sacar provecho de él. Para subyugar y excluir y explotar.

No, Ariel lo sabe: la dedicación fanática y dogmática a tu comunidad no convierte a nadie en una buena persona. El patriotismo autoproclamado no es prueba de nada.

En la pantalla, el hombre luce un traje hecho a medida y una sonrisa arrogante; sostiene uno de esos cheques falsos, un trozo de cartón del tamaño de una toalla de playa, que simboliza su donación de un millón de dólares para la alfabetización de adultos. Es una farsa, ni siquiera complicada ni convincente; solo otra mentira cotidiana que todos fingen no notar. Otra estrategia para proteger buena parte de su fortuna es recortar un poco aquí y allá, regalar pequeñas cantidades para asegurarse de poder conservar el resto. Una de las muchas manipulaciones disponibles para hombres como él, creada por hombres como él en beneficio de hombres como él, la estructura fiscal y las ganancias de capital y las deducciones de intereses hipotecarios, el matrimonio y la religión y el capitalismo y la llamada democracia representativa, todo construido de manera tal que los hombres como él puedan ser no solo los jugadores, sino también la banca, con todo el juego arreglado a su favor; no solo con estrategias de respaldo, sino también de respaldo a los respaldos, y sin que haya forma de que pierdan en este juego que ellos mismos inventaron llamado los Estados Unidos de América.

Ariel lleva toda su vida aprendiendo las reglas de este juego amañado, tratando de averiguar qué tipo de respuesta sería justa y proporcionada, pero también productiva. Durante mucho tiempo, todo lo que quería era simplemente no jugar, no mirar, fingir que ella ni siquiera estaba allí. Pero eso no es posible.

Sin embargo, hace poco llegó a una conclusión diferente: había, tal vez, una forma de ganar. Inventar su propio juego, amañarlo ella misma y, luego, hacer que nadie pueda negarse a jugar.

CAPÍTULO 23

Día 2. 9.53 a. m.

Ariel nota que João ronda cerca de ella; parece preocupado.

—Lamento mucho molestarla —dice el camarero. Luego, espera que ella le dé permiso para molestarla.

—¿Sí?

—Hay unos policías que quieren hablar con usted. ¿Puedo traerlos aquí? Después de que termine su desayuno, por supuesto.

Ariel se limpia la boca.

—Diles que vengan ahora, por favor.

Está sentada de nuevo junto a las puertas francesas, las cortinas, la brisa, la plaza concurrida, la ciudad ocupada en sus asuntos cotidianos un martes por la mañana. Es una sala grande, y ve a Moniz y Santos cruzarla, y a João continuar limpiando mientras en la cocina se prepara el almuerzo; es ese período entre comidas en el que parece que no pasa nada en un restaurante, pero es cuando se organiza toda la logística.

—Buenos días, senhora.

Ariel levanta las cejas.

—Sí, tiene razón, tal vez no sea un buen día para usted. Lo siento. Es la costumbre.

—¿Le parece bien si nos sentamos aquí? —Santos señala el asiento vacío frente a ella, el asiento de John. Ariel asiente. Moniz trae una silla más de otra mesa.

—Tengo entendido que los secuestradores la llamaron por teléfono —dice.

—¿Cómo lo saben?

—Nos informó un diplomático de su embajada.

—¿Un diplomático? —Ariel se pregunta de qué tipo: ¿un diplomático que es realmente un diplomático o un diplomático que en realidad es un espía?

—Sí. Y nos dijo que estos secuestradores exigen un rescate de tres millones de euros. ¿Correcto?

—Así es.

—Y que usted no tiene esa cantidad de dinero, así que se puso en contacto con alguien en los Estados Unidos.

—¿Quién le dijo todo eso?

—El hombre no nos dio su nombre. Solo dijo que llamaba desde la embajada.

—¿Y no le preguntaron?

—Lo hice. Pero me dijo que no importaba. —Moniz se encoge de hombros—. Eso es cierto. Es fácil mentir sobre un nombre, especialmente por teléfono. ¿Piensa que va a obtener este dinero?

—Sí.

—Senhora. —Es Santos quien habla ahora, inclinándose hacia delante—. No es una buena idea.

—Por supuesto que no es una buena idea, pero ¿tiene alguna mejor?

—¿Ha intentado comunicarse con alguien de la empresa en la que trabaja su marido? —pregunta Santos—. Quizá quieran ayudar.

—Las oficinas están cerradas por el día festivo, es Cuatro de Julio.

Pero ayer dejé dos mensajes; uno en el buzón privado de John, otro en una línea general de la compañía. Quizás alguien, un asistente, tome nota de los mensajes.

—¿No lo sabe?

—Nunca llamo al teléfono de la oficina.

—¿Nunca? ¿Por qué?

—Me dijo que es de mala educación, que nadie en la empresa usa las líneas telefónicas comerciales para llamadas personales. Que todas las llamadas son monitoreadas, tal vez grabadas; Gran Hermano y todo eso. Me dijo que usase el teléfono de la oficina solo para una emergencia. Así que nunca antes lo había llamado a ese número.

Esto no es totalmente cierto. De hecho, llamó a ese número directo una vez, como experimento. Fue poco después de que se conocieran, hace casi un año, cuando Ariel comenzó a hurgar en los detalles de la vida de John Wright. Se sintió un poco como una intrusa de la generación Z, aunque no tan competente, tratando de husmear en la vida privada de alguien que era bastante reservado. No encontró gran cosa.

—Tudor Consultants, oficina de John Wright, ¿en qué puedo servirle?

—¿Puedo hablar con el señor Wright, por favor?

—Lo siento, pero el señor Wright no está en la oficina hoy.

Ariel ya se lo esperaba. John le había dicho que iba a viajar fuera del país.

—¿De qué se trata? Quizás pueda ayudarla.

—Oh, no. Volveré a llamar en otro momento.

No lo hizo. Ariel ya había logrado lo que necesitaba: verificar que él realmente estaba de viaje cuando dijo que lo estaría, y que el hombre que se hacía llamar John Wright le había dado un número

de teléfono que correspondía a un John Wright que trabajaba en Tudor. Pero esto no era lo mismo que confirmar que el hombre que conocía era realmente John Wright.

Le llevó algunas semanas reconocer lo que la preocupaba: cuando alguien parece demasiado bueno para ser verdad, no lo es.

Incluso ahora, la verdad es que todavía no conoce a John; aún no han compartido demasiado tiempo juntos. Él pasa los días y las noches entre semana en la ciudad, y su trabajo también requiere viajar algunos fines de semana. Así que la mayor parte del tiempo, en la vida de Ariel siguen siendo solo ella y George, los dos juntos todas las tardes, todas las noches, sin que las rutinas del niño se hayan alterado. Se lo había dejado claro a John desde el principio: su hijo siempre sería su primera prioridad.

—Por supuesto —había respondido John—. Eso ni se pregunta.

—Además, debo advertirte de algo. —Conducían de regreso a su casa por primera vez.

—¿Sí? —Él la miró a los ojos y luego se volvió hacia el oscuro camino rural—. Por supuesto, agradezco las advertencias a tiempo.

—A veces les hablo a mis perros.

“A veces” es un gran eufemismo. Es un parloteo casi constante el que mantiene con los perros. George fue quien bautizó Scotch al pequeño rescatado de color caramelo; supuestamente es un terrier escocés, un scottish; ese linaje es dudoso. “Quizás no es exactamente un scottish”, admitió George, después de comparar al perro con las fotos de la Enciclopedia de las razas de perros, su libro favorito en el mundo. “Este no se ve como un scottish… quizá como un Scotch. ¿Qué te parece ese nombre?”.

Ariel iba a objetar que no quería que la gente pensara que le había puesto al perro el nombre de un tipo de whisky, pero se recordó a sí misma que le importaba una mierda.

“Eres un buen chico, Mallomar”. Dice esto docenas de veces al día. George también fue quien bautizó al chucho de pelo color

chocolate, antes de tener la enciclopedia, aun antes de aprender a leer, cuando las galletas Mallomars ocupaban una buena parte de su mente.

“Tú también, Scotch, aunque quizá no tan bueno. Pero eres un personaje sumamente apuesto”. El pelaje de la cara de Scotch evoca los bigotes de un noble austríaco del siglo xix. “Eres un caballero elegante”.

El perro simplemente la mira, sin entender ni dejar de entender ninguna de sus palabras. Lo que Scotch entiende es el tono de la voz de Ariel. Mueve la cola cuando ella dice tonterías como esta; adora todo lo que tenga que ver con ella.

Ariel admite que la gente puede pensar que es una loca por hablarles así a los perros. Pero hace años que dejó de importarle si la gente piensa que está loca; ya ha dejado de intentar ocultarlo.

Ahora que sentía la necesidad de explicarle esta parcela de su personalidad a este nuevo hombre, se preguntaba si era inteligente de su parte sostener ese profundo grado de me-importa-una-mierda. Pero así es ella, en esto se ha convertido, y no quiso ocultárselo. Había pasado demasiado tiempo de su vida fingiendo lo contrario.

—En realidad, no es solo a veces. Hablo con los perros más o menos constantemente.

John le dedicó una sonrisa amable, sobre todo con los ojos.

—Eso espero —dijo. No era su sonrisa de alto voltaje, pero era, tal vez, aún mejor—. De lo contrario, se sienten solos.

Ariel examinó a John de cerca, bajo el suave resplandor de las luces del tablero del coche, y pudo ver en su sonrisa, el reconocimiento divertido de una broma que no es realmente una broma, sino una verdad fundamental: no son los perros los que se sienten solos si Ariel no habla con ellos.

Aquella fue la primera vez que se le ocurrió, solo un pensamiento fugaz que corrió por su mente: “Podría amar a este hombre”. Pero hizo a un lado esa idea.

Había pasado mucho tiempo desde que tuvo una pareja sexual estable, o incluso una inestable. Cuando huyó de la ciudad por primera vez, fue porque estaba traumatizada y embarazada. Luego fue madre soltera de un recién nacido, luego de un niño pequeño, su vida se llenó de pañales y vómitos y lactancia e insomnio; nada de eso propiciaba el erotismo. Además, se había alejado de la vida social, de la intimidad. No quería tener nada que ver con los hombres.

La nueva vida de Ariel estaba poblada casi exclusivamente por mujeres. Se encontraba con otras madres para almorzar o tomar una copa de vino. Iba a la casa de otras familias para compartir almuerzos y allí les estrechaba la mano a los maridos, o besaba recatadamente en la mejilla a algunos de ellos, pero en realidad no les hablaba más allá de una charla superficial. Los hombres se agrupaban a un lado, sostenían sus botellas de cerveza por el cuello y conversaban sobre pesca y fútbol, impuestos y camiones. Ariel sospechaba que todos pensaban que ella era gay. Era la única de las madres que llevaba el pelo así de corto; además, aunque atractiva, estaba soltera, y habían oído decir que la mitad del ADN de su hijo procedía de un banco de esperma. ¿Qué otra explicación podía haber?

Los pocos hombres con los que interactuaba caían en dos categorías: los maridos de sus amigas o las personas a las que pagaba: el fontanero, el mecánico, el electricista. Ariel no iba a acostarse con nadie de ninguna de esas categorías. Así que durante años no tuvo sexo con nadie. Casi ni lograba interesarse en la autosatisfacción, solo de vez en cuando mientras veía una película con una escena cuidadosamente coreografiada, con la iluminación, la música y la edición perfectas, con dos de los seres humanos más atractivos del mundo, jadeando y gimiendo y gritando en éxtasis; este tipo de sexo artístico idealizado todavía lograba excitarla. Pero este entretenimiento cinematográfico era una actividad completamente diferente, divorciada de las relaciones sexuales de la vida real, de la misma manera en que el ballet profesional no tiene nada que ver con caerse por una escalera y romperse el cuello. Porque eso es lo que le había pasado a Ariel sexualmente: se había caído por las escaleras y se había roto el puto cuello.

Había tardado mucho tiempo en recuperarse, durante el cual su vida se definió abrumadoramente por el no. Fue un gran alivio poder decir que sí de nuevo. Y no era solo el acto físico del sexo lo que había estado ausente de su vida, era toda la intimidad que se espera de una pareja. La echaba de menos, la necesitaba; todos la necesitamos, incluso si a veces simulamos lo contrario. Ariel había estado fingiendo demasiadas cosas durante demasiado tiempo.

Pete Wagstaff mira la hora: son poco más de las diez de la mañana. Wagstaff sabe —todo el mundo sabe— que Saxby Barnes bebe mucho todas las noches; nunca es productivo hablar con él hasta que haya logrado recuperarse. El momento ideal es a primera hora de la tarde, cuando a Barnes se le ha soltado la lengua con una o dos copas a la hora de la comida, pero Pete no puede esperar tanto.

—Buenos días —responde Barnes—. ¿Qué puedo hacer por usted hoy, señor Wagstaff?

—Estoy trabajando en esa historia.

—Mmm.

—Tengo algunas preguntas de seguimiento.

—Mmm.

—¿Hay algún comentario por parte de la embajada sobre el altercado de ayer entre la señora Pryce y un miembro de su personal?

—¿Cómo dice?

Wagstaff no da más detalles.

—Lo siento —dice Barnes—. No tengo la menor idea de a qué se refiere.

—¿Es eso realmente lo que quiere que escriba, Barnes?

Silencio, luego un suspiro.

—¿Off the record?

—Por supuesto.

—Me ordenaron que guardase silencio. Justo ahora, de hecho. Hace pocos minutos.

—¿Le ordenaron? ¿Quién?

Barnes no responde, por supuesto.

—¿La CIA?

Nuevamente Barnes duda antes de no responder.

—Que tenga un buen día, señor Wagstaff.

—¿Y su familia? —pregunta Moniz—. ¿No puede ayudarla?

—No. Los padres de John murieron cuando él era un niño, tenía seis o siete años. Él y su hermana mayor se fueron a vivir con un tío que no era muy agradable; ya no están en contacto.

—¿No conoce a este tío?

—No.

—¿Y a la hermana?

—La he visto solo una vez, en nuestra boda. Vive muy lejos.

—¿Dónde?

Esta pregunta suena como un susurro de miedo en el oído de Ariel.

—En Marruecos.

Moniz levanta las cejas. Marruecos está muy lejos de los Estados Unidos, pero no de Portugal. Está muy cerca.

—¿Cuándo fue eso? Me refiero a la boda.

—Hace pocos meses.

Moniz y Santos intercambian una mirada, pero ninguno dice nada

más.

—¿Por qué me pregunta por su familia?

—Tal vez sea importante.

—¿Cómo?

—¿Qué tipo de hombre es tu marido? —es Santos quien pregunta.

—Realmente no sé cómo responder a eso. John es un buen hombre.

—¿Qué significa eso?

—Es trabajador, es considerado, es honesto, es decente. No consume drogas, no bebe demasiado, no juega, no nos pega a mí, a mi hijo ni a los perros. Conduce con cuidado, juega al golf rara vez y mal, cocina aceptablemente, limpia con diligencia. No es rico, no es importante. —Ariel se inclina hacia delante—. Pero no entiendo qué podría tener que ver todo esto con el secuestro de John.

Santos sonríe y trata de proyectar simpatía, de comunicar que entiende que Ariel es una mujer que ama a su marido, que confía él, que está preocupada por él, que está viviendo una situación espantosa. Por eso la detective parece reticente, como si no quisiera hacer la próxima pregunta, esta pregunta que Ariel no vio venir:

—¿Se le ocurre una razón por la cual la hermana de su marido esté aquí en Portugal?

CAPÍTULO 24

Día 2. 10:11 a. m.

El tiempo parece detenerse.

—¿Qué? —es lo único que logra decir Ariel, casi como un graznido. Se le acelera el pulso y la cabeza le da vueltas ante esta revelación. O acusación. O sospecha—. ¿Qué dice?

—La hermana de su marido. —Es Moniz quien toma la palabra ahora—. ¿Sabe por qué motivo podría estar aquí, en Lisboa?

—No —niega Ariel con la cabeza—. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Ella está aquí?

—¿Sabe usted que su marido se cambió el apellido?

Mierda, Ariel debería haberlo mencionado.

—Sí.

—¿Y sabe también por qué?

Ariel comprende que algo importante ha cambiado: la policía ya no la trata como víctima de un delito.

—Su apellido original era difícil —responde—. Difícil de pronunciar para los estadounidenses.

—¿Eso es lo que le dijo? —Moniz mira sus notas—. Reit-wovski —pronuncia cuidadosamente—. ¿Su marido le contó en qué momento hizo este cambio de apellido y por qué?

—Fue después del servicio militar. John estuvo en el Ejército y luego quiso iniciar una nueva vida profesional con un nombre más fácil.

—Pero su hermana no se cambió el apellido, ¿verdad?

—No lo sé.

—No —dice Moniz—. El veintiuno de junio llegó Lucy Reitwovski, residente en Marruecos, en un vuelo de Marrakech a Madrid. Desde entonces, no salió de España en avión. A menos que esté usando un nombre diferente.

—¿Qué tiene que ver Madrid con Lisboa?

—El trayecto en coche desde Madrid a Lisboa es corto.

—Bueno. Pero también lo es, no sé, a Barcelona. O Burdeos.

—Pero el hermano de Lucy Reitwovski no está secuestrado en Barcelona. O Burdeos.

Ariel está dividida entre dos imperativos opuestos: ponerle fin ahora mismo a esta entrevista que ha descarrilado o tratar de saber más sobre las sospechas, teorías y acusaciones que le plantean estos policías.

—¿Qué me está sugiriendo?

—No estamos sugiriendo nada —vuelve a intervenir la detective Santos, tratando de calmar la situación—. Solo estamos haciendo preguntas.

—¿Qué les hace pensar que Lucy está aquí?

Ninguno de los policías responde, dejan que Ariel adivine: recibos de tarjetas de crédito, GPS de alquiler de coches, tecnología de cobro de peajes, cámaras de vigilancia y seguridad, triangulación de móviles, testigos oculares que la han identificado. Hay muchas pruebas posibles.

Ariel dirige su atención a Santos.

—¿Lucy está aquí? ¿Lo saben?

Santos no responde y Moniz continúa con el interrogatorio:

—¿Conoce alguna razón por la que la senhora Reitwovski pueda haber venido a Lisboa?

No deja de mirarla a los ojos, y Ariel siente que no debe desviar la vista, aunque no tiene claro quién desafía a quién sobre qué en este enfrentamiento.

—No, por supuesto que no —responde con un tono y una cadencia que intenta sonar desdeñoso, incluso creído. Pero Ariel sabe que no pisa tierra firme. Estos policías obviamente han investigado la vida de John, lo que significa que también han investigado la suya. Ella no sabe todo lo que podrían haber descubierto sobre John, pero es muy consciente de lo que podrían haber descubierto sobre ella.

—Su marido ¿habla con frecuencia con su hermana?

—¿Con frecuencia? No sé nada de eso.

—¿Le envía correos electrónicos o mensajes de texto?

—Quizás. Sinceramente, no hablamos del tema.

Ariel hace una mueca; lamenta que se le haya escapado ese "sinceramente", que es lo que la gente tiende a decir cuando no es sincera.

—¿Recuerdan que les expliqué que no convivimos todo el tiempo? Así que no sé con quién habla, ni cuándo. No interrogo a John sobre sus llamadas.

—Oh, sí. Me acuerdo. —Moniz echa un vistazo a su bloc de notas—. Y en las visitas anteriores de su marido a Lisboa, ¿se encontró con su hermana aquí?

—¿Qué? —Ariel siente que el pánico llega—. ¿Me está tomando el pelo?

—¿Tomarle el pelo? No, claro que no. Marruecos y Portugal están muy cerca. ¿Es esto una coincidencia?

Ariel siente que va a vomitar.

—¿Qué intenta decirme?

—¿Sabe a qué se dedica la senhora Reitwovski?

—No exactamente.

—¿No? —Parece incrédulo. O falsamente incrédulo—. ¿No es cierto, entonces, que los estadounidenses siempre están hablando de su trabajo?

—Escuché, ¿qué coño está pasando aquí? ¿Qué han averiguado? ¿Lucy está en Lisboa?

—Usted y su marido no comparten una cuenta bancaria, ¿verdad? —pregunta Moniz.

Ariel se toma un segundo, trata de calmarse antes de responder.

—Así es. No llevamos casados tanto tiempo, aún no hemos llegado a eso.

—¿Pero piensan compartir una?

—Supongo que sí.

Moniz gira su bloc de notas para que Ariel pueda leer y golpea su bolígrafo señalando una serie de números.

—Así que este número que tengo aquí, y este otro aquí, ¿ambos son de cuentas bancarias suyas?

¿Qué cojones es esto?

—Sí, el de arriba es el de mi cuenta personal. Y este otro es el de mi negocio.

—No hay demasiado dinero en su cuenta comercial. ¿Eso es normal?

El saldo está peligrosamente cerca de cero, como resultado de abastecerse y de pagar por más personal para el verano, y especialmente para el fin de semana largo. La tienda siempre está al

borde de la insolvencia, pero cada año el resultado final se equilibra gracias a libros salvadores que inesperadamente se convierten en best sellers de la noche a la mañana: libros para colorear para adultos, diatribas sobre crianza irresponsable, porno blando para mujeres o poesía difundida en Instagram. Libros que cada vez parecen más anti-libros, estos son los que surgen de la nada y le permiten pagar el recibo de la electricidad. Pero solo porque así sucedió el año pasado y el anterior, no significa que vaya a suceder lo mismo este año.

Últimamente, la innovación más valiosa de la tienda ha sido la cafetera exprés; parece un coche deportivo italiano aparcado en el viejo mostrador de mármol manchado y astillado, que alguna vez fue parte de la cocina de alguien hasta que Ariel lo recuperó del centro de reciclaje del pueblo. Los libros que se alinean en los estantes se están convirtiendo en generadores de pérdidas en comparación con lo que verdaderamente da ganancias a la tienda: la venta de harina blanca, adulterada con mantequilla, azúcar y huevos. Además, por supuesto, del café, que en el verano a menudo se sirve con hielo por cincuenta centavos más. Por eso Ariel tiene que considerar la oferta de la hipster de Brooklyn, con su aro en la nariz y su Tesla y su montón de efectivo de la venta de su nueva empresa tecnológica.

—En este momento hay un saldo anormalmente bajo —le dice al detective.

—¿Y me puede decir, por favor, a qué cuenta corresponde este número? ¿Qué es?

Ariel duda.

—Ese es un fideicomiso.

—¿Cómo dice?

—Un fideicomiso. Una cuenta de la que soy la administradora, pero no la titular.

—¿Y a quién pertenece?

—Mi hijo será el titular, cuando sea mayor.

—¿Pero usted puede retirar dinero de allí?

—No, en realidad no.

—¿No? —pregunta Moniz—. ¿O no "en realidad"?

—No.

—¿Su marido puede acceder a este… cómo se llama… fideicomiso? ¿Es esa la palabra correcta?

—Sí, esa es la palabra correcta. No, John no tiene acceso.

—¿Y cuánto dinero hay en esa cuenta?

A Ariel no le gusta este tipo de preguntas, ni un poco. No quiere responder, pero tampoco quiere mostrarse a la defensiva.

—¿Por qué es importante que lo sepan?

—Eso es algo que nos corresponde juzgar a nosotros.

—Tal vez no.

Ariel se cruza de brazos. Moniz golpea su bolígrafo sobre el papel.

—¿Cuál es el origen de los fondos? ¿Es una herencia?

Ariel se vuelve hacia la mujer. Esperaba que una mujer policía fuese una aliada natural, pero no parece serlo.

—¿Por qué no quiere responder a estas preguntas, senhora?

—Porque no es asunto suyo.

—¿No es asunto nuestro? No estoy de acuerdo con usted.

—Quiero decir que no es algo de su incumbencia.

Ariel creyó que estos policías locales serían sus aliados, las únicas personas en Lisboa en las que podría confiar.

—¿Es su primer marido la fuente de este dinero?

Ariel se recuerda que no hay manera de que la policía de Lisboa sepa con certeza el origen de los fondos. Solo un puñado de personas en el mundo conoce ese dato y cada uno de ellos tiene prohibido legalmente revelarlo. La mayoría de ellos son abogados. Todos, de hecho, excepto ella.

Eso no significa que otras personas no puedan adivinarlo. Y si investigan correctamente, podrían acertar. Tal vez estos policías ya lo hayan adivinado; o tal vez otra persona lo haya hecho y les ha pasado el dato. Pero una conjetura, aunque sea fundamentada y certera, no es lo mismo que un dato concreto, que el conocimiento. Una conjetura no es una prueba de nada.

—Estoy confundido, senhora.

Una conjetura, sin embargo, puede ser una pista muy convincente, por cierto.

—Tal vez pueda ayudarme a entender.

A Ariel no le gusta hacia dónde apunta Moniz, simulando este manto de confusión al estilo Colombo. Sospecha que toda su puesta en escena —su desorden, su distracción, su aire de ineficacia— es una cortina de humo. La ropa arrugada, la comida en la barba, una actuación: el tipo es un actor. Y Ariel pensaba que la actriz era ella.

Al parecer, nunca se es demasiado vieja para aprender la misma lección una y otra vez: todo el mundo actúa.

—Veo que esta cuenta se abrió con un nombre diferente. —Moniz pasa la página de su bloc de notas, mira hacia abajo—. ¿Puede decirme, por favor, quién es esta persona?

Él mira hacia arriba, fija los ojos en los de Ariel.

—¿Laurel Turner? ¿Es usted?

Ariel recuerda todo sobre el último día en que se llamó Laurel Turner: la sala de reuniones en la torre de oficinas de Midtown con vistas espectaculares del Central Park, del East River, del Upper East

Side, con abogados que barajaban papeles y pagaban honorarios.

Miró al otro extremo de la mesa de reuniones, sin intentar ocultar su hostilidad. Este hombre debía ser arrestado, eso es lo que debía suceder. Debía ser perseguido, encarcelado, obligado a pagar la fianza, juzgado no solo por la ley, sino también por la opinión pública, obligado a escuchar el testimonio de Ariel en un tribunal, acosado por los periodistas, que le hicieran piquetes, estar rodeado por manifestantes, su esposa debía dejarlo, debía perder toda su fortuna, sus amigos debían evitarlo, su vida debía desmoronarse y, después de todas esas desgracias, debía pasar los próximos veinte años en una prisión federal, rodeado de delincuentes violentos que lo violaran regularmente.

Eso es lo que debía suceder.

Pero en vez de eso, ¿qué? Estaba sentado allí, con su traje hecho a medida, y arrojaba dinero sobre su problema para resolverlo fácilmente, sin que lo afectasen las repercusiones jamás. Sin duda había resuelto de la misma manera otros problemas en el pasado y lo volverá a hacer en el futuro, al igual que su papi le había resuelto sus problemas juveniles. Tutores y entrenadores, pagos y sobornos. ¿Dónde está la línea divisoria entre el bien y el mal?

Esa línea se dibujaba justo ahí. Excepto que la línea no separaba el bien del mal, sino lo legal de lo ilegal.

Ariel casi no escuchaba a los abogados que explicaban los acuerdos de confidencialidad, la severidad de las sanciones, tanto penales como civiles. En ese momento, esas sanciones eran la menor de sus preocupaciones. Necesitaba el dinero, necesitaba dejar todo eso en el pasado, inventarse una nueva vida. No podía imaginar un escenario en el que quisiera volver a vivir esa situación.

Su mirada vagó por Park Avenue, pasando esquinas y edificios conocidos hasta que encontró la mole de piedra caliza, luego miró cuatro pisos hacia abajo desde la parte superior, y allí estaba: sus ventanas, sus cortinas, su hogar.

Su antiguo hogar. Se preguntó si Bucky estaría allí. ¿Seguiría viviendo en ese apartamento? ¿Su apartamento?

Garabateó “Laurel Turner” en la línea de la firma, puso las iniciales LT en las esquinas, no perdió ni un minuto en salir de allí, metió su copia de los papeles firmados en su bolso. Se levantó sin decir nada a nadie, solo un breve gesto de asentimiento a su abogada, una mujer absolutamente radiante: su cabello, su piel, incluso los hilos de seda de la chaqueta parecían brillar, la piel tensa por quién sabe qué procedimientos. Era imposible adivinar la edad de una mujer así. Algunos detalles, como la piel, sugerían cuarenta y cinco años; otros, como su marido octogenario, sugerían que era mucho mayor.

Ariel se detuvo en el baño; esa podía ser su última oportunidad por un tiempo. Bucky llamó una vez más y la sobresaltó, el fuerte sonido de su móvil plegable resonó contra los azulejos.

No podía volver a tener esa conversación. No era de extrañar que su marido se negara a aceptar su decisión, pero Ariel ya no tenía paciencia para tratar de hacerle entender. Por supuesto, le debía una explicación a Bucky. Y se la había dado, más de una vez. No le debía nada más.

En el ascensor, Ariel se ató un pañuelo en la cabeza y se puso unas gafas de sol gigantes, a pesar de la llovizna de noviembre que la acompañaba cuando dobló la esquina hasta la sucursal del banco, donde depositó el cheque en una cuenta que, por lo demás, estaba vacía. Mientras estuvo dentro, no se quitó el pañuelo; la única vez que se quitó las gafas fue para demostrar que su rostro coincidía con su identificación, una interacción que no quedó registrada en ninguna cámara. A nadie le llamaron la atención las gafas de sol en un día lluvioso. Otras personas usan gorros de lana en verano, chalecos cuando hay ola de calor, pantalones cortos de gimnasia en una tormenta de nieve. Gente que se cree especial. Ese día, Laurel Turner estaba dispuesta a parecerse a una de esas personas.

Salió a la acera al mediodía y buscó un taxi.

—¡Oye!

Era una voz masculina a su derecha. Se volvió y vio a un hombre a cinco metros de distancia, bajo un toldo, protegido de la lluvia, fumando un cigarrillo.

—Eres muy guapa, ¿lo sabías?

Se volvió para observar el tráfico que pasaba.

—Deberías sonreír más.

Ariel seguía sin responder, ni volverse a mirar al hombre, pero con su visión periférica pudo verlo arrojar el cigarrillo y caminar hacia ella.

—Tal vez así la gente no piense que eres una zorra engreída.

Ariel se estremeció. No le sorprendió que un hombre agregara un insulto a lo que se suponía era un cumplido; no era eso lo raro. Le asombró lo rápido que se había enfadado.

Era pleno día, en una acera llena de gente, con muchos testigos; no la iba a agredir sexualmente allí. Pero, aun así, se sintió presa del terror, asustada ante la idea de que le gritara, le diera un puñetazo en la cara, la cortara con un cuchillo o la empujara hacia el tráfico que se aproximaba. Tal vez ese hombre era un psicópata. Ciertamente le lanzaba insultos como un psicópata.

Ariel dio una zancada para alejarse del borde de la acera, de esa amenaza en particular. Luego se volvió hacia su agresor. Era un hombre con pinta de inútil, poco atractivo en todas las formas en que una persona puede ser poco atractiva. Pero, aun así, era amenazante, porque cualquiera puede ser amenazante. Todo lo que se necesita es maldad.

Le venía sucediendo casi todos los días desde que tenía trece o catorce años, ya dos décadas; era una experiencia tan común que casi no tenía nada de especial, a menos que se permitiera pensar en ello. ¿Por qué esto ya es parte de mi vida cotidiana? ¿Por qué debo sentirme acosada, amenazada, aterrorizada de que alguien me vaya a atacar, verbal, física, sexualmente, como una cuestión de rutina?

De vez en cuando, Ariel consideraba responder a estas provocaciones. Sopesaba la pequeña lista de pros frente a la amplia gama de contras, y siempre llegaba a la misma conclusión: no digas nada, no discutas, no puedes ganar, solo trata de minimizar cuánto

pierdes. No lo conviertas en el centro de tu vida.

De repente ya no tuvo más paciencia, no quiso volver a poner la otra mejilla. No tuvo más miedo.

—¿Por qué me dices eso?

El hombre se dirigía hacia el edificio de oficinas, pero frenó y se volvió hacia Ariel.

—¿Por qué tendría que decirle eso a nadie?

—Oye, solo estaba tratando de ser amigable.

—¿Amigable? —Ella dio un paso en su dirección. Luego otro—. Llamarme zorra engreída ¿te parece amigable? ¿Cuál es tu problema?

Ya estaba a un paso de él. Otras personas que estaban en la acera notaron lo que ocurría y disminuyeron el paso, se detuvieron. Un guardia de seguridad salió del vestíbulo.

—¿Problema? No tengo ninguno. ¿Cuál es tu problema?

—Tú. Tú eres mi problema.

Ariel se dio cuenta de que estaba gritando. Decidió gritar más fuerte.

—Tú y todos los otros imbéciles como tú, que me piden que sonría, me gritan que tengo buenas tetas, buen culo, que quieren meterme su verga inflada, y luego me maldicen cuando no les doy las gracias. Que me insultan, que me aterrorizan. Todos vosotros.

Lo señalaba y gritaba muy fuerte. Él estaba inmóvil, congelado.

—Tú eres mi problema. Eres todo lo que está mal en el mundo.

El guardia de seguridad plantó su gran cuerpo entre los dos, y fue entonces cuando el acosador recuperó su voz, su coraje, y comenzó a gritar mientras el guardia lo sujetaba.

—¡Ella empezó a atacarme! ¡Perra psicópata!

El guardia sabía que no había manera de que eso fuera cierto. Pero también sabía que no le correspondía librar esa batalla; no era su responsabilidad corregir a nadie, especialmente a un hombre como este. Los hombres como este tienden a crear sus propias amplias órbitas de tolerancia. Nadie quiere enfrentarse a ellos.

—Vamos —dijo—. Ya basta —agregó, como si estuviera regañando suavemente a un niño pequeño por un pequeño desliz en sus modales.

Ariel caminó hacia un taxi del que se estaba bajando un pasajero. Luego se volvió hacia su agresor, a quien el guardia de seguridad seguía sujetando.

—¡Oye! —le gritó—. Deberías sonreír más. Tal vez así la gente no piense que eres un maldito imbécil.

Tomó el taxi camino al centro, al núcleo de la burocracia cívica. Rellenó los sencillos formularios y pagó la módica tarifa. Todo el proceso fue más fácil de lo esperado, aunque parecía que iba a ser más difícil, más costoso, más lento, más de todo. Se despojó de su antiguo nombre de pila por uno que le gustaba desde que estudió a Shakespeare en el bachillerato; reemplazó el apellido de su marido por el de soltera de su abuela, que nadie conocía ni iría a buscar. Eran piezas de un rompecabezas que nadie armaría, una nueva identidad que nadie podría rastrear.

Esta era la segunda vez que Ariel cambiaba su nombre. La primera había sido la manera ampliamente aceptada, incluso a veces requerida, cuando adoptó el apellido de su marido. Pero fue Laurel Turner durante solo unos años, mientras vivió en el Upper East Side de Nueva York y pasó los veranos yendo y viniendo al South Fork de Long Island, un estilo de vida definido por hacer compras como entretenimiento y ejercicio como única ocupación, asistir a cenas elegantes y a eventos de caridad, y hacer viajes de vacaciones en primera clase.

Esa mujer ya no existía. Ariel Pryce, con su nombre recién acuñado, salió del majestuoso edificio neoclásico de Worth Street, tomó otro

taxi hasta la estación Penn y abordó el tren de regreso a su nuevo hogar en el pueblo, al pequeño apartamento que había alquilado encima de una tienda de vinos en la calle principal, solo una habitación con rendijas entre las viejas tablas del suelo, a través de las cuales podía ver el interior de la tienda, oír la música que ponía el dueño después de cerrar, oler el vapor de que subía de la olla. Por alguna razón, su termostato estaba allí abajo, escondido detrás del estante de los vinos rosados; cada vez que necesitaba ajustar la temperatura tenía que bajar, en pantuflas y bata de franela, y saludar tímidamente con un movimiento de cabeza al propietario.

Estaba empezando a notarse. Nadie lo veía, excepto ella misma; una tensión en sus vaqueros, una silueta desconocida en el espejo de cuerpo entero del baño.

Armada con su nuevo nombre y el consejo de Jerry, el abogado cuya placa colgaba en esa calle, Ariel Pryce comenzó a construir una identidad completamente nueva pieza por pieza: carnet de conducir, cuenta bancaria, tarjeta de crédito… cada documento quitaba un ladrillo de la vieja persona para edificar la nueva. En el momento en que encontró la casa de campo destartalada que quiso comprar sin atender razones, ya había asumido la apariencia de alguien completamente diferente, una identidad que continuó reforzando con un pasaporte, con documentos comerciales presentados en la ciudad, el condado, el estado, el registro tributario, con un número en el padrón electoral y con carnets de organizaciones, todo. Ariel Pryce era una persona completa, documentable y demostrable.

Unos años después de cambiar su nombre, trató de encontrar a Laurel Turner.

Navegó en internet, hizo llamadas, buscó todas las formas que se le ocurrieron para hallar a una mujer que había dejado de existir. Fracasó.

Pero Ariel era una aficionada. Sabía que los profesionales podrían encontrarla.

La encontrarían si alguna vez necesitaban hacerlo.

Esta era una de las cosas que Ariel quería dejar atrás en la ciudad: el anonimato que permite e incluso invita a los hombres a actuar de una manera de la que se avergonzarían si los testigos supieran sus nombres, o conocieran a sus mujeres o a sus madres. El anonimato da mucha libertad para actuar horriblemente y con impunidad; internet es prueba de ello. Ariel esperaba que vivir en un pueblo pequeño le proporcionara lo contrario: responsabilidad.

Pero no previó la contracara de todo eso; el anonimato de la gran ciudad es beneficioso para ambas partes. En un pueblo pequeño, ni los criminales ni las víctimas tienen dónde esconderse.

CAPÍTULO 25

Día 2. 10.24 a. m.

Ariel ya está harta del interrogatorio.

—Escuchen —les dice a los policías—. Con todo respeto, ¿por qué pierden el tiempo preguntando por la agenda de viajes de la hermana de mi marido? Lo que deberían estar haciendo es buscar pistas sobre quién secuestró a John por un rescate de tres millones de euros. En serio. ¿Qué narices están haciendo al respecto?

—Estamos haciendo muchas cosas al respecto, senhora.

—¿Cómo qué?

—Revisamos las imágenes de seguridad de las cámaras de toda la ciudad. Comparamos números de matrícula de motos cuyos dueños tienen antecedentes penales. Interrogamos a varios miembros conocidos del crimen organizado. Localizamos a todos los que han sido condenados por secuestro o delitos relacionados con el secuestro en Portugal en los últimos veinte años. Interrogamos a cualquiera que haya estado en las inmediaciones de su hotel ayer por la mañana y pueda haber presenciado algo, cualquier cosa que pueda ser de utilidad. Entrevistamos también al personal de hoteles, restaurantes, museos, cafés, incluso al operador turístico al que ustedes le alquilaron sus Segways, para ver si presenciaron algo inusual u observaron a alguna persona que pudiera haberlos estado siguiendo a usted o a su marido. Estamos buscando a la mujer del café que cree conocer a su marido. Estamos investigando todos los enfoques.

La verdad es que es mucho. Más de lo que esperaba. Ariel se siente humillada.

—Y uno de esos enfoques, senhora, es la vida privada de la víctima.

Incluyendo, sí, la ubicación de su hermana. Y los activos financieros de su mujer. Y el cambio de nombre de su mujer.

Ariel no sabe qué decir. Moniz tiene razón, por supuesto. ¿Cómo no iba a interrogarla sobre todo eso?

En ese momento, su teléfono comienza a sonar. Un número desconocido llama desde un código de país desconocido.

—Lo siento —les dice a los policías—. Tengo que contestar.

Ella no espera su permiso, coge su teléfono de la mesa, camina hacia el otro lado del salón comedor y contesta.

—¿Hola?

—Buenos días. ¿Hablo con Laurel Turner?

—Mmm… Sí.

—Hola, señora Turner. Soy Nigel James, la llamo desde la oficina de París de la firma Sinsbury and Lowell.

—Ajá.

—Nosotros representamos a… mmm… quiero decir… Lo siento, déjeme comenzar de nuevo: usted ha solicitado una determinada suma de nuestro cliente.

—Oh. —Al darse cuenta de qué se trata la llamada, Ariel se aleja aún más de los policías—. ¿Sí?

—Lamentamos informarle que la cantidad que solicitó no está disponible, desafortunadamente.

—¿No está disponible? ¿Qué significa eso?

—Le aclaro que mi cliente no está simulando insolvencia. Pero los parámetros, ejem, tan limitados de tiempo de los que usted dispone, combinados con el festivo bancario estadounidense, hacen que simplemente no sea posible generar esa cantidad de efectivo. Lo siento mucho.

—¿Lo siente mucho?

—En efecto.

—¿Qué es esto? —dice ella.

—Le pido disculpas.

Esto es muy, muy malo. Ariel respira hondo y luego pregunta:

—¿Cuánto dinero en efectivo sí pueden conseguir?

—Dos millones.

Un millón de euros es una diferencia bastante grande, si se cuenta entre cero y un millón. ¿Pero entre dos y tres millones?

—¿Esa suma estaría disponible de inmediato?

—No exactamente. Hay que seguir unos pocos pasos.

—Dígame cuáles son.

—Debe firmarse un acuerdo entre usted y nuestro cliente

—¿Tiene este documento preparado?

—Aún no. Entendí que esta cantidad menor a la acordada no le serviría a usted.

—Bueno, tendrá que servir. Por favor, llámeme en cuanto el papeleo esté listo. No sé si se lo han explicado, pero este es un asunto urgentísimo.

—¿Hemos terminado?

Los policías se miran y luego se vuelven hacia Ariel, que ha regresado a la mesa, pero no vuelve a ocupar su asiento.

—Ha surgido algo de lo que tengo que ocuparme.

Santos asiente bruscamente, se pone de pie y le tiende la mano.

—Gracias.

Pero Moniz sigue hojeando las páginas de su bloc de notas.

—Un momento, por favor.

Encuentra lo que está buscando, le entrega el bloc a Ariel.

—¿Qué es esto? —Parece ser una lista de unos veinte nombres.

—Estas son las reservas de cena para mesas de seis o más personas esta noche a las nueve, en los mejores restaurantes del centro de la ciudad. ¿Reconoce alguno de estos nombres?

Ariel pasea la mirada por los nombres desconocidos.

—Lo siento, no. Pero creo que nunca oí los nombres de mis compañeros de cena, así que no reconocería a nadie de todas maneras.

—Por supuesto.

—Pero podrían llamar a todas esas personas, ¿verdad?

—Sí. Ya comenzamos a hacerlo, pero lleva tiempo. Esperábamos que pudiera ayudarnos a ir más rápido. Pero si no, no hay problema. Le haremos saber lo que encontremos.

—Buenas tardes, mmm… ¿Es usted el oficial Douglas Pulaski?

—Capitán.

—Disculpe, capitán Pulaski. Gracias por atenderme.

—Mi asistente dice que usted llama del Departamento de Estado. ¿Es verdad? No recibo muchas consultas internacionales.

—Mi nombre es Kayla Jefferson y trabajo en Lisboa, donde un empresario estadounidense llamado John Wright ha sido secuestrado, y su mujer está tratando de reunir los tres millones de euros que le exigen como rescate.

—Pues, mierda. Eso está un poco lejos de mi jurisdicción.

—El nombre de la esposa es Ariel Pryce, pero antes se llamaba Laurel Turner. Tengo entendido que usted fue el oficial que le tomó declaración hace catorce años, cuando la señora Turner denunció un delito.

Silencio.

—¿Señor Pulaski? ¿Está usted ahí?

—Señorita, eh, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Kayla Jefferson.

—Señorita Jefferson, no puedo hablar de ese tema.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no puedo hablar de ese tema.

—Estoy llevando a cabo una investigación criminal. La vida de alguien podría estar en juego.

—Si usted lo dice…

—¿Acaso no me cree?

—A decir verdad, no. Pero incluso si la creyera, igualmente no puedo hablar de ese tema.

—Podemos emitir una orden y obligarlo a hablar.

Eso no es realmente cierto. Kayla no tiene el poder de obtener una orden judicial para obligar a nadie a hacer nada en ningún lugar. ¿Un policía rural lo sabe?

—Estaré encantado de proporcionarle el nombre de mi abogado —dice Pulaski—. Debería comunicarse con él si espera hablar con alguien, que no seré yo, de eso estoy la hostia de seguro.

Ariel busca el teléfono prepago, que solo tiene una llamada guardada. Marca ese número y espera que suene el primer timbre…

Y el segundo… Y el tercero…

El buzón de voz responde con un saludo en portugués que no entiende. Lo que sí entiende es que no hay un pitido al final. Ariel espera, y espera, y espera, pero nada. Luego cuelga y se acerca al camarero.

—João, ¿puedo pedirte un favor?

—Por supuesto. Cualquier cosa.

—¿Podrías traducir este saludo? Es una frase o dos.

Vuelve a marcar y le entrega el móvil a Joao, quien escucha y luego se lo devuelve.

—Lo siento, pero no es nada, solo la configuración de fábrica, que dice que el buzón de voz de este número no se ha activado —le dice.

Ariel siente que se le hunden los hombros y se le contrae la cara. Cierra los ojos, niega con la cabeza. ¿Y ahora, qué?

—Hola, Pete, ¿cómo estás?

Pete reconoce la voz inmediatamente. Y sabe que la pregunta de Myron Baizerman es puramente retórica; Myron ni siquiera la entona como una pregunta.

—¿Qué tienes para mí, Myron?

—Te devuelvo la llamada por lo de Ariel Pryce. ¿Estás preparado?

—Sí.

—Está bien, aquí vamos: Ariel Pryce, de soltera Laurel Winston, madre Elaine Winston y padre, aunque no te lo creas, Winston Tercero. Se hace llamar Bobby, aparentemente. En fin, Laurel se cría en Baltimore, va a colegios privados, especialidad en artes teatrales, se gradúa en el noventa y cinco. Parece que se traslada inmediatamente después de la universidad a la ciudad de Nueva York, pero los datos sobre la década siguiente no son muy exhaustivos. Lo más que puedo decir es que es una de esas actrices-barra-modelos-barra-camareras-barra-lo que sea, graba algunos

anuncios, consigue pequeños papeles en programas de televisión. Ya sabes cómo es eso.

—Sí.

—Después, Laurel se casa con un experto en finanzas llamado Buckingham Turner. Este tipo tiene todo el pedigrí que puedas imaginarte de un financiero llamado Buckingham Turner. ¿Te imaginas qué clase de idiota tienes que ser para llamar a tu hijo Buckingham? ¿Qué pasa con esa gente y sus nombres? Winston Tercero. Me cago en la leche.

Myron trabaja en el departamento de investigación del periódico desde hace medio siglo. Es posible que en algún momento, en el pasado, fuese más objetivo, pero, según la propia experiencia de Pete, el viejo idiota siempre ha sido sorprendente, arbitrario y un crítico sin pelos en la lengua.

—Entonces, Laurel Winston se convierte en Laurel Turner, miembro de la alta sociedad del Upper East Side, la mierda estándar de las señoras que hacen beneficencia en asociaciones como la Junior League. ¿Te importa todo esto?

—Por supuesto. Sigue adelante.

—Incluso publicamos su foto un par de veces en nuestras propias páginas de noticias de sociedad. Estaba buenísima. Durante esos años de casada, obtiene algunos ingresos simbólicos como no empleada de una agente literaria llamada Isabel Reed, por un trabajo de consultoría, que según la empleadora significaba lectura de manuscritos.

—Un cambio de carrera extraño.

—Al parecer obtuvo este trabajo como un favor de un amigo de un amigo de su marido. De todas maneras, hace catorce años, de repente, Laurel Turner se deshace de todo. Se muda a un pequeño pueblo a ciento cincuenta kilómetros de distancia, se cambia el nombre, se divorcia del viejo Buckingham. Compra una granja, da a luz a un niño, lo llama George. Unos años más tarde, compra una librería para salir de la ruina, se une al Rotary y se convierte en

propietaria de una pequeña empresa en su pueblo. Ariel Pryce tiene cero presencia en las redes sociales, cero fotos en línea, excepto cosas de la vieja página de sociedad que se digitalizaron, cero visibilidad.

—¿Y el nuevo marido?

—Sí. Hace unos meses se casa con un consultor empresarial llamado John Wright. Ella no adopta su apellido, se queda como Ariel Pryce. A propósito: este nuevo marido es un poco más joven que ella.

—¿Y qué sabes de él?

—¿De él? Nada de nada. Me pidieron que la investigara a ella, no a él.

—Está bien, ¿puedes hacerle un seguimiento completo a él también?

—Ufff. No sé.

—Por favor.

—Lo siento, Pete, primero necesitaré la aprobación. Tengo otras responsabilidades, ya sabes.

—Vamos, Myron. Por favor.

—No es cuestión de que me supliques, Pete. Es cuestión de que me lo aprueben. Tendré que volver a llamarte.

—Bien, gracias. Entonces, volviendo a Ariel Pryce: ¿dices que dio a luz a un hijo después de abandonar su antigua vida?

—Sí.

—Y ese niño nació… ¿cuánto tiempo después de que ella se fue de la ciudad?

—Parece que, eh… seis meses.

—Lo que significa que estaba embarazada cuando dejó a su marido,

su trabajo y toda su vida.

—Sí, así parece.

—Esa es una decisión bastante extraña, ¿no?

—No soy psicoterapeuta.

—¿Has encontrado el certificado de nacimiento del niño?

—No.

—¿Podrías, si lo buscaras?

—Cuenta con ello. Y supongo que la información que quieres es el nombre del padre, ¿no?

El teléfono prepago suena, vibra, parpadea, todo a la vez, como un niño maníaco con un berrinche.

—¿Hola?

—Me ha llamado. ¿Tiene el dinero? —La voz distorsionada es difícil de distinguir.

—No —admite Ariel—. Aún no. Pero lo tendré pronto, espero.

Y la línea se corta con un clic.

CAPÍTULO 26

Día 2. 11.02 a. m.

—¿Señora Pryce? Nigel James de nuevo. Hemos preparado un borrador del acuerdo. ¿Podemos remitírselo a su abogado?

—¿Mi abogado? No tengo abogado.

—Bueno, eso es bastante anómalo.

—Hoy es Cuatro de Julio. No sé cómo podría… —Ariel suspira—. Escuche, señor James: estoy sola aquí en Lisboa, mi marido ha sido secuestrado, necesito firmar esos papeles de inmediato para evitar que lo ejecuten y simplemente no voy a poder encontrar un abogado a tiempo.

James suspira dramáticamente.

—Me veo obligado a advertirle que es altamente desaconsejable no tener representación para revisar este asunto —suelta esta advertencia de memoria y con condescendencia, como si le leyera sus derechos a un delincuente de larga trayectoria criminal.

—No tengo otra opción aquí.

Ariel sabe que al abogado, en realidad, le importa un carajo; solo necesita cumplir con su responsabilidad ética, para evitar futuras quejas.

—Muy bien. ¿Debo enviarle este acuerdo directamente a usted, entonces?

Nicole Griffiths entra en el cubículo abarrotado de la joven, lleno de hardware y periféricos, cables y teclados, pantallas de diferentes tamaños. Es como un taller de reparación.

—Oye, Jefferson, ¿qué tienes?

Kayla Jefferson se quita los auriculares, los deja alrededor del cuello y Griffiths capta algunos compases de la música antes de que se apague. Está bastante segura de que es Bach.

—Con respecto a esa llamada que se hizo al móvil de Pryce, la persona que llamó usó un teléfono prepago comprado solo veinte minutos antes. —Jefferson señala en su pantalla una ventana llena de números de teléfono.

—¿Ese tipo lo compró específicamente para hacer esta llamada?

—Así parece. Ese es el dato interesante número uno. Pero el dato número dos, mucho más interesante, es dónde se realizó esa compra. Mire.

Jefferson hace clic en una ventana diferente para traer un mapa al frente, una cuadrícula conocida de ángulos rectos intercalados con barras diagonales paralelas.

Griffiths se da cuenta de que está boquiabierta.

—Ese punto rojo de ahí es la tienda —dice Jefferson.

Esto lo cambia todo. Griffiths sospechaba algo raro en la historia de Ariel Pryce, su discurso, su marido. Pero, en el fondo, no creía que la desventura de John Wright en Portugal tuviera algo que ver con la seguridad nacional o la inteligencia hasta ahora. Ahora está casi cien por cien convencida.

—¿Tenemos imágenes de la transacción en las cámaras de vigilancia?

—Posiblemente. Todavía estoy trabajando en eso. Sabemos que la llamada en sí se realizó desde algún lugar cerca del vecindario de Penn Quarter. En este vector, aquí.

Griffiths se inclina para mirar más de cerca. La mitad del gobierno federal está dentro o justo por fuera de esas líneas, incluido el Capitolio, la Corte Suprema, la Casa Blanca.

—¿Podemos acercarnos más?

—No es posible. Lo siento.

—Lástima. Y supongo que tampoco podemos localizar la ubicación actual del teléfono.

—No, no está activo. Me sorprendería mucho si alguna vez se activara de nuevo.

—Entonces, ¿puede mostrarme exactamente dónde se compró el dispositivo?

—Aquí, en esta manzana, que está dentro del mismo vector donde estaba ubicado el teléfono en el momento en que se realizó la llamada.

—Está bien —dice Griffiths, y se endereza—. Averigüemos qué hay en esa zona inmediata. Comience por el radio más pequeño desde la tienda.

—¿Y qué debo buscar?

—Las casas u oficinas de hombres poderosos.

Todas las tecnologías de la infancia de Ariel ahora parecen historia antigua. La cocina de su familia tenía un televisor en blanco y negro en el que podían ver tres canales nacionales, dos locales y la red pública PBS; nada más. Su camioneta tenía el tamaño y la forma de una lancha, con ventanillas que se abrían y cerraban manualmente y sin aire acondicionado. Ariel pasaba notas escritas a mano en clase, trozos de hojas sueltas que doblaba hasta que quedaban diminutos. Usaba el teléfono de pared de la cocina, haciendo girar el cable en espiral alrededor de su antebrazo, desenroscándolo, mientras conversaba sobre los vídeos musicales de MTV, Guns N'Roses, Madonna, Fine Young Cannibals. Todavía recuerda la llegada de los faxes, eran casi mágicos.

Pero ahora se siente ridícula, en plena era de la transmisión inalámbrica, haciendo pasar página por página las hojas de papel por la máquina de fax del hotel. Como si estuviera manejando un telégrafo.

La última página termina de pasar y suena ese pitido tranquilizador.

—Gracias —le dice a Duarte, el conserje del horario diurno—. He terminado.

Las mejoras tecnológicas sin duda han hecho la vida más fácil: las ventanillas automáticas, el mensaje de voz, las grabadoras digitales DVR; las aplicaciones como AirDrop son, sin duda, más rápidas que hacer un viaje a la oficina de correos. Pero todas estas comodidades tienen muchos costes adicionales, de los cuales el más elevado quizá sea la pérdida de privacidad. No hace mucho tiempo que la vida privada podía ser realmente privada: toda la infancia de Ariel, su juventud como actriz en apuros, su primer matrimonio, todo eso sucedió cuando la privacidad aún era posible, en un mundo que era en gran medida el mismo en el que JFK tenía amantes y Hoover era gay y todos los que importaban lo sabían, pero nadie más. Un mundo en el que se podía guardar secretos.

La boda de Ariel y Bucky no se había documentado en línea; en esos años, casi nada se registraba en internet. La única prueba pública de su matrimonio estaba en la sección de compromisos del periódico, un breve artículo acompañado de una foto glamurosa de una llamativa joven que ya no reconoce.

Cuando ese matrimonio y toda su antigua vida se derrumbaron, las redes sociales justo estaban explotando, las huellas digitales se volvían ubicuas, internet comenzaba a absorberlo todo (cada cumpleaños, cada reunión, cada gala benéfica y ceremonia de entrega de premios y cada logro profesional) para hacer que la vida de cualquiera se pueda buscar, encontrar y documentar. Ya no existe la vida privada para nadie y a nadie le importa.

Debido a la manera en que Ariel se fue, eligió mantener la invisibilidad digital incluso cuando todos los demás comenzaron a reconectarse en Facebook, a compartir fotos de sus vacaciones en Instagram, a establecer contactos laborales en LinkedIn, a difundir sus ideas en Twitter, a recorrer en Tinder su camino hacia citas sórdidas. Ella no hizo nada de eso.

Ariel Pryce no es completamente invisible. Pero hay que saber lo que se está buscando. Hay que saber a quién buscar. Y a quien lo

haga tiene que importarle lo suficiente. A casi nadie le interesa tanto.

Todavía.

—Oh, hola, solo he pasado a verla. —Es el periodista, que sube las escaleras del hotel—. Pete Wagstaff, ¿recuerda? Nos conocimos ayer en la embajada.

—Sí, claro. ¿Cómo me ha encontrado?

—Soy un periodista. —Se encoge de hombros—. Discúlpeme por esta intrusión.

Están parados en el rellano de la escalera; Ariel oye los pasos de alguien que baja.

—Me preguntaba si podría hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre el secuestro de su marido.

—No puedo hablar con usted —dice Ariel, bajando la voz cuando pasa a su lado una pareja mayor—. Ya se lo dije.

—Tal vez pueda ser de alguna ayuda.

—Tal vez pueda hacer que maten a mi marido.

Parece que Wagstaff quiere objetar algo, pero no lo hace.

—Escuche, ya sé que es un periodista, que su trabajo es publicar noticias para una amplia audiencia. Pero si el secuestro de mi marido se convierte en una de sus historias…

Él menea la cabeza.

—Si los secuestradores se enteran de que el delito que cometieron ya está siendo investigado por, según creo, media docena de agencias internacionales encargadas de hacer cumplir la ley, ¿cómo van a reaccionar?

—No pondría en riesgo la vida de nadie por una noticia. —Menea la cabeza con más vehemencia—. Se lo prometo.

—¿Se supone que debo arriesgar la vida de mi marido confiando en la promesa de un desconocido? ¿En serio? —Ariel sonríe—. Por favor.

—Pero…

—Y ni siquiera depende de usted, ¿verdad? —Ariel no deja que el periodista se defienda—. Usted tiene jefes, y sus jefes tienen jefes que tienen directores corporativos que a su vez tienen accionistas, y todas estas personas se preocupan mucho más por las cifras de circulación del periódico y los clics y las pautas publicitarias que por la seguridad de un hombre.

Wagstaff no tiene cómo contraargumentar.

—No es personal —continúa Ariel—. Pero si usted estuviera en mi…

La interrumpe el timbre de su teléfono.

—Vaya, ¿ahora qué?

Saca el tirano electrónico de su bolsillo, dice “Discúlpeme” al periodista y “¿Hola?” al micrófono.

—¿Señora Pryce? Nigel James nuevamente. Muchas gracias por devolver la documentación firmada tan pronto, pero me temo que tenemos un pequeño problema.

Por el amor de Cristo.

—¿Qué problema?

—La página notarial está sin firmar. Debo recordarle que aquí ninguna firma es válida sin la certificación de un notario. Es imposible. Espero que lo entienda.

—¿Me está tomando el pelo?

—Me temo que no.

—Un notario.

—Así es. Creo que la carta que adjunté a la documentación era bastante explícita en este sentido.

—En nombre de Dios, ¿dónde se supone que voy a encontrar un notario de habla inglesa en Lisboa, el Cuatro de Julio?

—Por favor, señora Pryce, no hay necesidad de levantar la v…

—Oh, váyase a la mierda.

Ariel le cuelga y cierra los ojos con fuerza por el dolor de esta complicación adicional, ya son demasiadas. Este podría ser un punto de ruptura inesperado, que se acerca sigilosamente a ella justo cuando pensaba que las cosas parecían empezar a mejorar; ahora todo podría desmoronarse por completo. Y ella también.

—Lo siento —dice el periodista—. No pude evitar escuchar.

Ariel abre los ojos.

—Puedo ayudarla.

Ariel evalúa a Wagstaff y se pregunta si le ofrece ayuda porque sinceramente desea hacerlo o porque lo que realmente quiere es otra cosa.

—Puedo acompañarla a ver a un notario ahora mismo.

¿Es esto algo de lo que pueda ocuparse ella sola, simplemente comenzar a llamar a los notarios? ¿O eso llevaría una eternidad?

Ariel intenta pensar en quién más podría ayudarla. La embajada de los Estados Unidos, por supuesto, está cerrada. ¿Y los detectives de Lisboa? ¿Conocerán a un notario de habla inglesa que esté disponible ahora? Le parece poco probable. Y a toda esa gente de la CIA ni siquiera la considera. Ariel no puede permitir a sabiendas que los espías se acerquen a este acuerdo que está por firmar, porque violaría los términos mismos del acuerdo ipso facto.

Por supuesto, es posible que la CIA ya haya encontrado su antiguo nombre, a su antiguo marido y cada detalle de su antigua vida: los viejos amigos y enemigos, las viejas acusaciones. Tal vez hayan encontrado sus viejas pruebas, sus viejas grabaciones de audio. Sus viejos acuerdos legales. Tal vez ya puedan conectar las relaciones, las llamadas telefónicas, las demandas, las extorsiones, las consecuencias. Tal vez ya saben exactamente qué pasó, cómo, por qué, dónde, cuándo. Y con quién.

Incluso si es así, Ariel todavía no puede darle esa información a nadie, y no puede hacer nada que se interprete como una divulgación voluntaria de información confidencial.

—Deme un segundo, ¿de acuerdo?

Ella camina a buen paso hacia la recepción. Duarte, quien obviamente ya teme a esta estadounidense errática, sonríe débilmente.

—¿Sí, senhora? ¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito encontrar un notario que hable inglés lo antes posible. ¿Conoces alguno?

El recepcionista se resiste a admitir que no puede ayudar a un huésped, sin importar cuál sea su solicitud. Aunque la respuesta veraz sería no, responde:

—Puedo encontrar uno.

—¿Por dónde comenzarías a buscar?

—Yo… —Duarte parece estar a punto de echarse a llorar—. Llamaré a los colegas que trabajan en los hoteles más grandes, que alojan a más empresarios.

Mejor que nada, pero no es suficiente. Esto podría llevarle al joven un minuto, pero también podría llevarle todo el día. Duarte no parece muy confiado y su plan no se ve muy prometedor.

Pero ¿recurrir a un periodista? Es una idea difícilmente razonable. Y podría terminar siendo difícilmente justificable. Pero ¿realmente

le queda alguna otra opción sensata?

—No, gracias —le dice Ariel al recepcionista, y regresa a la escalera.

—Escuche. Agradezco su ayuda. Pero se lo dejo claro desde ya, para que nos entendamos: no puedo hablar de los detalles de esta situación con usted —le explica a Wagstaff.

—Comprendo.

¿De verdad? Ella espera que sí. Algunos hombres tienen dificultades para comprender la vulnerabilidad y ella no puede arriesgarse a un malentendido.

—Tengo sus registros telefónicos.

Jefferson está de pie en la puerta de Griffiths y agita algunas hojas de papel.

—Adelante —dice Griffiths—. Echemos un vistazo.

Jefferson ha estado haciendo una lista de las llamadas telefónicas de Ariel Pryce: "Urgencias" para media docena de hospitales y "Wright móvil" y "Wright oficina directo" y "Wright oficina general" para las líneas del marido, y los números de su casa, de su librería, de su madre. Jefferson también dibujó líneas en la página, útiles para indicar los movimientos y la supuesta actividad de Pryce durante el transcurso de los últimos días: cuando la mujer visitó la comisaría de policía, cuando regresó al hotel, las tres veces que visitó la embajada.

—Y estas páginas aquí son sus mensajes de texto. —Jefferson entrega otras hojas.

Griffiths echa un vistazo a las súplicas cada vez más urgentes enviadas hoy a su marido, excepto un mensaje enviado a su hijo. No se salta nada. Pasa la página.

—Estos son los últimos treinta días.

—Sí.

—Nada internacional, excepto cuando estuvo aquí en Lisboa. Quizá si retrocedemos más… Echemos un vistazo a todo el último año.

Jefferson asiente.

—¿Esta copia es para mí? —pregunta Griffiths.

—Sí. Y dentro de una hora, espero obtener los registros del marido. Su operador de telefonía es más lento para responder. —Jefferson se detiene en la puerta—. Entonces, ¿crees que esto es una especie de estafa y que Pryce está involucrada?

—No es imposible. ¿Qué opinas tú?

—Nada es imposible —admite Jefferson—. O casi nada. Pero no lo veo.

—¿Por qué lo dices?

—El dinero —dice ella—. No son personas desesperadas, ninguno de ellos. Ambos se ganan la vida decentemente, de manera legal. Aunque no están exactamente revolcándose en montones de dinero, tampoco necesitan implicarse en un gran fraude internacional solo para ganar más.

—Pero tal vez sí —dice Griffiths—, y todavía no sabemos por qué. Tal vez están metidos en algo. Estafas con préstamos. Apuestas. Drogas.

Jefferson menea su cabeza de lado a lado: buena idea, pero no óptima.

—O tal vez ni siquiera es su situación la que es nefasta —continúa Griffiths—. Tal vez la hermana de Wright es la que está en problemas; tal vez el hijo de Pryce necesita un riñón nuevo; tal vez la madre esté a punto de perder su apartamento de jubilada por una estafa en línea. Muchas personas comunes y respetuosas de la ley se encuentran repentinamente necesitadas de efectivo y hacen cosas desesperadas para conseguirlo.

Jefferson asiente.

—La verdad es que no creo que eso sea lo que está pasando aquí —admite Griffiths—. Pero estoy bastante segura de que hay algo raro.

CAPÍTULO 27

Día 2. 1:47 p. m.

Es un error, ¿no? Ariel no debería haber permitido que este periodista la ayudara, que la acompañara a la sala de recepción de este bufete de abogados. Tendría que haber ideado otra manera de encontrar un notario de habla inglesa.

Ariel se sienta en una silla de cuero y deja su contrato en la mesa de café, donde ya hay una maceta con plantas suculentas y un montón de revistas y periódicos. No puede evitar echar un vistazo a la primera plana, un titular en portugués que no puede descifrar, aunque no necesita hacerlo: se entiende claramente al ver la imagen. Está sorprendida de que esto sea material de primera plana para un periódico europeo. ¿Qué ocurrirá cuando la historia se ponga realmente interesante? Será un evento global, de cobertura permanente.

Siente la opresión en el pecho. Respira hondo, para tratar de que retroceda el ataque de pánico en ciernes. Ahora no, por favor.

Pete Wagstaff sigue manteniendo una conversación en portugués con la recepcionista, que tiene muchas preguntas. Finalmente, el periodista se acerca a Ariel.

—Serán solo unos minutos.

Ariel asiente. Debería aprovechar esta oportunidad para leer el acuerdo detenidamente. Lo único que había hecho en el hotel era hojear, anotar los números, encontrar los lugares para firmar. Pero no se había dado cuenta de que necesitaba un notario, y ¿qué más había descuidado? Ser apresurada es irresponsable en esta situación. Si hay algo que alguna vez le ha exigido toda su atención, es este documento.

Lo lee despacio, con cuidado, tratando de abrirse paso en la densa jerga legal, en las referencias al acuerdo anterior firmado hace mucho tiempo, en la fecha, en las partes. Este nuevo acuerdo de confidencialidad es una adenda al anterior; los mismos términos y sanciones y compensaciones, todo sigue vigente. Pero nada de eso aparece allí, y ella no recuerda ninguno de esos detalles. Y no hay nadie que pueda proporcionárselos: ni este notario, ni el abogado de París, ni siquiera su abogada original, con quien no se ha puesto en contacto en los últimos catorce años, esa mujer que sin duda pasará el Cuatro de Julio en alguna playa.

"Joder", piensa, y "vaya mierda", murmura, golpeando el pequeño fajo de papeles.

—¿Está usted bien? —pregunta Wagstaff.

—No, la verdad es que no. —Ariel se levanta bruscamente—. Necesito confirmar algunos datos. Voy a salir para hacer una llamada.

Ariel cierra la puerta detrás de sí y mira su reloj. Es temprano para esto, pero no tiene otra opción. Espera a que se conecte la llamada internacional.

—¿Ariel? —Es una voz ronca la que responde—. ¿Todo va bien?

—La verdad es que no. Perdón por llamar tan temprano, pero han secuestrado a John…

—Oh, Dios mío. ¿En serio?

—… y necesito tu ayuda con algo urgente. Va a parecerte extraño.

—Por supuesto. Lo que quieras.

—Necesito que vayas a la tienda ahora mismo.

—¿Cómo que ahora mismo?

—Sí, inmediatamente. Ponte unos pantalones y súbete a tu coche.

Perséfone vive en la casa de sus padres, a cinco minutos en coche

de la tienda. La suya es una vida de pueblo pequeño, donde conoce a todos: policías y bomberos, dueños de tiendas y camareros, maestros y médicos y periodistas de los periódicos locales. Todo está a cinco minutos de su casa, como máximo.

—Te prometo, P., que estarás de vuelta en casa en veinte minutos y podrás volver a dormir, o a lo que sea que estuvieras haciendo.

—De acuerdo.

—Cuando llegues allí, por favor, llámame desde el sótano. Y escucha, Perséfone.

—¿Sí?

—Esto es muy muy importante.

Ariel abre la puerta de golpe, y la recepcionista y Wagstaff levantan la vista. Los ojos de Ariel se dirigen inmediatamente a los papeles que están sobre la mesa, doblados por la mitad, pero a la vista, justo frente al periodista. Se acerca, recoge las páginas enviadas por fax.

—No ha leído esto, ¿verdad? Dígame que no lo ha leído.

Wagstaff niega con la cabeza.

—Oh, Dios, sí que lo ha hecho.

—No lo he leído.

Ariel lo mira fijamente, tratando de averiguar si le cree. Decide que no.

Mantiene el contacto visual con demasiada firmeza.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —Mantiene la voz baja; no quiere alarmar a la recepcionista.

—Solo estoy tratando de ayudar.

—No puede escribir sobre esto. Lo entiende, ¿no? Por favor, dígame que lo entiende.

—Le prometo que no lo haré. No hasta que su marido esté fuera de peligro.

—No, no, no, no, no. —Ella arruga el contrato—. ¿Esto? Nunca. Nunca puede revelar esto. No tenía derecho a mirar. Yo no tenía derecho a permitírselo. Iré a la cárcel. Y eso, en el mejor de los casos. ¿Entiende lo que podría pasarme?

—Eh, yo… —tartamudea él.

El teléfono de Ariel comienza a sonar.

—Oh, santo cielo. —Ella mira la pantalla y atiende—. P., espera un segundo, ¿de acuerdo? —Cubre el micrófono y vuelve a mirar al periodista—. Salga de aquí.

—¿Qué?

—Ya no puedo confiar en usted. Nunca debí haber confiado. Por favor, váyase. Ahora.

Carolina Santos mira al joven detective que se acerca corriendo.

—Encontramos al cliente del hombre secuestrado. Su nombre es Jorge Vicente.

—Excelente.

—Hace dos semanas, Vicente hizo una reserva para seis personas a las nueve de la noche de hoy en Monthana. ¿Conoce este restaurante?

—Sí —dice Santos, aunque nunca ha comido allí. Monthana se escapa a su economía.

—Vicente me confirma que dos de sus invitados serían el consultor estadounidense y su mujer. Le informé de que los estadounidenses no podrán reunirse con él esta noche.

Los dedos de Santos ya están rebotando sobre su teclado.

—Jorge Vicente —lee desde la pantalla— es el director financiero

de Os Canários Enterprises, que es… Oh, quién puede saberlo en estos sitios web. ¿Minería? Quizás madera también. —Hace clic, luego se encoge de hombros, se pone de pie, busca su chaqueta—. Vamos —le dice a Moniz.

—¿Deberíamos informar a la mujer? —pregunta Moniz.

—Todavía no —dice Santos—. Escuchemos primero lo que Vicente tenga que decirnos.

—Estás aquí —dice Nicole Griffiths—. ¿Cómo te sientes, boxeador?

Guido Antonucci sonríe tímidamente. Tendría que haber sabido que esto llegaría. Después de todo, lo golpeó una mujer. Una mujer aficionada. Debe de estar mortificado. Griffiths ciertamente se sentiría así.

—Estoy bien, gracias.

No parece estar bien. Toda la cara se ve hinchada. Pero está aquí, y Griffiths sabe que está listo para trabajar. Ahora no lo va a torturar riéndose de él.

—Guido, ¿puedes organizar el equipo de escucha en la habitación del hotel de Pryce?

—Bueno. ¿Ahora mismo?

—Tan pronto como sea humanamente posible.

—¿A esta hora del día? No lo sé. Es probable que el hotel esté muy concurrido.

—Es verdad. Pero, por otro lado, no debe de haber nadie del personal de limpieza deambulando, nadie de quien preocuparse.

—Bien visto. —Él piensa un instante—. No podríamos ocultar muy bien los dispositivos. Solo unos pocos micrófonos en las lámparas. Si Pryce empieza a buscar, no le resultará difícil encontrar nuestro hardware. Y después, ¿qué?

—Eso depende de quién sea ella en verdad y de lo que realmente

esté haciendo. Si es solo una civil normal, cuyo marido civil normal ha sido secuestrado —Griffiths se encoge de hombros—, entonces, no va a revisar ninguna lámpara en busca de micrófonos.

—Pero…

—Sí. Si ella revisa la habitación, definitivamente confirmaremos que es una persona que acostumbra a registrar habitaciones.

—Entonces, ¿dices que también tendríamos que instalar una cámara?

—No tiene que ser nada grandioso, Guido. No es necesario que esté en el ángulo cinematográfico ideal. Solo necesita mostrarnos si se trata de una persona que busca micrófonos.

Antonucci asiente.

—Ya me encargo.

—Gracias. Pero, Guido, no creo que debas ser tú quien entre al hotel. —Ella señala con sus dedos alrededor de su propia cara—. En tu estado llamas demasiado la atención.

—OK, estoy en el sótano —dice Perséfone.

—Bien. ¿Sabes dónde está la caja de herramientas?

—Por supuesto.

Todos en la tienda están familiarizados con la caja de herramientas, el WD-40 para las bisagras chirriantes, el destornillador para apretar los soportes, el martillo y los clavos y el alambre para colgar los cuadros con las fotos de los escritores y las sobrecubiertas de libros autografiadas. Fusibles para el tablero principal de electricidad, una espátula, masilla, cinta de embalaje.

—Necesitarás el mazo.

—¿El mazo? ¿En serio?

—¿Ves el póster enmarcado de la BookExpo? Quítalo del gancho.

—Está bien… hecho.

—Ahora, toma el mazo y abre un agujero en la pared, justo debajo del gancho.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Tan en serio como en un funeral.

—De acuerdo —dice Perséfone—. Te voy a poner en el altavoz. Después lo haré.

Ariel oye un ruido sordo, pero no es el de una pared que se rompe.

—No seas tímida —dice en voz alta.

Otro golpe.

—Vamos, Perséfone, con todas tus fuerzas.

Entonces lo escucha, el crujido, el crujido y el ruido de los escombros que golpean el suelo, luego un murmullo "¡Mierda!".

—Saca la bolsa de lona que está en la pared.

—¿Lo hiciste tú? ¿Construiste este escondite?

Ariel había alquilado una sierra eléctrica para hacer un agujero en la pared. Había colocado el bolso, un obsequio de una convención, dentro del agujero, apoyado sobre una viga. Luego había empujado la pieza recortada del panel de yeso para volver a ubicarla en su lugar, pegó cinta adhesiva alrededor de los bordes, cubrió la cinta con masilla, que luego lijó, pasó una mano de sellador y, luego, dos capas de pintura. Había quedado perfecto. Ya no.

—Perséfone, quiero que me escuches atentamente.

—Esto es asombroso.

—Dentro de ese bolso, una de las bolsas de cierre zip contiene hardware electrónico; esa, déjala donde está.

Esa bolsa grande contiene un CD y una memoria USB y un portátil

barato, más su cable de alimentación. Cuando Ariel preparó este paquete hace más de una década, no tenía idea de cuándo necesitaría acceder a ese material, si es que alguna vez lo necesitaba, ni qué tecnologías estarían disponibles cuando llegara ese momento, ni cuáles se habrían convertido en la escoria del progreso. Por eso guardó tantos dispositivos, aun a riesgo de ser exagerada. En su memoria está fresca la reciente obsolescencia de los disquetes, los CD-ROM, las videograbadoras y las cintas magnéticas. Ya ha perdido el acceso a muchos medios debido a los avances tecnológicos: los vinilos de Michael Jackson y los casetes de Talking Heads, los videocasetes de las películas de Katharine Hepburn y las cajas de DVD de Alias, son todas formas diferentes de basura de plástico alojada en su ático. Pero son fácilmente reemplazables, y siempre podrá encontrar una nueva copia de Sin salida en un nuevo formato; hay muchas empresas dedicadas a conservar el acceso a los entretenimientos populares.

No se puede decir lo mismo de los archivos privados de Ariel: su antigua grabación de audio de una conversación entre dos personas, nueve minutos con un ruido de fondo que coincide con los sonidos tenues de un restaurante elegante durante un momento tranquilo del día. También, los antiguos escaneos de un informe policial, un examen médico, algunas pruebas. Esos medios también podrían ser monetizables, pero de una manera muy diferente.

—La otra bolsa, P., contiene algunos papeles impresos. —Un acuerdo legal, notas escritas a mano—. Eso es lo que me interesa.

—Eres un genio.

—Necesito que me leas algunos datos de esos papeles.

—Guau. No exagero, Ariel, cuando digo que esto es literalmente lo más de lo más.

Literalmente, Perséfone ni siquiera sabe qué significa literalmente; parece pensar que significa lo contrario. Ariel entiende la idea de las jergas, la acepta, la disfruta. Pero esto es otra cosa, esta inversión total: decir humilde cuando quieres decir orgullosa, o que estás obsesionada por algo placentero en lugar de algo doloroso. No es solo una jerga inofensiva. Es la neolengua, al igual que el

término fake news: no solo son falsas, sino un completo repudio de la idea misma de que la verdad existe.

—Oye, P., esto es muy importante: no leas las otras páginas. Literalmente, y esto es lo que literalmente significa la palabra literalmente, tengo prohibido divulgar los detalles específicos de ese contrato. Todo esto es material extremadamente privado. Y, por favor, no toques los dispositivos electrónicos. Necesito que me lo prometas.

—Te lo prometo.

—Está bien, ahora abre la bolsa con cierre zip. Esto es lo que necesito que me digas: los nombres y las fechas que se encuentran en la parte superior del acuerdo. Quiénes son las partes.

Ariel, por supuesto, sabe que alguien podría estar escuchando a escondidas en este momento, o escuchará una grabación de esta conversación más tarde. Pero sería una irresponsabilidad sin sentido, sería una negligencia criminal, que ella no verificara esta información antes de firmar un nuevo contrato.

No tiene elección.

Ariel descubre cada día nuevas palabras que se han inventado, mientras que otras se han redefinido. Se han apropiado del lenguaje y lo han distorsionado, lo han convertido en un arma, en un mundo interseccional de espacios seguros y de alertas de activación y de microagresiones, de tokenización y otredad. Apropiación cultural y blanqueo, mindfulness y amplificación, mansplaining y manspreading y cancelación, todo el mundo arenga a todo el mundo incesantemente, protesta con estridencia, grita sin descanso a cualquiera que no esté de acuerdo con su punto de vista.

Es un léxico de quejas en constante expansión. Ariel no cree que nada de eso esté convenciendo a nadie de algo en lo que ya no creían, ni convirtiendo a nadie a ninguna causa. En cambio, está bastante segura de que está logrando lo contrario: demonizar, alienar, repeler, enfurecer a todos aquellos cuyos ojos realmente necesitan abrirse y generar brechas cada vez más profundas.

Le llevó mucho tiempo, pero finalmente Ariel aceptó que los problemas no se pueden resolver fingiendo que no existen. También está bastante segura de que no se pueden resolver poniéndoles etiquetas incomprensibles para usarlas como garrotes con los que golpear a todos en la cabeza. Los problemas se resuelven cambiando de opinión, no haciendo enemigos.

—Gracias —dice Ariel—. Una cosa más, Perséfone.

—¿Sí?

—De verdad necesito confiar en ti. Por favor, no mires el resto del documento.

—Lo prometo. Ni siquiera lo miraré. Literalmente.

Perséfone es la guía principal de Ariel en las expresiones de las ideologías; es la única cosa para la que la educación universitaria actual es realmente buena. Escuchan la Red Nacional Pública de radio juntas, y Perséfone le explica a su jefa de qué diablos está hablando todo el mundo.

Al principio, a Ariel le preocupaba que Perséfone se convirtiera en un problema más en su vida. Pero se obligó a dar un paso atrás para tratar de ver claramente a la joven no como la persona que Ariel quería ver, sino como la persona que realmente era. No una enemiga a quien que rechazar, sino una aliada a quien nutrir.

CAPÍTULO 28

Día 2. 2.04 p. m.

Finalmente, parece que todo avanza, hasta que de repente deja de avanzar. La notaria niega con la cabeza.

—¿Puede decirme quién es esta persona, por favor? —Señala los papeles—. ¿Laurel Turner?

El ánimo de Ariel cae en picado. Se cubre la cara con ambas manos.

—Usted es Ariel Pryce, ¿verdad? Pero este documento es para Laurel Turner. No lo entiendo.

De los muchos desafíos a su credibilidad, Ariel no había anticipado este.

—Cambié mi nombre hace mucho tiempo. En estos papeles figura mi antiguo nombre.

La notaria parece estar tomando esto como una afrenta personal.

—Lo siento. No tengo ninguna identificación con ese antiguo nombre.

—¿Nada?

—No. Aquí no.

La notaria suspira.

—Es un problema grave —dice—. Muy grave.

Kayla Jefferson deja la copia impresa de los registros telefónicos en el escritorio de su jefa.

—Oh, Dios mío —dice Griffiths, hojeando las páginas—. Esto es

mucho.

—Sí, parece que John Wright usa su móvil para todo. Marqué en azul las que parecen llamadas de clientes. Con verde las relacionadas con viajes: hoteles, restaurantes, coches, un lugar donde alquilaron Segways.

—Perdona, ¿qué narices es eso?

—Ya sabe, esas cosas nuevas. —Jefferson sostiene sus puños frente a ella, como si estuviera agarrando el manillar—. Patinetes eléctricos con manillar. La gente se pasea en ellos, como idiotas.

—Ah, sí.

—Las marcas rojas son los contactos personales. Y si no hay ninguna marca, significa que aún no sabemos cuál es la relación con Wright. Todavía estoy trabajando en eso.

Griffiths pasa una página y Jefferson señala algo.

—Esta llamada entrante es del taller de un mecánico cerca de la granja de Pryce. Y este de aquí es de la hermana de Wright desde Marrakech.

—¿Marrakech? —Griffiths pasa otra página y luego retrocede—. ¿Su hermana vive en Marruecos?

—Así parece.

—Es un lugar extraño para que viva una mujer estadounidense, ¿no?

—¿Usted cree? Hay muchos expatriados estadounidenses en Marruecos.

—Mmm. Echemos un vistazo a esta hermana.

—La investigaré.

—También a ese mecánico. ¿Puede ver de quién se trata?

Jefferson asiente.

—¿Algo más? —pregunta Griffiths.

—Sí: hace solo unos minutos, tuvo una conversación telefónica muy extraña con, creo, una empleada suya.

—¿Muy rara? ¿Cómo es eso?

—Le va a resultar interesante escucharla.

—Hola de nuevo, señor James, soy Laurel Turner. Me acabo de dar cuenta de que tengo un pequeño problema con el papeleo. Ya no soy Laurel Turner, cambié mi nombre, ya no tengo ninguna identificación con mi nombre anterior. Así que la notaria no puede respaldar mi firma de este acuerdo.

—Ya veo.

—¿Puede volver a redactarlo con mi nuevo nombre?

—Tendré que consultar con mi cliente.

—Por favor —dice Ariel—. ¿Y puede darse prisa?

Ariel se pregunta si James conoce la identidad de su cliente, o si este abogado es solo otra figura desconocida, un subcontratista de un subcontratista, ayuda legal anónima subcontratada y protegida por múltiples capas de aislamiento.

—¿Tiene alguna idea de lo que está ocurriendo? —pregunta Ariel.

—Escuche, señora, ejem, como sea que se llame. Eso realmente no es de mi incumbencia.

Veinte minutos después, Ariel casi no puede evitar lanzarse sobre el escritorio para estrangular a la notaria, que pasa las páginas a cámara lenta como si lo hiciera a propósito, comprobando dos veces quién coño sabe qué, comparando con la mirada el pasaporte de Ariel y el documento del acuerdo. Como si inventara nuevas formas de perder el tiempo, como un taxista que le aumenta la tarifa a un turista.

—Muy bien —dice bruscamente, y firma con un gesto dramático—. Hemos terminado.

—Oh, gracias a Dios.

Ariel recoge sus páginas. ¿Es posible que esta mujer filtre información? ¿O está obligada por la confidencialidad a guardar silencio? ¿Se ocupó, tal como prometió, nada más que de su responsabilidad específica, que era verificar la identidad de Ariel y asegurarse de que la persona que firmaba el papeleo era la misma que figura en el acuerdo? ¿Está obligada a hacer la vista gorda a todo lo demás? ¿Lo ha hecho? ¿Lo hará?

Los detalles del hecho que lo desencadenó todo, su sola existencia, se omiten en este papeleo; todo está enterrado en lo más profundo del pasado. Pero este documento ciertamente podría ser un comienzo. Podría ser la pala que lo desentierre.

—Gracias por dedicarnos su tiempo

—Por supuesto —dice Jorge Vicente—. ¿La puedo ayudar en algo?

La detective Carolina Santos mira alrededor de las paredes con paneles de madera de las que cuelgan pinturas al óleo con marcos dorados: una escena de caza, un barco ballenero en acción, granjeros cuidando un huerto. Todas son imágenes de hombres en el proceso de explotación de la tierra. Ella suspira ante la obviedad.

—Tenemos algunas preguntas sobre John Wright —dice Moniz.

—Esto es terrible. —Vicente mira de un detective a otro—. Me siento, no sé, avergonzado de que esto le suceda a un estadounidense aquí. Como si fuera culpa nuestra.

—Estoy de acuerdo —dice Moniz—. Es humillante cuando las víctimas de un crimen son extranjeras, en especial estadounidenses. Como si sus peores prejuicios estuvieran justificados. Nosotros, la policía, nos lo tomamos como algo personal.

—Me imagino.

—No queremos robarle demasiado tiempo. —Moniz abre su bloc de

notas—. ¿Cuál es el propósito de la visita del señor Wright?

—Vino a ayudarnos a prepararnos para una fase de financiación.

—¿Financiación para qué, si me permite la pregunta?

—No es ningún secreto. Queremos recaudar cuatrocientos millones de euros para comprarle un terreno a uno de nuestros competidores que está pasando por un mal momento y, por lo tanto, está dispuesto a vender. Esta compra sería un gran cambio en la escala de nuestro negocio.

—¿Esta compra podría generar algún tipo de hostilidad en alguien? ¿Hay otros competidores que también quieran comprar esta tierra?

—Sí. Y también pueden ofertar. Pero es una inversión de tal magnitud que no es apropiada para todos. Me parece que no entiendo exactamente qué quiere saber.

—¿Alguno de sus competidores estaría desesperado por evitar que su trato se lleve a cabo?

—Ah, claro. —Vicente niega con la cabeza—. No. No tan desesperado como para secuestrar a un consultor, ¿a santo de qué? ¿Retrasar nuestra financiación? —Menea la cabeza con más fuerza —. No.

—¿Imagina a alguien más que pudiera querer secuestrar a este estadounidense por alguna razón?

—No.

—¿Le parece que esta persona es un blanco natural para un secuestro?

—Eso es lo extraño. Cuando su colega me contó sobre el secuestro, pensé: "¿Por qué alguien lo secuestraría?". Usted ya ha visto la riqueza que se exhibe aquí, especialmente los británicos y los rusos, con sus yates, sus villas en el Algarve. Hay muchos extranjeros en Portugal que son objetivos más lucrativos de secuestro, pero ¿John Wright? Él no es uno de ellos.

—Gracias —dice Moniz; luego se vuelve hacia Santos, para darle la oportunidad de hacer más preguntas.

—¿Hay algo inusual en la visita del señor Wright? — pregunta ella.

—¿Cómo qué?

—No sé. Cualquier cosa. ¿Se organizó en el último momento? ¿Hizo alguna solicitud especial sobre las fechas, el horario, el alojamiento o la comida? Cualquier cosa.

—Bueno, ahora que lo menciona, creo que su visita no era cien por cien necesaria. El señor Wright estuvo aquí hace poco más de un par de meses, y también unos meses antes. Ya hemos hecho la parte más importante del trabajo y ahora estamos en la etapa final de preparación de nuestra documentación, y creo que podríamos haberlo hecho fácilmente por teléfono y correo electrónico. Él no necesitaba estar aquí.

—¿Quizás esta visita es más para construir relaciones?

—Sí, quizás. Pero nuestra relación está bien establecida en este momento.

—¿Es una celebración?

—Eso sería prematuro.

—¿Tiene entonces alguna idea de por qué quiso venir?

—No.

—¿Tendrá algo que ver con su mujer? —sugiere Santos.

—¿Su mujer? —Vicente hace una mueca—. Es posible. Quizás. Me sorprendió saber que planeaba traerla en esta visita.

—¿Le sorprendió? Entonces, ¿su presencia no fue idea suya?

—¿Idea mía? ¿Por qué querría que arrastrara a su mujer a cruzar el océano? La verdad es que me molestó un poco. Esta mujer necesita organizar una cena con mi esposa, mis colegas y sus cónyuges… —

Vicente mueve la mano, sigue y sigue, es bastante insoportable.

Santos sonríe: ahí está la primera mentira confirmada, definitiva.

—Gracias por su tiempo —dice ella.

—Bueno, ahora lo sabemos —dice Santos. Están de vuelta en la acera, donde hace mucho calor y hay mucha luz.

—¿Qué sabemos?

Santos entrecierra los ojos, busca en su bolso sus gafas de sol, que son casi tan grandes como unas de esquí y oscurecen cada rincón de su campo de visión, desde todos los ángulos. Moniz sospecha que esas cosas gigantes, destinadas a protegerla, probablemente hagan que sea más difícil ver con claridad.

—Sabemos que Wright mintió —dice Santos en su tono más sentencioso—. Él le aseguró a su mujer que era el cliente quien quería que ella viniera con él aquí. Y el cliente lo ha negado.

—Tal vez —dice Moniz.

—¿Tal vez? ¿Qué quieres decir? ¿Tal vez qué?

—Tal vez fue Wright quien mintió. Tal vez no. No lo sabemos con certeza.

Santos se vuelve hacia él, pero Moniz no puede ver su rostro detrás de esas gafas. Tal vez por eso las usa.

—Quizás Wright nunca le dijo nada de eso a su mujer —continúa Moniz—. La única razón por la que creemos que lo hizo es porque nos lo dijo ella. Pero quizás sea ella la que miente.

Moniz ve que Santos está a punto de replicar, pero el teléfono que suena la interrumpe.

—Hola —dice, y luego escucha durante unos segundos—. Gracias. Iremos enseguida.

En el baño de la notaria, Ariel se mira en el espejo y respira hondo,

sola, trata de que su pulso disminuya, que sus nervios se tranquilicen, que su cerebro se calme. Siente demasiados grados de pánico diferentes dentro de ella, demasiadas amenazas diferentes que convergen.

—Ok —murmura para sí misma—. Esto ya se ha terminado.

Sabe que, en teoría, pisa sobre una base legal sólida. Todas sus acciones son racionales, todas justificables. No violó los términos de su acuerdo ni indujo a nadie a transgredir ninguna ley. A pesar de que se encuentra en una situación de extrema presión, ha actuado con tanto cuidado como cabría esperar. Tomó todas las decisiones lógicas que cualquier persona sensata tomaría. Cada llamada, cada contacto, cada solicitud. Pero Ariel no es responsable de las decisiones que toman otras personas; nunca lo fue. ¿Y si esta notaria es demasiado entrometida? ¿O el periodista? Ariel ha hecho lo que ha podido. Está tratando de hacer lo mejor en esta situación horrible en la que se ve implicada, tal como hizo en aquel entonces, cuando todo comenzó y ella estaba de pie frente a otro espejo y trataba de calmarse en otro baño, en un lugar donde se supone que una tiene total privacidad, un espacio seguro en el único sentido que la frase tenía entonces: seguridad física.

Pero no fue así.

En el pequeño pueblo donde vive Ariel, una de las muchas categorías de servicios que no ofrece muchas opciones es la ayuda legal. En realidad, hay un solo abogado. Sí, hay otros en los pueblos vecinos, y si Ariel odiara a Jerry podría disponer de una red más amplia. Pero le cae bien Jerry, y ha dejado en sus manos la compra de la granja y la librería, algunas complicaciones derivadas de su cambio de nombre, la planificación de su patrimonio cuando nació George, el fideicomiso, una póliza de seguro de vida, todo.

Jerry es razonable con sus honorarios. En un pueblo como ese, en una profesión como la de Jerry, su sustento depende completamente de recomendaciones y clientes satisfechos que vuelven a contratarlo. Si alguna vez hubiera estafado a alguien, todo el pueblo lo sabría; sería una forma rápida de echar a perder su carrera. En la misma línea, a menudo Jerry está dispuesto a brindar asesoramiento legal ocasional a cambio de que le paguen la cuenta

del bar alguna noche. Así fue como Ariel le pagó a Jerry por su ayuda para adoptar a Fletcher, la cabra que era parte de la herencia de su vecino Cyrus.

—Gracias de nuevo, Jerry. —Todavía estaba bebiendo su primera copa de vino blanco; Jerry estaba vaciando su tercer whisky.

—Es un placer. —Jerry levantó su copa hacia ella—. Pero, por favor, no se lo digas a nadie.

—¿Decir qué?

—Mi, ejem, papel en la transferencia ex parte de la cabra huérfana del patrimonio intestado del difunto. De hecho, tengo que insistir en que firmes un acuerdo de confidencialidad.

Ariel se rio del absurdo.

—Lo redactaré por la mañana.

Entonces, se le ocurrió algo que era aún más absurdo, pero también mucho menos.

—¿Qué hacemos con George?

—¿George?

—Mi hijo. ¿Cómo evitamos que hable?

Jerry puso los ojos en blanco de manera dramática. Probablemente esto le sucedía todas las noches, mientras estaba sentado allí bebiendo su cena: la gente le hacía preguntas ridículas.

—George es menor. No podemos imponerle un acuerdo de confidencialidad.

—¿Así que es libre de contarle a la gente la procedencia de la cabra?

—Bueno, no hay nada que podamos hacer acerca del menor. Y, por desgracia, un acuerdo de confidencialidad no niega la existencia de los hechos.

Jerry sostenía su vaso como si fuera un elemento de utilería y él representara un papel. ¿Tal vez imitaba una escena en la vista de un tribunal? Quién sabe. Probablemente ni siquiera Jerry lo sabía.

—En síntesis, tú, la persona que responde al nombre de Ariel Pryce, has violado la ley… sabes, tendré que volver sobre la jurisprudencia exacta…, cometiste robo de ganado…

—¿Fletcher es ganado? Creo que es más bien una mascota familiar.

Jerry descartó la objeción y continuó:

—Del patrimonio de Cyrus Latham, Jr. Eso es un hecho. Pero tú, la firmante del acuerdo de confidencialidad, tendrás prohibido compartir ese hecho con nadie, introducirlo en la esfera pública, revelar ese hecho.

Ariel se rio animándole a seguir. Quería saber dónde terminaba esto.

—Un acuerdo de confidencialidad, señora, no cambia la historia. Simplemente amordaza a ciertos testigos. Pero si un no firmante descubre estos mismos hechos por su cuenta, sin la ayuda de las partes firmantes… —Jerry se encogió de hombros.

—¿Qué?

—No hay nada que el acuerdo de confidencialidad pueda hacer. —Jerry terminó su bebida con un gesto ampuloso—. Los hechos siguen siendo los hechos —agregó—. La verdad es la verdad.

CAPÍTULO 29

Día 2. 4.11 p. m.

Cuando suena el teléfono de la habitación, Ariel está de pie en el estrecho balcón, inspeccionando la plaza que está frente al hotel.

—Senhora Pryce, hay un caballero llamado Guy Cicinelli que pide verla. De la oficina de… eh… —Ariel escucha la voz de un hombre en el fondo—, de la oficina de Nigel James.

—Enseguida voy.

Ariel baja de nuevo las escaleras, dobla la esquina hacia la recepción.

—Guy Cicinelli —dice el hombre que avanza hacia ella rápidamente. Es joven, lleva un traje ajustado de hombre joven, cuello estrecho, zapatos puntiagudos, cabello cuidadosamente despeinado. Tiene un maletín de aspecto formal en una mano, y tiende la otra mano para estrechar la de Ariel—. Un placer.

—¿Eso es para mí? —pregunta ella.

Él sonríe y oculta la sonrisa tan rápido que ella casi duda de que haya sonreído.

—No del todo. —Baja la voz—. ¿Le importaría que llevemos a cabo nuestra reunión en su habitación?

¿Si le importaría? Sí, claro que sí, y él puede verlo en su rostro.

—Me temo que necesitamos algo de privacidad —continúa—. Esto no es tan solo un traspaso.

La mente de Ariel vaga por los espacios públicos de este hotel.

—¿Qué le parece en el restaurante?

—Realmente debo insistir. —De nuevo ese destello fugaz de una sonrisa—. Tal vez se sienta más cómoda si llama al señor James para verificar mi identidad. Hágalo, por favor.

Ariel se da cuenta de que si existe la posibilidad de que un hombre no le haga daño, este es ese hombre.

—No será necesario —acepta, y luego lo guía escaleras arriba. Siente que se le eriza el vello de la nuca. Abre la puerta e invita a Cicinelli a pasar.

Él examina el vestíbulo y luego cierra la puerta detrás de sí y coloca la cadena de seguridad.

—¿Está sola aquí? —pregunta—. ¿Me permite que lo verifique?

—Adelante.

—Debo advertirle que estoy armado. Es por mi propia protección, y la suya también.

—Bueno.

—Y voy a desenfundar mi arma ahora.

—Ehhh… ok.

Extrae una gran pistola de su chaqueta. A pesar de que Ariel sabía lo que se avecinaba, ver el arma la asusta muchísimo; siente que se le aceleran los latidos del corazón.

Cicinelli entra a grandes zancadas en el dormitorio, empuñando el arma frente a él, con el cañón apuntando hacia abajo. Está preparado para dispararle a alguien, pero no a la persona equivocada.

Ariel está a solas con una persona aterradora; se reprocha la imprudencia de haberle permitido entrar, por haber dejado que cierre la puerta con la cadena. Escucha que sus pasos suenan en el baño, luego retroceden, después él dobla la esquina para examinar

la cocina, y así termina de registrar toda la suite.

—Está bien.

Al parecer, Cicinelli se ha convencido de que esto no es una emboscada, un montaje, una estafa. Vuelve a enfundar su arma alarmantemente grande y apoya con suavidad el maletín de metal sobre la mesa de cristal del comedor. Gira el maletín para tener la cerradura frente a él y utiliza un panel táctil electrónico para desbloquearla. Saca un portátil con un pequeño dispositivo electrónico ya conectado a un puerto externo.

—¿Esta red funciona? —pregunta, señalando la tarjeta laminada en la que figura la contraseña del wifi.

—Sí.

Se inclina para escribir, con dedos ágiles.

—Bien.

Saca un dispositivo pequeño del maletín y lo conecta a un puerto externo del portátil.

—Si me permite… —dice, y señala con la cabeza el dispositivo con pantalla de cristal, parecido a un teléfono móvil, pero cuadrado—. Huellas dactilares. Para confirmar su identidad.

Ariel apoya los dedos sobre la pantalla y espera mientras se escanean sus huellas. Suena un pitido.

—Gracias —dice él y se vuelve hacia el teclado. Teclea rápido, además de ser un hombre armado que transporta dos millones de euros—. Solo llevará un minuto transmitir y verificar.

Suena otro pitido y Cicinelli dice: “Correcto”. Luego, vuelve a meter la mano en el maletín y extrae un pulcro fajo de dinero en efectivo rodeado de una faja de papel con el sello de 10.000 €. Coloca el fajo sobre la mesa, luego vuelve a meter la mano en el maletín y va extrayendo un fajo a la vez, contando (cuatro, cinco, seis) mientras los apila en una pequeña torre, hasta que concluye:

—Y con este son diez, ¿no?

Ariel asiente.

—Cada fajo contiene diez mil euros, por lo que este montón de diez fajos son cien mil.

Continúa sacando fajos rápidamente, sus manos remolinean como las de un malabarista y construye una nueva torre junto a la primera. Ariel se une a él en esta tarea que parece un juego de guardería, y los dos construyen torre tras torre de dinero hasta que en la mesa se forman dos filas de diez montones.

—Correcto —dice Cicinelli—. Son veinte grupos de cien mil euros cada uno. Lo que equivale a dos millones. ¿Verdad?

—Sí.

—Por favor, revise uno al azar.

Ariel desliza la tira de papel, hojea los flamantes billetes verdes y blancos. Esto es mucho dinero en efectivo. Asiente.

Cicinelli ahora extrae del maletín algunas páginas de documentos de aspecto anticuado.

—Firme aquí, por favor, y aquí, y aquí, para acusar recibo. Y luego en los mismos lugares en la segunda copia también. Este es suyo.

¿Le está entregando un recibo? Como si acabara de comprar un microondas en la tienda de electrodomésticos. A Ariel le parece una locura en primer lugar, y después le parece completamente racional, obvio e inevitable.

—Esto es para usted. —Cicinelli desdobla una bolsa de plástico blanca y mete el dinero en ella—. Listo, cabe perfectamente. —Le entrega la bolsa a Ariel, como un vendedor en una boutique.

—Gracias.

—Correcto —dice él de nuevo—. Creo que hemos terminado. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Muy bien. —Cicinelli levanta su maletín y observa a Ariel—. ¿Sabe lo que está haciendo?

—No —dice ella—. La verdad es que no.

—¿Me permite que le pregunte qué piensa hacer con este dinero?

—Pagar un rescate. Mi marido ha sido secuestrado.

—Uf. Eso es malo, ¿no? —Cicinelli mete la mano en su chaqueta y Ariel retrocede, sabiendo lo que se avecina; efectivamente, él saca su arma.

—¿Qué? —grita ella.

—No —dice él, sosteniendo el arma boca abajo—. No quise… solo… ¿Quiere quedarse con ella?

¿Ariel quiere?

—Es nueva, está limpia, no tiene conexión conmigo ni con nadie más.

Ey. Eso es interesante, pero ¿es útil?

—¿Sabe cómo usar un arma?

—En realidad, no. —Ariel niega con la cabeza a este hombre de nombre francés y apellido italiano, acento inglés y pistola alemana y un maletín lleno de euros.

—Mire, es fácil. —Le muestra el mecanismo, la carga de la cámara, el seguro—. Así. Apunta, aprieta. —Se encoge de hombros—. Nada complicado.

Fácil. Nada complicado. ¿De verdad piensa eso? Ariel mira este artefacto grande y peligroso, que de ninguna manera quiere tener. Su única razón para detenerse a pensar en la oferta es que le preocupa cómo se verá ella ante él si la rechaza, si se muestra demasiado reacia a armarse. Puede darle la impresión de que no

estaba preocupada por la entrega del rescate, en lugar de parecer que sí lo está, y que le asusta aumentar la tensión del momento con un arma de fuego innecesaria.

Por otra parte, ¿a quién le importa? Cicinelli es solo un mensajero. Ella no necesita preocuparse por las sospechas que él pueda tener.

—Gracias, es muy amable de su parte. Pero no sé cómo… —señala el arma—, mientras que los secuestradores probablemente sí. Además, no quisiera dar la impresión de que estoy pensando en traicionar a alguien, robarle a alguien. Así que no creo que sea una buena idea.

Cicinelli la mira fijamente, sopesa su razonamiento, se pregunta si debería insistir.

—Por supuesto. Probablemente tenga razón.

—Pero gracias por la oferta.

Cicinelli asiente, gira, abre la puerta.

—Le deseo la mejor de las suertes.

Ariel echa la cadena de seguridad cuando él se va, luego se apoya contra la puerta y se enfrenta a su habitación, la ventana, el paisaje urbano más allá. Aquí está, sola en una suite de hotel con dos millones de euros, esperando que suene el teléfono. El final está cerca.

El final de esta parte, al menos.

Pete Wagstaff sabe que siempre será el blanco de cierta cantidad de ira. Lo que hace para ganarse la vida a menudo implica traicionar la confianza de las personas: busca sus secretos y luego los expone. Hace que la gente diga cosas que no quiere decir oficialmente, y luego es él quien las vuelve oficiales. Y aunque está acostumbrado a la ira que provoca, a veces se siente bastante mal por ello. Ahora es una de esas veces. Se ha ganado la confianza de esta pobre mujer y le ha ofrecido ayuda específicamente para poder explotarla. Eso es sin duda éticamente cuestionable, como mínimo. Además de poco amable.

Pero la Primera Enmienda no existe para ser amables. El propósito de la libertad de prensa no es ganar amigos.

Wagstaff tuvo mucho cuidado al fotografiar el documento. Se aseguró de que fuese legible. Cuidó que la recepcionista no lo viera tomar las fotos y devolvió los papeles a su posición original para que Pryce no supiera que los había tocado. Pero ella se dio cuenta de todas maneras. A veces no necesitas ninguna prueba para saber que tienes razón.

Le está costando obtener información sobre este acuerdo. Parece ser una enmienda a otro más antiguo, fechado hace catorce años, con los mismos términos y sanciones aún vigentes, pero que no se mencionan en esta nueva versión.

Ariel Pryce es una de las partes. El otro firmante es una sociedad de responsabilidad limitada nombrada solamente por sus siglas, SRL, y con una dirección física en Gran Caimán que probablemente compartan cientos o miles de otras SRL y sociedades y corporaciones que quieren ocultar la identidad de sus propietarios para proteger sus activos, minimizar su exposición fiscal y sus responsabilidades legales, para esconderse en las sombras creadas por los abogados con el propósito expreso de ocultar algo.

Este tipo de escudo es algo que Wagstaff sabe que puede investigarse cruzando los datos de las direcciones postales y los números de teléfono y archivos judiciales y transferencias de bienes raíces, bufetes de abogados y banqueros privados, eliminando una capa tras otra, como si retrocediera en un laberinto. Implicaría mucho trabajo preliminar, sin ninguna garantía de encontrar una respuesta definitiva ni de que los resultados sean de interés para nadie. Pero eso es lo que hacen los periodistas, ¿no? De eso se trata la investigación: de mirar sin saber lo que se va a encontrar. Así es como se descubre la verdad.

—Bien —dice Jefferson—, ya he identificado a un montón de otras personas de los registros telefónicos de Wright.

Nicole Griffiths recorre con la mirada las anotaciones de Jefferson: universidad, compañero de habitación, amigo de trabajo, primo. Pasa la página, luego retrocede.

—Ah. Llamó a su hermana.

—A Marrakech.

—Son llamadas frecuentes, durante mucho tiempo. Casi todas las semanas. Y luego, de repente, deja de llamarla. —Griffiths vuelve a pasar la página—. La última fue hace tres meses. Ni una desde entonces.

—¿Se habrán peleado? O tal vez la hermana cambió su teléfono y le dieron un número no marroquí. Quizá sea uno de esos que aún no hemos identificado.

—Puede ser. —Griffiths vuelve a examinar las páginas—. Pero no llamó con tanta frecuencia a ninguno de esos otros números. ¿Por qué Wright dejó de hablar con su hermana hace tres meses?

—Fue por entonces cuando se casó. ¿Quizás ocurrió algo?

—Bueno, sin duda ha ocurrido algo —dice Griffiths—. Tenemos que descubrir qué. Averigüemos más sobre esta hermana. ¿Y qué has sabido del mecánico?

—Lo siento, ese es un callejón sin salida. El mecánico dice que no conoce a nadie llamado John Wright y que no ha llamado a nadie con ese nombre.

—Sin embargo, sí lo hizo.

—¿Por error, tal vez?

—Tal vez no, Jefferson. Presionémoslo un poco más. ¿Y sobre esa SRL que Pryce comentó con su empleada?

—No, lo siento. No puedo comunicarme con nadie en las oficinas de Langley por teléfono. Todavía es demasiado temprano, y además es Cuatro de Julio.

—Está bien, sigue intentándolo.

—¡Dios mío! —exclama la impactante mujer—. ¿Ha sido secuestrado? Eso es horrible.

—Sí, así es —dice Carolina Santos—. ¿Está segura de que era el mismo hombre?

—Completamente segura. Pero él estaba con su mujer, así que decidí fingir que estaba equivocada. —Se encoge de hombros—. No quería causarle problemas.

—Dígame, por favor, ¿cómo se conocieron? —pregunta Santos. Moniz parece estar demasiado ocupado mirando a la mujer para hacer preguntas.

—En un club nocturno.

—¿Cuántas veces se vieron?

—Fue solo una noche.

Lo dice sin el menor atisbo de vergüenza. Bien por ella, piensa Santos. Tal vez haya algo de esperanza para el mundo.

—¿Hace cuánto tiempo fue esto? —Santos quiere saber qué tipo de infidelidad estaba cometiendo John Wright.

—El otoño pasado. ¿Septiembre? Tal vez en octubre.

En ese momento, Wright ya salía con Pryce, pero aún no estaban casados. Mal, pero no tan mal como podría ser.

—¿Y está segura de que le dijo que su nombre era Luigi?

—Sí. Estaba borracho, pero no tanto.

El nombre falso molesta a Santos, especialmente en un hombre que ya se lo había cambiado una vez, que está casado con una mujer que también se ha cambiado de nombre. Esta gente esconde demasiado.

—¿Tiene alguna marca distintiva que permita comprobar que es el mismo hombre? ¿Tatuajes, cicatrices…?

La mujer ladea la cabeza.

—Bueno…

—¿Qué?

—Está circuncidado.

Moniz tose y se sonroja. Si Santos no lo conociera mejor, diría que su compañero está un poco enamorado de esta mujer. Ella supone que hay muchas maneras diferentes de amar. El odio es mucho más simple.

Ariel atiende el teléfono prepago al primer tono:

—¿Hola?

—¿Tiene el efectivo?

Casi admite que no tiene los tres millones, pero solo dice:

—Sí.

—Bueno. No lo lleve encima ahora. Salga del hotel, camine hacia la izquierda y luego gire a la izquierda en la primera esquina. Encontrará una tienda de souvenirs. Compre dos bolsas de lona iguales, ambas negras, lo suficientemente grandes para guardar todo el dinero. Mientras todavía está en la tienda, coloque una bolsa dentro de la otra. Esto es importante. Luego, llévelas a su habitación. Ponga el dinero en la bolsa que contiene a la otra. ¿Lo entiende?

—Sí. ¿Y después, qué?

—Después espere.

CAPÍTULO 30

Día 2. 5.55 p. m.

El indispensable teléfono de prepago vuelve a sonar en la mano de Ariel. Se recuerda que debe mantener la calma, acordarse de respirar, decir "hola".

—Hola —dice ella.

—¿Está preparada?

—Sí.

—¿Está preparada también la bolsa, metida dentro de la otra bolsa?

—Sí.

Por iniciativa propia, Ariel también ha hecho otra compra en la tienda de regalos: un móvil nuevo, que está conectado a su cargador, pero aún no activado.

—Tome la bolsa, salga del hotel, camine por la plaza. Lleve este teléfono en la mano y deje el suyo en la habitación. Esto es muy importante. Salga ya mismo.

Carolina Santos es muy consciente de que su compañero es una de esas personas que siempre sabe orientarse. Aunque António Moniz esté caminando por un pasillo sin ventanas en un edificio desconocido, es capaz de decirte que está mirando al sur-sudoeste. Esta habilidad sobrenatural —¿o instinto?— no tiene nada que ver con conocer la mecánica de un vehículo, controlar la dirección, la velocidad, ser consciente del entorno. No es que participen habitualmente de persecuciones en coche a alta velocidad por las calles de Lisboa. En su mayor parte, para un oficial de policía, ser un buen conductor significa saber todo el tiempo dónde se encuentra y hacia dónde se dirige. Moniz lo sabe. Santos, no. Así

que admite a regañadientes que esta diferencia hace a su compañero un mejor conductor. Por eso ella está sentada en el asiento del pasajero y él, al volante.

Durante la última hora han estado aparcados al otro lado de la plaza que está frente al hotel, observando. No hay forma de que la entrega del rescate se lleve a cabo dentro del hotel. Ningún secuestrador caería en una trampa potencial como esa, nadie que fuese lo suficientemente cuerdo y competente para secuestrar con éxito a alguien. Así que la mujer estadounidense se verá obligada a salir, tarde o temprano, a entregar este rescate en otro lugar. Y se verá obligada a realizar maniobras evasivas.

Los policías están preparados. Moniz y Santos esperan en el coche, otro detective está a la vuelta de la esquina con el ojo puesto en la puerta trasera del hotel, y otros cuatro están aparcados en puntos estratégicos de paso cercanos. Además, hay oficiales uniformados esparcidos por el vecindario, en alerta.

—Todavía no veo ningún observador estadounidense. ¿Tú?

Moniz niega con la cabeza.

—¿Esperas que la CIA aparezca?

Santos se encoge de hombros. No sabe qué esperar de esta situación.

—Dime, António, ¿qué sospechas de la Pryce?

—¿Específicamente? Nada. Pero quiero tener cuidado de no sacar conclusiones apresuradas. Sí, la senhora Pryce parece ser una mujer hermosa y empática que se encuentra en una situación desafortunada. ¿Quizás demasiado empática? ¿Quizás demasiado desafortunada?

—No la estarás culpando por su buena apariencia y su mala suerte, ¿verdad? Dime que no lo estás haciendo.

—Claro que no. Pero toda ella, sumada al hecho de que se presentó demasiado pronto a denunciar el secuestro, además de que no ha sido completamente franca con nosotros sobre todo, las cuentas

bancarias, incluso su propio nombre…

—Nadie es completamente sincero sobre todas las cosas.

—Por supuesto. Y nadie es completamente inocente del todo. ¿Y cuando le pregunté por qué la hermana de su marido está en Lisboa?

—Pero la hermana no está en Lisboa.

—Ahí lo tienes de nuevo, Carolina, otra vez sacas conclusiones precipitadas. Es cierto que no tenemos constancia de que la hermana esté en Lisboa. Pero podría estar. ¿Y la forma en que Pryce respondió a mi pregunta?

—Fue una reacción de pura sorpresa.

—Sí. Pero ¿sorpresa por qué?

—La estabas molestando con cada…

—Mira —interrumpe Moniz—. ¿Es ella?

Una mujer acaba de salir del hotel con una bolsa colgada del hombro.

—Sí. —Santos se acerca el micrófono a la boca—. Pryce está en movimiento. ¿Tomás? ¿La ves?

—Sí.

—Ok, Tomás, Erico, recordad: si creéis que Pryce o cualquier otra persona los ha detectado, debéis avisarnos. Francisco y Mariella están preparados para unirse a vosotros.

La calle está repleta de personas que se dirigen a trabajar, y los tranvías ridículamente peligrosos corren a toda velocidad, los taxis y los ciclomotores se deslizan con graznidos como de ganso alrededor de la plaza, un lugar ruidoso con cientos de personas que van y vienen y se quedan, una población difícil de controlar que seguramente incluye a algunos hombres y tal vez mujeres que están vigilando a Ariel: la CIA, la policía de Lisboa, el servicio de

seguridad nacional, periodistas, los secuestradores o alguna combinación de cualquiera de estos, o tal vez todos, con auriculares para recibir instrucciones, armas para intervenir si es necesario, camionetas a la vuelta de la esquina, transmisiones por satélite, interceptaciones de teléfonos móviles…

Los ojos de Ariel saltan de un lado a otro, en busca de personas que la estén mirando, pero no logra identificar a ninguna; todos hacen un buen trabajo fingiendo. O ella está haciendo un mal trabajo de detección.

Cuando llega al otro lado de la plaza, el teléfono vuelve a sonar.

—¿Sí?

—Al otro lado de la calle, a su izquierda. ¿Ve ese café?

—Sí.

—Entre. No corte la comunicación y avíseme cuando esté dentro del café.

Ariel se abre paso entre el tráfico y entra en el lugar concurrido y bien iluminado.

—Ya he entrado.

—Vaya al baño.

Ariel mira a su alrededor y encuentra el cartel, el pasillo, la puerta. Gira el picaporte, pero no se abre.

—Maldita sea —dice—. Alguien debe de estar dentro. La puerta está cerrada.

—Espere.

Los treinta segundos le parecen una eternidad, luego sale una mujer y le deja a Ariel, que está enloquecida por el estrés, el mayor espacio posible en el estrecho pasillo para que pueda pasar.

—Ya estoy en el baño.

—Cierre la puerta con pestillo. ¿Ve el estante encima del lavabo?

—Sí. —Está lleno del tipo de artículos que suele haber en un baño comercial.

—Busque detrás de los rollos de papel que hay a la derecha.

—¿Qué debo buscar?

—Ya lo verá.

Entonces lo ve: un móvil conectado a unos auriculares.

—¿Lo tiene?

—Sí.

El nuevo dispositivo comienza a sonar inmediatamente.

—Póngase los auriculares y atienda la llamada.

Ariel lo hace.

—Ahora corte la comunicación en el teléfono anterior, colóquelo detrás de los rollos y váyase.

Ariel avanza entre las mesas del café.

—Ya estoy fuera.

—¿Conoce el Elevador de Santa Justa?

—Sí. —Está a solo unas calles de distancia; es un ascensor de más de treinta metros de altura que ahorra a los peatones la molestia de subir una larga escalera en una colina empinada que separa un vecindario de otro.

—Vaya allá y suba hasta arriba.

Ariel camina rápidamente, girando el cuello de izquierda a derecha, hacia atrás y nuevamente hacia delante, alerta no solo a posibles perseguidores, sino también a los ladrones, a los agresores de cualquier tipo. Lisboa no es un lugar peligroso, pero ahora sería un

muy mal momento para tropezar con un peligro aleatorio. Distingue a un par de chicos adolescentes merodeando en un portal, con las cabezas gachas pero la vista levantada, veloces, astutos; una pose lobuna, de depredador. Pero los chicos no se fijan en Ariel. Si están acechando a alguien, no es a ella.

Después de caminar unos minutos, llega al lugar de acceso al ascensor, que le recuerda a una Torre Eiffel, utilitaria y más pequeña. Junto al ascensor hay una larga escalera, en cuyo extremo inferior está la entrada. Ariel examina la escena desde lo alto de esta escalera llena de gente; en un lado, hay una gran multitud que Ariel se da cuenta de que es una fila, tal vez de cien personas, que esperan para subirse a esta extraña atracción, para disfrutar de la vista desde la plataforma en la cima.

Ariel suspira; esto va a durar una eternidad. Pero no tiene elección, así que se instala al final de la fila, junto al ajetreado flujo de peatones, personas que suben y bajan, bolsas de compras de Nike y Foot Locker, Mango y H&M y Sephora, las mismas tiendas que en todas partes. Nuevos grupos llenan rápidamente la fila detrás de ella (la luz del atardecer es muy buena para tomar fotos desde arriba), uno tras otro: una familia quemada por el sol con acento londinense, y detrás de ellos media docena de ancianos japoneses, y detrás de ellos un trío de chicas adolescentes que se toman selfis haciendo gestos, gritándose unas a otras y para llamar la atención descarada e indiscriminadamente.

Ariel aprieta con más fuerza el asa de la bolsa de lona llena de dinero en efectivo. Este sería un lugar fácil para asaltarla, y un lugar difícil para que ella persiga a quien la asalte.

La fila no puede ser el lugar de la entrega: es demasiado pública, demasiado obvia, demasiado monitoreada, demasiado pronto. Todavía no ha recibido instrucciones para realizar maniobras evasivas. Quienquiera que la estuviera observando en el hotel todavía la observa ahora, probablemente sentado detrás de ella en estos escalones, tal vez con un cómplice que ha corrido para situarse en el otro extremo y ahora está mirando hacia arriba, montando guardia. Ariel está encajada allí, en medio de la densa multitud, de toda esta actividad, de toda esta humanidad.

Sin previo aviso, la fila comienza a moverse vacilante hacia el mostrador de tíquets, cuatro pasos hacia abajo y luego se detiene, otros tres pasos y luego se detiene. Ariel desciende con cuidado hasta que escucha nuevas instrucciones en su oído:

—Salga de la fila ahora. Baje los escalones.

Ariel obedece las instrucciones, caminando más rápido que las personas que descienden a su lado.

—Hay un taxi al fondo. ¿Lo ve?

—No. —Es presa del pánico, hasta que lo ve—. Sí, ahora sí.

—Entre en él. El conductor la está esperando. Pregunte por la parada de tranvía de la rua de São Paulo.

—¿Pryce? —pregunta el conductor a través de la ventanilla. Ariel asiente y le indica el destino mientras se sube. El coche gira en una curva y desciende por una pendiente pronunciada, y enseguida están fuera del distrito comercial, en un área que es más descarnada, con aceras más estrechas, edificios más cerca de la calle; la sensación es de claustrofobia. Sería un buen lugar para organizar una emboscada, bloqueo de calles, fuego cruzado.

—Avíseme cuando haya salido del taxi.

Al pie de la colina, el automóvil se incorpora a una calle más transitada, de aspecto menos preocupante, y tras recorrer unas cuantas manzanas rápidamente se detiene de pronto. El viaje ha sido breve.

—Obrigada —le dice Ariel al conductor entregándole un billete. Luego, al teléfono—: Ya estoy fuera.

Mira hacia atrás al tráfico de un solo sentido, en busca de alguien que pueda estar acechándola. Al principio no ve nada, pero luego sí: a cincuenta metros de ella, un ciclomotor disminuye la velocidad y se aproxima a la acera.

—Camine pasando por la parada del tranvía hasta el edificio amarillo.

Ariel mira hacia la estructura sucia pintada con grafitis, con una entrada en arco y un cartel que anuncia ascensor da bica.

—Ya estoy aquí.

—Entre en el edificio.

Es un espacio industrial oscuro, donde termina su recorrido un tranvía. Hay un vagón esperando, las puertas abiertas, un puñado de personas ya sentadas dentro.

—Suba al ascensor. Esté atenta a cualquiera que llegue después de usted. Avíseme cuando se cierren las puertas.

Ariel busca al hombre que la siguió en el ciclomotor, pero no aparece. Algunos pasajeros más entran un minuto antes de que se cierren las puertas.

—Ok —dice Ariel—, ya ha arrancado.

—Mire a su alrededor a los pasajeros que subieron después de usted. —Una mujer de mediana edad cargada de bolsas de víveres, un hombre mayor con un periódico, una pareja joven—. Una o más de esas personas podrían estar siguiéndola. ¿Puede decir cuál?

—No.

El tranvía cruje en su lento avance por la colina empinada.

—Avíseme justo antes de pasar la primera calle que cruza las vías.

Ya viene.

—Ya está llegando.

—Ahora salte.

—¿Qué? —Hay una reja plegable que bloquea la mitad inferior de las puertas—. No puedo hacer eso.

—Sí que puede. No es difícil. Hágalo. Ahora mismo.

Ariel se pone de pie, son solo dos zancadas hasta la reja y,

efectivamente, no es tan difícil pasar primero una pierna, mientras alguien detrás de ella dice algo en voz alta que Ariel ignora, ahora pasar la otra pierna, mientras se sostiene del borde, y ahora su trasero está en equilibrio sobre la puerta, y no hay que nada más que hacer…

—¿Esta es definitivamente la transacción correcta?

Griffiths no puede ocultar su decepción. Esperaba que esta fuera la gran revelación, que pudieran ver al hombre de Washington D.C. al que Ariel Pryce está extorsionando por millones de dólares. Pero, en cambio, la pantalla de Kayla Jefferson muestra a una mujer de pie ante el mostrador de una tienda, comprando un móvil de prepago y pagándolo en efectivo.

—No hay duda al respecto —dice Kayla—. Lo siento.

—Está bien, entonces, ¿a qué conclusiones podemos llegar? Rebobinemos… Allí se ve su cartera abierta. Esa es una tarjeta American Express. Y la cartera es de Louis Vuitton.

—Puede ser una imitación.

—Bien visto.

—Parece que lleva un cordón debajo de la chaqueta —dice Kayla—. No se me ocurre en qué lugar se puede usar. ¿Significa algo para usted?

—¿Rosa? —se burla Griffiths—. Para mí significa que se lo compró para colgarse del cuello su tarjeta de identificación. ¿Alguna grabación del exterior?

—De la tienda, no. Pero he hecho llamadas a otras tiendas de esa manzana cuyas cámaras podrían apuntar a la puerta. Le avisaré cuando tengamos noticias. Pero…

—Sí, sí, lo sé, lo sé: el Cuatro de Julio. Esperaré sentada.

Ariel aterriza torpemente en la calle empinada, tropieza, cae sobre una rodilla y apoya ambas palmas de las manos para sostenerse; más personas le gritan desde el tranvía, pero ve por encima del

hombro que el vagón amarillo no se detiene; el conductor menea la cabeza consternado, al igual que todas las demás caras en las ventanillas.

—¿Se ha hecho daño?

Ariel se pone de pie, se echa la bolsa al hombro

—En realidad, no.

—¿Alguien se ha bajado del tranvía para seguirla?

—No. —Se frota la rodilla, confirma que le duele. Con toda la adrenalina, es difícil darse cuenta.

—Bien. Camine hacia esa calle que cruza y gire a la derecha, serán solo unos segundos.

—Ya he girado.

—Ahora, en la primera a la izquierda. Hay un lugar llamado Bar Porto. ¿Lo ve?

—Sí.

Hay algunos grupos de jóvenes en la calle angosta, con botellas de cerveza y cigarrillos aromáticos, sandalias y pantalones bombachos y aroma a aceite de pachuli.

—Entre en el bar, vaya por el salón del frente hasta el pasillo, luego gírese para quedar mirando hacia la puerta.

Es un espacio tenuemente iluminado con luces colgadas del techo, barriles a modo de mesas y un aroma de algo almizclado. En el otro extremo de la sala hay una cortina de cuentas que da a un pasillo corto y una puerta de aspecto endeble con el cartel WC.

—¿Debo ir al baño?

—No. Solo mire hacia la puerta de entrada para ver si hay alguien que la esté vigilando.

El bar está abarrotado, pero nadie le presta atención a Ariel excepto el camarero, que la saluda con un movimiento de la cabeza. Ariel le devuelve el gesto y, luego, dirige la mirada hacia la puerta al mismo tiempo que aparece la forma de un hombre, se detiene y…

"Oh, no", piensa.

… y sigue caminando.

—¿Alguien la ha seguido?

Ya han pasado unos quince segundos desde que entró.

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—Más allá del baño hay otras dos puertas. Abra la última y atraviésela…

Entonces, Ariel se encuentra en un callejón estrecho, con paredes de piedra muy cerca a ambos lados, cubos de basura, una caja de madera llena de botellas de cerveza vacías.

—Cierre la puerta detrás de usted.

Un extremo del callejón no tiene salida, y en la otra dirección hay una curva. Ariel no puede ver hacia dónde se abre, pero debe de ser una calle. Ahí debe de ser adonde ella debe ir.

—Y ahora, ¿qué?

La voz no responde, pero la respuesta es repentinamente obvia: alguien ha aparecido en la curva, llenando el estrecho espacio, acercándose a Ariel, muy rápidamente.

—Hola, Pete, ¿cómo estás?

—Myron. Gracias por devolverme la llamada.

—No hay problema. En primer lugar, sobre esa SRL en las islas

Caimán, debo advertirte: esta no es una información fácil de obtener. Probablemente llevará semanas o meses, posiblemente nunca averigüemos nada. Estos escudos legales están configurados específicamente para ser impenetrables, esa es la cuestión; generalmente, por personas que saben bien qué cojones están haciendo.

—Dijiste que probablemente llevará un tiempo. ¿Eso significa que podría no ser así?

—La excepción es si el trabajo preliminar ya lo ha hecho otra persona que se haya tomado el tiempo de investigar esta SRL en particular, u otra entidad afiliada a la misma oficina legal, al banco o gerencia corporativa local. Entonces podría ser cuestión de días, o incluso horas. Pero no cuentes con eso.

—Está bien, gracias, Myron. Seré paciente.

—Tendrás que serlo de la hostia.

—¿Y qué has averiguado del certificado de nacimiento?

—Bueno, sospecho que tampoco te va a gustar esa respuesta. Pero no deja de ser interesante.

CAPÍTULO 31

Día 2. 6.22 p. m.

Ariel observa la figura que se acerca rápidamente, una mujer vestida con toda la indumentaria hippy: una blusa tejida a mano y pantalones anchos de lino, sandalias Birkenstock y una argolla en la nariz, rastas de chica blanca y grandes gafas de sol redondas estilo John Lennon. Se quita las correas de su mochila sucia y maltratada, no de las que se usan para llevar libros, sino una grande y compleja de equipaje para actividades al aire libre, con un saco de dormir enganchado en el fondo, e incluso con uno de esos cuencos esmaltados moteados colgando a un lado.

Cuando está a solo unos metros de distancia, la mujer balancea la mochila frente a ella, la deja en el suelo y se arrodilla detrás. Señala la bolsa de lona que Ariel lleva al hombro.

—¿Cuándo…?

—Shh —susurra la mujer, meneando la cabeza.

El hombre dice desde el teléfono:

—Abra su bolsa de lona, quite la bolsa vacía. Póngala en el suelo. Rápido.

Ariel obedece. La mujer mete la mano en su mochila grande para extraer un montón de periódicos, que coloca en la bolsa de lona vacía de Ariel, luego otro montón de periódicos. Cierra la cremallera de la bolsa, ahora llena, y vuelve a señalar la otra bolsa, que aún contiene los dos millones de euros.

—Ponga el dinero en efectivo en la mochila de mi colega.

—Escuche —susurra Ariel—, tengo que decírselo: no lo tengo todo.

—¿Qué? —Pausa—. ¿Qué quiere decir?

—Tengo dos millones, no tres.

—Mierda. Mierda.

—Lo he intentado, realmente lo he intentado. Lo siento.

—¿Lo siente? ¿Lo siente? ¿A quién mierda le importa si lo siente?

—Ya lo sé. Lo sé.

—Fuimos muy claros. Muy claros.

—Así es —dice Ariel en voz baja—. Y me esforcé al máximo. Pero no pude conseguir los tres millones. Es mucho dinero y muy poco tiempo.

—Entonces, tal vez le devolvamos solo dos tercios de su marido.

—Por favor. No es culpa suya. —Ariel puede oír la respiración en el teléfono. Ella insiste—: Pero aquí estamos. Entonces, ¿no preferiría tener dos millones de euros en este momento y marcharse a salvo, que no tener dinero alguno, nada excepto un rehén, con la policía y la CIA y Dios sabe quién más buscándolo?

Ariel mira a la mujer, sus ojos entrecerrados detrás de las gafas redondas, con sus propios auriculares conectados. Ella también está escuchando ambos lados de la conversación.

—Mierda —dice el hombre de nuevo—. Mierda —menos explosivamente, y después—: de acuerdo.

La mujer hippy vuelve rápidamente a su tarea y cierra la cremallera de la mochila, que ya contiene todo el dinero en efectivo. Quiere terminar con todo esto de una vez.

—¿Cuándo recuperaré a mi marido?

—Muy pronto —responde el hombre al oído de Ariel.

—Muy pronto. ¿Qué significa eso?

—Significa “muy pronto”.

La mujer todavía no ha dicho ni una palabra. Levanta su mochila.

—Coja la bolsa llena de periódicos, vaya hasta el final del callejón, salga a la calle y gire a la derecha. Luego siga recto.

La mujer se ha colgado su mochila nuevamente en la espalda y apoya una mano en la puerta trasera del bar.

—Oye, espera un…

Ignora a Ariel, entra y cierra la puerta tras de sí. Ariel se queda sola en el callejón.

—¿Qué coño está pasando?

—Cuando hayamos verificado que su pago sea el que acordamos, y que nuestra mensajera esté a salvo, su marido será liberado. Recuerde: gire a la derecha al final del callejón, luego recto.

—¿Y después?

Él no responde.

—¿Y después?

Kayla se da cuenta de que ha estado mirando su pantalla durante casi diez horas seguidas; no ha notado el paso del tiempo. Esto es una gran parte de lo que la atrajo de la CIA al principio: la investigación, el trabajo de detective, socavar caparazones que parecen impermeables, la búsqueda de grietas que se pueden ensanchar, explotar. Kayla nunca quiso ser analista, sentada en las oficinas de Langley, sin hacer nada excepto investigar. Le encanta estar aquí, en Lisboa, en el campo, en busca de inteligencia humana; disfruta la oportunidad de reclutar activos. Pero eso no significa que no le guste esta parte. Le gusta todo.

Durante la última media hora, ha abierto un archivo tras otro de imágenes de cámaras de seguridad de Washington D.C., y hasta ahora solo este vídeo ha arrojado algo útil. Tal vez uno sea todo lo que necesite. Desearía haber llegado más lejos con estas pruebas,

pero ha arribado a un callejón sin salida, al menos por ahora, y es hora de contactar a la jefa.

Griffiths responde al primer tono.

—Dime que tienes buenas noticias, Jefferson.

—Algo así. Hay una cafetería que tiene una cámara exterior que mira hacia la tienda. Está demasiado lejos, y en un mal ángulo para proporcionar una vista útil de cualquier persona que entre y salga. Pero tiene una buena vista de la calle en sí. Y en el minuto anterior a la compra del teléfono, un coche se detuvo y descargó a un pasajero, luego se quedó allí esperando y un par de minutos después alguien volvió a subir al coche, que luego se alejó.

—Por favor, dime que tienes la matrícula.

—Sí, señora. Es un vehículo para viajes compartidos.

—¡Bien, entonces! Vamos por buen camino. Esto debería ser pan comido.

—Debería. Pero me he topado con una política de privacidad. Dicen que necesitan una orden judicial. Y, ya sabe, es Cuatro de Julio.

—Hijos de puta.

—Bueno, no sé.

Kayla no quiere meterse en el atolladero de debatir los principios constitucionales con su jefa, justo en el Día de la Independencia. Pero su respeto por los derechos civiles es inflexible. Esto entra en conflicto, a veces, con su trabajo de inteligencia, un campo que se basa en gran medida en las intrusiones en la privacidad y la suspensión de los derechos individuales, o al menos en un desprecio deliberado por ellos. Sospecha que esta paradoja va a ser un desafío a lo largo de su carrera.

“¿Para qué quieres hacer eso, en el nombre de Dios?”. Eso le había preguntado su padre cuando Kayla dijo que se había postulado para trabajar en la CIA. Shawn Jefferson no confiaba en ninguna organización que les diera armas a los hombres blancos y permiso

para usarlas. Tampoco se prestaba a hacer flamear banderas, cantar el himno nacional o recitar juramentos de lealtad. Shawn no sabía de dónde coño había sacado su hija su patriotismo.

Esta vez, Griffiths no discute con ella. En cambio, pregunta:

—¿Por qué no hablas con el conductor?

—Lo haré —dice Kayla.

Ahí es donde el patriotismo se vuelve más complicado, ¿no? Cuando choca contra los mismos ideales que se supone que representan los Estados Unidos.

—He vuelto a localizar a Pryce —anuncia el oficial Tomás—. Acaba de salir de un callejón y ahora camina hacia el oeste. Todavía lleva el dinero.

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera de la vista? —pregunta Santos.

—Noventa segundos, tal vez dos minutos.

Eso es suficiente.

—¿Pero todavía tiene el dinero? ¿Puedes ver la bolsa?

—Afirmativo.

—Significa que detener el taxi, subirse al tranvía, saltar de él, correr por este barrio, entrar y salir de este callejón, ¿ha sido toda una maniobra de despiste y que al final no ha logrado esquivarte?

—Así parece.

Santos no se lo cree.

—Mándanos un mensaje de texto con la dirección más cercana al callejón. —Se vuelve hacia su compañero—. Envía oficiales uniformados a entrevistar a cualquier persona que esté cerca, inmediatamente. Que llamen puerta por puerta. Rápido.

Moniz obedece y llama por teléfono a la comisaría.

¿Debería Santos ordenar el cierre de toda la zona? Solo tiene unos segundos para tomar esta decisión, para tratar de acordonar un perímetro de tres o cuatro manzanas, algo que requeriría ¿cuántos oficiales?, quizá dos docenas, que tendrían que llegar allí en dos minutos o sería un desperdicio de esfuerzo.

¿Es posible hacerlo? Sí, si la justificación es que la policía necesita cercar al asesino de un presidente. Pero ¿para esto? ¿Para los secuestradores de un empresario estadounidense de bajo perfil? No, está fuera de toda discusión. Incluso si la táctica tuviera éxito —con énfasis en si—, Santos sería criticada por desperdiciar recursos, por molestar a los vecinos de la zona con interrogatorios masivos en una tranquila tarde de martes, sin que haya una emergencia inmediata, ni disparos, ni rehenes, ni un atraco a un banco, ni amenazas a gran escala contra nadie. El largo historial de autoritarismo en Portugal sigue fresco en la memoria de muchos, especialmente de aquellos que ahora manejan las riendas del poder, personas que tienen muy poca tolerancia para cualquier cosa que huela a un estado policial. El dictador Salazar murió en 1970, después de haber ejercido el poder como primer ministro durante treinta y seis años, hasta 1968.

No; es mucho más probable que a Santos la regañen en lugar de elogiarla si cierra esta esquina de Chiado. Tal vez incluso la despidan. Su jefe era un adolescente allá por 1974 cuando el golpe militar rebelde derrocó al Estado Novo; a menudo relata sus recuerdos de los soldados que ponían claveles en los cañones de sus armas.

—Ok, Tomás —dice Santos—. Síguela hasta la próxima esquina; luego, continúa tú, Erico.

Pero su mente está en otra parte. Santos está bastante segura de que ya se han perdido la entrega del rescate. ¿Fue en el taxi? ¿El tranvía? ¿El bar? ¿O tal vez todo esto ha sido una artimaña? Tal vez el dinero se quedó en el hotel, y toda esta ruta de contravigilancia fue solo una forma de alejar a la policía, una manera compleja de despistarlos. Tal vez la policía ha estado mirando en la dirección equivocada todo el tiempo.

Con cada paso, Ariel es cada vez más consciente del dolor en la

rodilla por la caída del tranvía. Cojea agobiada por el peso del dolor y de la bolsa llena de noticias de ayer, y su nivel de adrenalina cae, su energía flaquea, su cuerpo de mediana edad se está desmoronando. Siente que casi no puede dar un paso más, que no podrá llegar a la próxima esquina. Pero llega.

Mientras espera el semáforo, Ariel mira hacia atrás. Alcanza a ver a algunas personas: una pareja que está a una manzana de distancia y un hombre solo, aún más lejos. Pero a estas alturas, en realidad no importa quién la está siguiendo.

Pasan cinco minutos desde la entrega del rescate, luego diez, y ahora entra en un barrio de aspecto diferente, en la ladera más alejada de una colina, y el sol crepuscular le da directamente en los ojos, obligándola a entornarlos mientras cojea y siente que se derrumba.

Pero debe seguir adelante.

—Jefferson. Qué rapidez.

—Sospecho que el conductor del coche, Anton Dupree, está involucrado en alguna actividad ilegal de poca monta, pero suficiente para que se sintiera intimidado cuando le dije que sabemos a qué se dedica y que estamos dispuestos a mirar hacia otro lado, a cambio un poco de información.

—Bien pensado. ¿Y qué es lo que está haciendo Anton? —pregunta Griffiths.

—No tengo ni idea. Si tuviera que adivinarlo, diría que se dedica al menudeo de drogas. En fin, enseguida dio el nombre del pasajero que llevó hacia la tienda y que luego recogió, así como la dirección de origen del viaje de ida y vuelta. Acabo de enviarle las coordenadas, le aconsejo que se siente para leerlas.

Griffiths abre el mapa, hace zum y se queda boquiabierta.

—Mierda —murmura—. Con razón esa voz me resultaba conocida.

La calle termina.

—¿Qué coño…?

Ariel se queda quieta, sin saber por dónde debe seguir. Busca el teléfono prepago y vuelve a marcar el último número que la ha llamado, el único que la ha llamado a este teléfono. No hay respuesta; ni siquiera suena. Probablemente ese dispositivo ya no existe.

La calle por la que ha estado caminando desemboca en una avenida perpendicular. Ariel mira en ambas direcciones; cuesta abajo llega hasta el río, cuesta arriba se adentra en la periferia de la ciudad, donde no hay turistas. No tiene mucho sentido seguir ni en una dirección ni en la otra.

Mira a su alrededor, a los edificios de apartamentos; nada le llama la atención. Está de pie junto a un muro de cemento de tres metros de altura, con una gran puerta corredera de metal; es el tipo de puerta que parece la entrada a un aparcamiento, con una pequeña ventana a la altura de los ojos, por seguridad. Se puede mirar a través de ella y ver del otro lado, para asegurarse de que no haya nadie.

Ariel mira.

—¿No figura el padre en el certificado de nacimiento de George Pryce? ¿No dice nada? ¿Ni siquiera “padre desconocido”?

—No, no dice nada. Esa línea está en blanco.

Pete Wagstaff reflexiona sobre esto.

—Eso significa que Ariel Pryce sabe quién es el padre, pero por alguna razón no lo mencionó.

—Claro, es posible —dice Myron, aunque no parece que esté de acuerdo—. También es posible que ella no supiera quién es el padre y no quisiera comprometerse con esa incertidumbre en un documento legal.

Wagstaff siente que acaba de descubrir algo importante, pero no sabe exactamente qué.

—Tal vez podamos llegar a saberlo por otra vía.

—¿Cómo?

—Sabemos para qué sirven los acuerdos de confidencialidad, ¿verdad?

—Ehhh…

—Esos acuerdos existen para ocultar malas acciones. Cosas que pueden ser objeto de enjuiciamiento penal, o al menos de juicios civiles.

—Esa es una razón. Pero hay otras, como proteger la información de propiedad intelectual en los negocios o la ciencia, o los términos de cualquier tipo de contrato. O para asegurar que no se divulgue la información obtenida ilegalmente sin recurrir a la persecución penal. O, simplemente, para guardar un secreto que es vergonzoso, pero no ilegal. Hay muchos de estos acuerdos que no implican delitos, y que podrían ser de beneficio mutuo para todas las partes involucradas.

—Tienes razón, Myron. Pero ¿cuál es el más común?

—No lo sé. Y estoy bastante seguro de que tú tampoco.

—Seguramente, los más conocidos implican relaciones sexuales inapropiadas o ilegales.

—Te estás adelantando a los hechos, Pete.

—Quizás. Pero mira esta combinación de sucesos. Hace quince años…

—Catorce.

—… esta mujer debió de haber tenido un aspecto espectacular. Quiero decir, es una diosa ahora, así que me la puedo imaginar. Dime, ¿cuántos acuerdos de confidencialidad firmados por mujeres jóvenes y bellas no tienen que ver con el sexo?

—Bueno, sexo es un término bastante amplio, ¿no? El sexo abarca

muchos tipos diferentes de relaciones.

—Acuerdos firmados entre mujeres jóvenes hermosas y entes anónimos.

—Ahí vas de nuevo con tus conjeturas desenfrenadas.

—De repente, esta hermosa joven lo abandona todo: a su marido, su estilo de vida en Park Avenue, su hogar y, al mismo tiempo, firma un acuerdo de confidencialidad con alguien que se esconde detrás de una SRL. Esto sucede en el momento exacto en que se queda embarazada. Luego, cuando nace el niño, se niega a anotar el nombre del padre en el certificado de nacimiento.

—Sí, bien, veo lo que quieres decir, y es plausible. Pero no hace falta que te advierta que solo son conjeturas.

—Y luego, quince años más tarde…

—Son catorce años, Pete.

—… cuando esta mujer se encuentra ante una emergencia y necesita una enorme cantidad de efectivo, firma otro acuerdo con el mismo ente anónimo. Vamos, Myron. Tú y yo sabemos lo que sucedió aquí: esta mujer tuvo un hijo con alguien que no era su marido y firmó un acuerdo para mantener la paternidad en secreto a cambio de dinero.

—No lo sabemos. Y aun si lo supiéramos, ¿cuál es el delito? ¿Dónde está la noticia?

—No lo sé. Pero ahora ella ha regresado a este padre anónimo en busca de más dinero, y no solo lo tiene, lo que significa que es rico, sino que también acepta dárselo, lo que creo que significa una de dos cosas: o ella todavía tiene una relación con él, lo que parece muy poco probable, ¿verdad? Una década y media después, nuevo marido, ha llovido mucho desde entonces para ambos.

—¿O qué?

—O ella lo está chantajeando.

Myron no responde durante un momento, luego dice:

—Está bien: demuéstralo.

—Ok —dice Wagstaff—. Ayúdame.

—¿Estás segura?

—¿Yo? No, joder, no. —Kayla Jefferson niega con la cabeza—. Solo le transmito lo que me dijo el analista en Langley. Él dijo que estaba seguro.

—Y para que quede claro, ¿de lo que está seguro es de quién es el titular de esta SRL en las islas Caimán que le pagó a Ariel Pryce tres millones de dólares hace catorce años?

—Correcto.

—Dios mío —dice Griffiths—. Dios mío.

Jefferson se queda allí de pie, como un soldado raso que ha llegado para decirle al general que los misiles ya están en el aire.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé. Tengo que pensar.

—¿Quiere que me retire?

—Sí, por favor. Jefferson, una cosa más: ni una palabra de esto a nadie. Ni siquiera a Guido. Si necesita saberlo, se lo diré yo. ¿Entendido?

—Sí, señora —dice la joven, y cierra la puerta detrás de ella.

Los ojos de Nicole Griffiths vuelven a la pantalla del ordenador, el mapa, el punto rojo brillante. Pero toda su atención está en otra parte, barajando la situación, imaginando conversaciones a lo largo de la cadena de mando, después de Langley a Foggy Bottom, en Washington, y de vuelta a Lisboa. Necesita pensar en esto con mucho cuidado, desde todos los ángulos. Pero también necesita hacerlo rápido; está segura de que tiene muy poco tiempo.

Comienza a anotar una lista de nombres y coloca asteriscos junto a los políticos para diferenciarlos de los diplomáticos de carrera. Intenta trazar una ruta de comunicación que le permita mantener la investigación lo más limpia posible durante el mayor tiempo posible, y que al mismo tiempo cubra su propio trasero tanto como sea posible.

Es un desafío. Trata de convencerse de que no tiene nada que ganar en esta situación. No es una cuestión política, ni legal, ni de privilegios. Es una cuestión de seguridad nacional, que es la base de su trabajo, de su carrera, de toda su jodida vida.

Griffiths ha llegado, inesperadamente, a una encrucijada que define su existencia. En esta línea de trabajo, nunca se sabe cuándo sucederá: vas a trabajar un día normal y te encuentras en medio de una verdadera crisis. Para la mayoría de la gente de la CIA, nunca sucede. Hasta el día de hoy, Nicole Griffiths era una de esas personas.

Después de diez minutos de devaneos, introduce la hoja de papel en la trituradora. Luego hace la primera llamada; habrá algunas más. ¿Tenía que suceder esto justo el Cuatro de Julio? La gente está en barbacoas, en la playa, en veleros en Chesapeake, bebiendo en tumbonas junto a la piscina. Nadie espera una llamada como esta, ciertamente no desde Lisboa. ¿De Riad, Bagdad, Yakarta, Jartum? Quizás. ¿Pero Lisboa? Se van a reír de ella. Al principio.

“Ok”, se dice cuando suena el primer tono de la primera llamada. No es solo la información lo que le preocupa a Griffiths, ni la imparcialidad de la investigación, ni las órdenes que le van a dar, quién se las dará, para hacer qué. También tiene una vaga sospecha de que ella y todos, de alguna manera, están siendo engañados.

—Hola, señor —dice—. Lamento informarle que tenemos un problema.

La gran puerta corredera de metal no tiene cerrojo. Ariel la empuja con fuerza, la puerta se desliza con un chirrido sobre gruesas ruedas de goma. Mira el interior del pequeño aparcamiento.

Ahí está, sentado en una silla plegable, debajo de un árbol frondoso

que lo cubre de la vista desde los apartamentos de arriba. Tiene las muñecas atadas con una cuerda; los tobillos, atados a las patas de la silla. No se mueve.

Ariel comienza a correr mientras la puerta todavía se está abriendo.

Él tiene puesta una capucha hecha de arpillera gruesa, como un saco de patatas. Incluso desde treinta metros de distancia, Ariel llega a ver la mancha oscura en la sien y sabe de inmediato que es de sangre.

Parte IV

LA HUIDA

CAPÍTULO 32

Día 2. 7:51 p. m.

Ariel no es consciente del movimiento de sus piernas, pero sí de que se acerca rápidamente a la figura desplomada, solo faltan unos pocos pasos, luego ninguno, llega a la capucha y tira con tanta fuerza que le arranca un mechón de su grueso cabello, y le descubre el rostro desde abajo hacia arriba, por lo que lo primero que nota es que tiene la boca amordazada, y lo segundo es que su mejilla está ensangrentada, y ahora la capucha pasa sobre sus ojos, por lo que lo tercero que registra es que están abiertos y parpadean, cegados por la luz.

Está vivo, gracias a Dios. Está a salvo.

—Me alegro de haberlo encontrado.

El embajador se está poniendo la chaqueta.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Griffiths?

No se llevan bien. Nicole Griffiths piensa que Tanner Snell es un compinche empresarial incompetente y agresivamente estúpido de un presidente ilegítimo; el embajador probablemente considera a la jefa de estación de la CIA una arrogante hipersensible y un maldito dolor de cabeza.

—Necesito advertirle sobre algo.

El asistente personal del embajador pasa una página en su libreta, listo para tomar notas.

—Extraoficialmente —agrega Griffiths—. Y en privado.

—Landry, danos un minuto —dice Snell sin agradecer ni pedir disculpas ni demostrar ninguna cortesía. Debe de ser un verdadero

placer trabajar para este tipo—. Tengo que asistir a una cena —le dice a Griffiths—. ¿Qué ocurre?

Ella espera a que la puerta se cierre por completo y luego dice:

—Es posible que tengamos una crisis.

—Ah, ¿sí? —La cara de imbécil de Snell es casi una obra de arte—. ¿Qué tipo de crisis?

—Podría ser grave y podría involucrar a las oficinas de Langley.

—Oh, por Dios Todopoderoso. ¿De qué está hablando?

—En realidad no puedo decir nada más. Esto es solo una advertencia de cortesía.

Griffiths no debería revelar ningún detalle a este corrupto leal; tampoco debería negarse a alertarlo sobre el desastre que se avecina. Así que se decide por este término medio, que también tendrá la ventaja de enfadar infinitamente a Snell.

—¿Cortesía? ¿Qué clase de puta cortesía es esta mierda sin ninguna explicación?

"La clase de cortesía que te jode", piensa Griffiths.

—Solo eso, una advertencia. No se sorprenda si se produce un movimiento importante en las próximas horas o los próximos días. Por favor, trate de estar disponible.

—¿Disponible? —resopla él—. Siempre estoy disponible.

—Supongo que lo que quiero decir específicamente es: manténgase sobrio. —¡Toma ya!—. Además, le conviene mantenerse alejado de su amante brasileña. —¡Y eso también! Idiota engreído—. Su cama en Belém no es el lugar donde quiere que lo encuentren si lo llaman desde Washington.

Ariel ve que la mordaza de tela está pegada con cinta adhesiva alrededor de la cabeza de John; ella sabe de primera mano lo horrible que es una mordaza, lo incómoda, lo aterradora, lo

degradante que es. No ve otra opción más que arrancar la pesada cinta, que debe doler como su puta madre. John pone los ojos en blanco y gruñe desde el pecho; suena como el estruendo distante de un trueno. Le quita la mordaza de la boca. En la cinta se ha quedado pegado bastante pelo.

—¡Ay! —dice John.

—Lo siento. Oh, Dios. ¿Estás bien? ¿Estás herido?

—Estoy bien.

Ella trata de desatarle las manos, pero le cuesta manipular el nudo.

—Lo siento —dice de nuevo—. No puedo quitarte esto. Mierda.

—Estoy bien —repite él.

Finalmente logra desatar el nudo, pero hay sangre, ¿por qué hay toda esta sangre? y se escucha a sí misma preguntar: "¿Pero qué es esto?", mientras le acaricia la mejilla con los dedos.

—¿Qué es esto?

—Me dieron un puñetazo. Es solo un corte. —Se frota una muñeca con la palma de la mano, luego la otra.

—¿Te duele?

—¿El corte? Me arde un poco. Pero oye, mírame: se acabó.

Ariel se da cuenta de que está llorando. Ella asiente y se arrodilla para desatarle los pies, tarea que logra con más facilidad que con el nudo de las muñecas.

John se levanta, agita las piernas, golpea el suelo con los dedos de un pie.

—Se me ha dormido.

Ella esperaba sentirse aliviada en este momento, por supuesto que lo está, pero la sorprende la profundidad de su emoción, es una

experiencia visceral que se apodera de todo su cuerpo. No puede dejar de temblar y sollozar.

—Oh, Dios —dice, y se derrumba contra el pecho de John, lo rodea con los brazos, lo aprieta con fuerza y apoya la mejilla en su hombro. Se quedan así durante unos segundos, en un fuerte abrazo. Luego, ella se aleja, coloca sus manos en su cintura y lo mira a los ojos.

—¿De verdad estás bien?

—Sí.

—La sangre de la capucha —dice—. Por un segundo pensé…

Él niega con la cabeza.

—Estoy bien. ¿Y tú?

Es una buena pregunta. Ariel no lograría responderla ni aunque le fuera en ello la vida.

CAPÍTULO 33

Día 2. 7.59 p. m.

—Mira —dice Ariel—. Un taxi. ¡Ey! ¡Ey!

El coche se detiene. El conductor mira el rostro ensangrentado de John y duda un segundo, pero luego asiente. Ariel y John entran y se derrumban en la parte de atrás.

Ella le coge la mano. Será solo un viaje corto hasta el hotel, durante el cual Ariel sabe que deben permanecer en silencio. Lo que tienen que decirse no es algo que deban comentar en presencia de nadie, ni siquiera de un taxista, si es que realmente es un taxista. Este tipo podría ser un policía. O un agente de la CIA. Y aun si no es ninguno de los dos, podría convertirse en un informante de cualquiera de ellos.

Ariel se queda callada, al igual que John. Él lo entiende.

Mientras el coche se detiene en la plaza, Ariel ve que Moniz y Santos ya están esperando frente al hotel.

—Bueno. —Ariel respira hondo—. Esos son los detectives que han llevado mi caso. Tu caso. Probablemente quieran hablar contigo ahora mismo.

John asiente.

—Podríamos decirles que nos dejen en paz por esta noche. Podemos hacerlo, ¿sabes?

—No. —John niega con la cabeza—. Terminemos con esto. Si la policía va a tener alguna posibilidad de atrapar a estos tipos, deberíamos hacerlo ahora.

Moniz ya se está acercando al taxi cuando se detiene.

—¿John Wright?

—Sí.

—Bien —dice Moniz, asintiendo con un gesto de alivio—. Qué bien. —Examina el rostro ensangrentado de John—. ¿Está herido? ¿Necesita atención médica?

—No, no es grave.

—Bien. Soy el detective António Moniz y esta es mi compañera, Carolina Santos.

Todos se dan la mano en la acera. A algunos transeúntes les llama la atención este extraño cuarteto. Alguien toma una foto.

—Entremos —dice Moniz, y todos cruzan la entrada del hotel—. Debe de estar muy cansado, señor. Y muy feliz de estar de vuelta aquí, con su mujer.

—Así es.

—¿Llevaba una bolsa, senhora?

Ariel niega con la cabeza.

—Era un señuelo lleno de periódicos sin valor. Entregué la bolsa del rescate hace un largo rato, en un callejón.

—Ya veo —dice Moniz—. Estoy seguro de que los dos quieren descansar. Pero también estoy seguro de que quiere que atrapemos a las personas que lo secuestraron, senhor. Así que me temo que no podemos esperar para hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto, pero ¿puede darme unos minutos para darme una ducha y conseguir algo de comer?

—Por supuesto. Con mucho gusto podemos traerle comida de la taberna.

—Sería genial. Gracias.

—¿Regreso en quince minutos? ¿O veinte?

—¿Por qué no nos da treinta?

—Cómo no. Estos oficiales esperarán aquí, por su seguridad.

Moniz señala a un par de policías uniformados que están parados cerca de un coche patrulla.

Solo otra de esas mentiras que todos simulan creer. Ariel y John asienten, contribuyendo tácitamente a la cultura generalizada de la falta de sinceridad, reforzada cada vez que escuchamos una mentira descarada y nos negamos a desafiarla. Nos negamos incluso a reconocer ante nosotros mismos que es una mentira.

Esta noche va a ser una noche importante. A veces uno cree que lo sabe de antemano: una cita sexy, un reencuentro largamente esperado, una fiesta que es el hito de la temporada. Pero según la experiencia de Ariel, esos eventos tan anticipados nunca resultan ser tan notables. Las noches importantes de su vida la han tomado por sorpresa, envueltas en el disfraz de lo rutinario.

Aquella noche horrible fue una de esas. Había comenzado como tantas otras, frente a un espejo de cuerpo entero, tratando de reunir el entusiasmo suficiente para pasar la velada con personas que no le gustaban demasiado.

—Aguanta —murmuró para sí misma—. Este es tu trabajo.

También tenía un trabajo remunerado, una especie de puesto independiente a media jornada, que consistía en leer manuscritos enviados sin que los solicitara, ni los deseara, ni los aceptara una agente literaria llamada Isabel Reed. Ariel llevaba haciendo ese trabajo un par de años, y no había desenterrado ni una sola de esas gemas ocultas que, según el mito, aparecen de vez en cuando y cuyos autores logran firmar un contrato de edición. Pero aunque los manuscritos eran una porquería, a Ariel igual le encantaba leerlos; eran novelas de suspense y casos policiales.

El empleo era opcional y poco lucrativo, y se lo habían ofrecido como un favor que alguien le hacía a otra persona, que quería hacer

algo por Bucky. Nueva York era una red interminable de círculos de favores superpuestos. Pero Ariel sabía que su verdadero trabajo, el que estaba obligada a hacer todos los días, era ser la mujer de Buckingham Turner. Aunque quería a Bucky, no siempre le gustaba el trabajo de ser su mujer.

Dio un cuarto de vuelta en el espejo para examinarse de lado. Se pasó la mano por el estómago, todavía plano.

Una de las principales responsabilidades de este trabajo era ser una compañera atractiva y encantadora en las fiestas, y ninguna era más importante que la fiesta de verano de Charlie Wolfe: una cena que estaba organizada en la escala y el presupuesto de una boda, con doscientos invitados agrupados en mesas de ocho, en un prado de césped que daba al océano iluminado por la luna. A Ariel no le habría sorprendido que la fecha de la fiesta se hubiera elegido para que coincidiera con la fase lunar que daba la cantidad óptima de luz.

La disposición de los asientos intercalaba hombres y mujeres, y los cónyuges quedaban separados, pero después de que se retiraran los platos principales, la mesa de Ariel se reorganizó por géneros y se encontró rodeada por el grupo habitual. En el otro extremo de la mesa, los hombres hablaban de finanzas, de béisbol o de las finanzas del béisbol, mientras mordisqueaban ocasionalmente tarta decorada con laminado de oro, bebían armañac y oporto, y se cogían una carísima borrachera.

Las fiestas de Charlie Wolfe eran legendarias por su consumo conspicuo, con barra libre, botellas de champán de un litro y medio, platos de langosta y filet mignon, un derroche de dinero en servicios de catering cuyo único objetivo era impresionar. Pero Charlie no era corredor de bolsa ni empresario de tecnología, así que no había prostitutas ni montones de cocaína; no era ese tipo de escenario. Solo una gran cantidad de tóxicos legales e indicadores de un estilo de vida lujoso, de alta gama; exactamente la clase de cosas que se espera que consuma la décima parte del uno por ciento de la población en una propiedad de South Fork frente al mar. Así se lograba despertar la envidia y cortejar al codiciado grupo demográfico de poder adquisitivo alto que sale en las páginas de Vogue y The Wall Street Journal y Elite Traveler.

Nadie hubiera dicho que el ambiente de esa fiesta fuese peligroso.

Ariel sabía que igualmente debía tener cuidado, siempre. También sabía que, a veces, tener cuidado no es suficiente.

“Di-vi-no”. Una mujer estaba admirando el brazalete de otra, un diseño italiano muy difundido en los años sesenta, de la clase de piezas que se ponen de moda entre las pocas personas que pueden permitirse usar joyería de cuarenta mil dólares, mientras que nadie más en el mundo tiene siquiera idea de que existe esa moda. Todas las mujeres de la mesa admiraron el brillo del oro que acentuaba el bronceado de un antebrazo bien tonificado por el tenis y la navegación a vela. Estos brazaletes volvían a hacerse populares cada verano.

Ninguna de esas mujeres había comido más de un bocado de tarta, aunque algunas habían picoteado las bayas que lo decoraban. Alguna hablaba entusiasmada de su nuevo cirujano que le aplicaba bótox, y luego la discusión se centró en otros procedimientos más invasivos y espectaculares. Todas esas mujeres tenían el mismo trabajo que Ariel, con los mismos requisitos laborales.

Ariel miró a su marido, que se estaba divirtiendo en grande; de ninguna manera querría irse a casa todavía, y ella no podía ser una de esas mujeres que piden irse. No era la manera adecuada de desempeñar su trabajo. Ariel se dio cuenta mucho tiempo después de que esa era la idea que su madre tenía de ser una buena esposa; también era la idea de su padre, y la de Bucky. Pero no la suya.

—Las notas de los exámenes de Ezra están fuera de lo normal —dijo Stacey—. Literalmente.

Otras madres asentían con la cabeza; al parecer, ninguna de ellas entendía lo que significaba la palabra literalmente, o qué es “lo normal”, o, posiblemente, ninguna de las dos cosas.

Ariel bebió un sorbo de agua. Su consumo de alcohol se había limitado a una copa de champán antes de la cena, que vertió subrepticiamente en su mayor parte en una maceta de lavanda. Ariel no bebería esa noche, pero tampoco quería que se dieran cuenta de que no bebía, no quería que nadie le preguntara al

respecto, no quería mentir, una mentira bastante común que todos descubren fácilmente. Ya se imaginaba la exclamación que oiría en unos meses: "¡Claro! ¡No bebiste en la fiesta de Charlie! ¡Me acuerdo!". En cualquier fiesta, si una u otra mujer no bebía, todos los demás se daban cuenta.

Otra parte del trabajo de Ariel, una gran parte, quizás la más grande, era tener hijos.

—Quiero muchos hijos —le había dicho Bucky un par de años antes, cuando estaban en esa etapa final previa al compromiso, durante la cual ambos entendieron que vendría una propuesta, a menos que algo saliera mal. Se estaban investigando mutuamente con la debida diligencia.

—¿Qué significa "muchos"?

—Al menos tres. Probablemente cuatro.

—¿Cuatro? —Ariel se rio incómoda. Cuatro sonaba excesivo. Ariel era más joven que Bucky, aún no conocía a todos sus amigos ni a sus mujeres. Todavía no sabía que estaba de moda en cierto grupo, el grupo de Bucky, criar familias numerosas en la ciudad, en grandes apartamentos.

—¿En serio te gustan tanto los niños?

Intentaba sonar curiosa, no contradictoria. No quería que esto se convirtiera en un desacuerdo.

—¡Por supuesto!

¿Por supuesto? Ariel se preguntó qué pensaba Bucky que quería decir. No tenía hermanos menores, ni sobrinas, ni sobrinos. Nunca había sido maestro, ni tutor, ni mentor, ni niñero. La única experiencia de Bucky con niños había sido ser uno de ellos.

—¿Cómo lo sabes?

Bucky, por lo general, estaba muy seguro de muchas cosas, y Ariel no. Esta suprema confianza en sí mismo había sido una de las cosas que Ariel había admirado de él.

—¿Estás bromeando? ¿Qué tienen de malo?

Tener cuatro hijos significaría que pasaría la mayor parte de una década embarazada o amamantando o cambiando pañales. Cuatro hijos significaría, con toda probabilidad, no tener una carrera. Eso es lo que tenía de malo. Pero en ese momento, no podía ver ese bosque en el que planeaba habitar, porque del árbol que tenía frente a ella estaba a punto de brotar un anillo de compromiso gigante y un vestido de novia de alta costura y una boda en algún lugar exótico y un apartamento de seis habitaciones en un buen edificio.

Ariel no estaba buscando razones para destruirlo. No se le estaba acabando el tiempo, todavía no, pero se le acabaría si las cosas no funcionaban con Bucky Turner, que era inteligente, divertido, carismático y guapo, además de rico, y en camino de ser mucho más rico aún.

—Una gran familia —dijo Ariel, evocando su sonrisa más entusiasta —. Suena genial.

Eligió creer que Bucky estaba diciendo la verdad. Eligió fingir que ella también.

CAPÍTULO 34

Día 2. 8.17 p. m.

Por fin entran en la suite; sienten como si hubieran pasado años desde que estuvieron allí juntos por última vez. John se tambalea en la sala de estar y se derrumba en el sofá. Ariel cierra con la cadena, luego se apoya en la puerta cerrada, la mirilla, las garantías de seguridad.

—Dios mío —dice John—. Nunca pensé que estaría tan feliz de ver una habitación de hotel.

Ariel se desliza hasta el suelo, con la espalda contra la puerta. Cierra los ojos, se cubre la cara con las manos y deja que un sollozo silencioso escape entre las palmas.

—Ey —dice él—. ¿Estás bien?

No, no está bien. La pregunta le da permiso para confirmarlo y vuelve a sollozar, más fuerte. Él se acerca.

—Oye. Oye, ya se ha terminado. —Cae de rodillas y la rodea con los brazos. Ahora Ariel puede dejarse llevar y todo su cuerpo se convulsiona.

—Shhh —la consuela John—. Estoy bien, tú estás bien.

Tiene razón, ella lo sabe. Pero no puede dejar de llorar.

—Todo está bien.

John se sienta junto a Ariel con ambos brazos alrededor de sus hombros. No dice nada más, solo la deja llorar hasta que ya no le quedan lágrimas y lo mira, mira su rostro magullado y pregunta:

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Estoy muy aliviado de ser libre.

Ariel se limpia las lágrimas.

—A ver, ¿qué ha pasado? —pregunta John—. ¿Por qué no estoy muerto?

—Pagué el rescate, eso es lo que ha pasado. Dos millones de euros en efectivo.

—Me cago en la puta. ¿Dónde cojones conseguiste esa cantidad?

Ariel niega con la cabeza lentamente, luego más rápido, luego deja caer la cara entre sus manos.

—No —dice John—. No de él. Dime que no.

Ella está llorando de nuevo.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —Su voz se ahoga entre sus manos, con sus lágrimas.

—Ay, joder. Lo siento mucho. ¿Ha sido tan horrible?

—Sí.

Ariel se ha vuelto una llorona estos últimos días; se ha pasado años sin llorar, y ahora no puede parar. Se endereza, se seca los ojos de nuevo.

—No solo se comportó como un hijo de puta, por supuesto, sino que por un momento me preocupó que no me diera nada de dinero. No podía dejar de pensar que te matarían.

John la aprieta más fuerte.

—Lo siento mucho. —Le besa la coronilla—. Gracias. Me sorprende que haya aceptado dártelo. Supongo que no fue solo porque se lo pediste amablemente…

—No, claro que no.

—¿Qué hiciste?

—Lo amenacé.

John le aparta las manos de la cara para poder mirar a su mujer a los ojos.

—¿Lo amenazaste? ¿Con qué?

—¿Con qué crees? Le dije que publicaría la grabación de nuestra última conversación. Que lo destaparía todo.

—Joder. ¿De verdad?

—¿Qué más podía hacer?

—¿Y cómo reaccionó?

—Se volvió loco. Pero no tuvo otra opción. No podía arriesgarse.

—Vaya.

—Lo sé.

Se quedan en silencio durante unos segundos.

—¿Estás preocupada? —pregunta John.

—¿Acerca de qué?

—De lo que pueda hacer él ahora.

—No demasiado. En este momento de su vida, no puede hacerme nada. Nada tan malo como lo que puedo hacerle yo a él.

—¿Señor embajador?

Saxby Barnes está emocionado y aterrorizado a la vez por haber sido convocado a la oficina del embajador. Ha tenido sueños al respecto. También pesadillas.

—Barnes, ¿sabes en qué hostias se ha metido Griffiths?

—No estoy seguro de a qué se refiere exactamente, señor.

Tanner Snell mira fijamente al borracho inútil que sirve de enlace entre el consulado y la central de inteligencia. La verdad es que debería despedir a este bufón.

—¿Se refiere al secuestro? —sugiere Barnes.

—Tal vez. —El embajador entorna los ojos—. ¿Qué secuestro?

—Un ejecutivo estadounidense desapareció ayer por la mañana. Su mujer acudió a la embajada en busca de ayuda antes de saber que lo habían secuestrado. Luego recibió una llamada pidiendo un rescate, y lo último que oí fue que estaba planeando conseguir el dinero.

—¿Qué quieres decir con que fue "lo último" que oíste?

—Me dijeron que no me inmiscuya.

—¿Quién te lo dijo?

—Griffiths.

Snell gruñe.

—¿Sabes algo sobre este secuestro que pueda desencadenar un problema?

—No, señor, no sé nada.

Snell lo mira fijamente hasta que el tipo lo entiende.

—Pero trataré de averiguarlo, por supuesto —dice Barnes—. Volveré a informarle tan pronto como sea humanamente posible.

Ariel mira más de cerca la herida que John tiene en la mejilla.

—Venga, vamos a limpiar esto.

Lo lleva al baño, abre el grifo del agua caliente y humedece una toallita.

—Ay —dice él, cuando ella coloca la tela sobre el corte. Ariel le limpia la sangre seca, y ve que el corte no es tan profundo. Es la

hinchazón lo que realmente va a doler.

—Tenemos que ponerte hielo.

—Voy a ducharme.

John comienza a desabrocharse el cinturón y se aleja, con cierto pudor.

Ella también se siente avergonzada. Casi no han estado juntos en el formato que adoptaron para su vida de casados. Ariel y Bucky habían vivido juntos a tiempo completo durante años, habían tenido relaciones sexuales cientos de veces, tal vez más. Después de toda esa intimidad, Ariel pensó que realmente conocía a Bucky. Que él realmente la conocía.

Esto fue lo que más la desoló: darse cuenta de que lo equivocada que había estado.

Un año después de casarse con Bucky, Ariel escondió las píldoras anticonceptivas en el fondo de un cajón del baño. Había pasado la mayor parte de las dos décadas anteriores preocupándose por quedarse embarazada. Nunca se le había ocurrido preocuparse por no quedar embarazada.

Ya llevaban un año de fracasos. Aunque tal vez la noche anterior finalmente lo habían logrado, o la noche anterior, o antes, alguna de todas las noches consecutivas de sexo clínico, una tarea que hacía sentir Ariel como si ella misma fuese otro fracaso, aún peor que el fracaso de su carrera de actriz, tiempo atrás, y el fracaso más reciente, de encontrar algo satisfactorio para ocupar su tiempo en vez de la actuación. ¿Y ahora? Ya no era buena fingiendo disfrutar del sexo.

Tampoco le salía bien fingir que disfrutaba de la compañía de los amigos de Bucky y de las fiestas que organizaban.

—Todos los veranos alquilamos un barco en el Mediterráneo, todos juntos —oyó decir Ariel a uno de los hombres, a su izquierda—. Es una excelente manera de pasar tiempo de calidad en familia.

Otro tipo asintió

—No podría estar más de acuerdo. Me encanta. Dime, ¿cuál es el barco más grande que has alquilado?

A la derecha de Ariel, Tory Wasserman hablaba de otro tema con las mujeres:

—Slade se ha operado en la Clínica Mayo.

La diferencia de edad entre Ariel y Bucky no era vergonzosa, todavía podían considerarse como de la misma generación, tal vez, pero sus amigos y sus mujeres ya se sometían a cirugías de espalda y estiramientos faciales, mientras que Ariel todavía asistía a las bodas de sus amigos de la universidad.

—Son los mejores. Lo mejor de lo mejor. —Slade había tenido una hernia de disco—. Conseguimos una de esas tarjetas para discapacitados, ¿sabes? Así que ahora puedo aparcar en cualquier lugar. Conduzco mucho más por la ciudad. Ya casi no cojo taxis.

Tory estaba radiante, esperando que todos elogiaran lo inteligente que era su conducta patológica. Todos la elogiaron.

De repente, Ariel se sintió descompuesta. Miró a esa gente que se jactaba de sus privilegios, de sus hijos geniales, de sus yates alquilados, de sus joyas y de sus médicos de moda que les inyectaban veneno para paralizarles la frente.

Ya había visto cómo se producía la transformación: una pequeña decisión cada vez, hasta que el cuidado de tu apariencia es todo lo que haces y todo lo que eres, y un día, sin siquiera darte cuenta de lo que estás diciendo, alardeas de lo cerca que estás de convertirte en un objeto al que admirar, del chef de Le Cirque que contratas para que te sirva en el verano, del coche y el conductor que te lleva de galería en galería, de las formas cada vez más inteligentes y envidiables que inventas para gastar los ingresos de tu marido. Poco a poco, Ariel había desistido de encontrar su propia tribu y, en cambio, se había unido a la de Bucky, había comprado sus valores, simulaba ser una de ellos, de esa red que surgía de la crianza de su marido, de su familia, su educación, su órbita profesional. La gente de Bucky se había convertido en la suya, sus compañeros de trabajo y las mujeres que se casaban con ellos, daban a luz a sus hijos,

llevaban su riqueza en el dedo anular, la cargaban en sus brazos.

Esto no era lo que Ariel quería ser. No quería que alguien como Tory Wasserman fuera una de sus amigas íntimas.

—Disculpen —murmuró, sin esperar que nadie la escuchara, y se alejó de esa gente, de todo. No podía permitirse convertirse en una de ellos. Pero le preocupaba que ya fuese demasiado tarde.

Ariel siempre se había sentido una intrusa, como si ser miembro de ese club fuera provisional. Un movimiento en falso y la echarían a patadas, con su título poco convincente de una universidad poco impresionante, su carrera sin éxito como actriz y sus años poco notables después, en los que no había logrado nada más que mantenerse físicamente atractiva y casarse con un hombre codiciado, pero sin poder darle hijos. Entonces se quedaría tirada en la cuneta a los treinta y tres años, arruinada y sola, desempleada e incontratable. ¿Y después, qué?

Al alejarse de esa mesa, lo único que quería era esconderse durante unos minutos, un breve respiro sin tener que simular admiración por los zapatos con suela roja de las demás.

El cuarto de baño más cercano estaba justo en la terraza, que estaba llena de gente. Ariel no podía soportar encontrarse con nadie más que se jactara de todas las formas en las que las reglas no se aplicaban para ellos: tráfico, aparcamiento, impuestos, listas de espera, deportes, todas esas reglas eran para las otras personas, las que no eran lo suficientemente inteligentes o ricas para descubrir cómo hacer trampa. Así que se dirigió por un camino de losas iluminado con antorchas tiki hasta la casa de la piscina, donde había velas parpadeantes y sofás mullidos y un bar con fregadero y un televisor de pantalla gigante y una mesa de billar y un par de máquinas de pinball.

El cuarto de baño de esta cueva de hombres totalmente equipada era, por supuesto, enorme. Todo era enorme, esa era la gracia: muebles enormes, ventanas enormes, un automóvil enorme, una cuenta bancaria enorme. Cuanto más grande, mejor. La metáfora no era sutil.

Ariel abrió el botiquín, agitó un envase de pastillas y se tragó un par de Tylenol.

Se observó en otro espejo. Apoyó las manos en su vientre plano y las ahuecó, imaginando cómo se vería, cómo se sentiría. Se preguntó si ese sentimiento, ese mal humor, la súbita náusea de un minuto atrás, eran síntomas, si ya había comenzado. Si ya estaba embarazada.

"No", se regañó. "No hagas eso". En los últimos meses había hecho un esfuerzo deliberado para dejar el hábito contraproducente de someterse a pruebas de embarazo prematuras, cuyo único resultado era hacerla profundamente infeliz. Sí, era posible que en ese momento ya estuviera embarazada; también era probable que no. Y si estaba embarazada, se guardaría la noticia para sí misma durante mucho tiempo, más allá del primer trimestre. Bucky no había reaccionado bien a su aborto espontáneo; de hecho, había estado horrible, decepcionado con ella, enfadado, acusador, como si Ariel hubiera tratado de cocinar para una cena importante, en vez de contratar un servicio de catering como todos los demás, y todo hubiera resultado incomible y lo hubiera humillado ante sus invitados.

—¿Has hecho demasiado ejercicio? —le había preguntado. Ariel deseó poder fingir que estaba bromeando, pero no había nada ni remotamente gracioso en ello—. ¿Has comido mucho marisco?

Ella entendía que él le echara la culpa, todo el mundo quiere tener alguien a quien culpar por cualquier resultado negativo. Pero la actitud de Bucky iba más allá de echarle la culpa.

—¿Cuánto has estado bebiendo?

Era emoción descarnada, y la emoción se parecía mucho al odio. Esa conversación debería haberle dado la primera pista a Ariel, pero había elegido no verlo de esa manera; en verdad había otras pistas. Pero después excusó a Bucky: había ocurrido en pleno invierno, y la temporada sombría predisponía a que las malas noticias se tomaran aún peor, todo lo cual había contribuido a la mala reacción de su esposo; tal vez padecía un trastorno afectivo estacional, que todo el mundo estaba descubriendo entonces, como harían con el TDA unos

años después; la gente salía de la nada enarbolando un autodiagnóstico. O tal vez el comportamiento de Bucky estaba dentro de los parámetros normales; hay un gran segmento de la población masculina cuyo primer instinto, siempre, es culpar a otro, a quien esté más cerca o a una mujer.

El instinto de Ariel fue cargar con la culpa. Cuanto más fracasaba, más se afincaba el fracaso en su conciencia y se expandía de lo biológico a lo moral, como si se tratara de una falta de voluntad para hacerlo bien, como si hubiera sacado un dos en un examen de matemáticas o hubiese estrellado el coche. Algo en lo que fallaba porque no había practicado lo suficiente, no se había concentrado lo suficiente, no lo había intentado lo suficiente. No le había importado lo suficiente.

Tal vez ella no quería tener un bebé con él, la acusó Bucky.

“Quizá tenía razón”, pensó finalmente Ariel.

Se arregló el cabello y se retocó el maquillaje. Practicó su sonrisa en el espejo, por ¿millonésima? vez, ya ni siquiera intentaba contarlas. ¿Cuánto tiempo de su vida había pasado averiguando cómo verse más guapa?

—Bucky —dijo, en voz baja, a su reflejo—. ¿Podemos irnos a casa ahora?

No. No tenía sentido preguntarle, solo lo enfadaría.

Ariel suspiró, resignada a volver a la fiesta, a sonreír y soportar, a dejarlo pasar. Esto también era parte de su trabajo, dejarlo pasar. Ya habían discutido respecto de las cosas que tenía que dejar pasar.

Abrió la puerta.

CAPÍTULO 35

Día 2. 8:42 p. m.

Ariel se sienta en el sofá y escucha disimuladamente a John dejar mensajes breves para su asistente, su jefe, un colega; a todos les promete volver a ponerse en contacto con ellos mañana. Su última llamada es a su cliente de Lisboa; le da explicaciones, se disculpa y finalmente le promete que irá a sus oficinas al día siguiente. Ariel no cree que deba prometer nada por el estilo, pero no lo interrumpe para decírselo. No quiere que él sepa que lo está escuchando a escondidas.

Ella también necesita hacer una llamada tranquilizadora, a su madre: problema resuelto, perdón por la alarma, por las molestias, por el pánico.

—Por favor, vuelve a mi casa tan pronto como puedas —le dice Ariel—. Solo estaba siendo extremadamente cautelosa. Y tal vez un poco irracional.

—Cariño, ¿estás segura de que no hay peligro?

—Sí. ¿Puedo hablar con George un minuto?

—Iré a buscarlo.

—En realidad, mamá, espera: ¿por qué acabas de preguntar si estoy segura de que no hay peligro?

—Bueno, porque recibí una llamada muy extraña.

Ariel siente que todo su cuerpo se tensa.

—¿De quién?

—De un periodista, desde Lisboa, hace unas horas. Déjame ver,

escribí su nombre en alguna parte…

—¿Será Pete Wagstaff?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—¿Qué te preguntó?

—Eso fue lo extraño. Me preguntó por Bucky y por qué te separaste de él. ¿Por qué un periodista estaría interesado en algo así?

—¿Qué le dijiste?

—¿Qué podría decirle? No sé nada acerca de por qué se terminó tu matrimonio, ¿verdad?

—¿Preguntó sobre algo más?

—Bien… Dame un segundo, necesito… —Ariel escucha el chirrido de una puerta mosquitera—. Necesitaba alejarme de George. —Elaine ahora habla en voz baja—. El periodista me preguntó si sabía quién es el padre de tu hijo. Dije que no, que habías buscado un donante anónimo. Y me preguntó si estaba segura.

"Oh, Dios", piensa Ariel. No quiere hablar de esto con su madre. Luego, se da cuenta de algo más:

—Mamá, ¿por qué tenías el teléfono encendido? ¿No te pedí que lo mantuvieras apagado?

Ariel escucha que llaman a su puerta y comienza a caminar hacia ella.

—Bueno, lo encendí solo un minuto, para revisar los mensajes.

—Pero… —Ariel está a punto de explicarle que un minuto es suficiente tiempo para localizar un móvil, pero no tiene sentido.

—Y después de revisar mis mensajes, olvidé apagar el teléfono nuevamente.

—Mamá, ¿podrías esperar un segundo?

Ariel abre la puerta y encuentra a Moniz y Santos, como era de esperar.

—Lo siento —les dice a los policías—. ¿Pueden darnos un par de minutos más?

—Por supuesto.

Ariel cierra la puerta.

—Ok, mamá, ¿puedes llamar a George ahora, por favor?

—Sí. Pero, cariño, ¿por qué un periodista preguntaría eso acerca del padre de George?

Ariel conoce muy bien las opiniones de su madre sobre el matrimonio, la agresión sexual, el lugar de la mujer en el mundo, lo que significa ser esposa; lo aprendió a la fuerza. Así que no le había dicho a Elaine la verdad sobre su embarazo. De hecho, no se lo había dicho a nadie. Luego, firmó su renuncia a la libertad de contarle a alguien cualquier cosa al respecto, nunca. Y mucho menos en una llamada telefónica que podría estar intervenida por la CIA.

—No lo sé —es lo único que le dice a su madre, con el estómago revuelto por los nervios.

—¡Ay, Dios!

Ariel se sobresaltó, retrocedió y soltó el picaporte de la puerta del baño.

Charlie Wolfe sonrió tambaleándose.

—Hola, señora sexy.

No le gustó lo que le dijo, ni cómo sonó al decirlo.

—Charlie, me has asustado.

—Lo siento, no fue mi inten… mi inten…

Estaba borracho. Por qué no, era su fiesta, y emborracharse no era un delito. Ariel optó por otorgarle el beneficio de la duda: bloqueaba la puerta porque estaba borracho y confundido, había ido a ese baño, más apartado, porque necesitaba esnifar una raya, hacer una llamada o cagar. Pero el corazón acelerado de Ariel le dijo que todas estas conjeturas eran una tontería. La experiencia también se lo confirmaba.

—Permiso —dijo, cuidando de no enfrentarse a él.

Charlie no era solamente el anfitrión de la fiesta, también era el socio comercial más importante de su marido, un hombre que le estaba abriendo de par en par las puertas a Bucky para que entraran montones de dinero en efectivo. El negocio de Bucky estaba en la cúspide de todo lo que estaba a punto de estallar —medios digitales, redes sociales, noticias partidistas o falsas— y este borracho que ahora le bloqueaba la puerta del baño contribuía a que eso sucediera.

Charlie se echó el pelo hacia atrás y Ariel notó que su muñeca estaba adornada con un par de esas pulseras de goma que apoyan a alguna causa, adornos para mostrar lo generoso que era, además de una correa de cuero rústico para mostrar que, además, era tan cool que elegía relajarse en alguna playa exótica virgen de moda. Tulum, probablemente. Todo el mundo amaba Tulum. Este hombre había pagado por una mesa en la gala de la campaña por la alfabetización infantil, había sido el único que había levantado la mano cuando el subastador preguntó si alguna de las maravillosas personas allí reunidas podía ofrecer un regalo de cien mil dólares, y Charlie había mirado hacia abajo con falsa humildad cuando la sala estalló en aplausos, con Ariel justo allí, en la misma mesa, así que ella había sido una de las primeras de la congregación de mujeres de vestiditos negros y hombres de esmoquin que se vio obligada a levantarse, a aplaudir, a mirar con algo parecido a la admiración a este empresario-filántropo-imbécil hasta que, de mala gana, a regañadientes, él se levantó para agradecer la ovación con la que todos premiaban su altruismo.

—¿Tienes prisa? —preguntó él—. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo? —Dio un paso hacia ella.

—No, Charlie, no creo que sea una buena idea

Ariel levantó la mano para pedirle que se detuviera, pero él no lo hizo. En cambio, dio otro paso adelante y bloqueó la puerta por completo.

—Vamos. Solo un minuto o dos.

—No —dijo ella—. Debo irme.

Pero él no se apartó de su camino, sino que dio otro paso adelante para cruzar la puerta y la mano extendida de Ariel quedó a solo unos centímetros de su pecho.

—¿Podrías apartarte, por favor?

Ariel no quería tocarlo, así que retiró la mano y dejó caer el brazo a un lado.

—Quiero volver a mi mesa con mi marido.

Charlie la ignoró. Bajó la mano a su entrepierna y se acarició la erección a través de los pantalones de lino.

—¿Qué opinas?

—No —dijo ella. Sintió que el miedo daba paso al pánico; estaba sucediendo terriblemente rápido. ¿Era ahora el momento de gritar? —. Por favor, déjame pasar.

—Sé que quieres. —Asentía de acuerdo consigo mismo—. Siempre has sentido algo por mí, ¿verdad?

No había ninguna razón para que él pudiera haber creído semejante cosa. Ariel nunca había coqueteado con Charlie, no lo había alentado en ningún momento; ni la mente más retorcida podía imaginarlo.

—No, Charlie, la verdad es que no. —¿Cuántas veces había dicho ya que no?—. Ahora, por favor, apártate de mi camino o gritaré.

—Oh —sonrió arrogante—. Apuesto a que lo harás.

Una de sus manos se movía detrás de él y Ariel se dio cuenta demasiado tarde de que estaba buscando el picaporte. Cerró la puerta, luego ella escuchó el clic del pestillo, y entonces sí, el pánico recorrió todo su cuerpo como una descarga eléctrica, haciéndole difícil pensar, y soltó:

—Bucky va a venir a buscarme.

Una mentira obvia.

—No. —Charlie meneó la cabeza y apretó la mandíbula—. No va a venir.

Tendría que gritar muy fuerte, lo más fuerte posible, pero la gente la escucharía, ¿no? Alguien acudiría corriendo, un par de hombres probablemente, podía imaginárselos irrumpiendo por la puerta del baño y encontrándose con esta escena imposible de malinterpretar…

Pero, entonces, ¿qué ocurriría? Charlie era el dueño de todas esas personas, los empresarios, los políticos, los banqueros, la alta sociedad, los proveedores de servicios de catering.

Ariel sabía exactamente lo que sucedería: ella sería retratada como la agresora, la seductora, la puta. La trepadora borracha que había caído de bruces.

—Le dije a Bucky que volvería enseguida. —Ariel se arrastró hacia atrás para alejarse de Charlie, pero chocó contra el tocador y se quedó sin espacio. Ni tiempo.

—No, no le has dicho nada.

—Por favor —dijo de nuevo—, no lo hagas.

Buscó sus ojos, suplicó clemencia, buscó la humanidad que había allí, pero lo que encontró fue lo contrario: una claridad inconfundible, una intensidad sobria. De repente, Charlie no parecía borracho en absoluto. Lo que parecía era un monstruo frío y calculador.

Él extendió la mano hacia la hebilla de su cinturón y todo empezó a

suceder más rápido que la realidad, como si fuera una película acelerada de la que se saltasen fotogramas: el fotograma donde ella dice "¡Aléjate de mí!", el fotograma donde patea a Charlie en la entrepierna, el fotograma donde ella irrumpe a través de la puerta, corre hacia Bucky, se derrumba en su abrazo protector. Faltan todos esos fotogramas. Nada de eso sucederá.

En los minutos, las horas, los días, los meses, los años y la década venidera, Ariel volverá a vivir este momento una y otra vez, se preguntará qué debería haber hecho diferente. ¿No asistir a la fiesta? ¿No escabullirse a la casa de la piscina para revolcarse en su autocompasión y autodesprecio? ¿Debería haber golpeado a Charlie en la nariz, arañarle los ojos? ¿Meterse su verga en la boca y morderla? ¿Debería haber gritado a todo pulmón, una y otra vez, hasta quedarse afónica y el sonido se hiciera insoportable y la caballería llegara al galope?

Y entonces, si hubiera hecho algo de todo eso, ¿qué?

Entonces, Ariel se habría convertido, por esa noche y al día siguiente, por el resto de su vida, en la mujer a la que Charlie Wolfe agredió sexualmente durante su fiesta de verano.

No: que agredió presuntamente.

Kayla Jefferson vuelve a hablar por teléfono.

—Finalmente he conseguido el informe completo sobre John Wright, nacido como John Reitwovski. Saltan a la vista algunos detalles interesantes. Primero, sirvió en el Ejército, en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva, y cumplió su compromiso en Afganistán.

—Interesante —coincide Griffiths.

—No es tan interesante como sus movimientos posteriores, la razón por la que nos llevó tanto tiempo obtener datos. Renunció a su cargo en el Ejército cuando fue aceptado por nosotros.

—¿Por nosotros?

—John Wright fue un puto agente de la CIA —dice Kayla.

CAPÍTULO 36

Día 2. 9:03 p. m.

—Gracias por recibirnos. —El detective Moniz le tiende una bolsa de plástico—. Sándwiches. —Mira a Ariel—. Para usted también.

Por segunda noche consecutiva, estos policías le han pagado la cena. Qué amables. Pero eso no significa que pueda confiar en ellos.

—Gracias —dice. John abre la bolsa sobre la mesa, mientras Ariel recoge platos, servilletas, cubiertos: domesticidad metódica pero mecánica, memoria muscular automática.

—¿Le dieron de comer los secuestradores? —pregunta Moniz.

—Sí, pan y jamón.

John come un bocado de sándwich, luego otro.

—¿En todas las comidas? ¿Para el desayuno también?

John deja de masticar y mira al policía con hostilidad inocultable.

—Casi no puedo mantenerme en pie ¿y me pregunta sobre el plan de comidas de mi secuestro? ¿De verdad es por eso por lo que están aquí?

—Por favor, señor Wright, cálmese. Estamos tratando de buscar pistas. Le sorprendería saber dónde las encontramos a veces.

Moniz abre su bloc de notas. Santos, como siempre, escucha y observa, no pregunta ni escribe.

—Incluso en las comidas, sí. Incluimos todo. Pero entiendo que esté cansado, asustado y dolorido. Así que lo haremos rápidamente y luego los dejaremos. ¿De acuerdo?

John asiente. Parece avergonzado de su arrebato.

—Excelente —dice Moniz—. Si no es molestia, ¿podría contarnos todo desde el principio, por favor?

John asiente otra vez, deja su sándwich, se limpia la cara y las manos.

—Ayer, ¿de verdad fue ayer?, me desperté muy temprano. Demasiado temprano.

—¿A qué hora fue eso? —Moniz ha comenzado a escribir.

—A eso de las cinco y media. Estaba acostado en la cama y me di cuenta de que ya no volvería a dormirme, así que me duché, me vestí y salí a dar un paseo, con la idea de tal vez tomar un café y comprar unos pastéis de nata para mi mujer. —Se vuelve hacia Ariel—. Le encantan, y hay una panadería famosa cerca. Le dejé una nota en la almohada.

—No la encontré —dice Ariel—. Debió de haberse caído de la cama. Una camarera la encontró más tarde, mientras limpiaba la habitación. Pero eso no fue hasta la tarde, cuando yo ya estaba perdiendo la cabeza. No tenía ni idea de dónde estabas, nada…

—Lo siento mucho.

Moniz se vuelve hacia Ariel.

—¿Normalmente se queda durmiendo cuando su marido se levanta?

—No.

—Pero ayer sí lo hizo.

—Había tomado una pastilla para dormir la noche anterior, para adaptarme al cambio horario, y me noqueó.

—¿Cuál es el nombre de esa pastilla?

—No sé… —Ariel mira a John.

—Ambien —dice él.

—¿Está seguro? ¿No hay otra pastilla que pudiera haberle dado a su mujer, quizás por error?

John rechaza la acusación implícita.

—No. Las únicas pastillas que hay en ese envase son de Ambien.

—Y, luego, salió del hotel a las… —Moniz mira hacia abajo—, unos minutos antes de las siete.

—Sí. Había un coche frente al hotel, y en cuanto salí, se abrió la puerta trasera. Un hombre salió del coche y me dijo: "Señor Wright, hay una emergencia, algo muy delicado que no se puede hablar por teléfono". Supuse que tenía que ver con mi cliente, porque, por supuesto, es el motivo por el que estaba… por el que estoy aquí. Este tipo miró a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie lo vigilaba, y luego me preguntó si podía subirme al coche un minuto, para que pudiera explicármelo.

—¿Conocía a ese hombre? ¿Lo reconoció?

—No, nunca lo había visto antes.

—¿Y cómo sonaba su voz? ¿Le habló en inglés?

—Sí. Con acento portugués.

—¿Y subió a ese coche?

—Sí. Pero cuando me estaba doblando para sentarme, sentí un dolor agudo en mi trasero y pensé "¿Qué coño…?" y tal vez dije "¡Eh!" o algo así, y sentí que me caía hacia delante, y me mareé, y eso fue todo: me desmayé. Cuando volví en mí, estaba solo en una habitación sin ventanas, con una puerta y nada más, excepto una cama y una almohada. Probé el picaporte, pero estaba cerrado con llave. Llamé y, unos segundos después, escuché a un hombre al otro lado decir: "Siéntate en la cama". No me moví, y él dijo: "Te estamos mirando desde una cámara". Miré a mi alrededor y la vi, colgada en el techo. Así que me senté y la puerta se abrió. Había dos hombres en un pasillo: uno justo en la puerta, el otro unos tres

metros detrás. El segundo hombre sostenía un arma y me apuntaba.

—¿Qué aspecto tenían estos hombres?

—Los dos vestían pantalones negros, camisas negras de manga larga, pasamontañas que les cubrían toda la cara, excepto los ojos, y gafas de sol. No pude ver nada más.

—Es una pena. ¿Qué altura tenían los hombres?

—Alrededor de metro ochenta, ambos.

—¿Los dos tenían exactamente la misma complexión?

—Más o menos.

—Interesante.

—Uno de ellos dijo: "Estás secuestrado. No queremos hacerte daño. Hemos pedido un rescate para dentro de cuarenta y ocho horas".

—¿Eso es exactamente lo que dijeron?

—Estoy parafraseando.

Ariel le echa un vistazo a Santos, que mira alrededor de la habitación, asimilando los detalles o fingiendo hacerlo. Había asumido que Santos sería una aliada natural, a pesar de las abundantes pruebas que demuestran que no todas las mujeres creen en la sororidad ni en lo que esta implica. Ariel se acordaba de esto cada vez que había elecciones. Y se lo recuerda también la mirada fría y dura de esta detective portuguesa, que claramente no le cree a nadie, aunque compartan características biológicas.

—Así que comí mis sándwiches y bebí agua, y de vez en cuando iba al baño —continúa John—. También dormí, pero no sé durante cuánto tiempo, ni cuándo. No tenía manera de llevar la cuenta.

—Y sus interacciones con los hombres, ¿cómo fueron?

—Sinceramente, no hubo muchas. Solo cuando me traían la comida y me llevaban al baño.

—¿No le hicieron preguntas? ¿No querían información sobre usted?

—Supongo que no.

—¿Siempre eran los mismos dos hombres?

—Es difícil saberlo. Eran muy parecidos, con la cabeza cubierta y las gafas de sol. Podían ser una media docena. Casi no hablaban, así que no pude distinguir sus voces.

De repente, Santos interrumpe.

—Háblenos sobre el baño.

—¿El cuarto de baño? —John está sorprendido por esta pregunta y por la persona que la hace. El baño es un lugar privado, el único lugar verdaderamente privado, tanto que ni siquiera hablamos de él.

O al menos así es como se supone que debe ser.

—¡No!

Ariel sintió que Charlie la levantaba bruscamente y, cuando sus pies abandonaron el suelo, sintió la pérdida inmediata del equilibrio, de cualquier esperanza de control…

—¡Para ya!

Pero él ya le había subido el vestido hasta la cintura, le apartaba las bragas con la mano, y ella sintió su piel desamparada contra el mármol duro y frío.

—¡No, Charlie! —dijo, y se vio, por encima del hombro de él, en el espejo de la pared opuesta, donde también podía ver la cara de Charlie en el espejo dentro del espejo, un efecto infinito—. Por favor, no.

Él ni siquiera reparó en su súplica y empujó para penetrarla, pero ella estaba seca y sintió el desgarro, el ardor.

—¡Ay! —se oyó decir—. Me haces daño.

Él ignoró el dolor de su voz y empujó con más fuerza, con más insistencia. Con más agresividad.

Siguió viendo luchar a la mujer en el espejo, la vio tratar de zafarse, de apartarlo de un empujón, pero no tenía poder. Los brazos de Ariel eran inútiles contra este hombre que pesaba el doble que ella, como si fuese una especie animal completamente diferente.

Su fuerza se estaba agotando rápidamente; le dolían los brazos por el esfuerzo de tratar de apartarlo, como si hubiera estado tratando de arrancar una secuoya, un fracaso tan abyecto que el árbol ni siquiera se dio cuenta de que alguien lo había intentado. Sintió que la parte de atrás de su cabeza golpeaba contra el espejo, el grifo se le clavaba en la parte baja de la espalda. Al día siguiente tendría moratones, pero quedarían ocultos por la ropa, por el pelo. Esas heridas serían invisibles. Las demás también.

En el espejo, Ariel se vio y se escuchó llorar; como respuesta, Charlie tiró de una toalla de mano y se la metió en la boca. Ella aprovechó y reunió suficiente energía para reanudar su lucha contra este nuevo ultraje; intentó alejarlo, pero fracasó de nuevo. Trató de escupir la toalla, pero, en vez de eso, tuvo arcadas.

No era sexo lo que estaba sucediendo, era solo violencia: el poder de adueñarse de algo, de herir a alguien. Ariel no podía creer que él estuviera disfrutando. Casi no podía creer lo que realmente estaba ocurriendo, y apartó los ojos de los espejos infinitos para mirar directamente al verdadero Charlie, su cabeza inclinada hacia atrás con cada embestida ardiente, los ojos cerrados, la mandíbula que sobresalía en un gesto de seguridad, de desafío, de arrogancia por la conquista salvaje.

Alcanzó a ver los pelos grises que brotaban de sus fosas nasales, la papada flácida debajo de la barbilla. Su aliento caliente olía a whisky; exhalaba el sudor rancio habitual de un borracho, mezclado con colonia. Ariel sintió subir la náusea, el ácido ataque de la bilis, y supo que vomitaría si seguía mirándolo, así que volvió la vista hacia los espejos de la pared del fondo, donde las infinitas copias de Ariel estaban atrapadas y donde las violaba un número infinito de Charlies, para siempre.

—¿Operaciones o Inteligencia? —pregunta Griffiths.

—Operaciones. —Jefferson le entrega el informe—. La primera misión de John Wright en el extranjero fue en Belgrado y duró más de un año; luego, renunció sin previo aviso. Aparentemente, cambió de opinión acerca de cómo quería vivir su vida.

—¿Y el polígrafo coincide? —Griffiths pasa las páginas.

—Así parece. No hubo señales de alerta en ninguno de los informes.

—¿Ninguna señal de alerta?

—No. Al menos, ninguna en el papeleo. Pero pienso llamar a algunos de sus antiguos colegas.

—Sí, hazlo. Mis sospechas sobre este tipo se han disparado a la puta estratosfera. Sirvió en el ejército en Afganistán, luego en la CIA en Serbia, ¿y ahora lo secuestran en Portugal? Demasiada intriga internacional en los antecedentes de un consultor de empresas mediocre, ¿no es así?

—Estoy en eso —dice Jefferson—. Además, el asunto del mecánico es interesante. Es un tipo llamado Billy, que revisó sus facturas por los trabajos que hizo con fecha cercana a la de la llamada telefónica y no encontró nada que tuviera que ver con alguien llamado John Wright. Por lo que Billy puede recordar, la única posibilidad es una llamada de seguimiento que hizo a un cliente un par de semanas después de terminar un trabajo, para ver si todo funcionaba bien.

—Eso no es muy habitual.

—Así es. Al parecer, se trató de la venta de una moto usada a alguien que no estaba muy familiarizado con ese modelo en particular, por lo que Billy estaba preocupado por la seguridad del tipo. Y Billy admite que, aunque llevar registros no es su fuerte, no suele extraviar las facturas de sus ventas. La de esta venta, sin embargo, se perdió y no aparece.

—Vaya. Eso también es bastante sospechoso.

—Aunque no tenía la factura, Billy recordaba dos detalles

importantes sobre la transacción: primero, el tipo pagó dos mil quinientos dólares; segundo, fue en efectivo.

—Dijiste: "Ese modelo en particular". ¿Qué significa eso exactamente?

Suena el teléfono; es Antonucci.

—No lo sé —dice Kayla—. Es lo que dijo el mecánico.

—Por favor, averigua a qué se refiere. —Griffiths atiende el teléfono —. ¿Qué pasa, Guido?

—Creo que le interesará venir a escuchar lo que está pasando ahora en el hotel.

—Mi habitación estaba en un extremo de un pasillo. En el otro extremo, a unos seis metros de distancia, había una puerta que nunca vi abierta. Supuse que esa era la salida. La puerta del baño estaba en medio del pasillo. Solo había un retrete, un rollo de papel en el suelo y un lavabo. Pero no había bañera, ni ducha, ni ventana, ni jabón, ni toalla, ni espejo; nada más que el retrete, el papel y el lavabo.

—¿Este baño está en el lado izquierdo del pasillo o el derecho?

Ariel siente un nudo en el estómago. No le gusta este tipo de preguntas, el desafío que está implícito en su especificidad, en su irrelevancia. Este detalle no puede tener importancia para la investigación; la única razón por la que le hacen esta pregunta es para volver a hacerla más tarde y ver si las respuestas coinciden. Es una trampa.

—Según salía de mi habitación, a la derecha.

—Por favor, cuénteme sobre esto. —Moniz señala la herida del rostro de John—. ¿Cómo se la hizo?

John hace una mueca que parece de vergüenza.

—Fue una estupidez, no sé en qué estaba pensando. Había estado durmiendo y, cuando desperté, tuve urgencia de ir al baño. Así que

llamé a la puerta y, cuando se abrió, vi que solo había un hombre en lugar de los dos habituales y se me ocurrió que esta era mi oportunidad. Que podía tratar de dominarlo.

—¿Estaba armado ese hombre?

—Sí, pero pensé que si podía quitarle el arma… —John se encoge de hombros—. Así que fui al baño primero, porque, bueno, porque tenía que ir. También pensé que así lo pillaría desprevenido, si no lo atacaba de inmediato. Cuando terminé en el baño, no tiré de la cadena, solo abrí la puerta con la esperanza de sorprender al guardia. Estaba de pie, a unos metros de distancia, con el arma metida en la cintura, y me di cuenta de que no tendría tiempo de levantar el arma, así que corrí hacia él y traté de golpearlo contra la pared, pero él me hizo a un lado y perdí el equilibrio. Me dio un puñetazo en un lado de la cabeza. Tropecé hacia atrás y me golpeó de nuevo en la cara muy fuerte.

—El puñetazo se lo dio con la mano izquierda, ¿verdad?

John mira a Moniz sin comprender.

Ariel siente el impulso casi físico de detener este interrogatorio, pero sabe que debe dejar que se alargue lo más posible para tratar de averiguar qué están pensando los policías y qué harán a continuación.

—La lesión está en el lado derecho de su cara, por lo que, si la persona estaba frente a usted, debe de haber usado la mano izquierda para golpearlo en ese lugar y en ese ángulo.

Moniz levanta la mano izquierda lentamente, la cierra en un puño, la mueve a cámara lenta hacia la cara de John.

John cierra los ojos, recordando.

—Sí. —Abre los ojos—. Era la mano izquierda.

Moniz escribe algo.

—¿Y luego?

—Luego me caí, y él se quedó de pie junto a mí, todavía con las gafas de sol puestas. Me apuntó con el arma y dijo: "Eso ha sido una estupidez".

—Sí —dice Moniz—. Si me permite que lo diga, estoy de acuerdo. ¿Por qué lo hizo?

—Sinceramente, no lo sé.

Ariel odia que John siga diciendo "sinceramente".

—Me secuestraron y pensé que era una oportunidad para escapar. Tal vez mi única oportunidad.

—Pero ¿por qué creyó que necesitaba escapar?

John parece confundido.

—¿No pensó que alguien fuese a pagar el rescate? ¿Su jefe o su mujer?

—Bueno, sinceramente…

¿Dejará de decir eso?

—Como en los Estados Unidos era un día festivo, me preocupaba que en mi compañía no hubiera nadie disponible y que Ariel tuviera que ocuparse de todo esto sola. Ella no tiene acceso a esa cantidad de dinero…

—Disculpe, por favor —interrumpe Santos de nuevo. Ariel realmente está empezando a temer las interrupciones de esta mujer —. ¿Los secuestradores le dijeron cuánto dinero pedían?

—No. Pero Ariel no tiene suficiente dinero para pagar ninguna clase de rescate.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta Santos—. ¿Cuánto cree que es capaz de obtener su mujer para un rescate?

—No sé.

—¿No? —Santos mira brevemente a Ariel y luego a John—. ¿No sabe cuánto dinero tiene su mujer en los bancos o en inversiones?

John no responde de inmediato, y Ariel interviene.

—¿Por qué hace estas preguntas?

—Solo estoy tratando de entender las ideas de su marido.

—¿Qué tienen que ver sus ideas sobre mis cuentas bancarias con el secuestro?

—Nada —dice Santos. Luego agrega—: Tal vez.

Ahora Ariel puede ponerle un nombre al pinchazo que siente en el estómago: miedo.

Moniz vuelve a hacerse cargo. El formato de ping-pong del interrogatorio hace que Ariel sienta que la cabeza le da vueltas. Tal vez esa sea la intención.

—¿Disfruta de su trabajo, señor Wright?

—Bastante.

—¿Alguna vez piensa en renunciar?

—¿Quién no?

—Yo. —Moniz sonríe—. Me encanta mi trabajo. Espero poder seguir hasta el día de mi muerte.

—Bueno, entonces tiene mucha suerte, supongo.

—¿Ha calculado cuánto dinero necesitaría para retirarse?

—¿Retirarme? No, no lo he pensado todavía. —A John le tiembla voz. El bombardeo de preguntas ha surtido efecto—. Aún soy joven.

Ariel ya ha pasado por este tipo de situaciones antes: cuando tiene la certeza de que algo terrible va a suceder, pero se siente incapaz de hacer lo necesario para detenerlo y se resiste a admitir la derrota, a tomar la decisión de replicar. Siempre termina

arrepentida de no haber devuelto el golpe, de haber esquivado un momento incómodo que quizás podría haber evitado otro aún peor. Más tarde, piensa que debería haber hecho algo cuando tuvo la oportunidad.

Cuando terminó, Charlie le quitó la toalla de la boca a Ariel y la usó para limpiarse la verga.

Ella se frotaba la mandíbula, los músculos de la cara le dolían por la toalla arrugada, además de todos los otros dolores en todas las otras partes de su cuerpo recién maltratado. Observó cómo Charlie se subía la cremallera, se acicalaba frente al espejo, se alisaba el pelo, practicaba un gesto que parecía una sonrisa, volvía a poner su cara de fiesta: solo un tipo amante de la diversión un sábado por la noche, con sus putas pulseras.

—Voy a salir primero, ¿de acuerdo?

Charlie arrastraba las palabras otra vez, y Ariel ya lo veía construir el relato, las justificaciones, las excusas, claro, está bien, tal vez estaba un poco borracho, pero no había malinterpretado las insinuaciones de Ariel, ella se había estado acercando a él desde hacía bastante, y luego ella se adelantó y lo siguió a ese baño apartado, ¿qué cojones iba a pensar que quería ella? Exactamente lo que obtuvo.

—¿De acuerdo? —preguntó de nuevo.

Ariel no pudo articular ninguna palabra, solo lo miró fijamente, horrorizada, hasta que Charlie apartó los ojos de su propio reflejo y se encontró con los de ella. Fue solo un segundo, pero suficiente para que ella viera, incluso a través de la espesa nube de su angustia, la mentira.

En ese momento habían pasado casi dos décadas desde la primera vez que Ariel había sufrido un abuso sexual, dos décadas durante las cuales ella había llegado a comprender qué era el gaslighting. Sabía que tenía un propósito; sabía cómo funcionaba. Funcionaba así.

¿Charlie sabía que era un monstruo? ¿Hizo un esfuerzo concreto

para esconder su monstruosidad ante todos, tal vez incluso ante sí mismo? ¿Explicaba eso la filantropía ostentosa? ¿Las pulseras geniales, las galas de beneficencia, las propinas de veinte dólares que reparte a los botones, a los encargados del garaje y, en especial, con gran despilfarro, a las chicas del guardarropa? Toma, mira: soy un buen tipo.

¿Realmente él creía esto de sí mismo? ¿O sabía muy bien que lo que estaba haciendo era una estafa, que estaba tratando de ocultar lo que realmente era?

—Eres un maldito monstruo —le dijo Ariel.

CAPÍTULO 37

Día 2. 9:37 p. m.

—¿Cómo terminó? —pregunta Moniz.

John suspira aliviado. Él también se había sentido incómodo con el interrogatorio de los policías y está agradecido de estar de vuelta en el terreno más seguro de la cronología de los hechos concretos.

Ariel no siente lo mismo. Le preocupa que esto sea simplemente una retirada táctica, una treta, después de la cual las preguntas se volverán nuevamente en contra de John. Le preocupa que John no tenga un abogado presente en este interrogatorio, un abogado estadounidense, y el hecho de que debería estar transcurriendo en la embajada estadounidense. Si es que se puede confiar en la integridad de la embajada estadounidense. Y de los abogados estadounidenses.

—Me dijeron que me sentara en la cama, como siempre hacían antes de abrir la puerta. Entonces uno de los hombres dijo que tenía suerte, que mi rescate se había pagado y me iban a dejar ir. Pero que tenía que ponerme una mordaza y una capucha. Dijo que ahora no era el momento de hacerme el héroe; estaba a pocos minutos de la libertad. Así que me quedé quieto mientras me tapaba la boca con la mordaza y la cabeza, con una capucha pesada que me picaba. Luego me condujeron por el pasillo y tal vez unos veinte pasos más, entonces pude sentir el aire fresco. Me empujaron y me metieron en un coche. Circulamos durante unos treinta minutos, luego me sacaron del coche y caminé unos pasos. Me empujaron sobre una silla y sentí que me ataban los pies, las manos también. Luego escuché pasos que se alejaban, la puerta del coche se cerró de golpe, el coche cambió de marcha y se alejó, y otra puerta, grande, se cerró deslizándose.

—¿Puede identificar ese lugar?

—Yo puedo —salta Ariel. Todos se vuelven hacia ella—. Sé exactamente dónde está.

Una de las cosas que ha aprendido Ariel es cómo ser un testigo creíble. La certeza es fundamental. La certeza lo es todo.

—Bien. —Moniz asiente—. ¿Y la capucha que llevaba?

—Está ahí —dice Ariel, señalando la encimera de la cocina.

—¿Me permite…?

—Adelante.

Ariel ha asumido el papel de testigo, desviando la atención de John, cuya energía parece estar decayendo; la respuesta de lucha o huida es agotadora. Después, siempre se está al menos un poco confundido y no necesariamente se pueden tomar las mejores decisiones. Aunque uno no se dé cuenta en ese momento. Tal vez, nunca.

Ariel estaba temblando, evaluando el daño, clasificando, como un médico de un batallón que revisa sus propias heridas al final de un combate sangriento.

No quería caminar por la fiesta como si acabara de ser violada. Se limpió el pintalabios y el rímel corridos; sus manos temblaban, ineficientes. Trató de arreglarse el pelo, pero le quedó peor. Se subió las bragas, se alisó el vestido; hizo una mueca cuando de repente tocó el semen de Charlie, cálido y resbaladizo. Se sintió descompuesta, un feroz ataque de náuseas, y se dio la vuelta para vomitar con una violencia desgarradora que le causó dolores en todo el cuerpo.

Luego, Ariel se puso de pie y comenzó a limpiarse de nuevo, preguntándose: “¿Qué debo hacer ahora?”.

Podía regresar a la fiesta, gritando para que todos escucharan lo ocurrido. Pero, después, ¿qué?

O podía hacer una llamada al 911 allí mismo, desde el baño, y luego ir a esperar a la policía junto a la puerta principal, donde un

par de Maseratis y un Lamborghini estaban aparcados en los lugares más visibles, posando para los demás invitados. “Ahí está”, les diría a los policías. “Ese maldito monstruo de allí”. Pero, después, ¿qué?

O podría dirigirse a su marido y susurrarle: “¿Puedo hablar contigo?”. Después de que ella se lo explicara, tal vez Bucky llamaría personalmente a la policía. O tal vez buscaría a Charlie y lo golpearía en la cara. En cualquiera de los dos casos: después, ¿qué?

O podría fingir que todo el asunto nunca sucedió, tal como su padre le había aconsejado una vez. Pero, después, ¿qué?

Después, ¿qué? Después, ¿qué? Después, ¿qué?

No sabía si sería capaz de caminar, pero lo logró a duras penas, inestable, con un fuerte estruendo en la cabeza, como si diferentes partes de ella gritaran a la vez sobre todo lo que estaba mal: los dolores en su cuerpo, en su alma, la puta mierda de la situación. Todavía era incapaz de decidir qué hacer específicamente, aparte de que solo sabía una cosa con certeza: necesitaba salir de esa fiesta, inmediatamente.

Ariel se tambaleaba entre las mesas y atraía una mirada tras otra. Sentía como si todo su cuerpo estuviera envuelto en la violación, empapado en el sudor de Charlie, su saliva, su semen, como si todos pudieran verlo y olerlo en ella, y otra ola de náuseas la golpeó y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla, y alguien en la mesa preguntó: “¿Estás bien?”, y ella murmuró: “Mmm”, para luego reanudar su paso por el césped.

—¿Bucky? —murmuró en voz baja, con voz débil, ronca.

Él levantó la vista mientras contaba alguna anécdota. La gente estaba expectante, como si esperara el remate de un chiste.

—No me siento muy bien.

Bucky no respondió de inmediato. Maggie Mitchum interrumpió el silencio y le dijo a su marido:

—Vamos a fumarnos un porro, Aubrey.

Las dos parejas habían compartido el coche para ir a la fiesta, por lo que solo una persona tendría que permanecer sobria. Ciertamente no iban a ser los Mitchum, ni Bucky. Ellos tres nunca estaban sobrios al final de una fiesta, ni siquiera en las noches en las que se lo proponían.

Otra función del trabajo de Ariel.

—Está bien —accedió Bucky con evidente desgana. Empezó a estrechar manos.

—Oye —susurró Maggie—. ¿Estás bien?

Ariel temía perder el control si intentaba hablar de nuevo, así que solamente asintió con la cabeza.

—¿Segura?

Incluso borracha, Maggie, esa mujer a la que Ariel casi no conocía, se daba cuenta de que algo iba mal, mientras que el marido de Ariel no tenía ni idea.

—Mmm —dijo de nuevo, con los labios cerrados, esforzándose por no llorar, vomitar de nuevo, derrumbarse por completo frente a todos.

—Voy a darle las buenas noches a Charlie y nos vamos —dijo Bucky.

Oh, no, de ninguna manera lo haría.

—Ya me he despedido yo —logró decir Ariel—. Voy a buscar el coche.

Le tendió la mano pidiendo el tíquet del aparcamiento, que Bucky sacó del quinto bolsillo en el que buscó: era una concha marina con un número pintado a mano, de un estilo playero muy chic, como todo allí: el lujo, la gente elegante con sus trajes elegantes. No se parecía en nada a la escena de un delito violento.

—¿Señor Wagstaff? Soy Saxby Barnes.

Wagstaff comienza a caminar hacia el otro lado de la plaza, alejándose del hotel. Estaba sentado cerca de un hombre que parecía estadounidense, posiblemente de la CIA. Wagstaff no quiere que ese tipo escuche la conversación.

—¿Qué ocurre?

—Quisiera saber qué información ha podido desenterrar sobre esa historia de la que hablamos.

—¿Qué quiere saber, Barnes?

—No sé. Cualquier cosa.

Wagstaff no está seguro de qué es lo que busca Barnes, y no le va a contar toda la historia.

—Tiene que ser más específico, Barnes.

—Al embajador le preocupa que esta situación pueda resultar problemática.

—Ya veo —dice Wagstaff—. Bueno. Tal vez tenga algo que compartir con usted, Barnes. Siempre y cuando usted tenga algo que compartir conmigo.

Barnes no responde, pero Wagstaff sabe que debe ser paciente con el funcionario de la embajada. Pete lleva mucho más tiempo que él haciendo esto y es mucho mejor. No hace falta ser empleado de Langley para ser un buen espía. De hecho, muchos de los mejores espías no lo son. Además, en este momento Barnes necesita a Pete, pero Pete no necesita a Barnes.

—Vale —cavila Barnes—. Pero no puede utilizarme como fuente, ni siquiera para contextualizar.

—Entendido.

—Ariel Pryce visitó la embajada muy tarde anoche, cuando estaba cerrada, para usar la sala de comunicaciones seguras. Ninguna de las personas con las que he hablado sabe por qué.

—¿Quiere decir que no fue por orden del embajador?

—Por supuesto que no.

¿Qué quiere decir esto? Significa que Ariel Pryce fue convocada a la embajada por alguien poderoso que trabaja para el Gobierno federal o tiene conexiones del alto nivel. Barnes le ha dado un buen dato. De hecho, uno genial.

—Bueno, ¿qué tiene usted para mí, señor Wagstaff?

—El certificado de nacimiento del hijo de trece años de Pryce no menciona el nombre del padre. Y estoy casi seguro de que firmó un acuerdo de confidencialidad sobre la paternidad.

Barnes no responde durante unos segundos, luego pregunta:

—Y entonces, ¿qué significa eso?

Este tipo es un verdadero idiota.

—Entonces, Barnes, ¿el hombre que proporcionó el rescate y el padre del hijo de Ariel Pryce son la misma persona?

—Vale. ¿Tiene alguna idea de cómo podríamos identificar a este caballero?

Wagstaff mira hacia la habitación de hotel de la mujer, que tiene todas las ventanas abiertas, las cortinas ondeando. Ella está allí en este momento con su nuevo marido recientemente rescatado y dos detectives de Lisboa, tratando de ocultar este secreto explosivo que aparentemente ha estado ocultando durante la última década y media. Y Wagstaff está a punto de encender la mecha. Su corazón ya galopa.

—No —le miente a Barnes. Esto es algo que necesita averiguar por su cuenta, lejos de cualquiera que quiera detenerlo—. No tengo ni idea.

CAPÍTULO 38

Día 2. 9:42 p. m.

—Senhora, ¿cómo obtuvo el rescate?

—Lo siento, no puedo decírselo.

El detective espera más explicaciones, pero no las obtiene, y Ariel decide no llenar el silencio.

—No lo entiendo —dice Moniz—. ¿No sabe de dónde salió el dinero?

—Sí, por supuesto que lo sé. Pero tengo legalmente prohibido revelarlo.

—¿Incluso a la policía?

—No hay excepciones.

Moniz niega con la cabeza.

—Sigo sin entenderlo.

—Firmé un acuerdo legal en el que prometo que no divulgaré ningún detalle sobre la transacción. Que no divulgaré ni siquiera la existencia de este acuerdo. A nadie, nunca. Así que ahora mismo, al decirle esto, ya estoy rompiendo los términos.

Este policía no puede inducir a Ariel a violar la ley; no es esa la función de los policías.

—Esto es habitual en los Estados Unidos.

Ariel sabe que necesita dejarlo muy claro, para que los policías sepan por qué se niega a responder. Se vuelve hacia Santos. Aunque

Moniz es quien habla la mayor parte del tiempo, Ariel está bastante segura de que es a Santos a quien necesita convencer.

—Se llama acuerdo de confidencialidad, o de no divulgación, las siglas en inglés son NDA. ¿Han oído hablar de esto? —Ninguno de los policías responde, por lo que Ariel continúa—: Los términos son rígidos; las penas, severas. Si los rompiera, sería mi ruina financiera y probablemente iría a la cárcel. —Ariel fija la mirada en Santos; necesita que la mujer entienda esta parte—. También me enfrentaría a otros peligros. Estaría en juego mi propia seguridad.

Ariel da por sentado que ambos policías saben lo que les está comunicando; son policías, después de todo; saben lo que los hombres les hacen a las mujeres, lo que hacen los hombres cuando están enfadados, de lo que son capaces los poderosos. En eso consiste el trabajo de ser policía. Ariel necesita que entiendan que tiene miedo; deberían ser capaces de averiguar por qué.

—¿Tiene motivos para temerle a ese hombre? —pregunta Moniz.

—No dije que fuera un hombre.

—¿Ese hombre la ha herido anteriormente? ¿O la ha amenazado?

Ariel no responde.

—¿Pero no fue su exmarido quien proporcionó el dinero? —Moniz vuelve a mirar sus notas—. Buckingham Turner es rico.

—Sí, es rico, y probé con Bucky. Pero él no tiene todo ese efectivo tirado por ahí.

—Sí, tres millones de euros es una gran cantidad.

Ariel piensa en corregir a Moniz, pero decide no hacerlo.

—No hay muchas personas que tengan esos fondos disponibles en tan poco tiempo. Así que tuvo usted mucha suerte, ¿no? Fue capaz de encontrar a alguien con esta cantidad inusualmente grande de efectivo, como bien dice, tirada por ahí.

—¿Suerte? ¿Cree que esto es tener suerte?

—Estos secuestradores cometieron un delito complicado sin testigos, sin pistas, sin ningún error. Un delito muy bien planeado. Sin embargo, estos secuestradores tan cuidadosos no tuvieron en cuenta lo difícil que sería para usted conseguir esta gran cantidad de dinero para el rescate en tan poco tiempo. Difícil especialmente para alguien estadounidense, durante un día festivo en su país. Son grandes obstáculos, ¿verdad?

Ariel se encoge de hombros.

—Y estos grandes obstáculos son previsibles y evitables para los criminales muy cuidadosos. ¿Cree que los secuestradores los tuvieron en cuenta?

—Obviamente, no sé qué tuvieron en cuenta los secuestradores.

—Usted y su marido no tienen fama de ser ricos. No a ese nivel, de tener tres millones en efectivo. Sin embargo, eso fue lo que le exigieron los secuestradores.

Ariel solo lo mira fijamente. Si estos policías realmente creyeran que ocurre algo irregular y tuvieran pruebas de ello, esta conversación estaría teniendo lugar en la comisaría.

—Entonces, sí, señora, repito que tuvo suerte de encontrar a una persona así. ¿No está de acuerdo?

Ariel ha pensado mucho en el concepto de suerte, en qué significa tenerla, qué tipo de suerte, en cómo la providencia dictaría el comportamiento. A menudo los demás la ven como una persona muy afortunada; ella misma se ha considerado así a veces. Sin duda, parecía afortunada cuando conducía ese coche gigante de lujo, que costaba más que una casa promedio en los Estados Unidos, luciendo un vestido de alta costura y zapatos de setecientos dólares y joyas de colección, camino a casa después de una fiesta llena de gente rica, famosa y poderosa que aparecería en las páginas de sociedad del próximo fin de semana para que las masas las hojearan, envidiosas, y pensaran: “Dios, desearía ser una de esas personas afortunadas”.

Ariel era una de esas personas afortunadas. Sin embargo, esa noche,

conducía junto a su marido y sus amigos por las tranquilas carreteras secundarias de los Hamptons mientras todo su cuerpo todavía temblaba por una agresión sexual sufrida solo unos minutos antes. Las manos le temblaban tanto que casi no podía agarrar el volante; dudaba de cuál era el acelerador y cuál el freno. Le preocupaba un poco terminar chocando contra un árbol. En parte, deseaba que eso ocurriera.

Se las arregló para encontrar el camino de entrada pavimentado con conchas de ostras trituradas de la casa de los borrachos Mitchum, luego hizo girar el Range Rover negro de vuelta a la noche oscura, mientras Bucky parloteaba. Quién sabe de qué estaba hablando; parecía más nervioso y más borracho segundo a segundo, a medida que su torrente sanguíneo absorbía el último trago que había bebido.

Ariel se dio cuenta de que no podía decírselo esta noche; Bucky no estaba en condiciones de procesar el relato ni de hacer nada constructivo con él. No iba a solucionar nada esa noche. En cambio, era más probable que fuese él mismo un problema más, porque podría volverse irracional e inmanejable y posiblemente violento. Bucky, borracho, era caótico, intelectual y emocionalmente.

Sexualmente también.

De repente, Ariel pensó con horror: "¿Qué ocurriría si Bucky quería sexo esta noche?". Estaban tratando de concebir, por supuesto. Además, por regla general, se calentaba cuando se emborrachaba.

Oh, Dios, no.

Ariel necesitaba desesperadamente darse una ducha de inmediato, deshacerse de todo rastro tóxico de Charlie en su cuerpo. Pero no quería que Bucky malinterpretara su desnudez, ni siquiera que la interpretara correctamente. Así que se escabulló a la habitación de huéspedes de la planta baja, caminó hacia el baño y se quedó helada ante la puerta.

Otro baño.

¿Podría hacerlo? ¿Debería? Sintió que todo su cuerpo vibraba de

nuevo mientras cruzaba con cautela el umbral y encendía las luces, aterrorizada de ese espacio estéril brillantemente iluminado, aterrorizada porque estaba a punto de lavar pruebas físicas cruciales de la escena del crimen que era su cuerpo, pero también aterrorizada por la alternativa: tratar de sobrevivir a esa noche sin haber hecho todo lo posible para limpiarse de la violación, aun cuando sabía que jamás lo lograría.

Ariel no tenía elección. Se quitó el vestido, se habría quitado la piel si hubiera podido, y exactamente así se sintió mientras se restregaba por todas partes con una esponja vegetal como si fuera un estropajo para lavar los platos, frotando la carne viva, magullada, raspada, violada, era dolor sobre dolor, horror por lo que ahora estaba haciendo sobre el horror por lo que le habían hecho.

Cuando terminó, subió sigilosamente las escaleras; escuchó con atención y, afortunadamente, oyó los ronquidos de su marido antes de llegar arriba. Se metió en el baño de su habitación, se cepilló los dientes y usó hilo dental. Tenía una buena sonrisa, era una de sus características más notables y, por supuesto, una sonrisa era el papel de unos dientes sanos, cuya base eran las encías sanas, así que usaba hilo dental todas las malditas noches, incluso en las noches en que había sido violada.

Miró a Bucky despatarrado en la cama, sin siquiera cubrirse con las sábanas, sin camisa, peludo, bestial.

No, de ninguna manera podía meterse en esa cama.

Regresó al baño, tomó un Xanax y luego, pensándolo bien, otro. Salió corriendo hacia el estudio y solo se detuvo en la cocina, de donde cogió un cuchillo de chef de cuatrocientos dólares. Luego, se sentó en la oscuridad. Se obligó a no desmoronarse y, al mismo tiempo, sospechó que tal vez ya era demasiado tarde. Tal vez así era como se veía una persona desmoronada, aferrando un cuchillo con ambas manos y mirando hacia la puerta, con todo su cuerpo preparado para recibir el próximo asalto, aunque sabía que no sería allí, ni esa noche.

Después de un par de horas, comenzó a formular pensamientos racionales, todos en torno a una pregunta central: ¿qué debía hacer

a continuación? ¿Debía conducir hasta la casa de Charlie, despertar a su mujer y decírselo? ¿O despertar a Charlie y darle una paliza con un palo de golf? ¿O conducir hasta la comisaría? ¿O llamar a la policía?

Ahora que había tenido tiempo para pensar, sentía que sería un gran fracaso no hacer nada. Debería hacer algo, ¿no? Pero no podía obligarse a decidir qué hacer. Todas las opciones eran malas: comenzaban con lo indescriptible y terminaban con algo inaceptable. Ariel no tenía buenas alternativas. Necesitaba decidir cuál era la menos mala.

A las tres de la madrugada, se le ocurrió hacerse una prueba de embarazo esa misma noche, porque así no habría dudas de quién era el padre si el resultado era positivo. Así que subió sigilosamente las escaleras, orinó en la tirita de la prueba, esperó y se echó a llorar.

—Su mujer no lo acompaña a menudo en viajes de negocios. —Moniz mira a Ariel y luego a John—. Este es el primer viaje de este tipo que hacen juntos, ¿verdad?

—Así es.

—¿Por qué eligieron hacerlo esta vez?

—Los viajes de negocios son solitarios y difíciles. Pensé que si podía convertir este en una experiencia divertida con mi nueva mujer, ¿por qué no hacerlo?

—Sí, pero ¿por qué este viaje específico?

—Estuve en Lisboa un par de veces antes y conozco la ciudad bastante bien, así que no me importaría perderme de algunas excursiones que ella hiciera mientras yo trabajo. Es un viaje corto en avión, cómodo, económico, la ciudad es bonita y, sinceramente, pensé que le encantaría. Hubo muchas razones.

—¿Pero no fue porque sus clientes estuvieran interesados en conocer a su mujer?

John no responde de inmediato.

—¿No fue eso lo que le dijo a ella?

—Sí. —John traga saliva—. Esa fue otra de las razones.

—¿Sus clientes le pidieron que trajera a su mujer a Lisboa?

—Bueno, no. No explícitamente.

—Por favor, perdóneme. Tal vez no lo he entendido bien. ¿Cómo sabe, entonces, que eso es lo que querían sus clientes?

—Tengo mucha experiencia haciendo negocios en Europa. Esto es algo normal.

—Ah, ¿sí? —Moniz vuelve a mirar a Ariel y luego a John—. Entonces, fue algo que usted supuso.

—Sí.

—Pero eso no fue lo que le dijo a su mujer para convencerla de que lo acompañara.

—No quería que se sintiera culpable por tomarse ese tiempo, gastar dinero y estar lejos de su hijo y su trabajo. Supongo que la engañé para que se cogiera unas vacaciones, porque, de otro modo, se negaría a hacerlo.

—Así que le mintió a su mujer.

—Bueno, ¿mentir? Esa es una palabra fuerte. Una artimaña romántica, diría yo.

—Sin embargo, no está resultando tan romántico, ¿verdad?

—Senhor. —Santos salta de nuevo. Todos los ojos se vuelven hacia ella—. ¿Cuándo fue la última vez que habló con su hermana?

John se queda inmóvil, como un ciervo enceguecido por las luces de un coche.

—No estoy seguro. ¿Un par de meses?

—¿Sabe dónde está ahora?

—No.

—¿Estuvo en contacto con ella recientemente? ¿Por mensajes de texto, correos electrónicos?

A Ariel no le gusta a dónde va esto, ni un poco. Quiere que estos policías se vayan, quiere ir al aeropuerto, salir de esta ciudad, de este país, quiere estar en casa con George, lejos de toda esta desventura. ¿Por qué cojones vinieron aquí? Esta fue una idea monumentalmente mala.

—John, ¿puedo hablar contigo un minuto?

—Estás exhausto —susurra Ariel detrás de la puerta cerrada del dormitorio—. Has pasado por una experiencia horrible. Estás traumatizado, dolorido. Necesitas un descanso, necesitas dormir.

John la mira fijamente, busca comprender.

—Pero no tengo sueño…

—Sí. —Ariel frunce el ceño—. Debes dormir.

—Pero… —Se vuelve hacia la puerta del dormitorio, a los detectives sentados allí, que los esperan con sus libretas, sus sospechas, sus esposas, sus armas—. Pero no tengo nada que ocultar. Así que no quiero que piensen que sí. Y sinceramente…

—No digas “sinceramente”. Por favor, deja de usar esa palabra, para siempre. Es lo que dicen los mentirosos.

—Y son las personas culpables las que se niegan a hablar con la policía.

—No, es lo que hace la gente racional cuando se da cuenta de que la policía no está de su lado. Lo digo en serio, John: tenemos que terminar con esto, ahora mismo. No sé qué sospechan exactamente estos policías, pero no creo que debamos quedarnos aquí sentados hasta que nos enteremos.

Él suspira; sabe que ella tiene razón.

—Recuerda: todos entenderán que no puedas hablar de esto, así como todos entenderán que yo no pueda divulgar el nombre, y tú tampoco. ¿Y si alguien no entiende? Pues entonces es alguien con quien no deberíamos hablar. Nos iremos a casa, te conseguiremos un abogado, me conseguiré uno y dejaremos de hablar de quién proporcionó el dinero del rescate.

Él asiente.

—Llevo mucho tiempo guardando un gran secreto —dice ella—. La parte más difícil es el comienzo. Recuerda eso. Después, se volverá menos duro.

Los tres oficiales de la CIA están todos en la misma posición, sentados con los codos sobre los muslos, inclinados hacia delante, escuchando atentamente. Griffiths tiene los ojos cerrados. No quiere distraerse con el espacio de trabajo de Antonucci, tan desorganizado que le da escalofríos; es el escenario de una pesadilla. Para Griffiths es fundamental que todos los espacios de trabajo estén ordenados. Esta es una de las cualidades por las que es una administradora tan eficaz de los operativos de inteligencia. Quizás también sea por eso que nunca se ha casado, ni ha estado cerca, y está bastante segura de que nunca lo hará.

Ahora el altavoz permanece en silencio. Al parecer, la pareja estadounidense ha terminado su conversación privada lejos de los policías portugueses.

Kayla Jefferson ha tomado notas como loca durante el interrogatorio; hay mucha información para verificar. Guido Antonucci ha escrito menos. Él es el músculo, a pesar de la evidencia de su rostro magullado. Cierra su bloc de notas y se pone de pie.

—Sabes qué hacer, ¿verdad? —pregunta Griffiths.

—Voy a bajar para vigilarlos.

—Ve al baño primero. Y lleva algo para comer y beber. Probablemente tendrás que quedarte allí toda la noche. O al menos eso esperamos.

Antonucci sale de su cubículo; las mujeres se quedan, para seguir espiando el interrogatorio policial.

—¿Ya ha tomado una decisión? —pregunta Jefferson, en voz baja. Quiere saber qué hará Griffiths con la revelación sobre el dueño de la SRL, que es la revelación de todo.

—No es decisión mía —dice Griffiths—. Así que ya he empezado a pasarla a lo largo de la cadena de mando. Se lo haré saber. O tal vez no pueda hacerlo. Esa tampoco será decisión mía.

—Escuchad. —Ariel mira a los dos policías a los ojos—. Agradecemos vuestra ayuda, de verdad. Pero estoy agotada, y mi esposo está exhausto, y realmente necesitamos que este día termine. Estoy segura de que lo entendéis. Iremos a la comisaría a primera hora de la mañana para responder cualquier otra pregunta que necesitéis hacernos.

Ariel no se ha vuelto a sentar. Moniz capta la indirecta y se levanta, seguido de Santos, que dice:

—Solo una última pregunta, señor Wright.

Después de un par de días, Ariel ya sabe cómo trabajan estos policías. Ambos están mirando fijamente a John. Ariel no sabe cuál será esta pregunta, pero se prepara para algo catastrófico.

—Su hermana —dice Santos— ¿es zurda?

CAPÍTULO 39

Día 2. 10:04 p. m.

Ariel no debería decirlo en voz alta. John ya lo sabe y ella ya lo sabe, por lo que decirlo no serviría para nada más que para crear antagonismo.

John lo hace por ella:

—Bueno —dice—. Es cierto que me lo advertiste.

A pesar de la tensión del momento, a pesar del agotamiento, a pesar del miedo, Ariel sonríe. Está sorprendida de cuánto amor siente por este hombre.

—Qué momento tan jodido —agrega John.

—Muy jodido —coincide ella. Detrás de la cortina de lino, observa a los detectives salir del hotel a la acera.

—¿De verdad creen que he organizado mi propio secuestro?

—No sé. —Ariel examina la plaza de nuevo, otro inventario—. Tal vez no es eso lo que en realidad creen, sino que solo están hurgando para ver si tu historia se sostiene, para descartar posibilidades.

Se acerca a la mesa del comedor y abre el portátil de John.

—¿Puedes iniciar sesión, por favor?

—Claro. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ver si podemos coger un vuelo antes.

No hay duda de que los policías sospechan y no hay razón para esperar que la situación mejore al día siguiente. El hecho de que

hoy haya sido horrible no significa que mañana no vaya a ser peor.

—¿Así que no vamos a ir a la comisaría por la mañana?

—¿Estás loco? Iremos al aeropuerto.

Ariel se despertó después de unas pocas horas de sueño. Luchó por levantarse del sofá, con dolor físico en varios puntos sensibles y angustia en cada rincón de su conciencia, y completamente exhausta. Caminó estupefacta por su mansión de alquiler, de esas que se fabrican en serie para gente rica, llena de cosas que no necesitaba ni deseaba, lujosas y de gran tamaño, techos altos, vestidores y baños en suite con tocadores dobles y bañeras profundas.

Se dio otra ducha, quizá la más larga de su vida, pero aún no se sentía limpia; tal vez nunca volvería a sentirse limpia. Se tragó un par de analgésicos y se miró en el espejo. "¿Qué vas a hacer?".

Encontró la nota garabateada apresuradamente por su marido en la mesa de la cocina:

Me he ido al golf. Vuelvo a casa para comer. Volvamos a la ciudad a media tarde.

Te quiero, B.

Golf: Bucky jugaría con otros tres tipos. Uno de ellos podría incluso ser el propio Charlie.

Los electrodomésticos de la cocina también eran enormes: una nevera del tamaño de una camioneta, una cocina de diez fogones. ¿Quién necesita diez fogones? Ariel solo usaba uno, como ahora, para preparar un té que llevó a la terraza que daba a la piscina. Se sentó a la sombra bajo la sombrilla a rayas. Los adoquines de terracota estaban flanqueados por arbustos de hortensias azules, como guardias de palacio, repletos de una asombrosa cantidad de flores sobre los gruesos tallos leñosos, demasiado grandes y llamativas, como toda la casa, como toda la vida de Ariel. Como ella misma.

El alquiler de ese lugar costaba trescientos mil dólares por

temporada, desde el Día de los Caídos hasta el Día del Trabajo. Quince semanas. Quince noches de sábado. Veinte mil dólares por noche de sábado.

¿Qué se hace la mañana después de haber sido violada?

—Bueno —dice Moniz—. Soy lo suficientemente hombre como para admitirlo: tenías razón.

—¿Qué has dicho? No lo he oído bien.

—He dicho que tenías razón —dice Moniz, y sonríe.

Mira alrededor de la plaza, toda esa gente, toda esa vida. ¿Cuántos de ellos cometerán crímenes esta noche? ¿Cuántas serán las víctimas?

—¿Deberíamos llamar a un juez y tratar de arrestar a Wright ahora? —agrega.

—Bueno, ojalá pudiéramos hacerlo. No, no podemos sin hablar antes con la embajada estadounidense.

—Sí podemos. La embajada no tiene jurisdicción.

Santos resopla.

—No seas ingenuo, António. La jurisdicción no tiene nada que ver con esto. ¿Y si arrestamos a Wright sin obtener primero la aprobación de la embajada, y finalmente resulta que estamos equivocados?

Esto es lo que siempre ha frustrado a Moniz de su trabajo para hacer cumplir la ley: a veces, la policía tiene que preocuparse más de no pisar los dedos equivocados que de evitar que los delitos queden impunes. Cuanto más alto están en la jerarquía institucional, más se preocupan por su propio pellejo.

—Pero no estamos equivocados —insiste—. John Wright es el hombre más culpable que jamás haya visto.

—¿Quién está sacando conclusiones apresuradas ahora?

Llegan a su coche.

—Llamaré a la embajada a primera hora de la mañana, enviarán a alguien a buscarnos a la comisaría y arrestaremos a Wright en cuanto él llegue.

—¿Y si no aparece? ¿Y si huyen esta noche?

—Enviaré un equipo aquí para que vigile y haré que alguien controle los registros de la aerolínea. Si huyen, lo sabremos.

Pete Wagstaff observa a los policías alejarse y, minutos después, ve que se apagan las luces de la habitación del hotel. Wagstaff lleva mucho tiempo de pie en la plaza, esperando que suceda algo: un arresto, una fuga u otro altercado extraño, como cuando la mujer le dio una paliza al agente de la CIA. Pero parece que no habrá más teatro esta noche.

Esta vigilancia, sin embargo, no ha sido una pérdida de tiempo. Wagstaff ha aprovechado la oportunidad para idear un plan de ataque, pensar en las listas que va a hacer y cómo. Sospecha que terminará por obtener miles de nombres, por lo que también ha comenzado a averiguar qué categorías podrá descartar para reducir las posibilidades. Será mucho trabajo, pero le entusiasma hacerlo. Confía en que valdrá la pena, que la recompensa será inmensa.

Estará despierto toda la noche. Se sube a su ciclomotor y se dirige a su casa. Primero se detendrá en el bar de Luisa a comprar un gramo de coca.

Ariel no necesita la alarma de medianoche; cuando faltan quince minutos, sus ojos se abren de golpe. Se queda acostada en la cama durante un minuto, escuchando el ritmo constante de la respiración de John. Después se levanta.

No enciende ninguna luz. Camina de nuevo hacia la ventana y se protege detrás de la cortina para hacer otra inspección. Todavía hay un coche que lleva horas aparcado del otro lado de la plaza. Está bastante segura de que este pequeño y anodino Ford está ocupado por uno de esos hombres de la CIA, el que ella golpeó. Pero es difícil estar segura desde tan lejos.

Ariel entra en la cocina y hace a un lado la cafetera para coger el nuevo teléfono de prepago que compró junto con las bolsas de lona y que escondió allí, fuera de la vista, del fisgoneo de los policías. Mete la tarjeta SIM en el teléfono y presiona el botón de encendido.

Siente que se le acelera el pulso.

Moniz ha entrado por la puerta hace solo cinco minutos y Santos ya lo está llamando por teléfono.

—Lo siento —le dice por gestos a Julio, quien pone los ojos en blanco y sale de la habitación.

Santos no pierde el tiempo con preliminares:

—Tenían los billetes para salir de Lisboa el viernes. Pero hace media hora cambiaron su reserva para el vuelo de mañana a primera hora de la tarde, a Nueva York.

—¿Crees que todavía tienen la intención de venir a la comisaría por la mañana?

—Probablemente no. Así que me aseguraré de que haya una patrulla en el hotel en todo momento.

—¿Eso es todo?

—No podemos arrestarlos ahora, António.

—Pero esto prueba que tienen la intención de huir.

—No, esto prueba que tienen la intención de acortar su viaje.

—¿Por qué les estás dando el beneficio de la duda?

—No, lo que estoy dando es el beneficio de protegernos de un error que termine con nuestra carrera. No podemos andar arrastrando ciudadanos estadounidenses fuera de sus camas en medio de la noche, con la sospecha de que cometieron un crimen extravagantemente complicado y no violento, sobre la base de nada, excepto nuestra sospecha de que se comportaron de manera evasiva durante un interrogatorio estresante. ¿No lo entiendes, António? No

tenemos ninguna prueba concreta. Todavía.

—Hola —dice Guido Antonucci—. Perdona si te he despertado. Pero pensé que querrías saber esto de inmediato. Pryce acaba de salir a su balcón para hacer una llamada.

—¿A quién?

—Ese es el problema: no lo sabemos. El teléfono que ha usado no es el suyo, ni tampoco el de los secuestradores. Y, por supuesto, en el balcón estaba más allá del alcance de nuestros micrófonos.

—Mierda. —Griffiths se incorpora hasta quedar sentada. Estaba dormida hace veinte segundos, pero ahora su mente funciona a toda velocidad—. Mierda. ¿Estás solo en el hotel?

—Sí.

—Está bien, llama a Jefferson y pídele que se reúna contigo allí tan pronto como sea humanamente posible, que vaya en su bicicleta. Yo también iré enseguida.

Mientras Ariel se cepilla rápidamente los dientes, examina el envase de color ámbar con el nombre y la dirección de John impresos en la etiqueta, los miligramos, la dosis. ¿Los policías creen que él la drogó? ¿Que le dio algo para que durmiera mientras él se iba temprano por la mañana a perpetrar su autosecuestro sin que su mujer lo presenciara? La policía está sobreestimando la inteligencia de John; Ariel sabe que no es tan inteligente.

Se sienta en el borde de la cama.

—Oye —dice en voz baja.

—Mmm.

Coloca una mano suavemente sobre su pecho.

—Hora de levantarse. —Lo mismo que le ha dicho a su hijo, en el mismo tono, cientos de veces.

John levanta las cejas, pero sus ojos aún están cerrados; bosteza,

luego parpadea y abre los ojos.

—Cinco minutos —dice ella.

Había silencio. Ariel no oía ningún sonido de sus vecinos, y la calle era un callejón sin salida, sin tráfico. Los pájaros habían dejado de cantar. Incluso la depuradora de la piscina, protegida detrás de una gruesa valla de arbustos, era inaudible. Los únicos sonidos que Ariel escuchaba eran el borboteo ocasional de una burbuja en la piscina y el repiqueteo de las olas que rompían, cuyo sonido atravesaba los ochocientos metros que separaban su casa del océano Atlántico.

Todo lo demás estaba quieto, silencioso, prístino, perfecto. Pero toda esa perfección tenía un precio, por supuesto; nada era gratis. ¿Qué precio estaba dispuesta a pagar Ariel?

Todo el mundo sabe que para vivir esa clase de vida, estar delgada es un imperativo absoluto. Así que Ariel tenía que hacer dieta más o menos constantemente, ejercitarse todos los días, abstenerse de esto o aquello o lo otro. No se había comido un sándwich entero en años; no recordaba la última vez que había comido patatas fritas.

Ese era un precio aceptable para ella. Le gustaba la col rizada.

Tenía que ser más falsa de lo que hubiera preferido; tenía que ser empalagosa con algunas personas a las que detestaba. No podía decir palabrotas. Tenía que arreglarse el pelo y maquillarse hasta para entrar en el ascensor y, sobre todo, para salir al escenario del East Side.

Vale, vale, vale: Ariel aceptaba todo eso.

“Así es la vida”, le había aconsejado su madre una y otra vez sobre todo: los tenedores para ensalada, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, las notas de agradecimiento que había que enviar. Su padre también: las damas no hacen eso, las damas no hacen aquello, todas esas cosas que dicen los padres y que se supone que una debe aceptar sin protestar: religión, política, modales. ¿Qué significa tener buenos modales, al fin y al cabo? Significa hacer lo que la gente espera que hagas.

“Los modales son lo que se necesita para el buen funcionamiento de una sociedad civilizada”. A su padre le gustaba sacar a relucir su bon mot cuando tenía invitados. Era la misma persona que le había aconsejado a su hija que se olvidara de la agresión sexual que había sufrido. Pero sabía usar sus buenos modales.

El té que Ariel se había servido también era perfecto, importado de Nueva York después de haber sido importado de Londres y, antes, de la India, preparado con agua de un sistema de filtración por ósmosis inversa de última generación, servido en una taza y platillo de Tiffany, con una cucharita de plata brillante. Sintió el impulso de tirarlo todo a la piscina.

La noche anterior, ¿también había sido otro precio a pagar? ¿Podría afrontarlo?

Sabía que esta vida perfecta estaba financiada por hombres con derecho a tomar todo lo que querían solo como un desafío entretenido. En ese estilo de vida de agresividad deportiva, ¿dónde estaban los límites entre lo ilegal y lo que eran meramente “cosas de muchachos”, charlas de vestuario, diversión y juegos? En los deportes y la ley y las adquisiciones hostiles, en los bombardeos militares por sorpresa y los ataques con drones, en la caza mayor y en las leyes de defensa propia: las reglas de combate separan la violencia ilegal de la legal, de la violencia que se fomenta y se celebra. ¿Es una sorpresa que toda esa violencia autorizada se filtre a otras esferas?

Todas las líneas eran, hasta cierto punto, arbitrarias. La diferencia entre un placaje en el fútbol americano, una pelea de bar y una agresión con agravantes.

Hubo una época en la vida de Ariel en la que ella se divertía con el vigor de la testosterona, tal vez atraída por él: hombres fuertes, de voluntad fuerte, con opiniones muy arraigadas. Eso es lo que se supone que son los hombres, ¿no? Eso es lo que se supone que les gusta a las mujeres. Y ella quería a Bucky, pero no porque fuera un tipo duro, sino porque, de vez en cuando, era blando.

Tal vez lo de la noche anterior era lo esperable. Tal vez un depredador alfa autoproclamado, como Charlie Wolfe, por supuesto

quiere tirarse la esposa de su socio comercial. Porque así es como él gana, ¿no? Así es como demuestra que ha triunfado.

Ganar en privado no tiene sentido. Sin un testigo al menos, no se es un auténtico ganador.

Ariel había sido la testigo.

CAPÍTULO 40

Día 3. 12:07 a. m.

No llevan nada. Ni equipaje, ni una muda de ropa. Ni portátil, ni cargadores, ni auriculares. Salen del hotel como si fueran a regresar después de tomar algo, sin nada más que la ropa que llevan puesta, sus monederos, sus teléfonos, el móvil de Ariel y el nuevo prepago, imposible de rastrear. Y sus pasaportes.

Wagstaff se mete otra raya, solo una pequeña; luego se pasa la yema del dedo por las encías, un aspecto de la cocaína que disfruta casi tanto como la parte mental y emocional: la inmediatez del entumecimiento físico, la confirmación de que sí, joder, se está metiendo en su cuerpo una sustancia poderosa.

Las listas están esparcidas sobre la mesa de su comedor, impresas desde varios sitios web. Wagstaff ha encontrado muy pocos datos concretos sobre la vida de Ariel Pryce cuando se llamaba Laurel Turner; el mundo era diferente antes, no se documentaba casi en tiempo real en línea. Pero en los años transcurridos desde entonces se han digitalizado algunas cosas útiles: la antigua lista de miembros de un club privado al que ella pertenecía; otra lista, de patrocinadores de una sociedad histórica donde ella figuraba en el Círculo de Donantes de Platino; una fundación de alfabetización cuya gala anual apareció en las páginas de sociedad del jefe de Wagstaff, con una foto del señor y la señora Buckingham Turner y otra pareja en la alfombra roja, los cuatro tan glamurosos como estrellas de cine. Es difícil para Pete conciliar a la joven Laurel Turner, de cabello largo en esa foto, con la frenética Ariel Pryce de mediana edad que conoció en Lisboa. No son las diferencias físicas, sino el todo, el paquete completo, lo que las hacer parecer dos personas completamente diferentes.

Estas tres listas son todo lo que Wagstaff pudo encontrar sobre la participación de Laurel Turner en la sociedad de Nueva York. Las

personas que allí se nombran eran sus amigos y conocidos, su mundo, las mujeres con las que almorzaba, los maridos con los que coqueteaba.

Los maridos, por supuesto, son lo que hay que revisar.

Buckingham Turner, por otro lado, es una persona extremadamente visible en la actualidad, con un archivo de fotos y listas exponencialmente más grande: juntas directivas, membresías de clubes, encuentros de exalumnos, reuniones, bodas, conexiones en línea. Es fácil trazar la red social de un hombre así.

Pero no ocurre lo mismo con su exmujer. Ella, obviamente, se esfuerza por mantener un perfil bajo. Inexistente.

Las listas de él y las de ella están en el lado izquierdo de la mesa: allí figuran los hombres que posiblemente hayan pasado por la vida de Laurel Turner una década y media atrás. En el lado derecho, Wagstaff ha compilado listas de funcionarios del Gobierno actual: desde el presidente hacia abajo, hasta unas pocas capas de personal superior; los escalones más altos de la CIA y el FBI; cada miembro del Senado y la Cámara de los Diputados; cada secretario y subsecretario del Gabinete. Solo los hombres, por supuesto. Estas son las posibles personas a las que Pryce extorsionó por el rescate.

Wagstaff examina ese territorio delimitado apresuradamente, un paisaje de, tal vez, mil nombres. Ahora es el momento de ir en la otra dirección, de separar la paja del trigo y depurar estas listas. Cuando termine, buscará coincidencias entre las del lado izquierdo y las del lado derecho de la mesa. Se deleita por anticipado con la intriga. ¿Cuántos nombres habrá? ¿Una docena? ¿Dos docenas? ¿Un centenar?

Esnifa otra raya.

La muchedumbre se ha reducido, pero no ha desaparecido; hay coches y motos circulando, la gente bebe, fuma y ríe, pasa el rato en la plaza, merodea frente a la entrada de un club nocturno. Lisboa es un lugar noctámbulo, incluso los martes por la noche.

—Allí —dice Ariel, y John también lo ve, levanta la mano y grita:

—¡Taxi! —Una de las pocas palabras que es igual en inglés y portugués—. Al Time Out Market, por favor.

Mientras se sientan en el asiento trasero, Ariel no pierde de vista el coche de la CIA que está aparcado al otro lado de la plaza. Efectivamente, el sedán sale de su espacio, sin siquiera tratar de ser sutil. Ariel continúa examinando otros vehículos alrededor de la plaza, y justo antes de que el taxi gire en la esquina, lo ve.

Mierda. Esperaba que solo la CIA los vigilara, pero parece que la policía de Lisboa también, lo que le confirma a Ariel que ella y John están tomando la decisión correcta. Siempre es satisfactorio recibir confirmaciones de inmediato, incluso para las malas noticias. Al menos, compruebas que tenías razón.

Por otro lado, esto hará que el plan sea mucho más difícil de ejecutar. Y será más crucial que tengan éxito.

—¿Puede esperarnos a la vuelta de esta esquina? Cinco minutos. —John levanta la mano con cinco dedos extendidos.

El taxista parece dubitativo. Ariel extrae un billete de cien euros, lo parte en dos y extiende la mitad hacia él.

—La otra mitad, cuando volvamos.

El conductor asiente y toma el medio billete.

Ariel y John entran en el mercado grande, ruidoso y repleto de gente que hace fila en docenas de puestos de comida para pedir tapas y croquetas, guisos y pastas, hamburguesas y sándwiches, cerveza y vino y oporto, tartas y pasteles y chocolates y helado, cientos de personas que llevan bandejas con vasos y platos, un manicomio por el que Ariel y John corren, y luego doblan una esquina y entran en el concurrido pasillo donde Ariel tira su teléfono móvil en un cubo de basura, y luego salen por una puerta lateral y rodean el edificio rápidamente, de regreso al taxi que aún espera.

—Al Teatro Nacional, por favor, rua Duques de Bragança.

Ariel no ve ningún rastro del coche de la CIA, ni de la policía, ni de

nadie más que parezca estar siguiéndolos. Pero eso no significa que no estén allí, sino que saben esconderse mejor.

Entonces ve algo: una mujer que le resulta conocida, sentada en un ciclomotor a la vuelta de la esquina, hablando por un micrófono que cuelga de unos auriculares; Ariel detecta otro movimiento en otra dirección, gira la cabeza y ve otro coche que arranca desde otro bordillo.

—Mierda —murmura, y luego le dice al conductor, intentando usar lo poco que sabe de portugués—: Rápido, por favor.

Espera hacerse entender, aunque no lo diga correctamente; eso es suficiente.

—Oh, joder. —Griffiths gira en su ciclomotor en un círculo cerrado —. Jefferson, no los pierdas.

Ella también conduce un ciclomotor. Para la vigilancia en un lugar como Lisboa, no hay nada mejor.

—Guido, ¿dónde coño estás?

—Aún en el mercado. Avanzad sin mí. Tenga en cuenta que tiene compañía.

—¿La policía?

—Creo que sí. Al menos dos de civil en un coche y un uniformado a pie.

—Dios mío.

Tres policías, en medio de la madrugada, haciendo una persecución en coche; eso es mucha mano de obra. De repente, Griffiths ve la luz y comprende que debe cambiar el eje de su misión: de ninguna manera puede permitir que la policía portuguesa arreste a Ariel Pryce y John Wright.

Acelera cuesta arriba.

—Obrigada.

Ariel arroja la otra mitad del billete de cien euros sobre el asiento, y luego salta del taxi con John. Mira hacia atrás en la calle de una sola dirección y ve el mismo coche plateado que los seguía, a su vez seguido por el mismo ciclomotor.

Del lado derecho de la calle, una escalera de piedra conduce al Teatro Nacional ya una amplia plaza; a la izquierda, otra escalera lleva a una calle diferente, de un solo sentido, en la dirección opuesta. Ariel y John eligen la segunda escalera y suben de dos en dos escalones.

—Date prisa —insiste ella cuando llegan arriba—. Por aquí —indica, y giran a la izquierda.

Rápidamente, se pierden de vista para cualquiera que los persiga desde abajo y avanzan directo hacia el espacioso asiento trasero del Mercedes que los espera y que comienza a alejarse de la acera incluso antes de que John haya cerrado la puerta. Doblan una esquina y luego otra, y luego aceleran por una calle recta y ancha.

—¿Todo bien? —pregunta el conductor, el mismo hombre que los llevó desde el aeropuerto el sábado por la mañana, hace siglos. Esta es la persona a la que llamó Ariel desde el balcón para que los recogiera a las doce y cuarto, en una ubicación que luego cambió, al igual que el destino.

—Será un viaje largo —le había dicho al conductor—. Cuatro horas, algo así.

—Sí, es largo. ¿Y adónde sería?

—Quinientos euros —había respondido Ariel—. En efectivo. Además, pagaremos la gasolina y los peajes.

Se imaginó al conductor debatiendo consigo mismo si le convenía negociar y, de ser así, para qué; tal vez dudaba aceptar, se preguntaba si esos estadounidenses eran delincuentes, si esto podría ser peligroso o ilegal, o ambas cosas. Por otro lado: quinientos euros, libres de impuestos, era mucho dinero. Así que tal vez sería mejor no hacer preguntas. Tal vez siempre es lo mejor.

Ariel estaba dispuesta a pagar más si era necesario. Lo que fuera necesario para salir de allí.

—Está bien —había dicho el taxista.

—¿Puede esperarnos a medianoche? Podríamos llegar incluso un poco antes. —Ariel quería asegurarse de que el conductor no llegaría tarde.

Ahora se inclina sobre el asiento y deja los quinientos euros en el asiento junto al taxista. El hombre mira los billetes verdes.

—¿Adónde quiere que los lleve?

—Siga recto —dice Ariel—. Le diré qué hacer cuando sea necesario.

Él asiente repetidamente, como si fuera una buena idea. Como si él también estuviera encantado de conducir sabiendo lo mínimo indispensable.

Ariel ve pasar las calles nocturnas y, en cuestión de minutos, suben al puente más largo de Europa. Gira la cabeza con frecuencia para mirar por el parabrisas trasero, esperando ver luces parpadeantes acercarse.

No están fuera de peligro aún. Tal vez nunca lo estén.

—No, no, no. Dime que esto no ha pasado.

Griffiths está de pie a horcajadas sobre su ciclomotor y mira en sentido contrario hacia la calle de una sola dirección por la que acaba de acelerar rápida, peligrosa e ilegalmente, pero en vano: no hay rastro de los estadounidenses.

—¿Dónde cojones pueden haber ido?

Jefferson ha abandonado su ciclomotor y camina rápidamente por la animada calle, llena de restaurantes y bares concurridos, de gente por todas partes.

—A cualquier parte —dice en su micrófono—. Hay miles de lugares en los que pueden estar. También podrían haberse subido a otro

coche.

—Mierda. ¿Y su teléfono todavía está en el mercado?

Es Antonucci quien responde.

—Sí. Abandonado en alguna parte.

Sin teléfonos, sin equipaje, sin ordenadores. Eso quiere decir que no solo han huido, sino que lo han hecho sabiendo que los vigilaban y previendo que los seguirían.

—Jefferson, sigamos tú y yo buscando por aquí. Guido, ve al aeropuerto. Si aparecen, llámame inmediatamente.

—¿Y los ferris que van a las Canarias?

—No creo que vayan allí. Se quedarían atrapados en las islas, que no están más cerca de los Estados Unidos, y además no es un lugar particularmente fácil para esconderse. Pero Tánger es otra historia. Un viaje rápido, al final del cual pueden desaparecer en África. Tenemos que avisar a Rabat para que estén atentos.

—Bueno, pero ¿por qué no los dejamos ir?

Es una buena pregunta; ella entiende que, para Antonucci, eso sea lo razonable. Griffiths no quiere explicarle todo el asunto, toda su amplia gama de temores. Además, no necesita hacerlo: Guido trabaja para ella. Pero tampoco quiere ser autoritaria al respecto.

—Es una cuestión de seguridad nacional —dice, lo cual tiene la ventaja de ser cierto.

CAPÍTULO 41

Día 3. 2:00 a. m.

Esta vez Ariel sí necesita una alarma. El teléfono nuevo suena y vibra en un tono desconocido que la despierta; por un segundo, no sabe dónde está el teléfono, ni siquiera reconoce qué es lo que está sonando; luego lo encuentra, lo apaga y trata de orientarse.

John se mueve, pero no abre los ojos. Ariel mira por la ventana.

—¿Todavía estamos en Portugal?

—Cinco kilómetros más —dice el taxista.

—Cuando crucemos la frontera, continúe por la carretera A-ǒ. Despiértame cuando nos acerquemos a Mérida, por favor.

John cambia de posición, pero sigue dormido. Ariel no ha estado en un asiento trasero con un hombre de esta manera en… ¿cuánto tiempo? Tal vez nunca. La última vez que subió a un coche con un hombre para un viaje largo fue hace catorce años. O, al menos, esperaba que fuese un viaje largo, al igual que esperaba que fuese un matrimonio largo. Ambos resultaron ser breves.

—¿Qué? —Bucky miró a Ariel y luego volvió a mirar la carretera—. ¿Qué has dicho?

Estaban en una retención de la autopista de Montauk, breves ráfagas de movimiento interrumpidas por largos tramos de atasco. Iba a ser un viaje interminable hasta la ciudad, tres horas y media, tal vez cuatro. Ariel había esperado unos minutos después de que subieran al coche, sin otro motivo que retrasar el inicio de esa conversación que no quería tener. Pero sabía que, con cada minuto que pasara, se volvería más difícil y, finalmente, imposible. Así que se decidió y soltó la frase, demasiado rápida e inesperada para que Bucky la asimilara.

Respiró profunda y largamente, y repitió:

—Anoche… fui al baño… y Charlie irrumpió, cerró la puerta y me violó.

—Dios mío. —Bucky la miró de nuevo, más tiempo esta vez—. Lo siento mucho. Espera, voy a salirme de la carretera.

—No —objetó Ariel—. El tráfico es cada vez peor. Sigue conduciendo.

Ariel quería que Bucky tuviera que mirar hacia el parabrisas en lugar de contemplar toda su humillación, todo su dolor. No quería que nadie, ni siquiera su marido, lo viera. Ariel esperaba el apoyo total de Bucky, por supuesto, pero la empatía no es lo mismo que la simpatía, y le preocupaba que el espacio entre los dos pudiera llenarse con algo venenoso.

—¿Estás bien?

—No —respondió—. No exactamente.

—¿Qué quieres decir con que te violó? ¿Significa que…?

Ariel respiró hondo para calmarse, pero no sirvió de mucho.

—Quiero decir que forzó su pene dentro de mi vagina, una y otra vez, hasta que eyaculó dentro de mí.

Dejó de intentar contener las lágrimas.

—Dios mío. ¿Cuándo ocurrió?

—Durante los postres.

Ariel volvió a sentir que se hundía, además de todas las otras emociones insoportables que la atravesaban. Había algo en la reacción de Bucky que parecía muy incorrecto y muy conocido.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No te lo dije anoche porque estabas borracho y pensé que no

podríamos tener una conversación productiva, y no quería hablar de tonterías con un borracho. Esta mañana te has ido antes de que me despertara, luego trajiste a esas personas a casa para comer, luego nos hemos dado prisa en hacer las maletas, y ahora estamos aquí y te lo he dicho. ¿Puedes dejar de preguntar sobre la logística de mi informe sobre la agresión sexual que cometió tu amigo contra tu mujer?

—Perdona. Estoy… conmocionado. Estoy horrorizado.

Ariel estaba a punto de perder la calma definitivamente.

—Lo siento mucho —dijo él de nuevo, cauteloso.

Ariel estaba preocupada por todas estas disculpas. Eran lo mismo que decir "rezaré por ti", el tipo de cosas que dice la gente cuando lo que planean hacer al respecto es nada.

—No parece que me estés apoyando, Bucky.

—Lo siento —repitió él, una vez más—. Entonces, ¿qué quieres hacer?

Fue entonces cuando la golpeó el motivo de su déjà vu: su padre. "Qué quieres hacer", no "qué quieres que hagamos". "Tú", no "nosotros".

—Creo que tenemos que ir a la policía —dijo Ariel.

Bucky la miró rápidamente y luego dijo:

—Mmm.

Ariel se dio cuenta de que su marido estaba haciendo cálculos: si A, entonces B, y si C, cómo se verá Z. Bucky no aceptaría ninguno de esos resultados. No quería asegurarlo en voz alta, pero estaba escrito en su cara. En su silencio.

Se dio la vuelta asqueada. Nunca se sabe lo horrible que es alguien hasta que se le da la oportunidad de ser horrible. En una vida privilegiada como la de Bucky o la de ella, la oportunidad de demostrarlo puede tardar mucho en materializarse. Tal vez lleva

toda la vida. Tal vez nunca ocurra.

—No sé qué pensar sobre esto —dijo.

Había llegado la oportunidad de Bucky, en ese mismo momento. Ariel se dio cuenta con una contundencia repugnante: se había casado con una persona horrible, y esta era la prueba.

—¿No sabes qué pensar?

Dejó de llorar. Su tristeza desapareció para dar lugar a la furia, que había estado al acecho justo debajo de la superficie, lista para tomar el control.

—¿Me estás tomando el pelo? Dime, Bucky, por favor dime, ¿entre qué pensamientos te estás debatiendo?

Ariel lo miró fijamente, esperando una respuesta.

—Yo…

En ese instante, tomó la decisión y su mente cambió de marcha; empezó a identificar los puntos de referencia de la carretera 27, para averiguar dónde se encontraba en relación con las estaciones de tren, las paradas de autobús, las casas de sus amigos. Más tarde, Ariel entendió cómo había podido decidirse tan rápido: porque en realidad lo había hecho mucho antes. Había creído que podría pasar toda la vida fingiendo no saber que Bucky era una persona terrible, esperando no tener que enfrentarse nunca a las pruebas, aunque estaba casi segura de que estaban en alguna parte.

El coche se arrastraba a diez kilómetros por hora. Más adelante, los pilotos traseros rojos de otros vehículos parpadeaban frente a ellos, como un espectáculo de luces sincronizadas. En unos segundos Bucky tendría que detener su Range Rover negro.

Allí, ese restaurante al otro lado de la carretera: Ariel ya sabía exactamente dónde estaban. Cogió su bolso.

—¿Qué estás haciendo?

Tiró de la manilla de la puerta, pero estaba cerrada.

—¿Laurel?

Pulsó desbloquear.

—¿Qué…?

Tiró de nuevo y, esta vez, la puerta se abrió. El coche todavía se movía un poco.

—Para el coche —dijo ella.

—No puedes…

—Para el coche, Bucky, ahora mismo.

Ella saltó y dejó la puerta abierta de par en par.

—Vamos, Laurel. No seas… —Se detuvo antes de seguir pensando un insulto aceptable.

En ese momento, ninguno era aceptable; al menos, tuvo suficiente sentido común para darse cuenta. Es posible que Bucky hubiera demostrado ser horrible, pero no le faltaba el instinto de conservación y no era idiota.

Ariel abrió la puerta trasera y sacó su bolsa de fin de semana. Dejó esa puerta también abierta y se alejó del enorme coche detenido en medio de un atasco en la carretera 27. No había forma de que él pudiera seguirla, ni a pie ni en el coche.

No quiso volver a ver a Bucky nunca más. Tampoco a Charlie Wolfe, por supuesto, especialmente a él, pero tuvo que hacerlo. Fue doloroso, pero necesario, como una cirugía, con una larga y angustiosa recuperación que le llevaría toda una vida.

—Oye —la llamó su marido—. Vamos a…

—Oh, que te den por culo, Bucky.

Wagstaff contempla las listas esparcidas en su mesa y asiente, con satisfacción. Hay muchos nombres.

—Bueno —murmura—. Ahora, deshagámonos de algunos de vosotros, muchachos.

Coge un bolígrafo rojo y empieza a tachar nombres uno tras otro: demasiado viejo, demasiado joven, demasiado pobre, demasiado gay. Son muchos nombres los que tacha, pero todavía quedan muchos más. Cambia a un boli azul para subrayar la mayoría de los nombres que quedan: hombres que hace quince años no formaban parte de la sociedad de Nueva York. Congresistas de Texas, directores ejecutivos en el Medio Oeste, capitalistas de riesgo de Silicon Valley. Es muy posible que Wagstaff necesite retroceder: el hecho de que un hombre no viviera en Nueva York no significaba que Ariel no hubiera concebido un hijo con él. Solo era menos probable.

Wagstaff trabaja rápidamente, haciendo suposiciones que tal vez no se sostengan más tarde, bajo escrutinio o estando sobrio. Pero su estándar no es la duda razonable; no está en un tribunal de justicia. Todo lo que quiere es identificar rápidamente las opciones más probables, las respuestas ganadoras, y examinar a esos hombres de cerca.

Está irracionalmente seguro de que esto va a funcionar. Probablemente por la cocaína. Eso es lo que hace que la cocaína sea tan constructiva: puede mantenerte despierto toda la noche, haciendo algo que tal vez no sea muy racional.

Se mete otra raya más. No se engaña a sí mismo diciendo que es pequeña.

La jefa de la estación de Lisboa de la CIA contesta antes de que termine el primer timbrazo. Está esperando esta llamada.

—Buenas noches —dice Nicole Griffiths.

Es medianoche en Portugal, pero es justo después de la cena en la Costa Este. Griffiths ya está vestida para el día siguiente: se ha duchado, lleva ropa limpia y un maquillaje aceptable. No puede imaginar ningún escenario que le permita dormir bien esta noche. Lo máximo que puede esperar es una siesta en el sofá de su oficina.

—Ya me han informado —dice Jim Farragut—. ¿Ha habido alguna novedad en las últimas dos horas?

—No. La mujer y su marido siguen prófugos. En este momento podrían estar en cualquier parte de Portugal, o al otro lado de la frontera en España. Puede que se dirijan a tomar un ferry a Tánger o un vuelo desde España.

—¿O que se hayan escondido en algún lugar?

—Tal vez. Pero ella tiene un hijo con el que probablemente quiera volver.

—¿De cuántos años?

—Trece.

—Los niños de trece años no son necesariamente una buena compañía.

—No sabría decirle. Pero, seguramente, incluso un preadolescente molesto sigue siendo una prioridad.

Griffiths sospecha que se están yendo por las ramas. Dónde viajan o se esconden Pryce y Wright, cómo fueron interrogados, cuándo o por quién: nada de eso importa realmente, en comparación con la cantidad enorme de mierda del problema fundamental.

—¿Está segura de la identidad del hombre que pagó el rescate?

—No al cien por cien, pero ¿ha escuchado la grabación de la llamada?

—Sí.

—Bueno, además de la voz reconocible, está la geolocalización, que nos confirmó que la llamada se hizo desde un teléfono de prepago comprado con prisas en Washington D.C. hacia la línea segura aquí, en la embajada; una conversación que obviamente fue una extorsión, bajo la amenaza de revelar un secreto perjudicial. Tenemos, además, el hecho de que el teléfono lo compró un empleado directo suyo. El hecho de que alguien le entregó a esta

mujer Pryce una gran cantidad de dinero en efectivo, con poca antelación, en secreto. El hecho de que él y Pryce tuvieron una relación personal hace mucho tiempo, algo que ya fue comprobado; y, por último, el hecho de que él y el primer marido de la mujer tenían una relación comercial.

—Todo eso es circunstancial. No son pruebas.

—Correcto, no es que hayamos encontrado una pistola humeante, todavía. Pero eso no quiere decir que no exista. Tampoco significa que nadie más la haya encontrado. Recuerde, hace solo unas pocas horas que estamos al tanto de esta situación.

—¿Cuántas personas hay en el circuito?

—¿Aquí? Mi círculo es pequeño. —Griffiths no quiere dar un número exacto. Si ella se lo cuenta al director de operaciones, él podría verse obligado a decírselo a su jefe, quien se lo diría a su jefe —. Pero hay muchas pruebas dando vueltas por ahí —continúa—. Y estas pruebas no son material clasificado de inteligencia. El FBI también puede encontrar todo esto, incluso los policías de Washington. O los medios de comunicación. Tal vez lo hayan hecho ya. Hay al menos un periodista siguiendo el caso, a quien creo que uno de los nuestros le filtró algunos detalles. Un idiota de la embajada.

—Oh, por el amor de Dios.

No escapa a la atención de Griffiths que el director no le ha preguntado el nombre del periodista, ni del idiota. Ambas son buenas señales. Interpreta, por el silencio de Farragut, que está sopesando las opciones, todas desagradables. Él es un oficial de inteligencia de carrera, pero su jefe ocupa un cargo político y ya ha dejado claro que su lealtad no es a la CIA, la cual dirige, sino al presidente, que fue quien lo nombró. Si los intereses de inteligencia de la CIA y los intereses políticos del presidente divergen, es poco probable que Washington se ponga del lado de la CIA.

Para el presidente y el director, esta información será muy muy desagradable. Podría surgir la obligación de matar al mensajero, así como a cualquier persona que se encuentre cerca del mensajero.

Este gobierno es, definitivamente, partidario de matar al mensajero.

—¿Se puede paralizar esto? —pregunta Farragut.

Incluso antes de que Griffiths hiciera la llamada previa que condujo a esta, sabía que le harían esa pregunta. Ya ha pensado qué responder.

—Ariel Pryce ha hecho mucho ruido aquí en Lisboa: habló con la policía local, con la embajada, con un periodista y quién sabe con cuántos otros testigos al azar, como empleados del hotel o taxistas. A algunas de estas personas podemos controlarlas; obviamente, podemos amordazar a nuestros propios empleados. Y la policía local tiene una autoridad limitada; probablemente podríamos hacerlos callar si husmean demasiado. Pero al periodista…

No necesita decirlo en voz alta: no se podrá silenciar al periodista. La CIA puede gritarles "¡Seguridad nacional!" a los periodistas todo el día, y ellos solo gritarán, más fuerte: "¡Primera Enmienda!". Ni siquiera la amenaza de cárcel es suficiente para disuadirlos. La solución a ese problema tendría que ser menos pública, más drástica, inmediata, ilegal y completamente inaceptable para Griffiths. Ojalá también para Farragut. Pero no necesariamente será así para las personas que pueden darles órdenes a ambos.

Griffiths imagina a Jim Farragut sentado en su estudio de Georgetown revestido con paneles de madera, haciéndose un esquema mental de cómo podría expandirse la red de revelaciones: de la embajada al periodista, a las fuentes, a un editor, a otro editor, a un productor, a los reportajes de noticias, a las redes sociales, a la radio nacional: a todo el planeta. Podría suceder rápido, fuera del control de cualquiera.

—¿A qué pesadilla nos enfrentamos, Griffiths?

—Buena pregunta —dice ella—. Eso depende: ¿para quién?

—Touché. Supongo que para los Estados Unidos.

Su respuesta le queda absolutamente clara a Griffiths. Por eso llamó por teléfono, por eso interrumpió la cena del Cuatro de Julio del

jefe de su jefe.

—La pesadilla será que finjamos no saber lo que acabamos de descubrir y, en cambio, borremos esta información o intentemos borrarla, porque hacerlo no logra que los hechos subyacentes desaparezcan. Entonces, si impedimos que este escándalo salga a la luz ahora, antes de que pueda causar un daño real a la nación, estaríamos abriendo la puerta para que los rusos, los chinos o los norcoreanos exploten exactamente la misma información dentro de unos años.

Griffiths escucha suspirar a Farragut.

—¿Me permite que le diga algo? —le pregunta.

—Por favor, adelante.

—En realidad, no puedo imaginar un peor escenario para nuestra seguridad nacional. ¿Y usted?

—¿Es posible que esto ya sea una trampa que nos haya tendido el enemigo?

También es una posibilidad que Griffiths ha estado considerando.

—Sí, sin duda, me puedo imaginar una operación así dirigida desde Moscú.

—¿Me ha parecido que ahí hay algún “pero”?

—Pero aun si todo esto del secuestro, el rescate, las llamadas telefónicas, etcétera, si todo lo que ha sucedido en los últimos días fue orquestado por una potencia extranjera hostil o por la oposición nacional, incluso si es así, no cambia el pecado original. Simplemente cambia el mecanismo de cómo se aplica el castigo y quién lo aplica. El pecado original sigue siendo exactamente el mismo.

Farragut sigue dándole vueltas al asunto. Es una decisión importante que lo acorrala en medio de un día festivo de verano.

—Necesito preguntarle, porque seguramente me van a hacer esta

pregunta a mí: ¿se puede conseguir el silencio de esta mujer?

—¿Quiere decir con dinero? ¿Pagándole?

Farragut no responde de inmediato. Luego dice:

—No.

Griffiths visualiza el recorrido: de Farragut al director de la Central de Inteligencia; luego, del DCI al presidente. Por un instante, considera la posibilidad de mentir. Pero no es una opción racional en este momento.

—Hasta donde yo sé, no hay testigos presenciales. Pryce afirma que tiene pruebas; creemos que posee una conversación privada con Wolfe grabada ilícitamente, pero no sabemos si es cierto. De ser así, ella no ha dicho que nadie más esté tenga esta prueba, ni que haya previsto ningún mecanismo de seguridad que pudiera activarse para difundirla en caso de que ella falleciera. Si ese fuera el caso, creo que lo habría mencionado para garantizarse su propia seguridad. Sin embargo, no lo ha hecho.

—¿Y si esta prueba saliera a la luz de alguna manera, independientemente de ella?

—Si ella no estuviera presente para confirmarla, sería bastante fácil desestimarla. Siempre y cuando, insisto, la prueba realmente exista, y la sobreviva a Pryce. También es posible que ella esté mintiendo.

—¿Ha tomado ella alguna medida de protección?

—Me parece que no.

—Entonces… —Hace una pausa—. ¿Qué opciones tenemos? No estoy defendiendo a nadie. Pero necesito ser capaz de responder a esa pregunta.

—Bueno, si la encontramos…

Griffiths también hace una pausa, para enfatizar que localizar a Pryce podría no ser tan fácil, especialmente si el peor de los escenarios es cierto y esta operación ha sido orquestada por una

entidad extranjera. En este momento, Pryce ya podría estar sana y salva en un jet privado rumbo a Moscú.

—… entonces podríamos hacerla desaparecer en algún lugar de España. O podrían encontrarla muerta en Lisboa. O podría irse a los Estados Unidos y suicidarse poco después. Todos esos escenarios serían plausibles, dados los sucesos recientes. Pero se lo repito: el daño ya está hecho. Donde hay un periodista, habrá más.

—¿Periodistas? —Farragut resopla.

Griffiths sabe que, por supuesto, el director tiene razón: una investigación periodística ya no significa tanto como antes. La gente ahora cree lo que quiere creer y acude a los medios solo para asegurarse de que tiene razón, no para enterarse de lo contrario.

—Pero el hecho existe, de todas maneras —dice ella—. Y, en algún momento, alguien lo averiguará. Deshacerse de Pryce no resuelve ese problema.

Farragut hace otra larga pausa antes de preguntar:

—¿De verdad?

Tiene razón de nuevo. De hecho, matar a Ariel Pryce sí podría resolver el problema.

—¿Está segura, Griffiths?

Son poco más de las cuatro de la mañana cuando Wagstaff dibuja la última línea azul en la última lista. Ya ha descartado al noventa y nueve por ciento de estos hombres. En el lado derecho de la tabla, solo queda una docena de nombres del Gobierno actual que no están tachados; en el lado izquierdo, el doble de nombres neoyorquinos de hace una década y media. Esto se ha convertido en un universo de posibilidades satisfactoriamente pequeño.

Wagstaff se recuerda que esta estrategia todavía es una posibilidad remota. Lo sabía cuando empezó, lo sabía mientras trabajaba, lo sabe ahora que ha terminado: este no es un método fiable para identificar al perpetrador de un crimen.

Pero eso no significa que no vaya a funcionar.

Wagstaff lee todos los nombres que no ha tachado y luego hace una segunda pasada rápida. Siente que se le acelera el pulso, y no es por la cocaína.

Solo hay cuatro nombres que aparecen en ambos lados de la mesa. Uno de ellos es imposible de ignorar.

CAPÍTULO 42

Día 3. 4:51 a. m.

Todavía no ha salido el sol, pero en el aeropuerto de Sevilla ya hay movimiento, como en todos los aeropuertos una hora antes del amanecer: hay pasajeros que viajan por negocios, vestidos de traje y corbata; viajeros de larga distancia a punto de abordar el primer tramo de su recorrido; la basura que dejaron los que perdieron su conexión anoche, y la gente que llega demasiado temprano a todas partes. Todos vibran con una energía nerviosa mal dirigida.

—¿Estás seguro? —pregunta Ariel.

—Sí —responde John—. Es mucho mejor así. De lo contrario, seríamos dos estadounidenses que viajan juntos sin equipaje, y yo con la cara hecha polvo. Aunque la policía no nos estuviera buscando, pareceríamos sospechosos. ¿Por qué arriesgarnos?

"Tiene razón", piensa Ariel. Pero su cerebro parece haber dejado de funcionar correctamente después de trabajar a marchas forzadas durante tanto tiempo.

—No sé.

—Sí. Confía en mí.

—Vale. —Ariel asiente, pero de repente siente pánico—. ¿Te veré en casa? —La frase le sale más parecida a una pregunta de lo que ella pretendía.

John sonríe.

—Por supuesto.

Ariel se vuelve para alejarse, pero siente un tirón en el brazo.

—Oye —le dice él.

—¿Sí? —Ella se vuelve a medias y lo mira a los ojos.

—Te quiero.

Ariel le sostiene la mirada. Su relación ha sido una escalada continua de confianza, así son las relaciones de pareja, y este es el apogeo, ¿no es así?

—Lo sabes, ¿no? —insiste John.

Ariel siente un nudo en la garganta. Espera que su miedo sea completamente irracional, causado por la extraña situación. Pero ha aprendido a confiar en sus miedos repentinos, en todos ellos.

—Sí —responde—. Yo también te quiero.

No hay vuelos directos transatlánticos. El objetivo de Ariel es tomar el vuelo más temprano y con la escala más breve que pueda conseguir y que cruce el Atlántico.

Las uñas de la vendedora repiquetean sobre el teclado y ella mira alternativamente la pantalla y el pasaporte; presiona una tecla y espera, presiona otra y espera, y ¿por qué tarda tanto, por Dios?

La empleada recita una andanada de frases en español.

—Lo siento —dice Ariel—. No hablo español. ¿Habla inglés?

—La primera conexión posible es en Amsterdam, pero es una escala muy breve y podría perder el vuelo siguiente, lo que significarían otras cuatro horas de espera allí. La otra posibilidad es Bruselas, que es una escala más larga, pero mucho más segura. ¿Cuál prefiere?

Ariel siente que ya ha tomado tantas decisiones difíciles, ha mantenido su ingenio a través de tantos pasos individuales que ya no le queda ninguna capacidad de decidir.

—¿Señora? —La empleada señala la fila de clientes impacientes, que crece—. ¿Por favor?

—La conexión más segura.

—¿Bruselas?

¿Era eso lo que había dicho la empleada? ¿Qué importa?

—Sí.

Clics y más clics y gestos ceñudos.

—¿El asiento del medio está bien?

Después de otra noche casi sin dormir, esta vez en la casa vacía de una amiga, Ariel llamó a un taxi temprano el lunes por la mañana, antes de que tuviera la oportunidad de cambiar de opinión.

—¿Adónde?

—A la comisaría.

Se sentó en la parte trasera del taxi y pensó en las respuestas que daría a las inevitables preguntas que no quería recibir, hoy, mañana o en el futuro, en las declaraciones y vistas en los tribunales, frente a grandes filas de micrófonos y cámaras.

¿Cuántas veces dijo que no? Como diez. ¿Pero no debería haber sido suficiente una? ¿No debería haber sido suficiente cero?

¿Cuánto alcohol consumió? Menos de una copa. Pero tengo curiosidad: ¿cuántas copas hacen que esté bien violarme?

¿Cómo de corto era su vestido? Corto.

¿Llevaba sujetador? No.

¿Siempre usa ropa tan provocativa? Es el tipo de ropa que toda mujer usa para una fiesta de verano en una noche calurosa.

¿Se le notaban los pezones? Probablemente.

¿Cuántas parejas sexuales ha tenido? ¿Se refiere a parejas consentidas? Eso no tiene importancia. Solo este me violó, aunque algunos otros lo han intentado.

—Hola —saluda Jefferson—. Tengo algo: Pryce acaba de comprar un billete en el aeropuerto de Sevilla. Un vuelo a Nueva York con conexión en Bruselas y salida en poco menos de dos horas.

—¿Sevilla? —Nicole Griffiths configura el temporizador en su teléfono, presiona inicio y se pone de pie—. ¿Y el marido?

—Todavía no hay registros. ¿Tenemos a alguien en Sevilla?

—Creo que no —dice Griffiths mientras ambas marchan por el silencioso pasillo; a esta hora tienen la embajada para ellas solas—. Nadie que pueda hacerse cargo de esto.

Griffiths llama fuerte a una puerta y espera un par de segundos antes de abrirla para ver a Antonucci frotarse los ojos, aún acostado. Su rostro magullado tiene aún peor aspecto después de otra noche de hinchazón.

—Nos vamos a España —dice Griffiths.

—¿Me da cinco minutos?

—Te doy uno.

—¿Charlie Wolfe? —El policía miró a Ariel con los ojos entrecerrados—. ¿Ese Charlie Wolfe?

Ya había tenido un mal comienzo.

—Así es.

—¿Me está diciendo que Charlie Wolfe… eh… la agredió sexualmente?

En ese momento, Charlie aún no era famoso, no en el sentido del New York Times, o de la revista People. Pero sí en el sentido de la revista Hamptons, y estaban en los Hamptons.

—Sí.

—¿En su fiesta? ¿El sábado por la noche?

—Correcto.

—Teníamos a alguien allí… Creo que fue Flintie.

—¿Quiere decir que un oficial de policía estaba presente en esa fiesta donde fui agredida?

—Bueno, no en la fiesta. Pero para eventos como el del señor Wolfe, con las celebridades, los peces gordos, asignamos a alguien para vigilar la zona. No en el camino de entrada, porque podría alarmar a los invitados, ya sabe, sino en un lugar cercano, para disuadir a los alborotadores. O para intervenir en cualquier problema que no esté, eh, disuadido.

—Entiendo. Bueno, el alborotador del sábado por la noche fue el anfitrión y el problema fue la violación, y la presencia de Flintie no lo disuadió.

El oficial Pulaski miró fijamente a Ariel, luego soltó el aire larga y lentamente, tratando de decidir cómo responderle. Lo que se le ocurrió fue:

—Oh, caramba.

Ariel había pedido ver a una mujer policía, pero aparentemente no había nadie en el turno que pudiera haberle tomado declaración.

—¿Está segura?

—¿Si estoy segura de qué? ¿De que me violó?

—De que la relación sexual no fue, eh, consentida.

—Muy segura.

—¿Y está segura también de que fue el señor Wolfe?

—Absolutamente.

—¿Lo conoce?

—Lo conozco desde hace años, lo he visto en decenas de ocasiones.

Él es socio de mi marido.

—Oh, caramba. —Pulaski sacudía la cabeza mientras escribía. Luego dejó la pluma, respiró hondo y volvió a mirar a Ariel—. Antes de dar otro paso, necesito preguntarle algo.

—¿Sí?

—¿Está segura de que quiere hacerlo?

Por supuesto que Ariel no quería hacerlo, por muchas razones, y esa era una de ellas: no quería enfrentarse a un hombre tras otro, hombres con autoridad que se mostrarían escépticos ante su denuncia, escépticos de que no hubiera sido una relación consentida, escépticos de que se hubiera tratado de sexo, escépticos de que fuera Charlie el violador. Ariel no quería contaminar el estanque en el que nadaba, un estanque en el que Charlie era uno de los peces más grandes. No quería enemistarse con los amigos de Charlie, sus mujeres, las personas a las que tenía que ver día tras día, el silencio cada vez que ella entrase en una habitación, las cabezas que se girarían a mirarla, los susurros. Ya se sentía como una extranjera, mordisqueando los bordes de la alta sociedad; su estatus no sobreviviría a esto. Sería condenada al ostracismo.

Así que no, no quería hacerlo. Pero ¿no hacer nada era una buena opción?

Ariel no sabía qué iba a hacer con su marido, con toda su vida, no sabía qué tipo de persona iba a ser ni qué tipo de persona no iba a ser. Pero sí sabía que, si alguna vez había alguna esperanza de enjuiciar a Charlie Wolfe, en cualquier momento, era necesario hacer la denuncia ese día y someterse al kit de violación para preservar las pruebas físicas: las de su propio cuerpo, las del de Charlie.

Ella no era ajena a las estadísticas. Sabía que, en el mismo momento en que Charlie Wolfe la agredía, se estaba cometiendo el mismo crimen violento contra cientos o miles de otras mujeres en todo el territorio de los Estados Unidos: mujeres de quince años y de cincuenta, mujeres blancas y negras, mujeres ricas y pobres, mujeres heterosexuales y homosexuales y mujeres que no están

seguras de qué son, mujeres borrachas y sobrias, mujeres que habían fumado marihuana y mujeres a las que les habían puesto una droga en su bebida, mujeres en fiestas de fraternidades, en casas, en piscinas y fiestas de cumpleaños, mujeres en futones, en sofás de dos plazas y en asientos traseros de coches Honda Accord en todo el país. Más de trescientas mil mujeres estadounidenses son violadas cada año, más que el total de soldados estadounidenses muertos desde el final de la Segunda Guerra Mundial: en Corea, Vietnam, Afganistán, Irak, en la suma de todos los conflictos armados juntos. Una guerra para siempre, y estas son las bajas. Ariel era una de ellas.

Alguien tenía que hacer algo al respecto. De hecho, todos tenían que hacer algo al respecto.

—No —dijo Ariel—. Sin duda, no quiero hacer esto. Pero tengo que hacerlo, ¿no?

—¿Ese es el vestido que llevaba puesto? —le preguntó la enfermera a Ariel, que había tenido la presencia de ánimo de llevar la ropa que había usado el sábado por la noche. El vestido estaba bien enrollado dentro de una bolsa con cierre zip, donde parecía diminuto; podría parecer un pañuelo. Sus bragas, no mucho más grandes que los cordeles de un par de zapatos.

—¿Algo más?

Ella negó con la cabeza.

—Hacía calor.

—Los hombres no violan a las mujeres por la ropa que lleven —dijo la enfermera—. No necesita justificarse.

Ariel asintió.

—No conmigo —agregó la enfermera. Ariel entendió exactamente lo que quería decir.

—¿Ha tenido sexo consentido en las últimas setenta y dos horas?

¿Setenta y dos? Era lunes por la mañana, así que setenta y dos

horas antes fue… ¿cuándo? El viernes por la mañana. Así que el viernes por la noche se contaba dentro de ese margen de tiempo.

—Sí.

Ariel notó la pausa que hizo la enfermera; el bolígrafo flotó un instante sobre el papel antes de moverse a otro lugar de la hoja. No había dado la respuesta correcta.

—Antibióticos, en caso de enfermedad de transmisión sexual.

El examen forense de agresión sexual finalmente estaba llegando a su fin. Hubo hisopos y tintes, análisis de sangre y orina, examen vaginal y rectal, fluidos y tejidos. El examen parecía eterno, pinchazos y sondas, instrumentos fríos y duros y evaluaciones frías y desapasionadas. La humillación subía y bajaba y subía de nuevo; Ariel informaba y luego esperaba y luego repetía su historia, describía sus heridas físicas y psicológicas, sus movimientos, sus acciones.

No había esperado que esto fuese un trauma de todo el día, de una intrusión tras otra. Pero en realidad no había sabido qué esperar; vivir un día así no es algo en lo que piensas hasta que lo experimentas, no es una experiencia sobre la que te sientes a pensar.

—Y esta es una píldora del día después.

—Oh —dijo Ariel, sorprendida. Quería negarse, pero le preocupaba que impresión daría eso. No quería dar más respuestas incorrectas —. Oh —dijo de nuevo; aceptó la píldora y comenzó a planear cómo deshacerse de ella.

Ariel no se había sentido bien con nada de lo ocurrido: ni con las preguntas del policía, ni con las de la enfermera, ni con sus propias respuestas. Cada lado tiene una historia: dijo él, dijo ella, pero los juicios penales dependen de las pruebas. ¿Había pruebas que apoyaran su historia?

Sintió que se avecinaba un ataque de pánico y trató de respirar profundamente para controlar su cuerpo. Algo que crees que es

totalmente tuyo y que puedes controlar, y das por sentado que todas las opciones dependen de ti, pero luego te das cuenta de que estás equivocada. Las elecciones no son tuyas. El control tampoco.

Mira a su alrededor en el área de seguridad del aeropuerto y no ve a John por ninguna parte. Tal vez haya hecho la fila en un mostrador diferente, o haya comprado un asiento en un vuelo diferente, tal vez haya pasado por un puesto de control diferente. Es posible que todavía esté negociando opciones de billetes con un agente de viajes, o que ya esté apresurándose para tomar el vuelo de Amsterdam. Ariel no lo sabe y no tiene forma de comunicarse con él. Silencio radiofónico.

John tenía razón: se sentía desnuda en esta línea de seguridad sin ningún equipaje, ni siquiera un bolso. No mira su teléfono, porque no tiene, ni auriculares alrededor del cuello. Ni siquiera un libro de bolsillo en la mano. Ni siquiera un periódico.

Ariel siente la mirada del guardia de seguridad que la observa de arriba abajo, notando todas las cosas que le faltan. Le hace señas para que avance y ella le entrega sus documentos, que el oficial examina cuidadosamente. Inserta el pasaporte en un escáner. Le da la vuelta a su tarjeta de embarque, luego la mira.

—¿No tiene equipaje?

Ariel niega con la cabeza. No confía en sí misma para hablar.

—¿Por qué?

—Me lo han robado.

—Lo siento mucho. ¿Dónde sucedió?

—En el guardarropa de nuestro hotel.

—¿Nuestro hotel?

Mierda. Eso ha sido un error.

El guardia mira más allá de Ariel a los otros viajeros que esperan.

—¿Viaja con alguien?

—No.

¿Debería explicarle lo de su marido? No, no debería atascarse en ninguna explicación.

—No —dice ella de nuevo.

—¿Ha denunciado el robo a la policía? —Ella niega con la cabeza.

—Es muy importante denunciar los delitos para que queden registrados.

—Sí estoy de acuerdo, pero no quería perder el tiempo.

Ariel siente la mirada dubitativa de este hombre sobre ella, y luego él vuelve a su teclado, su monitor. A veces los hombres dudan de una mujer simplemente porque son imbéciles sexistas. A veces, sin embargo, es porque la mujer miente de manera descarada.

—He tenido un viaje muy malo —explica ella—. Solo quiero que termine.

El hombre la mira y asiente, pero no parece estar de acuerdo. De repente, aparecen dos policías de pie a su lado, con sus chalecos antibalas y rifles tácticos atados al pecho.

—¿Senhora?

Después del hospital, Ariel regresó a la casa vacía de su amiga Jenny. Inmediatamente se desmoronó y permaneció así durante días, casi sin comer, durmiendo todo el tiempo, pero nunca profundamente ni descansando, enfadada con todo, incluida ella misma.

Luego llegó el fin de semana. Jenny regresaría con su adorado marido y sus ruidosos niños pequeños. “Eres bienvenida a quedarte, hay mucho sitio”, le había dicho. Pero Ariel no podía soportar la idea de estar con otras personas. Así que cerró la casa, devolvió la llave a su escondite en la jardinera y cogió un taxi hasta la estación de trenes que iban a la ciudad. Se registró en un hotel y, luego,

vació rápidamente la cuenta corriente conjunta antes de que Bucky pudiera considerar cancelarle el acceso. Quién sabía cómo iba a responder él a su huida, a su silencio, a su negativa a atender sus llamadas. Tendría que hablar con él tarde o temprano, pero aún no podía soportarlo.

Ariel sabía que ese pequeño montón de efectivo no iba a durar para siempre. Todavía tendría que encontrar un nuevo lugar para vivir y amueblarlo; incluso si eran muebles de segunda mano y de ventas de garaje, no serían gratis. Comida, servicios públicos, tendría que comprar un coche, echarle gasolina, una cosa tras otra; los gastos se acumularían rápidamente, de manera abrumadora, y la transición de Ariel de ama de casa rica a soltera, desempleada y sin un centavo sería muy corto. En el horizonte cercano, se avecinaban todo tipo de nuevos gastos. Y durarían décadas.

Necesitaba un plan.

Para los habitantes diurnos de una ciudad, el ecosistema nocturno de restaurantes y bares puede ser irreconocible, toda una escena de empleados de la industria de servicios más los borrachos y estafadores y traficantes de drogas y alborotadores, que salen cuando los ciudadanos respetables se van a casa.

Son las once de la noche cuando Perséfone entra en el Sprit, bautizado así por los propietarios en referencia a una parte de un barco, con la esperanza de atraer a la multitud de navegantes. Funcionó.

Perséfone besa a la anfitriona en la mejilla.

—Hola, Lea. ¿Cómo está tu padre?

—Está mejor, gracias por preguntar.

Perséfone asiente con la cabeza a Suze, quien pregunta: "¿Lo de siempre?" mientras sirve una pinta para otra persona. Casi todos los asientos del bar están ocupados. Para la comida y la cena, el Sprit es el único establecimiento de alta cocina del pueblo: productos locales, orgánicos, artesanales, para pocos comensales, todo el bla, bla, bla que seduce a los que llegan los fines de semana, a los

amantes de la comida, a los tipos barbudos que agitan cuidadosamente sus vasos de vinos biodinámicos, a los blogueros gastronómicos que publican sus platos para Instagram y opinan con muchos “ooh” y “aah”, ¿sobre qué? Sobre caldo de guisantes.

—Hola —dice Perséfone, y ocupa el asiento guardado por el bolso de imitación Coach de Kirsten, comprado en Canal Street. Habían ido juntas a la ciudad para esa expedición de compras.

—¡Hola!

El servicio de cenas termina a las once, que es cuando cierran los demás restaurantes del pueblo, al igual que la heladería, la licorería, la pizzería, el bar de almejas y la marisquería del muelle. En quince kilómetros a la redonda, casi todo cierra al mismo tiempo, dejando salir al mundo a toda una población (cocineros y camareros, recepcionistas y bármanes, ayudantes de camareros y lavaplatos) con las propinas de la noche en sus bolsillos, muchas cosas por las que desahogarse y hábitos autodestructivos que alimentar. Alguien tiene que acoger a todas estas personas; alguien tiene que recibir su dinero.

Esa es la verdadera fuente del reciente éxito financiero de Sprit. No es la ensalada de remolacha tradicional con queso de cabra de granja que aparece en la portada de la revista local de estilo de vida. Es esta pinta de IPA y el trago de whisky que Suze deja caer frente a Perséfone, y los cientos de otras bebidas que se servirán en las horas entre la partida del último jubilado con zapatos náuticos y el último pedido, con cestas de patatas fritas y hamburguesas con queso y alitas de pollo, mientras que Greg, que hace una década era el capitán defensor del equipo de fútbol americano del condado, vende pastillas sueltas, paquetes de heroína y, de vez en cuando, un frasquito de crack. Kirsten y Perséfone habían sido coeditoras del anuario, fueron las que prepararon el artículo sobre Greg. Ahora míralo, escabulléndose hacia el baño. Ahora míralas a ellas.

—¿Y? —dice Kirsten—. Me estoy muriendo de la curiosidad.

Perséfone sostiene el whisky frente a su cara y luego se lo bebe.

—Bueno. Pero en serio: de ninguna manera debe saberse que yo te

lo he contado. Tienes que prometérmelo, K. Es muy importante.

—Lo prometo.

Perséfone mete la mano en el bolsillo trasero mientras mira a los otros clientes. Como de costumbre, Jerry, el abogado, está mirando fijamente un vaso lleno.

—Cuando reacciones, no lo hagas demasiado fuerte. —Perséfone señala con la cabeza en dirección al abogado y luego le entrega los papeles doblados a su vieja amiga.

Jugaron fútbol juntas en la escuela primaria, se unieron a la revista literaria del bachillerato, publicaron el periódico escolar. Ambas fueron a la universidad y a la escuela de posgrado para convertirse en intelectuales literarias; ambas se escabulleron de regreso a casa, pisando las aguas profundas de la semiadultez.

—¿Qué es esto?

—Es un informe policial.

—Sí, ya lo veo. ¿Pero quién es esta Laurel Turner?

—Ese, amiga mía, es el nombre de la persona que ahora se conoce como Ariel Pryce.

Kirsten abre la boca. Pasa una página, vuelve atrás.

—Esto ¿es una denuncia de agresión sexual de hace catorce años? —dice, en voz más baja.

Perséfone asiente.

—Y su hijo tiene… ¿cuántos años?

—Lo mismo.

—Oh, Dios mío.

—Pero eso no es todo. De hecho, esa ni siquiera es la bomba.

Kirsten pasa las páginas, menea la cabeza, pero aún no lo ve.

—Allí —dice Perséfone, y señala—: ese es el nombre del presunto agresor.

—¿Qué hostias…? ¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio.

—Vaya puta mierda.

CAPÍTULO 43

Día 3. 5:43 a. m.

Por más que se esfuerce, Ariel no sabe qué decirles a los policías aeroportuarios españoles. Su historia es demasiado extravagante para siquiera comenzar a explicarla, pero parece que no se le ocurre ninguna alternativa. Le preocupa que esta falta de imaginación signifique que su mente ha dejado de funcionar. Demasiado estrés, demasiado miedo, poco sueño.

—Esto les va a parecer una locura —comienza, dirigiéndose al policía que parece estar a cargo. Aunque tal vez solo sea el que sabe inglés—. El lunes por la mañana, durante un viaje de negocios en Lisboa, secuestraron a mi marido. Hice la denuncia ante la policía de Lisboa y la embajada estadounidense, pero ninguno de ellos pudo hacer nada. Logré obtener el rescate de una persona que conozco en los Estados Unidos, y ayer por la noche les di el dinero en efectivo a los secuestradores, que liberaron a mi marido. Regresamos inmediatamente a nuestro hotel para declarar ante la policía, pero nos sentíamos muy inseguros en Lisboa; especialmente, no confiábamos en la policía, que, por lo que sabíamos, tuvo que ver con el secuestro.

—Esa es una acusación muy grave.

—No es una acusación. Es una preocupación. Tal vez no sea una preocupación racional, pero habíamos pasado por una experiencia profundamente traumática, y quizá no estábamos… no estamos pensando con claridad. La verdad, solo queríamos salir de Lisboa y volver a los Estados Unidos. Así que anoche dejamos el hotel. No nos llevamos nuestro equipaje porque no queríamos que nadie que pudiera estar observándonos supiera que nos íbamos.

—¿Alguien que podría estar observándolos? ¿Cómo quién, por ejemplo?

—Como quienes secuestraron a mi marido.

—¿Por qué le mintió al oficial de seguridad y le dijo que le habían robado el equipaje, señora?

—Porque, como acaba de escuchar, contarle la verdad habría sido complicado y yo quería que el trámite fuese sencillo.

—¿Por qué no está su marido con usted?

—Decidimos que era más seguro viajar por separado, para asegurarme de que uno de nosotros, al menos, llegara a salvo a casa con mi hijo.

—¿Dónde está su marido ahora?

—No lo sé. Iba a comprar un billete en otro vuelo a Nueva York.

—¿Aquí? ¿En el aeropuerto de Sevilla? ¿En qué aerolínea?

—No lo sé.

—Por favor, escriba el nombre de su marido y su fecha de nacimiento.

Mientras Ariel obedece, el policía portavoz se inclina para susurrarle algo al otro policía, quien asiente con la cabeza, le quita el papel a Ariel y sale de la habitación. El interrogador sigue intentando asimilar la dudosa historia de Ariel y no parece que haya llegado a una conclusión.

—Si hablamos con la policía de Lisboa, ¿nos contarán la misma historia?

—Seguramente sí, excepto que no saben que desconfiamos de ellos, por supuesto. —Ariel abre su bolso, extrae un pequeño montón de tarjetas y las revuelve—. Aquí tiene.

Pone la tarjeta de Moniz sobre la mesa, luego la de Santos.

—Estos son los detectives que investigan el caso. Nos entrevistaron a mí y a mi marido anoche. Llame a cualquiera de ellos ahora

mismo para que podamos aclarar esto. Tengo que coger mi vuelo.

Unas semanas después de su regreso a la ciudad, Ariel salió del hotel donde había estado viviendo, en el Upper East Side, hacia la humedad asfixiante de la tarde de agosto en Nueva York, el pavimento reluciente, el sofocante esmog de los escapes de los coches, las ráfagas de frío sorpresivas cuando se abrían las puertas de las tiendas y derramaban sobre Madison Avenue el aire acondicionado, junto con mujeres que cargaban bolsas de compras llenas de lencería o trajes de baño, maquillaje o gafas de sol. Ese trabajo femenino nunca termina.

Ariel llegó temprano. Quería darse tiempo para aclarar sus pensamientos. Eligió un extremo de la barra larga y pulida, sobre la cual había velas votivas y ramilletes de rosas de té en pequeños jarrones, y se sentó en uno de los taburetes de cuero suave de color chocolate; la música era un tintineo discreto de jazz irreprochable. La bebida que pedía habitualmente era un delicioso premier cru Montrachet de veintiocho dólares la copa, pero esa vez pidió agua con gas. Las pequeñas burbujas estallaron en su lengua y un poco en sus fosas nasales, sintió la cosquilleante acidez de la cáscara de limón que flotaba en el vaso.

Sus sentidos se habían agudizado, su poder de observación era sagaz. Se sentía como una científica que estudia su medioambiente. Se estudiaba a sí misma.

Una década y media después, algunas partes de aquel período de su vida se han vuelto vagas: a quién veía, cómo pasaba sus días, las sesiones de terapia, los abogados, cómo colapsaba su existencia a su alrededor; todo está borroso. Pero sí recuerda claramente aquella tarde. Recuerda haber ensayado docenas de veces lo que haría a continuación, preparándose para un nivel de negociación completamente diferente al que había experimentado antes, las irrelevancias de regatear con agentes inmobiliarios, ofertas de trabajo o mercadillos callejeros: todas insignificantes en comparación.

Ariel optó por no mirar hacia la puerta principal. No quería que la vieran esperándolo; no quería que percibiesen su ansiedad. ¿A quién quería engañar?

Desde donde estaba sentada, Ariel veía el reflejo de la entrada en el espejo que estaba detrás de la barra. Así que lo vio llegar, saludar con la cabeza a la recepcionista y pasar junto al maître como si fuera el dueño del lugar, con la sonrisa confiada de un hombre que lo tenía todo, la versión adulta de un niño a quien le habían prometido cualquier cosa, una persona a la que le habían dicho una y otra vez, toda su vida, que podía tener lo que quisiera y hacer lo que quisiera.

Tal vez su comportamiento no debería haberla sorprendido. Tal vez era previsible. Tal vez, de hecho, era inevitable.

Charlie no sabía cómo saludarla. Antes, él la habría besado en la mejilla, le había tocado el brazo o el codo, o incluso la parte baja de la espalda cuando pensó que podía salirse con la suya. Era así de sobón. Pero ahora no se atrevería.

Tomó asiento junto a Ariel, que retrocedió para evitar tocarlo; una reacción involuntaria.

El camarero se acercó al instante. Charlie Wolfe era un hombre que rara vez esperaba por nada.

—¿Qué puedo traerle esta noche, señor Wolfe?

Charlie esperó un segundo más antes de responder, una micropausa, el pequeño juego de poder de hacer esperar a su interlocutor, aunque sea por un segundo, como una forma de afirmar su dominio. Este era el tipo de imbécil que era, y que es, Charlie Wolfe.

—Una copa de Barolo, por favor, Danny. Ya sabes cuál me gusta.

Ariel entendió que ese vino no figuraba en el menú ni se servía por copas, a menos que fueses un hombre como Charlie, un hombre que se empeñaba en pedir, en exigir, cosas que otras personas no podían tener y que ni se les ocurriría pedir. De eso se trataba, ¿no? A Charlie le importaba un carajo el Barolo. Solo quería exigir algo caro, exclusivo, algo que demostrara lo importante que era él.

—Cómo no, señor Wolfe.

Ariel todavía no había mirado en su dirección, pero sintió que él se

volvía hacia ella, expectante pero silencioso.

—No quiero que esto nos lleve más tiempo del necesario —dijo mirando de frente a la serie de botellas apoyadas en el espejo que reflejaba el gran comedor con todos esos asientos vacíos, sin testigos.

—Bueno. —La entonación de Charlie sugería muchas cosas: duda, hostilidad, condescendencia.

—Así que iré al grano.

Quería ver su rostro cuando dijera lo siguiente, así que se giró hacia él y se le revolvió el estómago; casi no pudo evitar las arcadas. Era la primera vez que Ariel veía a Charlie desde que él la había violado y, sin importar lo que se dijera a sí misma sobre su autocontrol, su ventaja, la seguridad de estar en un espacio público, su cuerpo le decía lo contrario.

Se había preparado para que este encuentro fuera difícil hasta límites que no era capaz de imaginar; al parecer, ya había alcanzado uno de esos límites.

Ariel apretó la mandíbula, se tragó las náuseas y siguió adelante.

—Estoy embarazada.

Charlie no abrió la boca, no levantó las cejas, no reaccionó de ninguna manera. Fue impresionante, de verdad. Ella casi admiró su autocontrol. Casi. Pero lo que en realidad sentía era repugnancia; repugnancia y una especie de envidia horrible. Él sí podía controlar su propio cuerpo; incluso podía controlar el de ella. Ella no podía.

Luchó contra otra oleada de náuseas.

El camarero colocó un mantel individual de lino frente a Charlie, y encima un vaso cuya boca era del tamaño de una pelota de béisbol. Danny mostró la etiqueta de la botella para Charlie la aprobara; luego, vertió lentamente dos dedos del vino, de un púrpura profundo y viscoso, como la sangre de una presa grande que ha sido cazada, destripada, disecada y presentada con una floritura y una profunda reverencia al cazador engreído. Danny limpió la boca de

la botella con un paño y comenzó a retirarse, poniendo fin a su espectáculo de sumisión.

—Gracias, Danny. —Charlie se volvió hacia ella—. ¿Y crees que es mío?

—No —dijo Ariel—. Lo sé.

Charlie volvió a optar por no responder. En cambio, tomó un sorbo de vino y volvió a colocar la copa con cuidado sobre el mantel. Parecía que estaba contemplando el Barolo para puntuarlo con un 93 o un 94. Tanta compostura era falsa, tenía que serlo. Ariel estaba segura de que esa persona no podía estar tan tranquila ante esta situación. Nadie podía.

¿Qué lo haría más despreciable? ¿Qué demostrara verdadero aplomo o que lo fingiera? Tal vez no había ninguna diferencia. Ella ya lo odiaba al máximo nivel posible.

—¿Cómo? —preguntó Charlie.

—¿Cómo qué?

—¿Cómo lo sabes?

—¿No entiendes cómo funciona la reproducción humana?

—¿Cómo sabes que soy el…? —Parecía incapaz de terminar la pregunta, reacio.

—¿Nadie te explicó eso en la clase de biología? ¿O tal vez tu padre? —preguntó ella.

Charlie asintió. Ariel entendió el gesto, no era un asentimiento para expresar acuerdo, sino otra cosa: la aceptación del desacuerdo, del antagonismo.

—Está bien, vale —dijo todavía asintiendo—. Te lo diré a quemarropa: no te creo.

—¿No me crees? —De repente ya no tuvo más náuseas. Ahora sintió que su cuerpo se enfurecía—. Oh, me importa una puta mierda si

me crees o no. Esa es la belleza de la ciencia, ¿verdad? No es una cuestión de fe.

Levantó su vaso, bebió un sorbo de agua y dejó que Charlie reflexionara. Había mucho ADN recuperable e identificable flotando por el mundo: en copas de vino y cepillos de dientes, peines y lavabos, en el contenido de los kits de violación, los hisopos vaginales, el semen. Ella no necesitaba explicarle nada de eso, y ambos lo sabían.

A menudo, Charlie se jactaba de su amplia experiencia en negociación. Había estudiado tácticas, guionizado conversaciones, practicado frente al espejo; siempre estaba preparado para esperar con paciencia, para tirarle de la lengua a su oponente, para atacar primero, para hacer lo que fuera necesario, lo que mejor funcionara, y a veces lo que funcionaba era ir directamente al grano. Eso fue lo que decidió hacer en ese momento:

—¿Qué quieres?

Cuando te des cuenta de que no puedes ganar, no pelees.

—Quiero que vayas a la cárcel.

Charlie inspiró lentamente por la nariz, tal vez a punto de perder la compostura que conservaba con tanta meticulosidad. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera oírlo. Eran poco más de las cinco de la tarde, demasiado temprano para que hubiera una muchedumbre, pero este restaurante estaba en su barrio y nunca se sabía quién podía estar cerca. Sería fácil hacerse notar y la posibilidad lo incomodaría. Exactamente por esa razón, Ariel había elegido ese lugar, para aprovechar cualquier ventaja.

—Entonces, ¿por qué me cuentas esto? ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Porque quería verte la cara cuando supieras que tu vida había terminado. —Ariel cogió su bolso de la barra—. Lamentablemente, no ha valido la pena. Paga mi bebida.

Levantó los pies de la barandilla de latón, los apoyó en el suelo de

mármol y se levantó del taburete.

Fue entonces cuando él dijo:

—Espera.

Ariel observa al segundo policía regresar a la habitación e intercambiar algunas palabras rápidas en español con su colega, quien luego dice:

—Señora, no nos atiende nadie de la policía de Lisboa.

—Bueno, son las seis de la mañana.

Los policías no dicen nada.

—Escuchad, ¿qué delito creéis que he cometido?

—No creo que haya cometido ningún delito. Pero usted es una viajera inusual. Una persona que le mintió a la policía y cuenta una historia que es difícil de creer.

—Exactamente. ¿No le parece que un delincuente habría inventado una historia mejor?

El policía sonríe con indulgencia, como si se enfrentara a un niño que ofrece una excusa extravagante por una lámpara rota. Ariel casi puede ver su pensamiento: "No, no si eres idiota".

—Cree que soy idiota, ¿no? Cree que soy una delincuente idiota.

—Por favor, no creo que sea idiota ni que sea una delincuente. Pero estoy seguro de que comprenderá por qué debemos verificar una historia tan poco probable como la suya.

Griffiths mira por la ventanilla del helicóptero el amanecer sobre la península ibérica.

—¿Horario estimado de llegada actualizado?

—Toca tierra a las 06.55 —responde el piloto.

—¿Dónde? ¿A qué distancia de la terminal de pasajeros?

—Alrededor de un kilómetro.

—¿Tenemos a alguien en tierra con un vehículo?

—¿Me está preguntando a mí? —dice el piloto.

—No —salta Jefferson.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar desde el área de aterrizaje a la terminal?

—¿Corriendo?

Antonucci gime. No piensa correr un maldito kilómetro.

—Mierda —dice Griffiths—. ¿Y el vuelo de Pryce embarca a las siete y diez? No lo vamos a lograr.

Trata de planear la cadena de comunicación más corta desde su posición, en ese helicóptero, hasta un agente de puerta de embarque del aeropuerto de Sevilla a las seis y media de la mañana de un día laborable. No es nada corta.

Esto se está convirtiendo en un verdadero grano en el culo.

Pete Wagstaff se siente un hipócrita. Durante años, había insistido en que la digitalización de archivos era una infracción poco ética, inmoral e incluso ilegal de sus derechos como periodista. Recuerda haber discutido apasionadamente: “Ninguno de nosotros estuvo de acuerdo nunca con esto, ni los periodistas ni los fotógrafos ni los columnistas, nunca accedimos a que nuestra condición de empleados habilitara una explotación tan abierta y permanente de los medios”. Esa discusión con la gerencia no le había hecho ningún favor a su carrera.

Pero ahora, gracias a los archivos digitalizados a los que se opuso con tanta vehemencia, Wagstaff descubre que en los meses anteriores a la separación entre Laurel y Bucky Turner, sus vidas fueron documentadas con media docena de fotografías de las páginas de sociedad de tres medios diferentes, con epígrafes en los que se menciona a un total de quince personas. Son muchos testigos potenciales de la precipitada disolución de un matrimonio. Y lo que

es más, gracias de nuevo a la revolución digital, todos y cada uno de esos testigos potenciales se pueden encontrar fácil e instantáneamente, porque todos ellos son figuras públicas de diversos grados de notoriedad, o al menos el tipo de figuras cuyo deseo de ser públicas hace que sean fáciles de encontrar. Wagstaff ya tiene un correo electrónico, un número de teléfono o un perfil público de redes sociales de cada uno.

¿Y esa foto? Es casi demasiado buena para ser verdad. Son seis personas en una fiesta de verano, las mujeres con vestidos livianos, los hombres con trajes de lino color pastel, y el epígrafe dice: "De izquierda a derecha, Buckingham Turner y Sra., Charlie Wolfe y Sra., Slade Wasserman y Sra.".

El nombre de la señora Wasserman es Tory. Su número de teléfono, su dirección de correo electrónico y sus perfiles de redes sociales están aquí, en la página de contacto de su sitio web: "Tory Story: Consultora exclusiva de estilo". Quién sabe qué significa eso. Últimamente, Wagstaff no entiende la mitad de los trabajos que tiene la gente.

Charlie miró a su alrededor en el restaurante casi vacío y, luego, de nuevo a Ariel.

—¿Tu teléfono, por favor?

—¿Qué? ¿Por qué?

Él la fulminó con la mirada. No quería decirlo en voz alta, pero ella entendió por qué preguntaba y sabía que no era ilógico. Apoyó su Nokia en la barra.

—Desbloquéalo, por favor.

Ella lo hizo. Él examinó la pantalla y luego dijo:

—Quítale la batería.

También lo hizo, pero él no estaba satisfecho. Charlie era un adelantado a su tiempo en su paranoia hacia las grabaciones ocultas; ya le preocupaban mucho antes de que se supiera que podían ser motivo de preocupación.

—Danny —Hizo una seña al camarero—. Vamos a sentarnos en esa mesa durante unos minutos. ¿Puedo pedirte que vigiles el bolso de mi amiga?

—Por supuesto —respondió Danny simulando no pensárselo dos veces, aunque por supuesto que lo hizo; tendrías que ser un imbécil para no hacerlo, y los imbéciles no pueden atender la barra en establecimientos como este. Pero los camareros de ese lugar hacían todo lo que pedían los clientes como Charlie Wolfe, porque esta clase de tipos podían hacer que te despidieran. Y lo decían: "Voy a hacer que te despidan". A los hombres como Charlie les encantaba decir esto, incluso más de lo que les gustaba que despidieran a la gente. Era la demostración de poder lo que disfrutaban. El poder era irrelevante si no se exhibía.

Charlie examinó a Ariel, tal vez preguntándose si llevaba un micrófono y qué podía hacer al respecto. Sin duda, no podía pedirle que lo acompañara al baño para comprobarlo.

Ariel cruzó el salón y se sentó en una banqueta, lejos de los otros pocos clientes, lejos del personal, lejos de su bolso, de cualquier dispositivo de grabación que pudiera estar escondido allí.

—¿Qué quieres de verdad?

—¿Qué quiero de verdad?

Ariel fingió confusión, pero ambos sabían lo que ella quería: hacerle daño. Quería que él sufriera; quería verlo sufrir.

—No me vengas con esa mierda. —La voz de Charlie era tranquila, pero a la vez iracunda. Esto era algo en lo que se destacaba—. Sabes lo que te estoy preguntando.

Ariel sabía que no podía apretarle tanto las tuercas como para que Charlie no pudiera aguantarlo y se viera obligado a arriesgar el pellejo en el sistema judicial. Todo el mundo sabe que los veredictos de culpabilidad son esquivos. Los intereses de Ariel y Charlie estaban alineados en ese sentido: ninguno de los dos quería llegar a los tribunales.

—¿Qué quiero? Mmm, a ver: un mínimo de cinco años. Pero espero algo más, como…

—Oh, vete a la mierda.

—Estoy segura, completamente segura, de que una vez que se corra la voz, una vez que esta historia llegue a los periódicos, una vez que la gente comience a cotillear, aquí en este bar, en el Club Colony, en el mostrador de la carnicería…

—Baja la voz.

—Una vez que las mujeres comiencen a reconocer que este dique tiene una grieta, aparecerán otras. Muchas otras.

Charlie entornó los ojos.

—¿Cuánto quieres?

—El dique se romperá, Charlie, y la inundación será catastrófica. Sabes lo que les pasa a los hombres como tú en prisión, ¿verdad? Eres un hombre de mundo, seguro que has oído cosas.

—¿Cuánto quieres?

Ariel había investigado para tratar de estimar el valor neto de Charlie, sus posibles niveles de liquidez, para saber de cuánto efectivo podía disponer sin tener que malvender activos a largo plazo, la cantidad máxima que pagaría para evitar un escándalo altamente dañino y público. La acusación de Ariel no era un "malentendido" juvenil de hacía mucho tiempo que involucraba "tener recuerdos diferentes". No, este espectáculo sería el delito muy reciente de violar a la mujer de su socio comercial. La mujer de su amigo. Una acusación acompañada de recuerdos frescos, testigos, pruebas físicas.

La suma tenía que ser algo a lo que Charlie pudiera acceder sin interrumpir su vida, sin decírselo a su mujer; de lo contrario, no accedería. El número que se le ocurrió a Ariel resultó ser bastante grande.

—Cinco millones de dólares.

—¿Cin…? —Charlie meneó la cabeza—. Estás loca.

—¿Te lo parece?

Ariel observó atentamente cómo sus ojos se movían hacia arriba y hacia un lado, calculando, y luego volvían a mirarla para hacer la contraoferta.

—Dos.

—Por favor.

Ariel apretó la mandíbula, mantuvo el contacto visual. Un segundo se convirtió en dos, en diez, en veinte, y no emitió ningún otro sonido. Como si se hubiera encerrado en un armario para esconderse de un asesino.

Finalmente, él dijo:

—Dos y medio.

Ella sabía que tendría que hacer una gran concesión; de lo contrario, un hombre como Charlie nunca podría tolerarlo, su ego no podría soportar perder una negociación al cien por cien.

—Vamos al grano —dijo—. Tres es mi mínimo. —De hecho, se había preparado para aceptar dos y medio, pero eso había sido antes de que él los ofreciera.

Charlie contrajo el rostro. Ariel necesitó de todo su autocontrol para quedarse sentada en silencio, mirándolo fijamente mientras él la miraba, diez segundos, veinte, tal vez treinta o cuarenta segundos. Perdió la noción del tiempo, solo siguió esperando…

Hasta que ganó.

—Obviamente, firmarás un acuerdo de confidencialidad —dijo Charlie.

Sí, obviamente: la confidencialidad era lo más importante para él, porque la amenaza de la divulgación era la ventaja de ella. En aquel momento de la vida de Ariel, las consecuencias a largo plazo de un

acuerdo como ese parecían irrelevantes. Ella no pensaba más allá de sus necesidades inmediatas, la retribución inmediata, su privacidad contra la de Charlie. No previó un futuro en el que al público pudiera importarle saberlo, en el que la divulgación en sí pudiera convertirse en una prioridad. Ni siquiera se le ocurrió.

Esto había ocurrido mucho antes del caso de Harvey Weinstein, por supuesto, antes del #MeToo. Las expectativas de las consecuencias eran mucho más débiles catorce años atrás; era otra época. Las esperanzas de obtener apoyo eran mucho más escasas; las metas de Ariel eran limitadas. Esta confrontación era solo entre ellos dos, no era un asunto político, ni un tema de importancia nacional.

Así que ella asintió con la cabeza en señal de aceptación, y Charlie inmediatamente llamó al camarero mientras buscaba su cartera en el bolsillo.

—Gracias —dijo Charlie cuando Danny se acercó—. Debo irme rápido. Esto también es por la consumición de la dama.

La dama.

—Por supuesto, señor Wolfe. Le traeré el cambio enseguida.

—No, está bien, Danny, quédatelo. Gracias.

Todo un santo.

—Gracias a usted, señor Wolfe.

Ariel no necesitaba mirar para saber que era un billete de cien dólares. Charlie iba especialmente a los bancos para retirar billetes de cien; en aquella época no se podían retirar de los cajeros automáticos. Ariel lo sabía porque Bucky hacía lo mismo. Los dos hombres se parecían más de lo que ella quería admitir. Incluso su aspecto era similar: los ojos, el pelo, la forma de la nariz. Podrían ser hermanos.

En el rostro de Charlie se dibujó un gesto de vacilación. Él sabía que en cuanto uno acepta un trato se supone que debe irse, colgar el teléfono, lo que sea: no hay que arriesgarse a echarlo a perder. Pero debía de estar luchando contra el impulso opuesto: insultarla,

degradarla, menospreciarla, discutir con ella. El impulso de no permitirse perder. No quería admitir que lo había dominado.

Pero se lo tragó. Se dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra más. Y Ariel, finalmente, se permitió soltar el aire.

Tres millones de dólares.

Eso era más que suficiente para empezar una nueva vida. Pero el dinero en sí mismo no era la verdadera venganza, porque a Charlie no le hacía daño pagar. Para algunos problemas, el dinero es la solución. Para otros, es solo el comienzo.

Ariel no tenía ninguna expectativa de obtener justicia verdadera, nunca. Hasta que un día, de la nada, de repente lo logró.

CAPÍTULO 44

Día 3. 7:02 a. m.

—Se lo ruego, por favor. —Ariel mira deliberadamente su reloj—. Ya están embarcando en mi vuelo.

—Habrá otros vuelos —dice el policía español—. La ciudad de Nueva York no es un destino exótico.

—Pero necesito llegar a casa con mi hijo.

—Estoy seguro de que lo hará, en cuanto podamos hablar con la policía de Lisboa.

El otro policía vuelve a la habitación con la hoja de papel con el nombre y la fecha de nacimiento de John. Se inclina y los dos policías se consultan en susurros.

—¿Qué ocurre? —pregunta Ariel—. ¿Ha hablado con el detective Moniz?

—No, señora. Hemos estado tratando de encontrar a su marido, pero no hemos podido. No ha comprado ningún billete.

Ariel quisiera poder mantener la compostura, pero ya la ha gastado toda.

—No ha pasado por el control de seguridad.

No le queda nada más que ser presa del pánico.

El teléfono sonó mucho antes de que António Moniz estuviera en condiciones de despertarse. Miró el número, algo de España, pulsó rechazar y trató de volver a dormirse, pero no lo logró. Así que se quedó acostado en la cama y escuchó el mensaje de voz. Sus conocimientos de español no eran muy buenos y tuvo que repetir el

mensaje un par de veces antes de estar seguro de haberlo entendido: un policía nacional había detenido en el aeropuerto de Sevilla a una estadounidense llamada Ariel Pryce, quien había proporcionado el nombre del detective Moniz como referencia para verificar su relato. ¿Podría devolver la llamada lo antes posible?

Bueno, al menos ahora António sabía adónde habían ido los estadounidenses cuando huyeron del hotel, eludieron a los policías y desaparecieron en la noche.

Moniz se dirige penosamente a la cocina, prepara la cafetera. Mientras espera a que hierva el agua, su teléfono vuelve a sonar: una llamada de Santos, que va al grano sin preámbulos.

—¿Has recibido una llamada de un policía español?

—Un mensaje de voz —dice.

—Yo también. Estaba en la ducha. Uno de nosotros debería devolverle la llamada.

—Sí, claro. Yo me encargaré.

—Pero ¿qué les vas a decir, António?

—No sé. ¿La verdad?

—¿Qué verdad?

Moniz no comprende lo que le pregunta su compañera.

—¿Le vas a contar nuestras sospechas?

Moniz no responde.

—Y después, ¿qué? —continúa Santos—. ¿Vamos a pedirles a los españoles que arresten a John Wright? ¿Que extraditen al estadounidense para que podamos enjuiciarlo por secuestro fraudulento? ¿Cómo crees que responderán los españoles?

—Creo que accederán encantados.

—Oh, sí, accederán, estoy segura de eso. También estoy segura de que estarán encantados.

Moniz apaga la cafetera. Sirve una taza para él y otra para Julio.

—Pero primero, António, harán algunas preguntas. Preguntarán: "¿Por qué no detuvieron ustedes mismos al estadounidense, si estaban tan seguros de su culpabilidad? ¿Por qué no estaban vigilando a John Wright?". Entonces, tendremos que admitir que, de hecho, estábamos vigilando a esta pareja, pero se nos escapó.

Moniz lleva una de las tazas a la habitación y se toma un momento para mirar a su marido dormido. El próximo fin de semana celebrarán su décimo aniversario con una gran cena en casa de su hermana menor en Cascáis, cerca de la playa. Catia se casó con un banquero rico, un idiota de lo peor. Pero sus casas, tanto la de la ciudad como la del campo, son espectaculares. Catia no necesita trabajar desde hace una década y su pequeña es un ángel. Todo el mundo hace concesiones en algún punto del camino. Al menos en el caso de Catia, los beneficios son abundantes y evidentes.

—Es decir, António: seremos el hazmerreír de un par de guardias de seguridad de un aeropuerto español.

Santos tiene razón. Casi siempre tiene razón. Pero no tanto como cree.

—John Wright fue muy inteligente al huir a España —concluye ella —. Muy inteligente.

Moniz deja el café en la mesita de noche de Julio y se retira en silencio de la habitación.

—Entonces, ¿qué propones? —pregunta, aunque está bastante seguro de saber adónde apunta Santos.

—Al parecer, el autor del delito es un estadounidense, la víctima es su propia mujer estadounidense y hubo otro estadounidense que proporcionó el rescate. Es, fundamentalmente, un delito estadounidense. Nadie resultó herido en Lisboa, no hubo delitos contra la propiedad aquí, no hay posibilidad de que se infrinja la

ley en el futuro…

A Moniz no le sorprende que Santos opte por cubrir su propio trasero. Pero sí le sorprende que esté dispuesta a dejar en libertad a un hombre obviamente culpable.

—Creo que continuar investigando no reportará ningún beneficio potencial a nuestro departamento. ¿Estás de acuerdo, António?

Después de que Charlie saliese del restaurante, Ariel se tomó un minuto para recuperarse antes de emprender el camino por las sofocantes calles de Manhattan hacia el hotel donde había estado viviendo en el limbo. Ese limbo acababa de terminar.

—Disculpe, señora Turner. —Era Mustafah, el gerente diurno del hotel, que se acercaba a ella en el vestíbulo—. ¿Me permite un momento, por favor?

—Por supuesto.

Se apartaron del centro de atención para hablar.

—Cuando fuimos a liquidar los gastos de ayer, la tarjeta de crédito que tenemos registrada fue… eh, lamento decirle que fue rechazada.

A Ariel no le sorprendió que Bucky hubiera cancelado la tarjeta; sabía que él tenía el potencial para ser una persona vengativa. Su arrogancia despiadada era uno de sus atractivos cuando ella tenía ideas muy diferentes de lo que hacía atractivo a un hombre. Y cuando comenzaron a salir, había algo que parecía irónico en las bravuconerías de Bucky, como si estuviera interpretando un papel conscientemente, como un pequeño guiño para Ariel. A ella le encantaba ese jugueteo, ese entusiasmo. Con el tiempo, sin embargo, su piel juvenil de ironía se fue desprendiendo lentamente, hasta que la transformación final en el coche, en la autopista Montauk, reveló su piel adulta, madura. Imposible de malinterpretar, imposible de ignorar. Imposible de tolerar.

Desde aquel viaje inconcluso, Bucky la había llamado una y otra vez, pero Ariel dejó pasar una semana antes de reunir la confianza

suficiente para hablar con él. E incluso entonces, quiso que fuera rápido, para que doliera menos. Como arrancar una venda de una herida en vez de quitarla poco a poco.

—Lo siento mucho —comenzó Bucky.

—¿Por qué te estás disculpando? ¿Lo sabes siquiera?

Una vez más tardó demasiado en responder.

—Por no ser más solidario.

“Solidario”. “Empático”. “Comprensivo”. Bucky había aprendido algunas palabras claves, probablemente de sus amigos, sentados en bares, riéndose de las estupideces que tenían que decirles a sus esposas para quitarse de encima a las mujeres.

Hay muchas maneras diferentes de ser un cobarde, pensó Ariel, pero la de Bucky era una de las peores. Se dio cuenta de que ya no podía soportar a su marido. Sucedió de repente, como cerrar un grifo: no más cariño.

—Bucky, me decepcionaste de la peor manera posible. En el momento en que más te necesitaba. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo en un tono que significaba que no—. ¿Cómo puedo arreglarlo?

Como si pudiera llamar a un fontanero y darle una propina de veinte dólares para reparar el matrimonio que Bucky había roto por descuido.

—No creo que puedas, Bucky. Y sé honesto contigo mismo, ¿realmente quieres?

—Por supuesto que sí. ¿Cómo puedes preguntar eso?

Ariel había pasado la semana haciendo un examen de conciencia.

—Bucky, creo que tal vez no me quieres tanto como hubieras deseado. Y tal vez yo siento lo mismo.

—Pero… —comenzó a objetar él, y se quedó sin fuerzas. Quizá sin ideas.

—Lo siento —dijo Ariel, e inmediatamente se arrepintió. Ella no debería ser la que se disculpara. Ese era un hábito que tendría que abandonar. Uno de muchos.

Bucky no aceptó el razonamiento de Ariel, pero en realidad no había nada que pudiera hacer al respecto. Le dijo que le daría unos días para reconsiderarlo y luego volvería a intentarlo. No lo hizo.

Fue entonces cuando Ariel comenzó a llamar a los mejores abogados de divorcios, o "abogados matrimoniales", como la corregían con amabilidad quienes, uno tras otro, le informaron lo mismo: no podían acceder a representarla porque ya habían asesorado a su marido. Fue entonces cuando supo que solo sería cuestión de tiempo antes de que él le cortara el apoyo financiero. Bucky podía ser encantador y emocionante, divertido y amistoso. Pero amistoso no es lo mismo que amable. A veces, a menudo, es todo lo contrario. Ariel había estado viviendo en ese hotel cuya tarifa por noche era igual al alquiler mensual de su nuevo apartamento, en el nuevo pueblo al que pronto se mudaría, una casa modesta acorde con su nueva situación modesta.

—Entiendo —le dijo Ariel a Mustafah—. Me iré esta noche.

Pronto tendría tres millones de dólares, más el estipendio especificado en su acuerdo prenupcial con Bucky. Pero, en ese momento, no tenía nada de ese dinero. Estaba cerca de la bancarrota. Al parecer, la noche anterior había sido la última que pasaría en la ciudad de Nueva York.

Le entregó a Mustafah una tarjeta de crédito anterior a su matrimonio, ni negra ni platino ni oro, sin línea de crédito ilimitada, sin acceso a estatus o beneficios, solo el interés usurero y las sanciones draconianas que crean el tipo de deuda agobiante que aplasta a los millones de estadounidenses en aprietos económicos que solo compran lo esencial. Ariel era ahora una estadounidense normal y corriente en aprietos.

—¿A qué hora es el checkout?

—Fue al mediodía, señora Turner. Pero, por favor, tómese el tiempo que necesite.

—Gracias por todo —dijo ella.

Ariel era una mujer embarazada sin dinero, sin activos, sin habilidades y sin trabajo, que acababa de dejar al cobarde de su marido. Le llevó un par de semanas reunir el valor para contarle a su terapeuta lo de la violación, y desde entonces era el único tema sobre el que habían trabajado, sesiones adicionales, emoción adicional. Ahora eso también se había terminado. Ariel ya no podría pagarle a su terapeuta de Park Avenue; ya ni siquiera viviría en esta ciudad.

—No hay de qué —dijo Mustafah—. ¿Quiere que le reservemos un coche?

—Hola. Me llamo António Moniz. ¿Habla portugués?

—No. ¿Inglés?

—Sí, bien. A ver: es por la llamada que me hicieron sobre el estadounidense.

—Gracias. Hemos detenido a la señora Pryce aquí en el aeropuerto. Llegó sin maletas, sin billete y con una historia sobre el secuestro de su marido en Lisboa. ¿Eso pasó realmente?

—Sí.

—¿El estadounidense John Wright fue secuestrado?

—Correcto.

—¿Y su mujer pagó el rescate y aseguró su liberación?

—Sí.

—¿Y?

—Y bueno, ¿qué más puedo decirle?

—Quizás podría explicarme por qué viajaron toda la noche hasta Sevilla.

—Eso no lo sé. Pero me imagino que no se sienten del todo seguros aquí en Lisboa.

—¿Por qué?

—Bueno, fue secuestrado aquí. ¿Qué dice el señor Wright?

—No hemos hablado con él. No estaba con su mujer cuando fue detenida. La señora Pryce dice que acordaron que sería más seguro viajar por separado. No hemos podido localizarlo aún.

Esto se estaba volviendo mucho más interesante. Pero ya no era asunto de Moniz.

—Detective Moniz, ¿se le ocurre alguna razón por la que no debamos dejar libre a la señora Pryce?

Moniz se lamenta porque probablemente nunca sabrá lo que sucedió. De repente está seguro de que no era lo que había imaginado.

—No se me ocurre ninguna —dice—. Por favor, despídase y deséele lo mejor de mi parte.

Su nombre se anuncia por los altavoces: “Señora Ariel Praice. Ariel Praice, por favor”. Ella no necesita traducir para entender el mensaje: última llamada, ve a tu puta puerta, que por supuesto está al final de la terminal, y mientras corre ve que ya no queda nadie en la fila, que el agente de la aerolínea ya se está retirando, las puertas están a punto de cerrarse…

—¡Aquí estoy! ¡Ariel Pryce!

Grita su nombre, agita su tarjeta de embarque y el agente asiente con la cabeza, y luego Ariel corre a través de la pasarela de acceso, recorre el pasillo central del avión, se deja caer en su asiento del medio junto a una anciana que la mira con desaprobación por encima de sus gafas, luego una azafata anuncia: “Señoras y señores, bienvenidos”, la puerta de la cabina se cierra, Ariel por fin se

permite respirar profundamente y aflojar sus hombros tensos, porque lo ha logrado y este viaje agotador, por fin, ha terminado…

Pero ¿qué es esto?

La puerta de la cabina se abre y aparece un hombre de aspecto muy español con un traje pijo de aspecto muy español. Habla al oído de la azafata, quien asiente mientras escucha y luego mira por el pasillo hasta que encuentra a Ariel y la mira a los ojos. En el mismo instante, otra persona sube al avión, esta es una mujer, y Ariel la reconoce, pero se necesita una fracción de segundo de negación para admitirlo.

Han venido a por ella.

—¿Pete? ¿Qué cojones…?

—He esperado hasta una hora razonable para llamarte.

—¿En qué universo es razonable llamar a las siete de la mañana?

Wagstaff ha pasado toda la noche en vela, con la mente alucinada por su descubrimiento, y está cada vez más seguro de que va a ganar un Pulitzer. Tal vez su editora tenga razón: él no sabe lo que es razonable.

—Sé quién es —dice.

—¿Quién es quién?

—El hombre que proporcionó el rescate, que también es el padre de su hijo.

Le había enviado a Judy algunas actualizaciones durante el día anterior a medida que confirmaba los datos de la historia. Sabe que nunca es una buena idea atacar por sorpresa a tu jefa.

—Vale, entonces, ¿quién es?

—Charlie Wolfe.

Silencio.

—¿Judy? ¿Sigues ahí?

—Sí. —Wagstaff puede escuchar su respiración—. ¿Cómo de seguro estás?

—Al noventa y nueve por ciento.

—No me jodas, Pete. Esto no es un juego. ¿Estás realmente tan seguro?

—Sí.

Wagstaff sabe que va a necesitar más que confianza y pruebas circunstanciales. También sabe que probablemente será difícil obtener una prueba contundente de un suceso de hace más de una década que resultó en un hijo ilegítimo, un divorcio y un acuerdo de confidencialidad. ¿Qué pruebas podrían haberse conservado?

Una aventura sería muy difícil de probar. Pero Wagstaff sospecha que no fue una aventura.

—Esta mujer ha extorsionado al próximo presidente de los Estados Unidos.

Parte V

La recompensa

CAPÍTULO 45

Día 3. 8:22 a. m.

—¿Adónde vamos? —pregunta Ariel.

—A algún lugar seguro —responde Griffiths.

Luego, ninguna de las dos habla durante cinco, diez, quince minutos. Ariel ve pasar Sevilla, los techos de tejas rojas, las paredes encaladas, las torres de las iglesias, mientras el gran vehículo gira hacia calles cada vez más pequeñas, la forma en que se entra a una ciudad europea: de la autopista a los callejones.

—Échese al suelo —dice Griffiths.

—¿Qué?

—Que se tumbe —Le señala el suelo del asiento trasero de la camioneta—. En el suelo.

—¿Habla en serio?

Griffiths ni siquiera se digna responder.

—¿Dónde está mi marido?

—¿No le he aclarado ya que no voy a responder a esa pregunta? Antonucci, tú me has oído, ¿verdad? Creo que dije que no voy a responder a esa pregunta, así que deje de preguntar.

Antonucci tiene mal aspecto después de la paliza que le dio Ariel en la calle en Lisboa. Ella espera que no esté pensando en vengarse.

—Sí —confirma Antonucci—, eso es exactamente lo que ha dicho.

—Ya me parecía. —Griffiths se vuelve hacia Ariel—. Ahora, al

suelo, joder.

John camina nuevamente por el aeropuerto, echando un vistazo más de cerca a las boutiques de ropa, las tiendas de regalos libres de impuestos. Ya sabe qué baños de hombres son los más grandes y concurridos, cuáles son los más pequeños y silenciosos. Sabe dónde se reúne la policía. Sabe dónde están los controles de seguridad. Sabe dónde están las salidas.

También sabe que a Ariel la sacaron a rastras del avión y se la llevaron a toda prisa de la terminal por la salida de emergencia. La vio pasar oculto detrás de un periódico de gran formato, en medio de la muchedumbre que esperaba para embarcar un vuelo nacional a Barcelona, el billete más barato que había encontrado, comprado con un pasaporte falso y una tarjeta de crédito a nombre de otra persona. John no planeaba embarcan en este vuelo. Solo necesitaba entrar en el área de preembarque, para ver si Ariel había embarcado en el suyo.

En el área de preembarque es donde están todas las tiendas. Lo primero que compra es un teléfono prepago.

Todos bajan de la camioneta en un pequeño patio dominado por un exuberante naranjo cargado de frutas y una fuente de azulejos sin agua.

—Por aquí —dice el hombre al que Ariel no reconoce, que debe de ser un agente local.

Supone que este lugar es una casa de seguridad de la CIA. Suben las escaleras de piedra que rodean el patio, luego recorren la fresca galería de azulejos y atraviesan la puerta de madera maltrecha que conduce a un apartamento de aspecto hogareño. No parece haber rejas ni otro tipo de seguridad en las ventanas, y Ariel se siente aliviada por esa buena noticia. Su listón ha caído bastante bajo. Por otro lado, hay un trípode con una pequeña cámara de vídeo, que Antonucci enciende.

—Tome asiento, por favor. —Griffiths señala una mesa.

El agente local sale del apartamento y Antonucci desaparece detrás

de una puerta.

—¿Qué quieren de mí? —pregunta Ariel.

—Le he pedido que tome asiento. No tenemos mucho tiempo.

Ariel no sabe qué podría significar esto, pero tiene miedo de preguntar.

—¿Cómo conoció a su marido?

Ariel esperaba este tipo de preguntas, pero aún no está segura de cuánto decirle a esta mujer, qué nivel de detalle quiere la CIA y por qué. Está preparada para proporcionar tantos detalles como cualquiera pueda soportar: líneas de diálogo textuales, expresiones faciales, coreografía del primer beso. No fue hace tanto tiempo, fue importante, fue memorable. Pero eso no lo hace relevante.

—Era un cliente de mi tienda.

Comienza el relato de la manera más simple posible. Si alguien quiere adornos, puede preguntar. Como Jerry le aconsejó una vez cuando se preparaba para una reunión con la junta de urbanismo del ayuntamiento: “La respuesta a la pregunta ‘¿Sabes la hora?’ debería ser simplemente ‘Sí’”.

—¿Se refiere a Main Street Books? —pregunta Griffiths—. Qué nombre tan original.

El nombre vino con la tienda cuando Ariel la compró, pero no necesita explicárselo.

—¿Compró algún libro?

—¿Por qué le importa saberlo?

—No necesito decirle que soy yo la que hace las preguntas, ¿verdad? Porque es como una frase hecha de un drama policial cursi de la televisión.

—Sí, compró libros

—¿Recuerda cuáles?

—La verdad es que sí. Ambos eran novedades, en tapa dura: uno era una novela policíaca; el otro, una historia de los presidentes de la nación.

—¿Son temas que le interesan particularmente?

—Supongo que sí.

—¿Nunca se lo preguntó?

—No.

—A mí me suena como el tipo de libros que un tipo compraría si no tuviera ni puta idea de lo que quiere leer y hubiese entrado en una librería por otra razón.

—Como ya le he dicho: no se lo pregunté.

—¿Y él la invitó a salir allí mismo?

—No.

—Entonces, ¿cuándo lo vio por segunda vez?

—Me lo encontré en un restaurante.

—¿Llegó él primero o usted a este encuentro casual?

—Él llegó primero.

—¿Y la invitó a salir ese día?

—No. Fue unas pocas semanas después, cuando me lo encontré otra vez en un supermercado.

—Es demasiada casualidad encontrarse tantas veces con la misma persona.

—Es un pueblo pequeño.

—Cuénteme sobre ese encuentro en el supermercado.

Ahora es cuando Ariel se da cuenta del gran espejo de pared.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Por ejemplo, ¿en qué sector de la tienda lo encontró?

—¿En serio?

Otra vez, otra persona le hace a Ariel preguntas irrelevantes para poder comparar sus respuestas irrelevantes con las de John.

—Cuénteme toda la historia.

—Estábamos rodeados de grandes montones de fruta. —¿Esta mujer quiere toda la historia? Pues que la escuche—. Me saludó, me preguntó si lo recordaba de la librería y se presentó. Charlamos: él era nuevo en el pueblo, yo no. Me preguntó si iba a menudo a ese restaurante y me reí. Él dijo: "Lo siento, supongo que eso suena como un guion". Estuve de acuerdo, pregunté si realmente tenía un guion preparado. Dijo: "Supongo". Le pregunté: "¿Supones?". Se sonrojó y dijo: "No, no supongo, quizás podríamos ir juntos a comer alguna vez".

—Ah, qué tierno. Lo recuerda con bastante detalle. Bastante específicamente.

—Así es como conocí a mi marido. Además, no fue hace tanto tiempo.

—¿Y dijo que sí? Cuando la invitó a salir, ¿allí mismo, en la sección de frutas?

—Así es.

—¿Por qué eligió ese pueblo? Tengo entendido que no es un lugar donde los jóvenes exitosos de Manhattan tiendan a ir de vacaciones. Sobre todo, porque tienen los Hamptons cerca y es mucho más chic.

—A él no le interesaba estar con gente pretenciosa. En realidad, no le gusta Nueva York.

—Entonces, ¿por qué vive allí?

—¿Por qué vive cualquiera allí?

—¿Y cómo llegó a su pueblo en concreto?

—Simplemente explorando. Conduciendo por la zona.

—¿Hay otras personas como él que “conducen por la zona” en busca de casas para alquilar?

—¿Y yo qué sé? No estoy en el negocio inmobiliario.

—¿Cómo progresó su relación?

Ariel entorna los ojos.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Hablando sin rodeos, ¿cuándo empezaron a tener sexo?

—¿Cómo dice? Eso no es de su incumbencia.

—Todo es de mi incumbencia. Se da cuenta, ¿no? ¿Fue en la primera cita?

Ariel suspira. Pero ¿qué le importa a ella?

—En la segunda.

—Fue rápido, ¿eh?

—Ni él ni yo somos unos chavales.

—¿Investigó acerca de él antes de empezar a intimar?

—Claro, lo busqué en internet. No encontré nada que me diera que pensar.

—¿Y su cambio de nombre?

—No, no encontré ese dato por mi cuenta. Pero él me habló de eso justo antes de que nos comprometiéramos. Tuvimos un, no sé cómo llamarlo, una especie de reunión cumbre donde nos lo contamos todo; sacamos los esqueletos del armario, digamos.

—¿Todo? Entonces fue en esa conversación cuando le contó su arresto por posesión de cocaína.

Ariel se queda sin aliento.

—¿No? No se lo contó, ¿eh? Los cargos fueron retirados finalmente, así que no tiene antecedentes penales. Pero no era una cantidad pequeña.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace seis años.

—Fue hace mucho tiempo. —Ariel trata de mostrarse desdeñosa.

—Bueno, sí —dice Griffiths—. Pero no tanto.

—¿Qué quiere que le diga? —pregunta Ariel—. Lo conocí hace poco más de un año, y ambos somos adultos. No lo interrogué sobre sus indiscreciones juveniles, porque no me importa.

—Es muy generoso de su parte. Entonces, ¿fue en esa misma "reunión cumbre" cuando le habló de su hermana?

—¿Qué pasa con su hermana?

—¿Su intento de suicidio? ¿O, más bien, intentos, en plural?

Esta pregunta golpea a Ariel como un puñetazo en el estómago. Niega con la cabeza.

—Ah, ¿no? ¿Por qué cree que no se lo mencionó?

—No lo sé. Tal vez porque no se llevan bien.

—¿Está segura de eso?

Ariel no responde.

—Entonces, ¿le sorprendería saber que durante años hablaron por teléfono prácticamente todas las semanas?

Ariel sigue sin responder.

—Es decir, hasta hace tres meses, cuando las llamadas cesaron por completo. ¿Sabe por qué?

—No.

—Seguramente sabe qué gran cambio ocurrió hace tres meses. ¿No le dijo nada sobre por qué dejó de hablar con su hermana?

—No.

—Pero usted la conoció.

—Solo la vi en nuestra boda. Vive en Marruecos.

—Sí, Marruecos. Estoy segura de que no me mudaría a Marruecos estando soltera. No a menos que fuera, bueno, yo misma. Es una elección bastante extraña, ¿no cree?

—Tengo entendido que es una persona extraña.

—¿Así que no la ha visto mientras estuvieron aquí, en Europa?

—Como ya le he dicho, la he visto solo una vez, y eso fue hace tres meses.

—Ajá. Entonces, volvamos a esa "cumbre".

—¿Sí?

—¿Fue entonces cuando le dijo a John que el padre de su hijo es Charlie Wolfe?

Él había insistido en que el acuerdo incluyera un aborto. Charlie no quería que existiera ningún hijo bastardo suyo en el mundo. No podía correr el riesgo de que lo perjudicara algún día, independientemente de cualquier acuerdo de confidencialidad.

—Esa cláusula es inadmisible —le dijo Ariel a su abogado.

—Entiendo. Pero solo para aclarar nuestra posición de negociación, ¿puedo preguntarte por qué?

Ariel conocía los privilegios abogado-cliente; sabía que sería una

violación desmesurada e inadmisible de la ética que un abogado divulgara algo que le hubiera dicho un cliente en una situación como esa.

Pero Charlie era un hombre con un poder inmenso, que probablemente llegaría a tener aún más poder. Ariel era una mujer sin ningún poder, que probablemente nunca tendría ninguno. Así que no se sentía cómoda confiando en ninguna norma. Ni en nadie, ni en nada.

—No —repitió—. Esto es todo lo que necesitas saber.

John se dirige a la parte trasera de la tienda, una mesa llena de suéteres livianos de cuello redondo. Se para de espaldas a la puerta y elige uno de color azul marino. De camino a la caja, recoge una gorra roja con el logo del club de fútbol local; en el mostrador, selecciona un par de gafas de sol de un exhibidor giratorio. Lleva su botín en un bulto apretado contra el pecho, para que no lo capte la cámara de seguridad montada cerca del techo, en la entrada. Cuando pone las prendas en el mostrador y las empuja suavemente hacia el empleado, se coloca de manera que las oculte de la cámara.

—Buenos días —le dice al empleado, con su mejor acento castellano y una gran sonrisa. Le paga en efectivo.

Ariel se toma un momento para pensar: ¿es remotamente posible que esta mujer de la CIA conozca con certeza la identidad del padre de George?

La respuesta que se le ocurre es que no. Independientemente de dónde trabaje esta mujer, a qué datos pueda acceder, esta información sencillamente no se puede saber. Podría sospecharlo, lo cual sería una deducción impresionante. Pero no hay forma de que ella esté segura.

Al darse cuenta de eso, Ariel siente un cambio en la dinámica de poder. Griffiths había confiado en que desconcertaría a Ariel al mostrarle su conocimiento superior, al revelarle cosas sobre su esposo que ella no sabía: su arresto por cocaína, los intentos de suicidio de su hermana. Pero desafió su suerte con esa mentira. Ariel levanta la barbilla en señal de rebeldía y no dice nada.

—¿Y qué le contó John sobre su época como agente de la CIA?

Ariel tampoco reacciona a esta bomba, arrojada para hacerle explotar el cerebro.

—Oh, ¿tampoco le mencionó eso? Sí, después de graduarse en el Cuerpo de Oficiales de Reserva y de pasar cuatro años en el Ejército, su marido trabajó un par de años para la Agencia Central de Inteligencia.

Ariel se encoge de hombros.

—Lo que quiere decir que John Wright es un hombre que pasó la mayor parte de una década aprendiendo a estar atento a su entorno, a defenderse, a manejar situaciones desafiantes. Sin embargo, este mismo hombre se dejó secuestrar a plena luz del día frente a un hotel de lujo.

Esto ya es un bombardeo lanzado contra Ariel. Ella ya no sabe hacia dónde agacharse para esquivar los proyectiles.

—¿Se da cuenta ahora, señora Pryce?

Ariel levanta las cejas.

—Le han tendido una trampa. Este nuevo marido suyo ha jugado con usted.

Las dos mujeres se miran fijamente durante unos segundos.

—Por favor, dígame. —Ariel está usando su tono más condescendiente, simula seguirle la corriente—. ¿Cuál es su teoría?

—No es una teoría. —Griffiths apoya los codos en la mesa—. Este hombre aparece de la nada, en un lugar al que no pertenece, y usted se vuelve loca por él. Este hombre apuesto y, debo señalar, mucho más joven que usted, después de solo unos meses de una relación a tiempo parcial, de repente siente la urgencia de formar un hogar a larga distancia con usted, más su hijo adolescente y su negocio en quiebra y su granja insolvente. Tan desesperado está, que le propone matrimonio casi sin venir a cuento. ¿No se le disparó ninguna alarma, en serio? ¿Tanto confía usted en su

atractivo irresistible?

Ariel no responde.

—Está bien, la entiendo, tal vez el sexo sea tan increíble que ya no se da cuenta ni dónde está. Sus… facultades mentales se nublaron por los orgasmos múltiples.

—Que una mujer le diga a otra algo así es horrible.

—Tal vez. Pero dígame: ¿por qué tanta prisa por casarse?

—Estamos enamorados, la vida es corta. Tal vez usted no se ha dado cuenta aún, porque está distraída con su ajetreada carrera, intimidando a ciudadanos estadounidenses traumatizados a quienes obliga a bajarse de los aviones en los aeropuertos extranjeros. Pero créame: tiene menos tiempo del que cree.

—Seguramente. —Griffiths sonríe—. Así que este flamante marido la arrastra a Lisboa con el pretexto ostensiblemente falso de que la necesita para un viaje de negocios, durante el cual es secuestrado en una ciudad donde los estadounidenses son secuestrados, de promedio, cero veces al año. Para salvar a este marido de ese peligro extraordinariamente raro, usted no tiene más remedio que chantajear a un hombre que se encuentra en una circunstancia excepcionalmente inconveniente para ser chantajeado. Así que usted hace exactamente eso, luego le entrega dos millones de euros a alguien en un callejón y, listo, su marido es liberado con tan solo un pequeño corte en la cara. ¿Es eso lo que ocurrió?

—Quitándole todo el sarcasmo, sí —dice Ariel, pero de repente, algo nuevo le taladra la conciencia.

—Entonces, ¿por qué huyeron de Lisboa en medio de la noche? Esa fue una salida espectacular. Y, podría agregar, bien planeada y bien ejecutada.

Ariel no entiende qué es lo que le preocupa.

—Nos sentíamos inseguros en Lisboa —responde—. ¿Es tan difícil de entender?

—Claro, pero ¿por qué el viaje nocturno?

Ahora Ariel se da cuenta de lo que le preocupa: Griffiths dijo dos millones de euros. A pesar de que se suponía que el rescate había sido de tres. ¿Ariel alguna vez le mencionó la diferencia a Griffiths o a alguien más?

No. Solo a los secuestradores. Y a John. Entonces, ¿cómo lo sabe Griffiths?

—Ejem, ¿Pryce?

—Lo siento, ¿qué?

—¿No le pareció excesivo conducir de noche de Lisboa a Sevilla?

—No me lo pareció. ¿Necesito recordarle que mi marido había sido secuestrado?

—¿De quién fue la idea de salir de Lisboa tan precipitadamente? ¿Suya o de John?

—Mía.

—¿Está segura? ¿Fue realmente idea suya o él se lo hizo creer que era así?

Ariel no responde.

—¿Y de quién fue la idea de viajar desde Sevilla por separado?

—De John.

—¿Eso tampoco le disparó a usted ninguna señal de alarma?

¿Debería? Tal vez. Pero Ariel niega con la cabeza.

—¿Qué me dice de Rusia? ¿Pasó mucho tiempo allí su marido?

—¿Rusia? —Ariel siente un cosquilleo que le recorre la columna—. No que yo sepa.

—¿Le sorprendería saber que el año pasado hizo tres viajes a

Moscú?

Sí, eso definitivamente sorprende a Ariel. Pero responde:

—No, sinceramente, no me sorprendería saber que él haya estado en ninguna parte. —"No digas sinceramente", se recuerda—. Los viajes a capitales extranjeras son parte de su trabajo.

—Pero específicamente a Moscú, ¿nunca le mencionó ningún viaje allí?

¿Se lo dijo? Ariel no lo recuerda. Niega con la cabeza.

—¿Y a Hamburgo? ¿Mencionó haber viajado allí?

—Sí.

—¿Amberes? ¿Belgrado?

—Sí, creo que sí.

—¿Qué cree que hacía en Belgrado?

—Lo mismo que hace en todos sus viajes de negocios.

—¿Sabía usted que Belgrado fue donde lo destinaron cuando estuvo en la CIA? Oh. —Chasquea los dedos—. Es cierto, usted no sabía nada sobre sus dos años en la Agencia Central de Inteligencia, ¿no?

Ariel responde con un suspiro.

—Entonces, me está diciendo que John le mencionó todos los viajes que hizo en el año anterior a conocerla, excepto las tres visitas a Moscú. ¿Estoy en lo cierto?

Ariel se encoge de hombros.

—¿Y qué me dice de su moto?

Esta pregunta completamente fuera de contexto descoloca a Ariel.

—¿Su moto?

—Hace unos meses, su marido compró una moto usada. ¿Por qué la pagó en efectivo?

Ariel necesita todo su autocontrol para responder.

—¿Eso hizo? No comentamos la forma de pagarla.

—¿Por qué compró esa moto?

—Por diversión. Le gusta conducir por los caminos rurales.

—Sin embargo, ¿cuándo fue la última vez que tuvo una?

—No lo sé.

—Pagó dos mil quinientos dólares por esa moto usada. ¿Les sobra tanto el dinero?

—¿Qué coño quiere de mí? No sé nada sobre esa puta moto.

—¿Pero la ha visto?

—Por supuesto. Está aparcada en mi granero.

—¿Y no notó la similitud?

Ariel comprende exactamente lo que sugiere Griffiths. Sin embargo, no tiene más remedio que preguntar:

—¿Qué similitud?

—Entre la moto de su marido y la que usó el secuestrador para entregarle un teléfono de prepago.

CAPÍTULO 46

Día 3. 9:09 a. m.

Las dos mujeres se quedan sentadas en silencio. Ariel no sabe qué responder, así que no responde nada en absoluto.

—No puedo evitar preguntarme, ¿por qué narices un hombre en la posición de Charlie Wolfe le daría todo ese dinero a una mujer en su posición? —dice finalmente Griffiths.

Ariel sabe que ese dato no puede estar en poder de Griffiths. Así como tampoco es posible que sepa que Charlie es el padre de George. Esta oficial de la CIA está fanfarroneando de nuevo.

—Quiero decir, incluso si Wolfe estuviera motivado por la pureza de la bondad de su corazón, que sin duda es algo dudoso, su actitud lo dejaría mal parado, ¿no?

Ariel no responde.

—Mire, sabemos que usted chantajeó a Charlie Wolfe. Eso ni siquiera es una pregunta. Lo que necesitamos saber es: ¿cómo pudo hacerlo? ¿Y quién está detrás?

¿Quién está detrás? Griffiths saltó a esa conclusión terriblemente rápido. Esa es otra acusación sobre la que Ariel no va a hacer ningún comentario.

—¿Cree que puede quedarse sentada y no decir nada? —Ariel se cruza de brazos—. Está bien, claro, tal vez pueda intentarlo. Pero tenga en cuenta esto: no se irá de aquí hasta que me dé alguna puta respuesta. —Griffiths se pone de pie—. Le daré unos minutos para pensarlo.

Griffiths puede imaginar claramente la situación: un joven consultor apuesto y agradable como John Wright conoce a una mujer mayor

que él, madre soltera, solitaria, vulnerable, fácil de seducir. Ella le confía a Wright el secreto celosamente guardado de que el padre biológico de su hijo es un hombre rico y poderoso que recientemente se ha hecho famoso a nivel nacional. Parece una oportunidad de oro: montar un secuestro, reunir unos cuantos millones en efectivo imposibles de rastrear, desaparecer en Europa. Una trama simple, una estafa fácil, especialmente para un hombre con la experiencia y las habilidades de Wright. Tiene todo el sentido del mundo: unos meses de trabajo por unos pocos millones de dólares.

Si es realmente así de simple, entonces John Wright no es una cuestión de seguridad nacional, ni de la CIA, ni de Griffiths. Es solo un estafador inteligente que cometió su delito en la jurisdicción de Lisboa.

Por otro lado, podría ser mucho más complicado y peligroso: John Wright podría estar trabajando para un gobierno extranjero hostil. El dinero no sería el objetivo de la operación, sino la extorsión misma, con la intención de convertir al próximo vicepresidente —posiblemente próximo presidente— de los Estados Unidos en una ventaja para el enemigo.

Qué gran operación sería esa. Griffiths admite que sería digna de admiración. Incluso si no es lo que está ocurriendo, aun si no hay un gobierno extranjero involucrado, aun si el propio John Wright no es un problema a tratar, la situación de Charlie Wolfe sigue siendo una grave amenaza para la seguridad nacional, sin duda. Porque se acaba de demostrar que es factible extorsionarlo. Si no son los rusos, si no es esta vez, siempre existirá la posibilidad de una próxima vez.

John Wright y Ariel Pryce no son el verdadero riesgo para la seguridad nacional. El riesgo real está a solo unos días de prestar juramento como vicepresidente de los Estados Unidos.

—¿Rusia? —pregunta Antonucci.

—Valía la pena intentarlo.

—Pero Wright nunca ha ido a Rusia, ¿verdad?

—No. Pero su mujer, obviamente, no lo sabe, y ahora empezará a dudar de él. Mirad. —Observan a Pryce a través del espejo—. Se debe de estar preguntando: "¿Es posible que mi nuevo marido sea un agente ruso?".

—¿Es eso lo que cree?

—No exactamente. Pero no me extrañaría que los rusos hicieran arreglos para que un agente se casara con una mujer que dio a luz al hijo ilegítimo de Wolfe, para así asegurarse de tener una ventaja poderosa sobre un hombre de su posición, sus contactos, sus perspectivas de progreso. Joder, yo lo haría.

—Bueno. Digamos que John Wright es un agente, y que su misión era, en efecto, crear la oportunidad para chantajear a Wolfe. ¿Puede saber Pryce algo al respecto?

—No, tienes razón, probablemente eso no sea lo que podamos esperar de ella.

—Entonces, ¿qué vamos a lograr si la interrogamos?

—Vamos a asustarla, luego la dejaremos ir y veremos qué hace con su miedo.

John enciende el nuevo teléfono que cargó con el mínimo indispensable, y espera a que se conecte la línea. Luego, teclea de memoria una larga cadena de números y pulsa el ícono de llamada.

—¿Sí?

—Diez minutos —dice.

—Ok. Ford Fiesta blanco.

John cuelga. Cruza la terminal hacia el más concurrido de todos los baños concurridos, donde un hombre entra o sale cada cinco segundos. Camina hasta el último cubículo y entra. Les quita las etiquetas a las prendas que compró, se pone el suéter azul sobre la camiseta negra, la gorra roja en la cabeza, y se pone las gafas de sol. Deja la bolsa de compras en la basura.

La zona de los lavabos está llena de hombres que se lavan las manos, la cara, alguien se está afeitando con una maquinilla eléctrica. John se mira en el espejo y lo que ve es a alguien que parece un español.

Camina un trayecto corto entre la muchedumbre, desde el bullicioso baño hasta la salida, también muy concurrida, que conduce a la anárquica zona de reclamación de equipajes, a través del cual camina sin disminuir la velocidad, mirando al frente. Sale por las puertas a la calle y entra por la puerta del copiloto de un pequeño Ford Fiesta blanco.

—Escuche —dice Ariel—. Usted sabe en qué consiste un acuerdo de confidencialidad, ¿no? ¿Entiende qué tipo de sanciones incluyen estos acuerdos?

—Claro.

—Entonces, entiende que no hay excepciones, ¿verdad? No importa si es la CIA, el FBI o la policía quien pregunta. Es lo mismo que si la pregunta proviniera de un periodista, una hermana o un amigo. No divulgación es no divulgación. Incluso si, por ejemplo, estuviera siendo interrogada por la CIA en un lugar desconocido de Europa, sin el beneficio de la representación legal o el debido proceso.

—Podemos protegerla.

—Vamos —se burla Ariel—. Ni siquiera usted se cree lo que está diciendo. ¿Con las personas que están involucradas?

—Lo prometo.

—¿Lo promete? Puf. Consígame esa promesa en forma de una carta firmada por el fiscal general de los Estados Unidos.

—¿Está bromeando?

—Claro que no. ¿No está de acuerdo en que esta situación hipotética se elevaría al nivel de la Fiscalía General? Por supuesto que sí. Entonces, si cree que tiene la capacidad para proteger a una persona como yo, eso es lo que debe hacer. Ese es el precio.

Griffiths responde con un suspiro exasperado.

—Ni siquiera me ha dicho para quién trabaja, ni a qué se dedica —dice Ariel—. Ni siquiera sé su verdadero nombre, ¿y pretende que confíe en usted? ¿Que le confíe mi vida? ¿Está loca? —Se inclina hacia delante—. Escuche, usted y yo no somos enemigas. No quiero buscar pelea. Pero tengo que preguntarle, con todo respeto: ¿qué coño quiere de mí?

—Sabe lo que quiero: la verdad.

—¿La verdad? —Ariel resopla—. La verdad tiene un precio muy alto.

—¡Allá! —Kayla Jefferson finalmente lo ve—. El de la gorra roja. Mira los pantalones, los zapatos: es él.

El policía español asiente y le dice algo al técnico de seguridad del aeropuerto, quien comienza a cargar filmaciones de otras cámaras: la terminal, la escalera mecánica, el reclamo de equipaje, la puerta de salida, la acera.

Jefferson se está preparando para volver a llamar a su jefa y decirle: "¡Lo tenemos!", pero luego lo piensa dos veces. Le pide al policía que llame para averiguar la matrícula del coche, luego continúa revisando las imágenes con el técnico, siguiendo el coche blanco en otra cámara, en otra, luego en el aparcamiento.

Después, desde la primera cámara dentro del aparcamiento: ningún coche blanco. La segunda cámara: tampoco.

La tercera, la cuarta y la quinta: no, no, no.

—¿Dónde hostias…? —Otra, otra, otra—. ¿Puedes revisar los últimos diez minutos de todas las salidas?

Ahora, el técnico hace avanzar rápidamente el vídeo, que muestra docenas de coches saliendo del aeropuerto, tal vez cien, pero ninguno es ese pequeño Ford blanco con la matrícula que comienza con M.

—¿Qué cojones ha pasado? —La pregunta es retórica. Kayla sabe

que John Wright todavía está en el mismo coche, escondido en algún lugar dentro del aparcamiento, o que ha salido por otro camino. Quizás en un coche diferente—. ¿A qué hora fue tomada la última imagen?

El técnico vuelve a comprobar los vídeos y dice:

—El coche entró hace veintisiete minutos.

Se puede hacer mucho en veintisiete minutos.

— Tengo nueva información —dice el policía español colgando el teléfono—. Anoche se denunció el robo de este vehículo.

Puta mierda.

Kayla se recuesta lejos de las pantallas. Se da cuenta de lo que ha sucedido: John Wright y el conductor abandonaron el Ford robado en el aparcamiento y luego subieron a otro coche, uno de los más de cien que han salido del edificio en los últimos veintisiete minutos. Las cámaras de salida no van a ayudarlos, porque Wright ahora debe de estar escondido en el asiento trasero, o él y la conductora se deben de haber cambiado de ropa y de lugar, y llevan barba falsa o una calva, ella se puede haber disfrazado de monja, puede haber pasado cualquier cosa.

Sí, aún podría ser posible identificar el coche al que se subieron, pero será mucho más difícil. Y llevará mucho más tiempo, momento en el cual podrán cambiar de vehículo nuevamente, o subir a un tren o a un avión, o simplemente desaparecer entre la multitud…

En lugar del triunfante “Lo tenemos”, Jefferson hace la llamada contraria.

—Lo siento —le dice a su jefa—. Lo hemos perdido.

Griffiths vuelve con Ariel y lleva una hoja de papel recién impresa, doblada por la mitad. Toma asiento de nuevo en la pequeña mesa.

—Entonces, ¿dónde cree que está su marido ahora?

—Probablemente en el aeropuerto, esperando un vuelo.

Griffiths golpea el trozo de papel, pero no lo despliega ni se lo muestra a Ariel.

—Estaba en el aeropuerto, donde al parecer compró ropa, se disfrazó en un baño, salió apresuradamente de la terminal y se subió a un coche que lo esperaba.

Griffiths desdobla la hoja de papel y la desliza frente a Pryce.

—Este coche. Con esta mujer al volante. ¿La reconoce?

Griffiths ve que la boca de Ariel se abre un poco, su cabeza tiembla ligeramente. Parece una sorpresa genuina.

La calidad de la imagen es muy mala, está tomada en un mal ángulo, a través de un parabrisas sucio; se ve a una mujer que lleva gafas de sol grandes y lo que parece ser un pañuelo de seda anudado en la cabeza. Sería difícil identificar a esta persona incluso si fuera tu mejor amiga. El software de reconocimiento facial no puede ayudar. Incluso en el caso de que esta mujer esté en alguna base de datos de algún lugar, esta imagen no es lo suficientemente buena. Joder, puede que ni siquiera sea una mujer.

—No —dice Pryce—. No la reconozco. Pero ¿cómo podría hacerlo simplemente viendo esto?

Griffiths se toma unos minutos en la otra habitación para observar a Ariel Pryce a través del espejo mientras imagina la secuencia de las próximas conversaciones. Primero hará su llamada al director de operaciones, quien no tendrá más remedio que informar al DCI, que a su vez se verá obligado a despertar al presidente, quien no es precisamente conocido por tomar decisiones tranquilas y racionales en medio de la noche.

Ella está mintiendo, dirá. El presidente es ciegamente leal a todos sus antiguos colaboradores, hasta que deja de serlo. Es un engaño. Otro engaño.

El director de la CIA se mostrará reacio a discutir con el presidente; todos los que tienen acceso al presidente son reacios a discutir con él; así es como mantienen su acceso a él, como queda demostrado.

¿Esta mujer desagradable y mentirosa está en España ahora mismo?

Sí, señor.

Debería quedarse en España, dirá el presidente. Es más, probablemente debería morir en España.

Y así se resolverá: con la idea letal del comandante en jefe de asesinar a una ciudadana estadounidense en suelo extranjero para guardar un secreto que podría perjudicar su gestión de gobierno.

¿Discutirá el DCI con el presidente? No. Griffiths ha oído rumores de que este director es operativamente agresivo y conocido por su política de gatillo fácil, siempre y cuando sea otra persona la que esté apretando el gatillo. Los aficionados en su posición tienden a ser así; piensan que una bala en la cabeza de alguien es la solución a cualquier problema.

Entonces, el DCI pasará la orden a Farragut, quien la rechazará rotundamente por ser ilegal y será despedido de inmediato. El director, entonces, dará la orden directa a Griffiths. Ella también se negará y su carrera terminará con un sumario. ¿Podría la propia Griffiths ser enjuiciada? Sí, por supuesto que podría. El presidente y el director de la central de inteligencia pueden inventar cualquier cosa sobre cualquiera.

Y, aun así, Ariel Pryce terminará muerta.

Probablemente Griffiths ya sabe todo lo que tenía que saber; ahora es el momento de informar de todo a la cadena de mando. Hace la llamada.

—Señor, lamento despertarlo.

—Oh, por favor. ¿Crees que puedo dormir con todo lo que está ocurriendo?

—No tengo buenas noticias.

—No, me imagino que no.

—El hombre secuestrado ahora está desaparecido; logró eludir la

vigilancia y huyó del aeropuerto. Tiene una cómplice femenina, y su rastro se ha enfriado muy rápido.

—¿Rápido como lo haría un profesional?

—Así parece. Acabo de interrogar a la mujer en Sevilla, donde la interceptamos después de que huyeran de Lisboa en mitad de la noche. Estoy segura de que ella no tiene nada que ver con esto.

—¿Y él?

—Hubo una antigua redada por drogas, un cambio de nombre, más el servicio militar y dos años con nosotros en la agencia. Ese currículum no necesariamente lo vuelve sospechoso, pero sin duda lo señala como alguien con el entrenamiento táctico, las habilidades y la disposición para planificar y ejecutar una medida activa encubierta.

—¿Dónde prestó su servicio militar?

—En Afganistán.

Ambos saben que muchos soldados regresaron decepcionados de allí.

—¿Y para la agencia?

—Su único destino fue en Serbia.

—Los Balcanes, ¿eh?

Los Balcanes están infestados de agentes rusos desde la Segunda Guerra Mundial. Es más que posible que el SVR, el Servicio de Inteligencia Ruso, haya hecho cambiar de bando a un agente de la CIA durante una misión en Belgrado.

—Si este tipo fuera solo un operador solitario que ha dado un mal paso, tal vez nos inclinásemos por entregar nuestra información al FBI y retirarnos —dice Griffiths—. Pero ¿y si se trata de una medida activa en curso de una entidad extranjera enemiga? Es demasiado peligroso. Ni siquiera importa quién es el responsable, eso es solo una cuestión de castigo, o de represalia, o de lo que sea.

Independientemente de quién esté detrás, aun si nadie está detrás, ahora sabemos que Wolfe tiene motivos para que alguien lo extorsione, porque eso fue lo que sucedió ayer. ¿Qué nos garantiza que no vuelva a suceder dentro de dos semanas, cuando asuma la vicepresidencia? ¿O dentro de dos años, cuando sea presidente?

El subdirector suspira. Esas conclusiones son difíciles de refutar.

—Entonces, ¿qué recomienda que hagamos con ella?

Griffiths mira de nuevo al espejo espía, a Ariel Pryce abrumada por la derrota, la desesperación y el agotamiento. Es muy posible que le ordenen mantener a esta mujer bajo custodia, o que la secuestre para entregarla extraoficialmente en una zona prohibida de Europa del Este, o incluso que la mate allí mismo, ahora mismo. ¿Qué dijo Ariel hace un rato? La verdad tiene un precio alto.

—Creo que deberíamos dejarla ir, ver qué hace. Tiene un hijo con quien debe volver, así que no va a desaparecer así como así. Ella no es la agente extranjera, si es que estamos ante una operación de inteligencia; solo es una espectadora inocente. La seguiremos de cerca. Es decir, le pediremos al FBI que lo haga.

Esta conversación podría terminar utilizándose como un estudio de caso en un testimonio ante el Congreso o como prueba en un juicio penal. Griffiths no debería admitir en voz alta que la CIA tiene la intención de llevar a cabo una vigilancia encubierta de una ciudadana estadounidense dentro de las fronteras de los Estados Unidos. Es ilegal. Pero es exactamente lo que va a suceder.

—Creo que en unos días sabremos mucho más —agrega.

—Puede ser —dice Farragut, que no suena tan convencido—. Pero tal vez no podamos permitirnos unos días.

“No”, piensa Griffiths, “tal vez no podamos”. Pero ¿cuál es la alternativa?

Una nueva idea empieza a cosquillearle en la conciencia, pero Griffiths no logra separarla de las muchas teorías que compiten por ocupar el centro de sus pensamientos y avanzan una tras otra, para

después ser descartadas… Algo sobre “pagar un precio por todo”. Pryce había dicho eso, ¿cuándo? ¿Hace un día y medio? Estaba hablando de los costos de su antigua vida de lujo. Griffiths estuvo a punto de pedirle detalles, pero el timbre del teléfono interrumpió la conversación.

Vuelve a mirar a Pryce a través del cristal y se pregunta: “¿Qué te ocurrió?”.

—¿Va todo bien?

John contempla el paisaje español descolorido, los olivares que brotan de la carretera, Sierra Nevada a lo lejos, cubierta de nieve incluso en pleno verano.

—Solo estoy cansado.

La mujer que conduce separa la mano derecha del volante, coge la de John y se la aprieta.

—Muchas gracias —dice—. Sé que lo hiciste por mí y sé que fue muy duro. Espero que sepas cuánto lo aprecio.

John intenta sonreír. Debería sentirse mejor. Debería sentirse genial cruzando Europa a toda velocidad con alguien a quien quiere y dos millones de euros en el maletero. Tal vez sea por el agotamiento; tal vez sea una reacción fisiológica a toda la adrenalina segregada; tal vez sea la inevitable decepción que sobreviene después de un momento trascendente. O tal vez sea porque, a pesar de todo, en realidad se había enamorado de Ariel Pryce, lo cual no era parte del plan, y ahora probablemente nunca la volverá a ver. ¿Cómo podría no estar triste?

—Ey. —Ella todavía tiene una mano en el volante y la otra encima de la de él—. Mírame.

La mira. Es hermosa, siempre lo ha sido. Durante mucho tiempo pensó que era la mujer más hermosa del mundo.

—Te quiero —dice ella.

—Yo también te quiero —responde.

CAPÍTULO 47

Día 3. 12.51 p. m.

Se abren paso a través de la atestada sala de embarque. Ariel lleva en la mano un nuevo billete para un nuevo vuelo, con una nueva hora de llegada a Nueva York, una nueva hora estimada de llegada a su casa, a su hijo, a su madre, a quien acaba de llamar desde un teléfono público para darle señales de vida. Todavía tiene por delante diecisiete horas de viaje, si todo va bien.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su cuñada? —pregunta Griffiths.

—Ya se lo he dicho —responde Ariel sin aminorar el paso—. Solo he visto a Lucy una vez, en nuestra boda.

—Entonces, ¿no la vio en Lisboa?

Aparentemente, el oficial de la CIA va a intentarlo por última vez. El control de seguridad está a solo un minuto.

—No.

—¿Y no era ella la que estaba al volante del pequeño coche blanco al que John subió para huir?

—Por favor.

—¿Sabía que Lucy Reitwovski voló a Madrid hace un par de semanas?

—La policía de Lisboa me lo dijo.

—¿Qué hace ella en España?

—No tengo ni idea.

—¿Qué hace usted en España? ¿Por qué su flamante marido la engatusó para que viniera con él a Europa? ¿No se lo ha preguntado?

Ariel abre la boca, exasperada, y deja de caminar. No sabe qué responder y no tiene ni siquiera la energía para decir que no lo sabe.

—Sé que no quiere escuchar lo que voy a decirle, señora Pryce, pero su marido no es quien usted cree que es.

Ariel cierra los ojos con fuerza, luchando por contener las lágrimas.

—Aunque sea cierto lo que dice, ¿qué se supone que debo hacer al respecto ahora? En serio, ¿qué es lo que quiere de mí?

Griffiths alarga la mano y Ariel mira lo que le tiende. Una tarjeta personal.

—Quiero que me llame cuando sepa algo de él. Si es que sabe algo de él.

Ariel no va a llamar a esta mujer, nunca, pero no hay nada de malo en coger la tarjeta.

—¿Qué quiso decir antes, cuando dijo que hay que pagar un precio por todo?

Ariel responde con una mirada vacía.

—El otro día, cuando hablaba de su matrimonio anterior. Creo que dijo que ya no estaba dispuesta a pagar el precio que exigía la vida que llevaba antes. ¿Cuál fue ese precio?

Ariel siente una necesidad casi abrumadora de decir la verdad, de dejar que todo se desborde en un gran torrente que derribará todo a su paso, como el tsunami que arrasó Lisboa en el siglo xviii y destruyó los edificios medievales, dejando libre el espacio perfecto para construir algo moderno, algo deliberadamente hermoso.

Pero no puede.

—Ya lo verá —dice, y se aleja.

—Lo siento, ¿me repite su nombre?

—Pete Wagstaff.

—¿Y quiere saber si yo sé algo sobre el final del matrimonio de Laurel y Bucky?

—Así es.

—Qué raro. La vi hace poco, después de una eternidad. No había visto a Laurel desde que se fue de Nueva York, hace cuánto, ¿quince años? Entonces, de la nada, ¡bum!, me la encontré en una librería donde, al parecer, trabaja. Fue tan extraño…

—Sí, sin duda es una coincidencia. Entonces, ¿qué me puede contar de su matrimonio con el señor Turner?

—Sí, bueno, para empezar, no eran una pareja que tuviera mucho en común. Laurel lo trataba con un poquito de superioridad.

—¿Y eso?

—Bueno, ella había sido actriz, y luego trabajó en algo sobre publicación de libros, y pensaba que era muy culta, pero Bucky era un tipo del mundo de las finanzas. Tal vez él pensó que ella era demasiado artística y ella pensó que él era demasiado vulgar. Aunque ella no tuvo ningún problema en gastar su dinero vulgar.

“Tal vez sí tenía problemas con eso”, piensa Wagstaff. Pero no había llamado a Tory Wasserman para discutir con ella.

—En fin, la última vez que los vi juntos fue en una gran fiesta en los Hamptons, en la finca de Charlie Wolfe. Nos sentamos en la misma mesa. De repente, Laurel volvió de no sé dónde y se veía un poco descompuesta; ella y Bucky se levantaron y se fueron con otra pareja.

—¿Quiénes eran los de la otra pareja?

—No lo recuerdo. Después de aquello, ya no la volví a ver en el

gimnasio, ni en comidas, ni en cenas, ni devolvió mis llamadas. Me encontré con Bucky una noche y me dijo que se habían peleado y que se separarían durante un tiempo. Ese tiempo se convirtió en para siempre. Laurel nunca volvió a Nueva York, nadie sabe qué pasó con ella. Y justo me la encuentro hace unos días. Todo muy raro.

Wagstaff siente que se derrumba tras la larga noche de cocaína, seguida de la breve siesta y, ahora, del tercer café expreso. Está nervioso, se siente estúpido y piensa que podría haber pasado por alto la teoría general de Tory Wasserman.

—Entonces, ¿qué cree que causó que su matrimonio se desmoronara?

—Bueno, algunas personas piensan que sucedió algo entre Laurel y Charlie.

Wagstaff siente que su corazón comienza a acelerarse, una vez más.

—¿Algo? ¿Como una aventura?

—Eh… no exactamente.

—¿Qué, entonces?

Silencio.

—¿Hola?

Le preocupa que se haya cortado la llamada.

—Sí, estoy aquí. Pero escuche, esto tiene que ser extraoficial.

—Por supuesto —dice—. Puede quedar en segundo plano.

—¿Qué significa eso?

—Significa que puedo usar sus palabras, pero no atribuírselas ni mencionar su nombre. Me referiría a usted como una fuente que conocía a la pareja en aquel entonces.

—No sé…, no me parece… —dice ella—. No, mejor no me mencione en absoluto.

—Bueno. De acuerdo. ¿Entonces?

—Resulta que Charlie solía tener la reputación de ser un poco, eh…

—¿Atrevido? —arriesga Wagstaff.

—No. Agresivo.

Hostia puta.

—¿Un poquito agresivo?

—No, supongo que no solo un poquito. Solo agresivo.

Wagstaff siente que va a sufrir una combustión espontánea.

—¿Quiere decir que tenía una reputación de ser sexualmente agresivo?

—No, no era una reputación. —La objeción no suena muy enérgica, ni sincera—. Solo rumores. Es lo que dijeron algunas personas.

"Algunas personas". Wagstaff necesita andar con cuidado ahora. No quiere asustar a esta mujer; la necesita para guiarlo al siguiente paso.

—¿Alguien en particular?

Tory no responde.

—No usaré su nombre. Lo prometo.

Ella sigue sin responder.

—Estamos hablando de un hombre que está a punto de convertirse en vicepresidente y, tal vez, en el próximo presidente de los Estados Unidos.

—Entonces, espere un segundo: ¿ya lo sabía antes de llamarme? ¿Que Charlie estuvo involucrado?

—Usted no es mi única fuente —dice Wagstaff; es y no es verdad al mismo tiempo—. Pero necesito toda la corroboración que pueda encontrar. Este tipo de acusación, como usted ya sabe, no se puede hacer a la ligera, ni a cualquier hombre; y mucho menos a alguien como Charlie Wolfe.

Wagstaff imagina que Tory Wasserman tiene mucho que perder si se implica en esto. Como cualquiera. Pero tal vez ella esté arriesgando más.

—Si este hombre es un violador en serie —continúa—, ¿no es ese un dato que el pueblo estadounidense debe saber antes de votarlo como vicepresidente?

—¿Extraoficialmente? —pregunta Tory—. ¿Lo promete?

—Lo prometo.

—Extraoficialmente, lo confirmo: Charlie Wolfe es un violador.

Solo cuando su vuelo finalmente despega, Ariel se siente segura de que realmente va a llegar a su casa. Todavía no tiene teléfono, ni ordenador, ni acceso a internet. No quiere nada de eso; lo que quiere es dormir. Sabe que esta terrible experiencia no ha terminado; en realidad, una gran parte ni siquiera ha comenzado. Este largo vuelo podría ser su única oportunidad de relajarse durante mucho tiempo.

¿Relajarse? ¿Volverá a disfrutar genuinamente de ese lujo?

—Mi nombre es Pete Wagstaff. Llamo por un viejo incidente relacionado con Charlie Wolfe.

—Oh, venga —suspira—. Ya les he dicho que no puedo hablar de eso.

—Nunca hemos hablado antes, capitán Pulaski. ¿A quiénes se refiere?

—No puedo hablar de eso.

Wagstaff mira sus notas. Tory Wasserman le proporcionó los

nombres de unas cuantas mujeres, pero primero quiere comprobar esta pista sobre el incidente, al menos para el primer artículo que va a escribir. Ahora está seguro de que será una serie de artículos. Esta va a ser noticia de primera plana durante un tiempo.

—Llamo para confirmar que, hace catorce años, Laurel Turner se presentó en su comisaría para denunciar una agresión sexual cometida contra ella por Charlie Wolfe.

Wagstaff en realidad no sabe la fecha de la denuncia, ni dónde se hizo, ni que Laurel Turner ni nadie más haya presentado una denuncia contra Charlie Wolfe. Todas estas son conjeturas que está lanzando para que el policía las confirme, las niegue o las aclare.

Pero el policía no dice nada.

—¿Hola? ¿Capitán Pulaski?

—Sin comentarios. —Y corta la llamada.

Esto no es una prueba, Wagstaff lo sabe. Pero, al mismo tiempo, casi seguramente lo es.

Las ruedas patinan y rebotan y vuelven a patinar, los propulsores inversos rugen, el fuselaje se estremece mientras todos ignoran esa tremenda violencia y buscan sus dispositivos, reajustan la configuración y miran las pantallas esperando que se restablezca la conexión, impacientes por volver a conectarse al tejido electrónico que nos une, la red gigante que atrapa todo y a todos.

Ariel no. Lleva veinticuatro horas de apagón digital, el tiempo más largo que recuerda desde la llegada de los teléfonos inteligentes, desde la desaparición de la privacidad.

Nunca pensó que estaría tan agradecida de caminar, casi arrastrándose, por el aeropuerto JFK. Se detiene en un restaurante para pagar un dólar por el acceso a internet y otros cinco dólares por un café malo. La página de inicio de todos los sitios web de noticias presenta la misma historia en un día de verano tranquilo de una semana de vacaciones: las sesiones de confirmación para la candidatura a la vicepresidencia comienzan en tres días.

Ariel busca en la web rastros de sí misma y de John, pero aún no hay nada, ningún artículo en ninguna parte. Decepcionante, pero, al mismo tiempo, un alivio.

Por el momento, sigue siendo noticia de mañana.

—Nicole Griffiths lo llama por teléfono.

—Gracias —le dice Jim Farragut a su asistente—. Ya la atiendo. Por favor, cierra la puerta.

El subdirector cierra el libro de actas sobre su escritorio y oculta la ventana de correo electrónico en su pantalla. Quiere prestar toda su atención a esta llamada telefónica desde Lisboa. De todos los putos lugares del mundo, nunca imaginó que sería allí donde surgiría una crisis de seguridad nacional.

—¿Griffiths?

—Llamo para pasarle un informe preliminar sobre el tema.

—Adelante.

—Después de la muerte de sus padres, John Reitwovski, de doce años, y su hermana Lucy, de quince, se mudaron a la zona rural de Ohio para vivir con un tío, un hombre que tal vez no estaba hecho para ser padre, especialmente de una hija adolescente no biológica. Al poco tiempo, Lucy se escapó y se fue a vivir a una ciudad universitaria cercana. Esto ocurrió en el mismo año en que Charlie Wolfe se mudó a esa misma ciudad universitaria para asistir a la facultad de Derecho.

Farragut deja que su cabeza exhausta se incline hacia atrás sobre su cuello dolorido.

—Lucy usó una identificación falsa para conseguir un empleo en un bar llamado Mulligan's, donde trabajó como recepcionista durante un año; luego, consiguió un trabajo de camarera en otro bar durante unos meses y después se fue de la ciudad. Ella y Wolfe coincidieron durante unos dieciocho meses en una ciudad de unos cien mil habitantes. Hasta ahora, eso es todo lo que sabemos. Pero estamos empezando a investigar esta conexión.

Farragut sabe que esto no puede ser una coincidencia.

—¿Algo más?

—Sí. Por favor, revise su correo electrónico. Acabo de enviarle algo.

Farragut abre su ventana de correo y descarga un archivo adjunto.

—¿Qué es esto?

—Es una captura de pantalla de Twitter.

—Sí, eso ya lo sé.

—Contiene una foto de Ariel Pryce frente a la embajada de los Estados Unidos en Lisboa, tomada hace dos días y publicada hace unas horas.

El texto dice: "¿La #amantedecharliewolfe es una #espíarusa?"

—Santo cielo. ¿En serio esto ya ha sido retuiteado trescientas veces? ¿Cómo es posible?

—Buena pregunta: la única forma es mediante bots. A este ritmo, habrá miles de retuits en una semana. Alguien se ha gastado mucho dinero para asegurarse de que esto les llegue a todos en Twitter, o no necesitan gastar dinero para lograrlo porque ya controlan sus propios bots.

—¿Los rusos?

—Ahí es donde estaría el dinero.

—¿Hay alguna manera de saberlo con certeza?

—No creo. O, más bien, no hay una manera rápida. La publicación también es tendencia en Instagram y Facebook, con un método similar de difusión. Dentro de dos o tres días, este rumor estará frente a los ojos de casi todos los habitantes de los Estados Unidos.

—Joder. ¿Y hay algo de verdad en ello?

—¿Que ella es su amante? No. Estoy bastante segura de que la

verdad es algo diferente. Algo mucho peor.

—¿Peor que una amante? —Farragut siente que se hunde—. ¿Qué podría ser peor?

—Creo que Wolfe la violó.

En el trayecto desde el aparcamiento del aeropuerto, Ariel no puede dejar de mirar por el retrovisor de su camioneta. Cuando se da cuenta de que una patrulla de la policía estatal se acerca rápidamente, comprueba dos veces su velocímetro: sí, todavía va a cien kilómetros por hora.

La patrulla se acerca cada vez más.

Hay muy pocos coches en la carretera. Ariel pone el intermitente para pasar del carril central al de la derecha, aparentemente para dejarle paso a la policía, pero en realidad lo hace para asegurarse de que no, no está acelerando demasiado. No pueden ponerle una multa por ir a cien por hora en la autopista Long Island Expressway.

La patrulla enciende sus luces intermitentes.

El corazón de Ariel late con fuerza. Pisa el freno y se prepara para detenerse en el arcén, ensaya sus argumentos, sus súplicas, se prepara para aterrorizarse. Si la policía la detiene yendo a cien por hora, en realidad no es por exceso de velocidad. Las luces traseras están bien, su carnet de conducir está en vigor, no hay órdenes de arresto contra ella, no hay ninguna razón para que la detengan.

Vuelve a mirar por el retrovisor; de repente, ve que el coche ya no está allí y luego las luces titilantes de colores pasan volando, persiguiendo a otra persona, y Ariel deja escapar un sollozo de alivio.

El sol ya se ha ocultado. El tráfico se ha reducido a nada. La carretera es recta y Ariel puede ver a kilómetro y medio de distancia: no hay luces de ningún vehículo frente a ella. Detrás, hay un coche a unos ochocientos metros. Hace un rato que ese mismo coche se mantiene a la misma distancia.

Toma la salida, se detiene en la señal de stop al final del desvío.

Y sí, aquí vienen, las mismas luces detrás de ella.

Ariel gira a la izquierda y acelera tan rápido como la vieja camioneta puede acelerar, pasa la gasolinera, luego gira en una curva y cruza las vías del tren, hacia el paisaje rural conocido, los campos, los molinos de viento, un montón de maquinaria agrícola. Gira otra vez hacia un camino más pequeño, una recta estrecha con nada más que tierras de cultivo abiertas a ambos lados, y los últimos rayos brillantes de la puesta de sol de verano persisten en el horizonte.

Su perseguidor todavía está tras ella, aunque más lejos, tratando infructuosamente de esconderse. O tal vez ni siquiera intenta ocultarse. Tal vez la CIA quiere que ella sepa que hay alguien vigilándola.

Finalmente, llega a su hogar en la profunda oscuridad de una noche sin luna. La casa de Ariel está más allá de la siguiente elevación, en la suave pendiente que baja hacia los acantilados a un kilómetro y medio de distancia, muy por encima de la playa rocosa. Su hijo, su madre, sus perros, toda su vida está al otro lado de esa cresta.

Todo será diferente ahora. Durante las muchas horas del viaje, Ariel trató de imaginar cómo será su nueva vida, pero no logró verlo todo con claridad, solo fragmentos desde ángulos extraños que no se unen para formar un todo coherente. Nada de lo que imaginó incluía llegar al camino de entrada a su casa con una escolta de la CIA a medio kilómetro de distancia.

No puede evitar dudar de todas sus decisiones una vez más. Siente como si dudar fuese lo único que ha hecho.

La puerta del porche se abre de golpe y George sale corriendo, con toda la torpeza de sus miembros desgarbados; los perros lo siguen moviendo la cola, todos pululan a su alrededor.

Al menos, no tiene dudas sobre ellos. Tal vez le baste con eso.

CAPÍTULO 48

Día 4. 5.25 a. m.

Ariel ya está en la mesa de la cocina cuando el sol asoma por el horizonte en el otro extremo de su campo de maíz de poco más de treinta hectáreas; los rayos rojos y dorados atraviesan los tallos verdes, brillantes, espectaculares.

Ha dormido poco; los miedos y las reconsideraciones y el recelo interrumpieron su descanso. Ariel vuelve a vivir la falta de sueño que se experimenta cuando se tiene un bebé: noche tras noche de un agotamiento creciente, cada mañana peor que la anterior.

Ahora es aún más difícil que hace trece años; su cuerpo es menos resistente, menos indulgente. Tiene muy mal aspecto y lo sabe. Está bien tener mal aspecto en un día como este.

—¿Todavía no hay noticias de John?

La madre de Ariel no conoce aún a John. Si no fuera porque George sí lo ha visto, tal vez ni siquiera creería que existe. Elaine piensa, y no deja de señalarlo, que su hija se ha esforzado por volverse poco atractiva: difícil de atraer, difícil de tratar, difícil de amar. Probablemente se pregunta qué tipo de hombre ha logrado vencer todas esas barreras, y para qué se molestó en hacerlo.

—Aún no. Está bloqueado en Europa.

—¿Bloqueado? ¿En Europa? ¿Crees que soy tonta?

Ariel le da la espalda. La única manera de hacer que Elaine lo entienda sería contarle toda la historia, cada detalle. Pero Ariel ya había intentado ese camino antes, y su madre no había respondido bien. No hay razón para esperar una respuesta diferente la próxima vez. Las personas no cambian tanto. Solo se vuelven cada vez más ellas mismas.

Además, la verdad es que Ariel no sabe dónde está John. Tampoco está ansiosa por contarle eso a su madre, ni a nadie. Es uno de los muchos secretos nuevos que Ariel está a punto de guardar, para reemplazar los antiguos, que están a punto de ser revelados.

Ariel le ofrece un abrazo en lugar de una explicación.

—Gracias por todo, mamá.

—¿Sabe quién es?

Kayla Jefferson le tiende su tablet.

—Por el amor de Dios —dice Griffiths—. Estoy tan cansada que casi no puedo ver. No voy a jugar a las adivinanzas.

Griffiths lleva dos días casi sin dormir. Sabe que su investigación es una carrera contrarreloj; una bomba activada. No hay forma de que ella desactive esta bomba, pero tal vez pueda averiguar quién tiene que apartarse del camino de la explosión para causar el menor daño posible a la seguridad del país.

Esa parte de la investigación es su trabajo. También hay otra parte, que va más allá de su trabajo. La curiosidad, sin duda, además de la simpatía poco habitual que siente por Ariel Pryce y la fuerte sospecha de que lo que está ocurriendo no es lo que parece.

—Estas son imágenes de una cámara de seguridad que muestran a Lucy Reitwovski entrando con una bolsa en la mano a una sucursal bancaria de la rue du Rhône, en Ginebra, y saliendo cinco minutos después sin la bolsa.

—Mierda. —Griffiths vuelve a estar completamente alerta.

Este caso es una montaña rusa. Si condujeron directamente desde Sevilla, haciendo solo las paradas indispensables, deben de haber llegado a Ginebra hace dos horas, que es cuando se filmaron estas imágenes.

Hace dos horas. Así que todavía podrían estar en Ginebra, aunque Griffiths sospecha que no. También podrían estar en otro lugar de Suiza, en Francia o en Italia. Podrían dirigirse en cualquier

dirección, y dos horas es una gran ventaja.

Pero no hay nada de malo en probar las posibilidades más obvias.

—Envía a alguien a echar un vistazo en los hoteles de Ginebra, el aeropuerto y la estación de tren. ¿Hay alguna imagen de Wright, o solo de esta mujer?

—Solo de la mujer.

No le sorprende. Griffiths está segura de que no van a encontrar a John Wright, que es un exmiembro del Ejército y exagente de la CIA, de estatura promedio y complexión promedio, con dos millones en efectivo, que se ha enterrado en una parte del mundo donde casi todo el mundo se parece a él. Nadie va a encontrar a este tipo, al menos hasta que ya no importe, que será en cualquier momento. Tal vez incluso hoy.

Griffiths vuelve a su investigación.

—Vas a oír algunos rumores sobre mí en los próximos días, George.

Ariel y su hijo están sentados uno junto al otro en la parte delantera de su camioneta.

—¿Qué tipo de rumores?

—Algunas cosas serán ciertas. Otras no lo serán, estoy segura.

Ariel gira lentamente hacia una calle bordeada de maleza alta donde a menudo se encuentra con pavos salvajes o una familia de ciervos. A veces, no es suficiente prestar atención: es necesario tener mucho cuidado para evitar hacer daño sin querer.

—Una de las cosas ciertas es que hace mucho tiempo, antes de que nacieras, un hombre me agredió sexualmente. ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí, lo sé. Lo siento, mamá.

Ariel se dio cuenta hace poco de que la camioneta es el mejor lugar para tener conversaciones serias con su hijo. Un lugar donde

ninguno de los dos puede mirar al otro a los ojos, donde ninguno de los dos puede levantarse e irse, donde nada parece una confrontación, aunque lo sea.

El asiento delantero también era el lugar que había elegido para contarle a Bucky exactamente el mismo evento traumático.

—Este hombre ahora es muy poderoso. De hecho, ha sido designado para ser vicepresidente.

A través de su visión periférica, Ariel ve que el chico se vuelve hacia ella y luego desvía rápidamente la vista hacia el parabrisas delantero.

—¿Te refieres a Charlie Wolfe?

—¿Sabes quién es?

—Claro que sí, mamá.

—Una de las cosas que quizás escuches decir y que no son ciertas es que Charlie Wolfe es tu padre.

—¿No es él?

—No.

—¿Eso significa que sabes quién es mi padre?

—Sí. El nombre de tu padre es Bucky Turner. Fue mi marido durante unos años.

La noche del asalto, su prueba de embarazo dio positivo. Ya estaba embarazada cuando Charlie la violó. Era una certeza biológica que el padre era Bucky. Así que Ariel nunca se sometió a ninguna prueba de paternidad, ni a análisis genéticos de ningún tipo. No quería crear ninguna prueba de esa verdad.

—Pero me dijiste que no conocías a mi padre. Que era un donante anónimo de un banco de esperma.

Ariel sabe que el niño nunca hubiera podido pronunciar “banco de

esperma" en cualquier otra situación que no fuera frente al parabrisas.

—Bueno, te mentí, y lo siento mucho. Mentí por varias razones. Una era que no quería que buscaras a tu padre y me preocupaba que, si sabías quién era, sentirías que tenías que tener una relación con él.

—¿Y qué tiene él de malo?

—Oh, cariño, no lo sé. Supongo que no tiene nada malo.

Uno de los aspectos en los que Ariel siempre fue extremadamente cautelosa es en las conversaciones que tiene con su hijo sobre los hombres. Nunca quiso parecer demasiado negativa, demasiado hostil. No quiere que George crezca pensando que su madre odia a todos los hombres, ni que él se odie a sí mismo solo por ser varón. Tampoco quiere que el niño crezca desconfiando de todas las mujeres porque su madre se comporta como una lunática poco creíble que odia a los hombres. Este ha sido uno de los hilos más difíciles de enhebrar en la trama de la mente de su hijo: ¿cómo quedará esta parte del tejido? ¿George será la clase de hombre que cree a las mujeres o no?

—Bucky es un hombre que resultó ser egoísta y cobarde, y me di cuenta de que no quería compartir mi vida con él.

Ariel siente que las lágrimas vuelven a aflorar. La falta de sueño siempre aumenta sus cambios emocionales.

—Casarse con la persona equivocada es un error que comete mucha gente. Estoy muy agradecida de haber detectado el error mientras aún podía hacer algo al respecto. Pero también estoy muy agradecida de haber estado con Bucky durante esos años, porque así fue como te tuve a ti.

El chico nunca responde a frases como esa.

—Y aunque Bucky no es malo, algunos hombres sí lo son. Charlie Wolfe es uno de ellos.

—¿Y no es mi padre?

—No. —Ariel se prepara para admitir otra cosa muy dura—: Pero él cree que sí.

George está confundido, y con razón.

—¿Por qué lo cree?

—Él me agredió sexualmente, George. Entiendes lo mezquino que es eso, ¿verdad? Bueno, no pensé que fuera capaz de demostrarlo ante un tribunal. Y creí que, si lo intentaba, me arruinaría la vida.

Ariel tenía en aquel momento treinta y tres años, estaba desempleada, en bancarrota, a punto de divorciarse y embarazada. Se sentía profundamente sola en el mundo. Se encontró caminando aturdida por las calles de Nueva York, tramando los escenarios posibles, cómo se desarrollaría cada uno, a corto y largo plazo: las investigaciones, el juicio, los reportajes de televisión, los testigos de la defensa, las contraacusaciones, las difamaciones. Sería un horror que se prolongaría durante años, sin duda, y al final lo más probable sería que Charlie fuese absuelto.

Presentar cargos contra él no lograría nada más que poner algunas piedras en su camino despejado. Después, Charlie podría seguir adelante con su vida. Pero Ariel no. Sería para siempre la mujer que acusó de violación a un hombre poderoso.

Su vida aún no tenía una historia, y ella no quería que fuese esa.

—En vez de eso, hice lo único que se me ocurrió para obtener justicia: le dije que estaba embarazada como resultado de la violación, que podía probarlo y que él tendría que pagar para mantenerme callada.

—Así que también le mentiste a él.

Ariel piensa que debería ahogar sus lágrimas, u ocultarlas, pero esto también es algo que el chico debería ver; debería ser parte del tejido de sus emociones. Las mentiras, las lágrimas, todo el caos.

—Sí, también le mentí a él.

Su mentira multimillonaria. Su primera mentira multimillonaria.

CAPÍTULO 49

Día 5. 9.19 a. m.

Ariel lleva a George al campamento. Va al supermercado, donde echa los artículos en su carrito sin pensar. Le da las gracias efusivamente a su madre, esquiva más preguntas de ella, se despide. Lleva a los perros a la playa; no para de tirarles la pelota hasta que ambos se dan por vencidos y, luego, llenan la camioneta de arena salada y el reconfortante olor a perro mojado. Hace todo lo posible para fingir que la vida volverá a ser normal. Sabe que no será así.

Griffiths debería darse por vencida, pero no se atreve, y tampoco dejará que Jefferson o Antonucci se rindan. Todos siguen rastreando a John Wright y Lucy Reitwovski, a Ariel Pryce y Charlie Wolfe, hace catorce años, veinte, veinticinco…

—Sí, la recuerdo.

Griffiths capta un tono tenso en la voz de esa mujer.

—Fue horrible lo que le pasó a esa pobre chica.

Griffiths se endereza en su asiento. Por fin, esto es lo que le faltaba saber.

—¿Puede decirme lo que recuerda?

—Oh, nunca lo olvidaré. Éramos tres los que cerramos esa noche. Yo era la encargada de la barra, así que me quedé arriba para limpiarla, guardar las bebidas alcohólicas bajo llave, contar el efectivo y llevarlo al depósito nocturno. Había otro chico en la cocina, lavando platos. Lucy se quedó a cargo del sótano, donde había que limpiar una pequeña barra secundaria y ordenar la mesa de billar y los dardos, cerrar la puerta de emergencia y apagar las luces.

Griffiths tiene el bolígrafo apoyado sobre su bloc de notas, pero no escribe nada. Lo recordará todo, palabra por palabra.

—Lucy abrió la puerta del baño y un hombre tiró de ella hacia adentro, cerró con llave y la violó. Después, se escabulló por la puerta del sótano. Cuando regresé de dejar el dinero en el depósito, vi que Lucy estaba conmocionada, pero no me dijo nada. Al parecer, fue a la policía una semana después.

—¿Por qué esperó tanto?

—No lo sé. Ella era menor de edad; trabajaba ilegalmente, con una identificación falsa. Tal vez le preocupaba perder su trabajo. O todas las otras cosas por las que las mujeres, las niñas, se preocupan cuando denuncian una violación.

—¿La policía lo investigó?

—Sí, interrogaron a un tipo; nunca supe su nombre. Pero no hubo pruebas forenses, ni testigos. Ella dijo que él la había violado; él dijo que fue sexo consentido. Lo clásico. Finalmente, retiró los cargos.

—¿Por qué?

—¿Por qué cree usted? —Se ríe, sin alegría—. Los padres de él le pagaron. Diez mil dólares a cambio de su firma en un acuerdo de confidencialidad.

—Sus padres. Entonces, ¿eso significa que era un estudiante?

—Sí. Nuestro bar era un lugar muy frecuentado por la gente de la facultad de Derecho.

Facultad de Derecho. Bingo.

—Diez mil dólares. ¿Puede creerlo? Tenía dieciséis años.

La primera historia que sale a la luz, como casi siempre ocurre en estos días, no cumple con los más altos estándares de la ética periodística. Ese primer artículo acapara la página de inicio de un importante portal de contenidos en línea, que resulta ser el

principal competidor de un sitio de noticias propiedad de la empresa de Charlie Wolfe; probablemente no sea una coincidencia. Esa web no tiene una excelente reputación de credibilidad, ni cuenta con una lista de periodistas de renombre. De todas maneras, Ariel todavía tiene la sensación de que la mayoría de sus reportajes son, en gran parte, veraces. Han publicado algunas historias, todas con un sabor similar, de famosos con un mal comportamiento, una categoría de noticias por la que los estadounidenses tienen un apetito insaciable. Si alguien famoso hace algo malo, los estadounidenses leerán al respecto.

Ariel lee de reojo el titular: “El secretito no tan pequeño de Charlie Wolfe”. Una obra maestra de ciberanzuelo, de denuncias de acoso sin fundamento, rumores de agresión, declaraciones de un jefe de policía local que solo dice “Sin comentarios”, al igual que el fiscal de distrito. Sin pruebas, sin citas de ninguna fuente real: este periodista ni siquiera llamó a Ariel para pedirle un comentario, pero sí consiguió muchas fotos.

El artículo tiene dos firmas. Una es de una periodista independiente hiperactiva que vende chismes de famosos fuera de Los Ángeles; ella es, obviamente, la que pudo conseguir que se publicara. El otro nombre es de alguien que no tiene web propia, con muy poca presencia en el mundo: Kirsten Tabor es redactora de un pequeño periódico local, sin historias de alcance nacional, sin publicaciones previas de cotilleos sobre famosos, sin experiencia en informes sobre política, ni en nada; pero ella es la que descubrió la primicia.

En las redes sociales, Ariel sigue solo a unas pocas docenas de personas, la mayoría amigos de George, porque quiere saber qué hacen los chicos en internet, aunque entiende que solo ve lo que ellos le permiten ver. No tiene acceso a sus cuentas falsas, ni a sus alias, ni a las aplicaciones de las que nunca ha oído hablar donde comparten memes, chistes subidos de tono o quién sabe qué.

Una de las pocas personas no adolescentes que sigue Ariel en las redes es Perséfone_La_Diosa_Lectora. La periodista local Kirsten Tabor también sigue religiosamente esa cuenta, y le gustan aproximadamente el cien por cien de las publicaciones de Perséfone. Especialmente, las muchas fotos en las que aparecen las dos juntas, brindando con sus copas, luciendo nuevos tatuajes.

Amigas inseparables. Del tipo de amigas que se cuentan todos los secretos, incluso los que no son suyos.

Wagstaff sabe que es fácil leer un artículo sensacionalista como este y ver nada más que un ataque partidista, el tipo de prensa amarilla inevitable en la víspera de la confirmación de un candidato, que se comparte y amplifica y entreteje en la opinión pública. La mayoría de los consumidores de cotilleos no piensan mucho en la ética periodística; eso es lo que lo convierte en pueriles. Pero solo porque la primera cobertura de una noticia sea irresponsable no significa que no sea una noticia real. Y una pequeña parte de los consumidores de cotilleos se preocupa por la ética y los hechos: hay periodistas profesionales que trabajan para medios más consolidados, investigan con más seriedad y siguen estándares más rigurosos. Gente como Pete Wagstaff.

Los periodistas serios también investigan cotilleos de famosos en algunas ocasiones. No necesariamente las debilidades de la vida personal de los artistas mejor pagados. Pero sí, sin duda, un crimen violento cometido por un funcionario público y las medidas que está dispuesto a tomar para encubrirlo: pagar en secreto millones de dólares a secuestradores, tomar decisiones políticas para ocultar transgresiones personales, erosionar la confianza en las instituciones estadounidenses, comprometer la seguridad nacional.

Informar sobre esta actividad no es chismorrear, ni hacer circular rumores. Esta noticia es la razón por la que la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos consagra la libertad de prensa. Es algo que los estadounidenses siempre han sabido, aunque a veces lo descuiden: nada es más importante para la democracia que responsabilizar a los poderosos por sus transgresiones.

Wagstaff tuvo una gran ventaja inicial. Pero ahora que la historia ha comenzado a revelarse, no le queda mucho tiempo antes de que otros reporteros se pongan al día. Es hora de hacer la llamada final.

Ariel está sorprendida por la emoción que siente al leer la prosa mediocre y chapucera en la pantalla borrosa de su portátil, la cotidianidad de este acto que está a punto de cambiarlo todo. Después de tantos años, su trauma privado tiene ahora vida propia en el mundo, fuera de su control. Es solo cuestión de tiempo. Y

después, ¿qué?

Suena su teléfono, un número con el código de país 351.

—¿Hola?

—Hola, soy Pete Wagstaff. ¿Hablo con Ariel Pryce?

—¿Cómo se atreve a llamarme?

—En primer lugar, lamento mucho lo que pasó. Pero también estoy muy aliviado de saber que su marido fue liberado ileso.

Ariel no lo dejará escapar tan fácilmente. Se queda callada.

—De verdad, no quiero molestarla. Pero ya sabe, es mi trabajo. Así que tengo que preguntarle: ¿cuál es su relación con el secretario del Tesoro?

Ella no responde.

—Las pruebas sugieren que Charlie Wolfe le proporcionó el dinero en efectivo para el rescate.

"¿Pruebas?". Ariel no puede darle ninguna información a este periodista, pero tal vez pueda obtener alguna.

—¿Qué pruebas?

—¿Es verdad?

—Mire, respeto su trabajo, Pete. Pero lo que me hizo fue terrible. Lo sabe, ¿no?

—Por lo que he podido deducir después de hablar con varios testigos, algo sucedió entre Charlie Wolfe y usted hace catorce años, lo que dio como resultado su embarazo. Aceptó firmar un acuerdo extrajudicial en efectivo a cambio de guardar silencio. Luego, cuando su marido fue secuestrado en Lisboa, amenazó al señor Wolfe con denunciarle para obligarle a pagar el rescate.

Ariel no responde.

—Si un secretario del Gabinete puede ser extorsionado ahora, en este momento de intenso escrutinio de cada aspecto de su vida, ¿hay alguna razón para pensar que esta vulnerabilidad no seguirá existiendo, o incluso aumentará, si se convierte en vicepresidente? —Wagstaff vuelve a esperar a que Ariel salte, pero, por supuesto, no lo hace—. ¿O en presidente?

Debe de darse cuenta de que Ariel no participará en su conjetura. Pero ella supone que él necesita darle la oportunidad de comentar, negar, explicar, protestar. Aunque él sepa que no puede, y sepa por qué no puede. Obviamente, lo sabe.

—¿Pueden confiar los estadounidenses en que una persona así actuará en favor de los intereses de la nación, en lugar de sus propios intereses privados?

No, piensa ella, ciertamente no podemos.

—Seguramente puede ver, señora Pryce, que este es un asunto de suma importancia nacional; de hecho, tiene ramificaciones globales. Las sesiones de confirmación del cargo comienzan mañana, lo que hace que esto sea tan urgente como importante. Y es posible que usted sea la única persona en el mundo que esté en condiciones de arrojar luz definitiva sobre la situación. Así que ¿va a hacerlo oficialmente?

Ariel sabe que esta llamada está siendo grabada, por supuesto por Wagstaff, pero también por la CIA y el FBI.

—¿Algún comentario?

Esta es la prueba que se está creando en este momento. La acusada podría terminar siendo ella. Los delitos serían incumplimiento del acuerdo y calumnias, además de cualquier otra cosa que pudiera inventarse, que sería suficiente. Un cargo de alta traición no sería impensable.

—Señora Pryce, ¿es cierto que hace catorce años Charlie Wolfe la agredió sexualmente?

“Guau”, piensa. “Buen trabajo, Pete”. No ha tardado mucho tiempo.

—Lo siento —dice, y cuelga.

Pensándolo bien, tardó una eternidad.

CAPÍTULO 50

Día 5. 1.11 p. m.

El teléfono fijo de Ariel está sonando, algo que ocurre rara vez.

La única razón por la que todavía tiene esa línea es porque, de alguna manera, la factura sería más cara si la cancelara, una situación que deja en claro que alguien se está saliendo con la suya a costa de ella. Las compañías de telecomunicaciones ya ni siquiera intentan ocultarlo.

Esta llamada es de un número desconocido con el prefijo 201: Washington D.C.

—Hola, soy Steph Barton, llamo desde la oficina del senador Alan Brown. ¿Hablo con Ariel Pryce?

—Sí.

—Señora Pryce, ¿usted también se hace llamar, o alguna vez se hizo llamar, Laurel Turner?

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Bueno, señora Pryce, ¿o es Turner?

—Pryce.

—La llamo por lo del secretario Wolfe, quien, como sabrá, ha sido propuesto para ocupar el cargo de vicepresidente, un nombramiento que está sujeto a confirmación por parte del Congreso, y mi jefe, el senador Brown, tiene un papel importante en el proceso de confirmación.

—Ajá.

—Entonces, señora Pryce, llamo para preguntarle: ¿conoce a Charlie Wolfe?

Ariel no responde.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoce?

Ariel sigue sin responder.

—¿Señora Pryce? ¿Cuál es su relación con el secretario Wolfe?

Relación. ¡Qué palabra!

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio o le habló?

Ariel mira por la ventana, escuchando las especulaciones de esta mujer.

—¿Entiende que la pueden citar y obligarla a testificar ante el Congreso?

"Sí", piensa Ariel, "lo entiendo". Cuelga el teléfono.

Ariel le envía un correo electrónico a John, solo para probar si responde. Y ¿por qué no?, también llama a su número de móvil. Él ya no tiene el dispositivo que llevó a Europa, pero Ariel se compró un teléfono nuevo que tiene el mismo número; tal vez él también haya hecho lo mismo. E incluso si no lo ha hecho, John aún debería poder acceder a su buzón de voz.

—Hola —dice—. Soy yo. Estoy preocupada. ¿Podrías llamarme, por favor?

—¿Se puede silenciar?

Jim Farragut espera un segundo antes de responder; no quiere parecer desdeñoso. Sabe que él mismo está en una posición precaria. No está preocupado por su integridad física, pero su carrera ciertamente puede estar llegando a su fin. Desde que los rumores explotaron en internet, Charlie Wolfe no se ha hecho ningún favor. "Sin comentarios" ha sido su único comentario sobre su posible amante. Farragut sabe que Wolfe no puede comentar

porque, al igual que Ariel Pryce, él también está sujeto al acuerdo de confidencialidad.

Pero para cualquiera que no lo sepa, es decir, para todos, parece un mentiroso. Y muy malo.

El acuerdo que Wolfe ideó para protegerse se volvió en su contra para atormentarlo. No solo porque debe permanecer en silencio, sino porque un abogado del Congreso también identificó la SRL en las islas Caimán que hizo el pago secreto a Pryce, y así la existencia misma de estos pagos secretos se convirtió en prueba condenatoria. Ya ha quedado claro que Pryce no ha sido la única mujer que ha recibido grandes sumas de dinero a través de esa misma SRL. El hallazgo hace que sea bastante difícil para Charlie Wolfe fingir que no ha tenido nada que ver.

Su candidatura está en peligro, y eso ni siquiera es lo peor. Hace diez minutos, Farragut colgó el teléfono tras de hablar con la jefa de estación de Lisboa, quien le había llamado con la noticia de la prueba irrefutable. Una chica de dieciséis años, por el amor de Dios. De ninguna manera Wolfe puede sobrevivir a esto.

Fue después de saberlo cuando Farragut solicitó esta reunión.

—Lo siento —le dice finalmente a su jefe—. Me temo que es demasiado tarde para silenciarlo.

—¿Tú lo sientes? Lo dudo.

Farragut no responde a la provocación del director.

—Nunca te gustó este presidente. Eso es obvio.

¿Es tan obvio? Farragut no lo cree así. Es solo más paranoia, que infecta a todos los que entran en contacto con la situación. Y, naturalmente, el director de la central de inteligencia es el caso más grave.

—Lo siento, señor, no creo que eso sea cierto. Estoy viendo el problema de manera profesional y desapasionada, y lo que veo es que la posición del secretario es insostenible. No será el próximo vicepresidente, y cuanto antes libere a Wolfe el presidente, mejor

será para el propio presidente, para todo el Gobierno y para la nación. Realmente no hay otra opción.

—"No hay otra opción" y una mierda. Siempre hay una opción.

—Los hechos ya han llegado a la opinión pública. La policía portuguesa y la inteligencia portuguesa saben todo, y no tienen ninguna obligación de guardar el secreto. Teniendo en cuenta la manera en que hemos tratado al mundo recientemente, no esperaría que se esforzaran por hacernos ningún favor.

El director lo mira fijamente.

—¿No se puede detener a esta mujer y ponerla bajo custodia?

Farragut se recuerda que debe mantener la calma, pero este es exactamente el tipo de mierda que le preocupaba cuando entró en esta oficina: que le pidieran participar en actividades irracionales, improductivas, precipitadas e ilegales.

—¿Está diciendo que quiere arrestar a la mujer a la que Wolfe violó?

—Que violó presuntamente.

Farragut asiente, tratando de parecer razonable frente a la irracionalidad.

—Creo que hacer que el FBI arreste a esta mujer sería una debacle de relaciones públicas del más alto nivel.

—Sí, quizás. Pero yo no he dicho nada del FBI.

Farragut levanta las cejas, preguntándose qué demonios cree el DCI que está sugiriendo.

—Ni tampoco de arrestarla —continúa el director—. Ni he dicho que tenga que hacerse público.

Ariel va a buscar a George el último día de campamento de verano. Algunos de los niños hacen otras actividades en la segunda mitad de la temporada, así que hoy ha habido torneos, trofeos, despedidas

con lágrimas. Ariel mira al grupo de George, las niñas de trece años con sus granos, aparatos de ortodoncia y sujetadores recién estrenados, diez centímetros más altas que los niños. Y a las aprendices de consejeras de dieciséis años, con sus bronceados intensos, sus pecas y sus colas de caballo desteñidas por el agua salada. Todos parecen tan jóvenes, tan ingenuos, tan inocentes, tan seguros. Ojalá fuese verdad.

La noticia de la existencia de Ariel se está extendiendo como una epidemia: veloz, incontrolable, letal. Recibe una abrumadora cantidad de mensajes de voz, correos electrónicos y textos de amigos y colegas, y de media docena de reporteros, más dos asistentes del Congreso y alguien que dice ser del FBI. Todos tienen preguntas, le piden que devuelva la llamada lo antes posible, es importante, es urgente, es todo.

Ahora Ariel entiende que esto es lo que sucede entre bambalinas, todo el trasfondo de lo que ocurre antes de que una noticia sea la noticia, antes de que el gran público se entere, pero cuando muchas otras personas ya se han enterado.

Ariel no va a devolver ninguna de esas llamadas; la gente tendrá que hacer un esfuerzo mayor que simplemente dejar mensajes. Necesita esta seguridad particular, este escudo; poder decir, sin faltar a la verdad: “Lo único que hice fue contestar al teléfono”.

Mientras todavía revisa los mensajes antiguos, llegan otros nuevos; sus dos teléfonos están asediados. En el fijo hay otro periodista, de otro periódico, que le pide confirmar una información nueva.

—Estuve hablando con un camarero llamado Dan Shannon, que los vio a usted y al señor Wolfe juntos hace catorce años, en su lugar de trabajo en el Upper East Side de Nueva York.

Es impresionante cuánto pueden descubrir los periodistas, y con qué rapidez, cuando les importa.

—Según el señor Shannon, usted y el señor Wolfe tuvieron un intercambio de palabras tensas y gestos que le llamaron la atención, hasta el punto de que aún recuerda aquel encuentro. ¿Cuál fue el tema de esa conversación?

Ariel no responde.

—Después, hace solo unos días —continúa el periodista—, el señor Wolfe parece haber intervenido en el secuestro de su marido y, según los informes, le proporcionó el rescate de cinco millones de dólares.

¿Cinco millones? ¿De dónde coño ha salido ese número? Ariel lucha contra las ganas de corregir al reportero, decirle que eran dos millones, y no de dólares, sino de euros. Pero de todos los detalles de la historia, la cantidad de dinero es el menos importante. Verificar cifras para un periodista profesional no figura entre las responsabilidades con las que Ariel carga.

A veces es más importante callar que tener razón.

—Señora Pryce, hablé con varias fuentes que sugieren que Charlie Wolfe pudo haberla agredido hace catorce años. Que después de un acuerdo extrajudicial, se negó a presentar cargos. Y que todos estos años después, utilizó la amenaza de denunciar el delito para obligar al señor Wolfe a intervenir en el secuestro de su marido.

Y bum, ahí está. Una vez que se derrama la primera gota de sangre, los tiburones hacen un trabajo rápido.

—Señora Pryce, ¿puede confirmar o negar esta secuencia de hechos?

Ariel ha decidido que no va a responder a nada; ni siquiera está segura de que “sin comentarios” sea una respuesta adecuada. No hay manera de saber quién de todos los que llaman podría ser poco escrupuloso, mentir sobre sus credenciales, inventar citas, tergiversar las conversaciones. Ariel se encuentra en una situación precaria. No puede arriesgarse y no necesita hacerlo. Por todo eso, está grabando todas las llamadas para crear sus propias pruebas exculpatorias.

Los medios van a tener que hacer sus reportajes sin Ariel como fuente; la policía va a tener que investigar sin su testimonio. Los periódicos, los programas de televisión, el Congreso, quien sea: todos tendrán que pasar por un abogado que aún tiene que

contratar, y las citaciones, las declaraciones y el testimonio ante un tribunal chocarán contra la insistencia inquebrantable de Ariel en no responder.

Cuelga de nuevo.

Es la última hora de la tarde cuando aparece la primera imagen. Este es otro artículo en línea lleno de especulaciones, pero sin certezas ni confirmaciones. Después, la misma imagen se emite en CNN. Después, en todas partes.

Ariel recuerda esa fotografía. Fue tomada ese mismo sábado por la noche, antes de la puesta del sol; apareció en las páginas de sociedad el fin de semana siguiente. Seis personas en una fiesta, bronceadas y con ropa de verano, y el océano de fondo. Ella es una de esas personas. También Charlie Wolfe.

Sabía que era inevitable que apareciera una foto. Pero, aunque una se prepare, siente el golpe. Y sabe que el primer golpe no será el último que duela.

Ariel solo se sorprende en parte al ver una furgoneta de la tele aparcada frente a su casa. Considera volver a meterse adentro, pero en lugar de eso, simplemente cierra la puerta con llave detrás de ella.

—Señora Pryce, ¿cuánto hace que conoce al secretario Wolfe?

Intenta caminar tranquilamente hacia su camioneta, sin mirar a los ojos al periodista que está parado al otro lado de la cerca que separa la parcela de Ariel del exterior.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con el señor Wolfe?

El periodista sostiene un micrófono; detrás de él, un operario la apunta con una gran cámara; detrás de él está la furgoneta de la cadena televisiva, la antena se eleva en el aire.

—¿Es cierto que su marido fue secuestrado en Portugal?

Si Ariel dice algo ahora, saldrá en la televisión nacional en unos minutos. Tan fácil como eso. Como dar un volantazo en dirección

contraria.

—Señora Pryce, ¿el secretario Wolfe intervino en el secuestro de su marido?

Se sube a la camioneta, da un portazo.

—¿Señora Pryce?

A Nicole Griffiths no le sorprende que los periodistas se hayan enterado tan rápido de esta historia. Pero se pregunta si alguno de ellos habrá juntado ya todas las piezas. Tal vez ninguno lo haga nunca. Tal vez hay que estar dentro desde el principio para poder dar un paso atrás y apreciar la forma completa del rompecabezas. Tal vez si Griffiths no hubiera emprendido el tortuoso viaje del descubrimiento, ella tampoco sería capaz de entender adónde había llegado. Tal vez investigar el otro ángulo fue lo que le permitió ver este.

Mira las imágenes de las noticias de Ariel Pryce corriendo hacia su camioneta vieja y oxidada, tal como ella la describió, y negándose a hacer comentarios, como corresponde. Es una mujer que intenta llevar una vida privada tranquila, no una activista ni una provocadora de las redes sociales, que no le grita nada a nadie. Ni pide que le atribuyan nada. Ni se atribuye nada.

Una genialidad.

Ariel entra a su tienda por primera vez en más de una semana, el período más largo que ha pasado fuera de su negocio desde que lo compró.

—Hola, Ariel, Dios mío. —Perséfone le da un cálido abrazo—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias. ¿Cómo van las cosas aquí?

Perséfone hace una mueca.

—Ha sido, eh, extraño. Llaman muchos periodistas, y preguntan por ti. También algunos ciudadanos normales que vienen en persona. Que parecen normales, al menos. Algunos de ellos no parecen muy

amigables.

—¿Qué les has dicho?

—En realidad, nada. Solo les digo que no estás en la tienda en este momento.

Ariel no puede evitar notar que Perséfone no suelta su teléfono móvil; el dispositivo está siempre en su palma, el pulgar siempre flota sobre la pantalla, listo para tocar, desplazarse y recorrerla, para avanzar. Su generación nunca tuvo una oportunidad. Su educación debería haber incluido formación específica sobre cómo dejar el teléfono a un lado, ejercicios sobre cómo concentrarse en hablar con personas reales en frente a frente. Pero nadie sabía que sería un problema tan grave.

—Está bien, P., eso está bien. Sigue diciéndoles eso.

—También debo decirte que hemos recibido algunas llamadas desagradables.

Ariel asiente. Ella también. A este pueblo se le ven las costuras feas en su bonito traje de verano. El odio se da a conocer rápida y ruidosamente en el mundo moderno. La reacción violenta puede ser fuerte.

—Estoy tomando nota de los números y de lo que dicen las personas que llaman, en caso de que tengamos que pedir la intervención de la policía.

—Buena idea. Escucha, P., necesito mis documentos. Y las otras cosas.

—¡Oh, por supuesto! Puse todo eso de nuevo en el agujero en la pared, cubierto por el póster.

—Bien pensado. Gracias.

—¿Necesitas algo más?

—No. Estás haciendo un gran trabajo.

Perséfone estuvo a cargo de la tienda durante una semana sin que se presentara ningún problema evidente, y ha sido una semana ajetreada.

—Gracias. Ahora entiendo por qué esa mujer te llamó Laurel Turner la semana pasada.

Ariel sonríe, tensa, pero no dice nada. Quiere dejar en claro que no va a hablar sobre eso.

Después de mucho debate interno, Ariel decidió no enfrentarse a Perséfone sobre la filtración del acuerdo de confidencialidad a su amiga periodista Kirsten Tabor. Si Ariel siquiera reconocía lo que había sucedido, probablemente tendría que despedir a la joven. El comportamiento de Perséfone fue un abuso de confianza indefendible. Tal vez incluso sería responsabilidad de Ariel llamar a la policía y presentar cargos contra ella para demostrar que ella es inocente de la filtración.

Eso sería ir demasiado lejos e injusto, como pegar a un perro por comerse una salchicha que te hayas dejado en una mesa de café. Perséfone es entrometida e indiscreta; así es ella. Pero Ariel fue quien puso la salchicha sobre la mesa.

Los perros se dan cuenta primero; levantan las orejas, mueven el hocico, bajan la cola; un gruñido bajo surge desde lo más profundo de la garganta de Mallomar. El comportamiento de los perros es poco habitual, pero ya ha ocurrido otras veces. Los zorros a veces deambulan por el jardín, los mapaches y las zarigüeyas se pasean, los ciervos saltan las vallas, los topos y los conejos aparecen: hay muchas razones naturales para que los perros se pongan alerta.

Pero Ariel lo siente en el estómago: este no es uno de esos casos. Apaga la luz del comedor.

—George —dice—. Apaga eso.

Su hijo está sentado en el suelo de la sala, jugando un videojuego con unos auriculares que lo hace parecer un piloto de helicóptero.

—Vamos —dice ella—, ahora.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Hazlo!

Ariel apaga una lámpara de mesa, luego otra. Esta casa antigua casi no tiene luces de techo, constantemente enciende y apaga las lámparas.

Después de que la luz del televisor se apague, no hay nada más: completa oscuridad.

—Arriba —susurra—. ¡Vamos!

Ahora ambos perros están ladrando fuerte.

—¿Qué pasa?

George ya está llorando. No sabe qué ocurre, pero se da cuenta de que es algo malo, y Ariel marca su teléfono mientras suben corriendo las escaleras, a pesar de la regla de no correr en las escaleras. ¡Ni en la oscuridad!

—Nueve-uno-uno, ¿cuál es su emergencia?

Los perros están enloquecidos. Todos los perros, aunque no sean guardianes, resultan ser guardianes.

—¡Alguien está intentando entrar en mi casa! Estoy en…

Y es entonces cuando se desata el infierno.

CAPÍTULO 51

Día 5. 9.09 p. m.

George sube corriendo la escalera delante de ella y llega arriba justo cuando las luces brillantes atraviesan las ventanas y los hombres empiezan a gritar y se oyen fuertes pisadas y los perros ladran y suena el pum-pum-pum de las articulaciones o las extremidades o los cuerpos enteros que caen sobre el porche de madera mientras Ariel sigue corriendo escaleras arriba, empuja a su hijo por el pasillo hacia su habitación, cierra la puerta, va hacia la ventana que está abierta de par en par para dejar entrar la brisa, rompe de un puñetazo la mosquitera, pasa a través de ella y, jalando de George, trepa hasta las tejas de cedro del techo inclinado de la galería, que sobresale de la casa hacia el campo de maíz que brilla plateado a la luz de la luna. Se arrodillan en el borde del techo, se cuelgan un instante y se dejan caer hasta la hierba cubierta de rocío, y luego corren la escasa distancia que hay hasta el cobertizo lleno de equipos deportivos, en el que Ariel los encierra a ambos.

—¡Señora Pryce! ¡Todo despejado!

Ella no sabe quién es ese hombre que le grita desde el otro lado de su casa, asegurando que está fuera de peligro.

—¡Ahora está a salvo!

Es exactamente lo que dicen los hombres cuando la verdad es lo contrario. Ariel coge un bate de béisbol. A su lado, George está temblando.

—Espera aquí —susurra.

—¡No salgas! Por favor.

—Tengo que ir a ver qué pasa. No me iré lejos, te lo prometo.

Ariel cruza el pequeño trozo de césped que separa la casa de la granja de atrás. Se arrodilla ante un arbusto, mira a través de las hojas cerosas. Logra ver a un hombre tumbado boca abajo en el porche; un segundo hombre vestido de negro le ata las muñecas a ese tipo a la espalda con bridas; un tercer hombre, también de negro, inspecciona la escena. Él es quien grita:

—¡Son solo paparazzi!

Sí, ahora Ariel puede verlo: la cámara con el teleobjetivo, la bolsa de la lente.

Sí, lo entiende. Le cree.

Ariel fue varias mujeres diferentes a lo largo de su vida. Ahora, al parecer, se ha convertido en el tipo de persona a quien acosan los paparazzi, a quienes, a su vez, los guardias de seguridad de la CIA derriban en su porche delantero.

No lo vio venir. Pero, al final, no es ninguna sorpresa. Nada lo es.

CAPÍTULO 52

Día 6. 10.08 a. m.

A la mañana siguiente, Ariel está sentada frente al televisor, esperando que comiencen las sesiones, cuando un periodista parado frente al Capitolio interrumpe a los presentadores. Ariel sube el volumen.

—El presidente del comité, el senador Alan Brown, acaba de emitir la siguiente declaración: "Debido a complicaciones inesperadas, las sesiones de confirmación para el cargo de vicepresidente de los Estados Unidos, que debían comenzar esta mañana a las diez, se suspenden hasta nuevo aviso, a la espera de nuevas investigaciones".

—¿Sabemos cuáles son esas complicaciones inesperadas?

—Una serie de sucesos recientes que comenzaron a saberse a principios de esta semana en Lisboa, donde una mujer estadounidense llamada Ariel Pryce estaba de viaje con su marido, John Wright, cuando este fue secuestrado. La señora Pryce se puso en contacto con el secretario Wolfe, quien aparentemente es la única persona que conocía con suficientes recursos económicos para pagar el rescate, y lo amenazó con revelar un secreto dañino a menos que él la ayudara. Debido a la naturaleza delicada y compleja de esta situación, el secuestro en el extranjero de un ciudadano estadounidense y la participación de un miembro de alto rango del Gobierno que estaba siendo extorsionado, el asunto fue investigado en tiempo real por las fuerzas del orden estadounidenses y extranjeras, así como por agentes de inteligencia.

—¿Fue un periodista quien lo destapó?

—Así es. Un reportero de un periódico de Lisboa llamado Pete Wagstaff es quien juntó todas las piezas y las presentó en un

artículo publicado anoche, en el que expone el caso. El secreto enterrado hace mucho tiempo es que el señor Wolfe agredió a la señora Pryce hace catorce años. La noticia de esta revelación animó a otras dos mujeres a presentar sus propias denuncias de agresión sexual contra Wolfe.

—¿Y la señora Pryce? ¿Qué dice ella sobre el tema?

—Se niega a hacer ningún comentario.

—¿Conocemos el porqué de este silencio?

—Es casi seguro que se debe a un acuerdo de confidencialidad extrajudicial que ella firmó con el señor Wolfe, que incluía la cláusula de que retirara los cargos en su contra a cambio de dinero. La señora Pryce se mantiene firme en que no puede hablar y no hará comentarios sobre nada de esto.

En cuestión de horas, la prensa llega en masa. Las antenas de una docena de furgonetas atraviesan el cielo azul y se elevan sobre los campos llanos, junto a los coches alquilados llenos de envoltorios de sándwiches y tazas desechables de café, de mujeres y hombres desaliñados que montan guardia juntos en ese camino rural, por lo demás tranquilo, esperando que Ariel aparezca para hacerle una foto, con la esperanza de que haga algún comentario, cosa que ella no hará.

Después de estar al acecho durante un día y no obtener ningún resultado, los periodistas comienzan a recoger sus juguetes y se van. Pero, aunque no hayan obtenido ninguna filmación convincente de la víctima ni del agresor, porque Charlie está desaparecido, la cobertura es casi permanente en la televisión, la radio e internet.

Cuando la historia salió a la luz por primera vez, Ariel se dio cuenta de que necesitaba limitar su consumo de medios de comunicación. No podía escuchar lo mismo una y otra vez durante todas sus horas de vigilia o se volvería loca. Pero ahora enciende la radio, con la esperanza de escuchar algo nuevo:

—… con lo que ya son cuatro las mujeres que han acusado al secretario de conducta sexual inapropiada, lo que nos dibuja un

patrón de comportamiento delictivo que lleva décadas repitiéndose y que Charlie Wolfe y su familia sofocaron repetidamente usando sobornos y acuerdos de confidencialidad para obligar a las mujeres a guardar silencio de por vida. El apoyo a las demandantes se ha desbordado en las redes sociales y en los editoriales de los periódicos.

—¿Cuál fue la respuesta del secretario?

—Un portavoz emitió un comunicado en el que afirma categóricamente que estas acusaciones no tienen fundamento.

—Y, para que quede claro, ¿de qué lo acusan, exactamente?

—Agresión sexual violenta. Varias mujeres acusan a Charlie Wolfe de violación.

Al día siguiente, el desenlace inevitable: "Sucumbiendo a la creciente presión, Charlie Wolfe ha dimitido de su cargo como secretario del Tesoro tras el anuncio de ayer de que el fiscal del distrito de Nueva York había abierto múltiples investigaciones sobre las acusaciones presentadas. Este es un revés vertiginoso para un hombre que hace solo unos días se consideraba el candidato seguro para ser el próximo vicepresidente. Y cada vez se alzan más voces que piden el fin de los acuerdos sancionadores de confidencialidad en casos de agresión sexual, que los hombres ricos han utilizado durante mucho tiempo para evitar las repercusiones de su comportamiento delictivo y para garantizarse de por vida el silencio de sus víctimas.

El precio de las acciones de la empresa de Charlie Wolfe, que cotiza en bolsa, se desploma, y su patrimonio neto se reduce en doscientos cincuenta millones de dólares. Su esposa lo deja y se lleva a sus hijos. Su vida se desmorona a gran velocidad, tal y como puede ocurrir actualmente: sin detención, ni acusación ni juicio, sin apelaciones, sin esperanza de redención. Solo el juicio instantáneo, la cancelación inmediata y completa.

Ariel aparca su vieja camioneta destartalada detrás de las tiendas, luego dobla la esquina hacia la calle principal, muy animada en la tarde de verano: parejas jóvenes, familias que comen helados. Las

participantes de una despedida de soltera salen del pub; todas las mujeres jóvenes visten camisetas sin mangas iguales y sonríen radiantes, y Ariel identifica rápidamente a la que está sobria: toma a una amiga del brazo, mira a ambos lados antes de cruzar la calle y se vuelve para asegurarse de que el grupo sigue reunido y todas están a salvo. Ariel se pregunta si esta es solo una precaución normal o una vigilancia más específica.

Dos parejas de mediana edad están de pie frente a la hamburguesería, bloqueando la acera, llevan sandalias, tatuajes descoloridos y banderas estadounidenses en sus camisetas y gorras. Una de las mujeres mira a Ariel de arriba abajo cuando nota que se acerca, y les dice algo a sus acompañantes.

—Disculpen —dice Ariel, apretándose entre estas personas y otra camioneta gigante. Estas cosas son tan grandes que parece como si se tragaran a todos los demás vehículos.

La mujer que la miraba murmura algo; Ariel no le presta atención y no la oye bien, pero tiene la clara impresión de que está dirigido a ella.

—¿Cómo dice?

—Vete a la mierda —dice la mujer—. Puta mentirosa.

Ariel se queda atónita y muda; no solo por el sentimiento —así es la vida ahora, ¿no?—, sino por el veneno que segrega el comentario y porque esta persona se siente con derecho a escupirlo a una desconocida. Una mujer, nada menos. Ariel se aleja.

António Moniz suspira al ver a la mujer sentada frente a su escritorio. Obviamente, es una toxicómana, está drogada en ese momento y ha venido a la comisaría con una historia ridícula sobre que le robaron, que sabe exactamente quién cometió el crimen, que sabe dónde encontrar al culpable en este momento, y sí, ella está de acuerdo en que probablemente podría identificarlo a partir de una foto policial, pero ¿no sería más sencillo ir a arrestarlo ahora mismo?

Moniz casi no tiene energía para tomar notas.

—¿Y dice que no tiene ninguna relación con ese hombre? —pregunta Carolina Santos.

La drogadicta niega con la cabeza. Ni siquiera confía en sí misma para decir en voz alta esa flagrante mentira.

No hay nada creíble en su historia. Está claro que ha venido para que arresten a un hombre, pura y simplemente. Venganza por una cosa u otra, tal vez incluso venganza por robo, tal como alega la mujer. Pero no por el robo que ella denuncia. Y el culpable no es un desconocido.

Moniz deja que su atención deambule por la habitación, donde Tomás y Erico miran boquiabiertos en la televisión la espectacular historia sobre cómo el secuestro y el rescate llevaron a la caída del poderosísimo funcionario estadounidense. Y todo comenzó así, con una mujer que llegó a la comisaría y contó una historia que Moniz se resistía a creer.

—¿Cómo sabe lo de la escopeta? —pregunta Santos.

—La llevaba consigo.

—¿En la calle? ¿A la vista de todo el mundo?

—Debajo del abrigo. Llevaba el arma debajo del abrigo.

—¿Abrigo? Es una de las noches más calurosas del año.

No, esta drogadicta no solo está tratando de que arresten a un hombre, sino que está tratando de que lo maten. ¿Cómo no puede ver lo obvias que son sus mentiras? ¿Acaso cree que ellos son estúpidos?

Moniz se pone de pie y se aleja.

—¿António?

Va hacia el otro lado de la habitación, al televisor, donde se muestran las imágenes de archivo de la mujer estadounidense.

—¿António? ¿Qué ocurre?

Ariel Pryce estaba preparada para que no la creyeran. Sabía que su historia sonaría sospechosa, pero también sabía que la policía tendría que investigarla, la embajada también, el periodista, todos tendrían que pasar por el aro, y todos terminarían encontrando cosas que Pryce no tenía la intención de que encontraran…

¿O sí?

—¿António?

Se vuelve hacia Santos, que lo ha seguido a través de la habitación y ha dejado a la drogadicta sumida en sus propias mentiras.

¿Debería Moniz explicárselo a Santos? ¿Le creería? ¿Alguien le creería? ¿O sonaría como un mentiroso más que reconstruye la historia para adaptarla a su versión preferida?

Ese es el problema en estos días. Nadie le cree a nadie.

Ariel encuentra a Jerry exactamente en el taburete donde esperaba hallarlo, junto a la gran ventana abierta.

—¿Quiénes son todas esas personas? —pregunta señalando el comedor abarrotado del Sprit, la ajetreada vida de la calle.

La gente viste ropa de verano: el hombre escuálido con su camiseta ceñida de Provincetown y un gran bigote, el ama de casa de Connecticut con su vestido de cuello de barco a rayas horizontales que sale de su Mercedes, cada cual en su personaje. Jerry representa su papel de abogado alcohólico de un pueblo pequeño. Ariel representa el suyo.

Todos nos parecemos exactamente a quienes somos, a menos que estemos fingiendo. Y es cuando estamos fingiendo cuando podemos parecer aún más convincentes. Si nos preparamos diligentemente, si practicamos hasta la perfección, si encarnamos nuestro rol.

Esta es la habilidad más útil que Ariel conservó de su formación como actriz: cómo mantenerse en el personaje incluso cuando nadie la está mirando. Aunque esté sola en una habitación de hotel, o preocupándose por un desayuno bufet, o deambulando por las calles bizantinas de una ciudad extranjera. Cada acción, cada interacción,

cada momento de vigilia y, con suerte, también los de sueño. No solo para que parezca real, sino también para poder contar su historia más tarde sin necesidad de inventar mentiras. Todo lo que necesita hacer es decir la verdad.

—Gracias por reunirte conmigo —dice Jerry—. Debe de ser difícil en este momento, ¿no?

—Bueno, los periodistas me están acosando, hay docenas de ellos. El personal del Congreso también. Los de la CIA les pegan palizas a los paparazzi en mi porche. Ah, y hace un minuto me han insultado, aquí, en la calle.

—Uf. Lo siento —dice él—. Consecuencias no deseadas, ¿eh?

Ariel siente que un escalofrío recorre su espalda. Jerry bebe otro trago, sin vaciar del todo su vaso.

—¿Suze? —Ariel le pide por señas otra ronda y pone dos billetes de veinte en la barra. Con Jerry, ella siempre es quien paga.

—¿Cómo está John?

—Está bien, gracias por preguntar.

Ariel no tiene idea de cómo está John. Le ha enviado correos electrónicos que él no ha respondido, le ha llamado varias veces y no ha contestado. Se dice a sí misma que John se pondrá en contacto cuando pueda, cuando quiera. Si puede.

Si quiere.

—Gracias. —Jerry señala con la cabeza hacia el vaso lleno—. Esto es increíble, ¿no? Todo este circo en torno a la divulgación del contenido tu acuerdo de confidencialidad.

Ariel siente ahora más miedo.

—Y, sin embargo, no has sido tú. Dondequiera que miro, encuentro lo mismo: “No pudimos contactar con la señora Pryce para que nos hiciese alguna declaración. La señora Pryce no estaba disponible. La señora Pryce se negó a decir una mierda”.

Esta sensación en sus entrañas le recuerda a Ariel cuando un ciervo salta a la carretera y se vuelve puede provocar varios tipos de accidentes, algunos caros, otros mortales.

—Estás siendo muy diligente en no decir nada, pregunte quien pregunte.

Se le revuelve el estómago.

—Es mi obligación legal —responde.

—Sí. —Jerry toma otro trago—. Tú no bebes, ¿verdad?

Ariel solo se sorprende a medias por el brusco cambio de tema. A Jerry le gustan las aparentes incongruencias que siempre terminan teniendo sentido.

—No.

—Me he ido dando cuenta a lo largo de los años. A veces aceptas una segunda copa, pero luego no bebes más de un sorbo. ¿Alguna vez fuiste bebedora habitual?

Ella niega con la cabeza.

—Si te tomaras dos copas, probablemente lo acusarías. Tal vez te marearías. ¿Podría ser que incluso te emborrachases?

Ariel no sabe exactamente dónde quiere ir a parar con esto, pero Jerry siempre está en camino a algún destino. Probablemente sería un gran abogado si fuera un ser humano más funcional.

El camarero le entrega el cambio a Ariel, un abanico de billetes pequeños.

—Me miras y probablemente piensas: ese tipo se toma cuatro, cinco, seis copas en una noche. A veces más. Si tú bebieras esa cantidad, estarías debajo de la mesa. Entonces piensas, “Jerry debe de estar borracho todo el tiempo, es imposible que este tipo recuerde las conversaciones que tiene cuando está borracho”.

Ariel siente la necesidad de huir, pero sabe que no puede.

—Pero peso mucho más que tú, así que la misma cantidad de alcohol te afecta a ti y a mí de manera muy diferente. Además, lo que pasa con la bebida es que desarrollas una tolerancia, como con cualquier cosa. Me he sentado aquí contigo, ¿cuántas veces? ¿Dos docenas de veces? ¿Más?

Ariel se encoge de hombros, fuerza una débil sonrisa.

—Sé que tengo un problema, sé que no debería conducir por las noches. Y no lo hago, lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—Pero recuerdo todas las conversaciones que hemos tenido, Ariel. Cada una de ellas.

Ahora Ariel entiende hacia dónde va, justo cuando está bebiendo un sorbo.

—Después de la muerte de Cyrus, estudiamos la cesión de la propiedad de la cabra. ¿Cómo se llama?

Ariel siente un nudo en la garganta y traga saliva.

—Fletcher.

—¡Eso! Fletcher.

Ariel está bastante segura de que Jerry recordaba el nombre de la cabra sin necesidad de preguntar.

—Recuerdo haber notado que escuchaste algo que dije como si fuera una revelación para ti. Como si hubiera accionado un interruptor.

Ariel no necesita preguntarle a qué se refiere. Mira a su izquierda y a su derecha, asegurándose de que nadie pueda oírla. Otra conversación subrepticia, con otro hombre, en otro taburete. Otro encuentro decisivo en su vida.

—Ariel, ¿estás familiarizada con la expresión latina cui bono? Significa “quién se beneficia”. Este es casi siempre un principio

rector. —Jerry bebe otro trago, deja su vaso—. Pero a veces es igual de importante considerar cui plagalis. ¿Sabes lo que significa eso?

Ariel cree adivinar, pero no lo dirá.

—Significa "¿quién es penalizado?" —dice Jerry—. Quién resulta perjudicado. —La mira fijamente durante unos segundos—. No voy a insultar tu inteligencia, ni tampoco la mía pidiéndote detalles específicos. La verdad es que, por el bien de ambos, es mejor que no lo sepa. Mucho mejor.

Ariel siente que apartar la mirada sería admitir algo que no quiere admitir. Se obliga a sostener la mirada de Jerry.

—¿Entiendes que has hecho enfadar no solo a tu… objetivo previsto, sino también al hombre más poderoso del mundo?

Ariel no dice nada. En los últimos días se ha acostumbrado a no responder. Aunque Jerry es su abogado desde hace mucho tiempo, no está segura de hasta qué punto podría confiar en él si se viera entre la espada y la pared. Si su sustento estuviera amenazado, o su vida. Está bastante segura de que en algún momento lo pondrán en esa situación. Tal vez ya lo hayan hecho. Tal vez ese es el motivo de esta conversación. Tal vez Jerry lleve puesto un micrófono.

El único nivel aceptable de confianza es el cien por cien, y Ariel ya ha aprendido que el cien por cien no es realista. Permanece en silencio.

Jerry coge uno de los billetes de dólar de Ariel de la barra.

—¿Puedo?

—Adelante.

—Esta no es mi especialidad, Ariel. Pero a quién quiero engañar, no tengo ninguna especialidad. Así que seguramente pronto querrás despedirme y contratar a un abogado que sepa qué narices está haciendo. Pero, mientras tanto, acabas de contratarme para que te represente en este asunto. —Jerry dobla el billete por la mitad y se lo mete en el bolsillo—. Aquí está mi consejo, por el valor de un dólar. —Jerry se vuelve hacia ella—. Ten mucho mucho cuidado,

Ariel. Con todo.

Esto no es una novedad para ella, no es una advertencia que necesite. Ariel ya tuvo mucho cuidado; lleva décadas siendo cuidadosa. Pero ser cuidadosa no es suficiente. Solo es un acto defensivo.

—Hoy y mañana —dice Jerry.

A veces, piensa Ariel, es necesario pasar a la ofensiva.

—Para siempre.

EPÍLOGO

TRES MESES DESPUÉS

Ariel se despierta y durante un momento no sabe dónde está.

Ah, sí: en un avión. Está encajada en otro asiento del medio en la parte trasera de un avión, con los pies apretados por su equipaje de mano. Para cuando su billete le permitió embarcarse, ya no había sitio en los asientos delanteros. En el rígido sistema de castas de las aerolíneas, Ariel es una persona que viaja incómoda.

“Solo necesito escaparme un tiempo”, explicó a sus amigos, a sus empleados, a su madre. “Lejos de la prensa, lejos de casa, lejos de todo”.

George se está adaptando bien a su primer año de internado, la misma institución a la que asistió Ariel hace tres décadas. Cuando le planteó la idea de ir a ese instituto, esperaba que George la rechazara de plano. Pero a él le gustó, lo que fue a la vez satisfactorio y desolador para ella, una combinación que ha llegado a creer que es la definición de la maternidad.

La oficina de admisiones hizo una excepción con la solicitud de George, teniendo en cuenta todo lo que le había pasado Ariel, el impacto negativo que estaba teniendo en el chico, el exceso de atención, el peligro físico.

Durante el último año se había enfrentado a la pregunta de cómo será su vida cuando George se haya ido. El comportamiento cada vez más distante del chico fue un recordatorio constante de que esta etapa de su vida estaba llegando a su fin, que pronto su hijo iría a la universidad, y ya no pasaría en casa más que unos pocos días. No había nada para él en su pequeño pueblo; la nada era la razón por la que ella se había mudado allí. Pero probablemente sintió que el pueblo se cerraba a su alrededor, el grupo de amigos pequeño en el colegio pequeño, los equipos deportivos pequeños, un mundo pequeño.

Tal vez este lugar también haya cumplido su ciclo para Ariel.

Cuando George se vaya, será una mujer de cincuenta años que vivirá sola en una pequeña granja con algunos animales pequeños, una pequeña empresa con problemas financieros y un pequeño grupo de amigos. Una vida pequeña.

Ariel mira por la ventana el amanecer europeo que se asoma en el horizonte. Había esperado enfrentarse a esa nueva realidad unos años más tarde. Pero ese futuro ya ha llegado.

El taxista que ha ido a buscarla sostiene una pequeña pizarra con su nombre. El viaje dura una hora. Se registra en el hotel junto al mar, se pone un biquini y se da un baño tonificante en el Adriático. Las montañas se vislumbran al fondo, la costa está bordeada por los muros de piedra y los techos rojos de la ciudad antigua, alcanza a ver la isla fortificada, las sillas y sombrillas de la playa

Se envuelve en una toalla mullida, se recuesta en la blanda tumbona y mira a su alrededor, toda esta aparente perfección. Se necesita mucho trabajo para mantener todas esas sillas alineadas, las filas de mesas tan rectas, la arena tan limpia, el equipo de limpieza tan cortés, su bebida fresca, las toallas bien apiladas. Ariel sospecha que hay mucha miseria al otro lado de tanto orden.

El complejo está casi vacío, la temporada ha terminado. Esto hace que sea fácil reconocer a los demás huéspedes, que son solo unos pocos, ninguno de ellos ni remotamente sospechoso. Sin embargo, por precaución, Ariel solicita un cambio de habitación.

—¿Tienen alguna con una terraza que dé al mar?

—Por supuesto, señora. Trasladaremos sus maletas inmediatamente.

La llamada a la puerta sobresalta a Ariel, aunque no es ninguna sorpresa. Esa llamada es la razón por la que ella está allí.

Se mira en el espejo. Se arregla el vestido. Otra autoevaluación en otro espejo del baño. Luego abre la puerta y ahí está, esa sonrisa deslumbrante, ese brillo en sus ojos. Pero también nota menos agudeza en su mirada. A ella le ocurre lo mismo.

Después de todo, lo han conseguido. Todo salió exactamente como

estaba previsto. Todo excepto las secuelas: no pensó que la fama le llegaría tan rápido y tan opresivamente; no había esperado la crueldad de la reacción violenta, la persistencia del acoso; no esperaba tener que enviar a su hijo a un internado, para acelerar el principio del fin de esa etapa de su vida. Ninguna de esas consecuencias fue parte del plan, no específicamente. Pero tanto ella como John sabían que habría algún tipo de daño colateral.

Él abre los brazos y Ariel se deja abrazar, un fuerte abrazo, un amistoso apretón de hombros. Pero ningún beso apasionado. No tienen ese tipo de relación.

O al menos no la tenían, hasta aquella noche en Lisboa. Pero no se han visto desde entonces, ni siquiera se han hablado, y Ariel no sabe qué tipo de relación tienen ahora. Es posible que no tengan ninguna. Es posible que lo tengan todo.

—Dios mío —dice—, mírate.

Luce un bronceado oscuro, una barba corta, lleva el pelo largo. Parece que pertenece a este lugar. Pero ¿qué sabe ella acerca de adónde pertenece él? Casi no conoce a este hombre.

Lo único verdadero de su historia es que se conocieron en la librería.

—Solo cinco minutos —había dicho él en el mostrador—. Solo déjame invitarte a un café.

La había llamado dos veces, ese tal John Wright. Después de que Ariel le colgase la segunda vez, supuso que se daría por vencido. Pero una semana más tarde apareció en persona con un café comprado en la cafetería. Le parecía de mala educación permitirle que le pagara un café en su propia tienda.

—Gracias por tu tiempo —dijo—. Voy a ir directamente al grano. Cuando mi hermana Lucy tenía dieciséis años, Charlie Wolfe la violó.

Ariel ahogó un grito.

—Se había escapado de nuestra casa, estaba trabajando en un bar.

Era extremadamente vulnerable. Cuando los padres de ese depredador le ofrecieron dinero para que retirara los cargos y mantuviera la boca cerrada, en realidad no tuvo otra opción. Firmó el acuerdo y cobró el cheque de diez mil dólares. Usó parte de ese dinero para el aborto.

—Oh, Dios mío.

—Ella nunca ha dejado de odiarlo, y lo ha ido viendo hacerse más y más rico, luego más y más famoso, y más y más poderoso, y luego lo nombran secretario del Tesoro, y de repente la gente empieza a hablar de designar al muy hijo de puta en la carrera para ser el próximo presidente de los Estados Unidos.

Era cierto: un día Charlie Wolfe era un artículo menor en las páginas de negocios, y al siguiente estaba en primera plana en todas partes; parecía ser invencible, inexpugnable.

—Este monstruo debe ser detenido. —John casi no podía contenerse.

Ariel reconoció la furia de John. Ella se sentía exactamente de la misma manera. Pensaba en Charlie exactamente en los mismos términos: un monstruo.

—Lucy no puede hacer nada, vive en Marruecos, donde sospecho que hace algo dudoso para ganarse la vida. No sé exactamente qué, y francamente no quiero saberlo. Es mi hermana y la quiero, pero hay algunas cosas de las que no hablamos. Y puedo ver claramente que Lucy no es una denunciante lo suficientemente creíble, ni una testigo convincente. No en el ámbito de la política, ni contra un tipo como este, con la clase de recursos que podría arrojarle encima. No descartamos que incluso podría hacer que la maten.

No, pensó Ariel, ciertamente no era descabellado pensarlo.

—Un cabrón como este, alguien que mostró un desprecio tan cruel por una niña, creo que sabemos que no ha detenido su carrera de agresión sexual en una sola mujer. ¡No se ha enfrentado ninguna consecuencia! ¿Por qué habría de detenerse?

Ariel sintió que comenzaba a desbordarse, aun cuando sabía que se estaba dejando llevar por la propia ira de este hombre.

—Así que comencé a mirar alrededor, a preguntar. Contraté a un investigador privado y se le ocurrieron algunos nombres potenciales. Luego contraté a un segundo investigador privado para abordar un ángulo diferente, como un experimento científico, para ver si las conclusiones serían las mismas. Quería estar completamente seguro antes de entrometerme en la vida de alguien. Estos dos investigadores diferentes propusieron dos listas de víctimas potenciales. Había un nombre que figuraba en ambas listas. De hecho, estaba en el primer lugar.

Ariel sabía exactamente adónde iba a parar.

A lo largo de los años, la furia de Ariel había aumentado y disminuido, luego había crecido hasta alcanzar un crescendo junto con el arco de los triunfos descomunales de Charlie Wolfe en todas las esferas. Estaba furiosa todos los días. ¿Cómo podían otorgarse recompensas tan generosas a este hombre vil, entre todos los hombres viles del mundo?

—Él te violó. Y tú también firmaste un acuerdo de confidencialidad, bajo coacción.

Ariel no dijo nada, por supuesto. No podía.

—¿Me equivoco?

Siguió sin responder.

—Diez mil dólares. —Meneó la cabeza—. Eso es lo que valía la vida de mi hermana para él.

Ariel sintió no poca vergüenza: ella había conseguido tres millones, dinero que usó para comprar la granja, la librería, el mejor seguro de salud para ella y su hijo enfermo, para establecer una cuenta de ahorros para la universidad y un fideicomiso para George, para financiar su propia jubilación. Pero la hermana de dieciséis años de este tipo…

—No podemos simplemente dejar que este depredador deambule

por la Tierra con impunidad, ¿verdad?

John parecía tan dolido, tan serio, tan desesperado. Ariel reconoció esa desesperación, la había sentido durante casi quince años: la voluntad de hacer cualquier cosa, incluso cuando parecía que nada podría funcionar.

Ariel estuvo a punto de preguntarse si la desesperación de John era una actuación, si la estaba engañando, si alguien buscaba tenderle una trampa para eliminar la amenaza que ella representaba para Charlie, de una vez para siempre. Tuvo que preguntarse si corría peligro de ir a prisión solamente por admitir la verdad ante ese desconocido.

—Es injusto que la carga caiga completamente sobre los hombros de las víctimas. No deben ser solo las denunciantes las que arriesguen todo; no deberían ser solo las agraviadas las que sufren. Otras personas tienen que tomar medidas reales. No solo ser solidario, no solo publicar en Instagram o colgar una pancarta o donar cincuenta dólares. —John miró a Ariel con firmeza a los ojos y se inclinó hacia delante—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Y sé hacer muchas.

¿Qué estaba sugiriendo este tipo? ¿Un asesinato?

—Lo siento —dijo Ariel, y realmente lo lamentaba—. Desearía poder ayudarte.

Realmente lo deseaba. Pero en lugar de eso, dejó a John Wright sentado allí, con un café intacto por el que había conducido ciento cincuenta kilómetros. Ariel salió corriendo a la calle, con las lágrimas bajándole por el rostro, y regresó a su pequeña tienda tranquila, a su pequeña vida tranquila, esperando no volver a ver nunca más a John Wright.

—¿Te ha ido bien? —le pregunta él.

Están sentados en un balcón con vistas al Adriático, donde no hay manera de que nadie los observe ni oriente micrófonos para escuchar su conversación.

—Fue difícil —responde ella.

Ariel había cambiado de habitación para garantizar que la nueva no tuviera micrófonos ocultos. Se encuentran en un centro turístico fuera de temporada para asegurarse de que la cantidad de gente sea manejable, fácil para la contravigilancia. Están en Montenegro porque allí no hay un tratado de extradición con los Estados Unidos, y porque ahí es donde ahora vive John, una combinación que no es casual.

—Estoy segura de que has visto algunas cosas las noticias —continúa—. En cierto modo, el menosprecio en el ambiente ha sido lo de menos. Puedo apagar la tele, ignorar las redes sociales. Sabes que ya lo he hecho. Pero en persona ha sido difícil. Viene gente hostil a la tienda y a mi casa, molestan a George en el colegio, me dicen cosas en el supermercado. Hay muchos locos en los Estados Unidos, y no se necesitan tantos para hacerte la vida imposible.

—Lo siento mucho.

—¿Cómo está Lucy? —pregunta Ariel.

—Sin duda le ha supuesto cierto alivio. Y el dinero ha marcado una gran diferencia en su vida. Y ahora, además, existe una posibilidad real de que Wolfe vaya a la cárcel.

Ariel resopla, escéptica. Los estatutos de limitaciones son sorprendentemente breves en casos de agresión sexual; o tal vez no tan impactantes. En su caso, el crimen de Charlie prescribió después de solo cinco años. No importa lo que haya pasado después, no importa cuántos otros ataques haya cometido, no importa qué leyes se hayan reescrito. Nunca podría ser juzgado por violar a Ariel.

Desde su punto de vista, la cárcel nunca había sido una esperanza realista. Pero John siempre fue el menos realista de los dos. Durante todo el tiempo, el papel de Ariel fue manejar las expectativas, concentrarse en lograr objetivos concretos y realistas. Asegurarse, ante todo, de que no los atraparan.

Ariel fue quien se centró en el panorama general. Fue a ella a quien se le ocurrió todo el complicado plan.

Dejó a Jerry sentado en la barra con su cuarto o quinto whisky escocés y saltó a su camioneta; condujo por los caminos llenos de baches hasta su oscura granja, el nuevo hogar de Fletcher, la cabra huérfana, así como de sus dos perros rescatados y un número indeterminado de gatos callejeros y su hijo hosco, encerrado en su habitación haciendo quién sabe qué.

Lo que resonaba en su cerebro era el comentario de Jerry sobre un acuerdo de confidencialidad: ¿qué ocurre si un no firmante descubre los hechos por sí mismo? No hay nada que el acuerdo pueda hacer al respecto.

Cuando entró por la puerta de la cocina, se convenció de que era posible. Hojeó su cuaderno, retrocediendo en el tiempo con cada página, semanas y meses, hasta que encontró el nombre y el número de teléfono del hombre con el que no había tomado café.

¿Cómo se supone que debes planificar las conversaciones más importantes de la vida? ¿Las preparas, construyes un escenario, defines expectativas? ¿O simplemente dejas que suceda la conversación, como quien empuja una piedra e inicia un deslizamiento de tierra? ¿La gravedad, el impulso, todo sucederá solo?

En el colegio te enseñan trigonometría, la reproducción de la mosca de la fruta, la tabla periódica, Shakespeare, todas esas tonterías inútiles. Álgebra, ¡por el amor de Dios! Pero nadie te enseña cómo hacer las cosas realmente importantes.

—Hola, John, soy Ariel Pryce. ¿Me recuerdas?

—Por supuesto.

—Tengo una idea.

Se casaron, lo cual fue bastante fácil de hacer; también era demasiado fácil que los descubrieran si no lo hacían. Inventaron su historia juntos: la conversación que supuestamente habían tenido en el supermercado, su coqueteo incómodo y sin práctica, su primera cita, su primer beso, su primera relación sexual, un romance vertiginoso y regalos sentimentales, su compromiso y su luna de

miel, los detalles grandes y pequeños, cruciales e irrelevantes. Son los detalles irrelevantes los que lo hacían real. Ensayaron su historia una y otra y otra vez hasta que se convirtió en una segunda naturaleza, tan real como sus vidas reales. O más.

John ya sabía montar en moto, pero no había usado una en años. Así que le compró una usada a un mecánico local y practicó durante días y días, en todo tipo de condiciones atmosféricas, en los tranquilos caminos rurales cerca de la casa de Ariel. Llegó a la ciudad y atravesó sus congestionadas calles, subiendo y bajando las empinadas colinas del Bronx, a través de los estrechos carriles y las curvas cerradas y las densas multitudes de Wall Street.

Mientras tanto, Lucy hizo el trabajo de campo. Su vida como delincuente de poca monta en Marrakech le ofreció mucha experiencia relevante. Pasó semanas explorando lugares en las cercanías de Lisboa, observando la posición de las cámaras de seguridad, el tamaño de la muchedumbre en las atracciones turísticas, la ubicación de los funiculares, los taxis y los tranvías, las puertas traseras de los restaurantes y bares, las calles de una sola dirección y los callejones sin salida, los lugares libres de vigilancia en el aparcamiento del aeropuerto de Sevilla. Compró el coche, robó matrículas viejas, encontró una casa abandonada aislada al otro lado del Tajo, donde ella y John podrían esconderse unos días durante el supuesto secuestro. Se compró el atuendo hippy completo, un disfraz de Halloween, incluida la peluca de rastas rubias.

Cuando llegó el momento, Lucy fue quien se presentó en la plaza a las cuatro de la madrugada para desactivar varias cámaras de seguridad; fue ella quien condujo el coche del secuestro; quien le tomó la foto a Ariel en la embajada; ella fabricó el bombardeo de las redes sociales. Lucy coreografió cada detalle: el secuestro temprano por la mañana, la progresión de Ariel de la policía a la embajada, y viceversa, la entrega del teléfono, que el propio John llevó en la moto, la ruta de la huida de Ariel y la entrega del rescate en el callejón. La propia Lucy era la mujer que recogió el dinero en efectivo en ese callejón y luego cruzó al bar y salió de nuevo, con la mochila llena de euros, mezclándose con la muchedumbre mientras los policías uniformados pasaban corriendo, buscándola

frenéticamente.

Ese callejón fue la única vez que las dos mujeres se vieron, aparte de la boda y el llamado fin de semana de luna de miel, eventos que dedicaron en gran parte a planearlo todo.

Ariel y John, por supuesto, intercambiaron un solo beso, frente al juez de paz. ¿Cómo podrían no hacerlo? Se iban a casar. Pero fue solo un beso, bocas cerradas, labios fruncidos. Los ojos bien abiertos.

El desafío más difícil fue George. El niño nunca había tenido un padre; nunca había vivido con nadie más que con su madre; ni siquiera había conocido a ninguno de sus amantes anteriores, relaciones que se habían llevado a cabo a distancia, con expectativas limitadas, vencimientos predecibles.

—Vas a ver más a John durante un tiempo. A veces se quedará con nosotros.

George trató momentáneamente de fingir que no le importaba, pero fracasó.

—¿John es tu novio?

Ariel no sabía qué entendía George sobre novios, novias, sexo, matrimonio. Su mente se había vuelto imposible de interpretar, justo en el momento en que estas ideas estaban tomando forma. Tal vez no fuese una casualidad.

—No, cariño, no tenemos ese tipo de relación.

John fue un par de veces, se quedó a comer, a cenar, pasó una tarde sentado en la mesa de teca bajo el viejo roble, bebiendo té helado y hablando sobre el plan. Nunca se quedó a dormir en la casa. Ni siquiera estuvo en la planta de arriba.

—No estoy enamorada a John, y él no lo está de mí. Pero en realidad nos vamos a casar, temporalmente, solo por razones legales.

Ariel necesitaba decirle a George la verdad, pero no era necesario

contárselo todo. Solo lo suficiente para que no se sintiera traicionado, para que aceptara lo que ella necesitaba que él aceptara.

—Tal vez pase un par de noches a la semana en nuestra casa, en la habitación de invitados de abajo. Pero es importante que la gente piense que somos un matrimonio real. ¿Lo entiendes?

George siguió mirando a través del parabrisas de la camioneta.

—Claro. Quieres que mienta.

—Solo un poco. Y solo si la gente te pregunta, lo cual probablemente no sucederá. ¿De acuerdo?

Se encogió de hombros.

—Pero él no se va a convertir en mi padrastro, ¿verdad?

—No. Como te he dicho, es solo temporal.

—Por motivos legales.

—Así es.

Si Ariel tenía que hacerlo, estaba preparada para contárselo todo a su hijo. Pero este fue uno de esos casos muy raros en los que la indiferencia preadolescente fue una ventaja.

—De acuerdo —dijo, y volvió a concentrar su atención en el teléfono.

Ariel y John se contaron toda la verdad sobre ellos mismos: sus gustos en películas, libros, vinos, sus programas de televisión y restaurantes favoritos y posiciones preferidas de sexo. Era imposible saber a qué tipo de interrogatorio serían sometidos, por qué autoridad, en qué circunstancias, arriesgándose a qué peligro. Claro, era muy poco probable que alguien los interrogara por separado sobre su vida sexual. Pero si alguna vez sucediera, habría mucho en juego. Esto fue como entrenar para ser eyectado de un avión de combate: si vas a subir a la cabina, necesitas saber cómo hacerlo.

Luego, finalmente, llegó la víspera del secuestro. Su avión supersónico estaba a punto de despegar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Esto era algo que Ariel había llegado a adorar del verdadero John: siempre quería saber cómo se sentía ella. Siempre preguntaba; siempre escuchaba la respuesta.

Iban caminando al hotel desde el restaurante, donde muchos testigos los habían visto disfrutar de una cena romántica, cogidos de la mano, compartiendo el postre con una sola cuchara, comportándose como dos personas que están a punto de irse a la cama. Si finges con toda tu energía y concentración, puedes olvidar que estás fingiendo. Los protagonistas muy a menudo terminan en una cama de verdad. A veces incluso se casan, tienen hijos, todas esas cosas.

—Me siento emocionada —dijo Ariel.

Lo que en realidad sentía era un manojo gigante de nervios, que latían con energía, con hormonas, con anticipación. Lo que ella sintió fue excitación.

—Yo también.

No había planeado consumir alcohol; quería mantenerse alerta. Pero cuando se sentaron en el restaurante, acordaron que necesitaban una copa o explotarían. Así que compartieron una botella de vino y Ariel se permitió relajarse. No lo suficiente para que fuese peligroso, lo suficiente para ser libre.

Doblaron una esquina hacia una hermosa vista: los edificios antiguos, las torres, el río, la luna. Dejaron de caminar para admirarla.

—Oh, mira este lugar —dijo él—. Es espectacular.

—Sí.

Entonces, Ariel sintió que él le clavaba la mirada, y lo miró.

—Tú también —agregó John.

Un montón de preguntas pasaron por la mente de Ariel en el breve momento antes de que sucediera algo más: ¿está diciendo la verdad? ¿Esto es real? ¿Quiero que suceda esto? ¿Qué es esto?

Tal vez no fuese real. Tal vez fue solo el vino, la situación, la emoción innegable de la víspera de un atraco que podría cambiar el curso de los acontecimientos mundiales, todo en sus manos. Entonces, tal vez no tuvo nada que ver con Ariel y John como personas reales, que viven vidas reales. Tal vez esto era solo parte de la actuación.

La última pregunta que se hizo fue: ¿Qué importa?

Él ya sabía que a ella no le gustaba el aire acondicionado ni el chardonnay ni nada del ámbito del sadomasoquismo, porque se lo había dicho. También sabía lo que le gustaba, qué secuencia, qué posiciones; ella también se lo había contado. El único punto de desacuerdo fue el aire acondicionado.

Ariel nunca había creído realmente que existiera el superlativo del "mejor sexo de tu vida". Nunca había tenido esa experiencia. Algunas relaciones sexuales habían sido memorables, otras no, algunas francamente horribles. Pero el sexo nunca había sido trascendente para ella. Hasta aquella noche de domingo en Lisboa.

John abre un pequeño sobre y le muestra el contenido: dos llaves de latón y una tarjeta de una sucursal bancaria en la rue du Rhône en Ginebra, con un número de caja estampado en el reverso.

—No. —Ariel niega con la cabeza—. Te dije que no quiero nada del dinero.

Para ella, el asunto no se trataba del dinero. Había sido una batalla en una guerra; la supervivencia era la primera prioridad de Ariel y la victoria, la segunda. Pero las ganancias le harían sentirse una especuladora, alguien que se enriquece con la guerra. Así que acordaron desde el principio que todo el dinero sería para Lucy.

Ariel estaba a punto de recibir otro golpe de suerte con la venta de

la librería a la hípster de Brooklyn, otra mujer que se mudaba al campo para comenzar una nueva vida con su marido, un artista conceptual, y su hijo de siete años, cuyo pelo parece no haber sido cortado jamás. Probablemente también estaría encantada de comprar la cabra.

—Esto es solo una pequeñez. Por si tienes una emergencia.

—¿Una emergencia? ¿Una que me suceda por casualidad mientras visito Suiza?

John sonríe.

—Nunca se sabe.

El sol acaba de ponerse por debajo del horizonte, en algún lugar de Italia. Otra vista espectacular a la que se enfrentan.

—Escucha —dice ella, reuniendo fuerzas—. Sobre aquella noche en Lisboa…

Esto es algo que ha aprendido: la importancia de ser clara e inequívoca. No solo sobre lo que ella no quiere, sino también sobre lo que quiere. Eso también es importante.

—¿Sí? —John la mira con ese brillo en los ojos, esa sonrisa en los labios. Él sabe que esta es su elección, y se da cuenta, por su sonrisa, de lo que ha elegido.

Hasta ese momento se había guiado solo por la ira y el rechazo, diciendo no a esto y no a aquello, odiando a este y a aquel, agrupando a todos los hombres en un montón gigante de no, junto con el pelo largo y los vaqueros ajustados, hasta que tuvo su revelación: la visión de un camino diferente no solo para su propia vida, sino también para hacer que un hombre poderoso rindiera cuentas de una manera que no se puede lograr mostrando pruebas de sufrimiento o contando una historia solo a aquellos que quieren escucharla; una historia que siempre podría ser objeto de rechazo, disputa, burla por una u otra razón, contraacusaciones de parcialidad, de agenda, de política, de animosidad puramente personal. En cambio, vio un camino claro para usar la riqueza y el

poder de ese hombre como armas contra él, usar las necesidades de ese hombre para revelar la profundidad de su depravación, usar toda una vida de descrédito como herramienta, inducir a otras personas a que siguieran su historia desde fuera para hacerla creíble, precisamente porque no fue ella la que gritó para producir un eco artificial, sino porque un hecho es un hecho, y no existe tal cosa como una alternativa.

AGRADECIMIENTOS

Mientras escribo esto, a fines de 2021, estoy en mi trigésimo segundo año de trabajo en el mundo de la publicación de libros. Fui asistente editorial y de marketing, corrector de estilo y gerente editorial, editor sénior y ejecutivo y editor asociado, escritor fantasma y, más recientemente, novelista. Durante veintisiete de esos treinta y dos años, desempeñé tareas muy diferentes en la misma empresa. La edición de libros es como una pequeña ciudad, y el lugar que ahora se llama Penguin Random House es donde crecí, lleno de gente que conozco desde hace décadas, en Triple Sixes y 201 East 50th Street, en 1540 y 1745, en salas de reuniones y en la cafetería, en los bares y las ferias de libros, en Langan's y Ashton's, trabajando en preventas y revisiones interminables de incontables pérdidas y ganancias.

Tarde o temprano, casi todos abandonan la casa donde crecieron, y para escribir este libro finalmente abandoné PRH y me mudé a FSG, donde estoy agradecido de haber encontrado algunos rostros familiares y emocionado de conocer gente nueva. Esa es la compensación de mudarse: sacrificar la seguridad del hogar por la emoción de la aventura.

Daphne Durham fue la editora que cursó la invitación para venir a vivir a esta nueva casa, y no podría haber pedido una mejor presentación de la familia en Farrar, Straus y Giroux. Editar un libro, como ser padre, es una tarea compleja que abarca muchas actividades diferentes, aparentemente no relacionadas, y Daphne es buena en todas ellas. Gracias también a Gretchen Achilles por el hermoso diseño interior, a Alex Merto por la sensacional portada, a Musa Gurnis por la lectura crítica final, a Chandra Wohleber por la edición, a Janet Renard y Elizabeth Schraft por la corrección de pruebas, a Lydia Zoells por todo cada día, y a January LaVoy por aceptar el desafío de narrar el audiolibro.

También en FSG y Macmillan, gracias a Mitzi Angel, Madeline Day, Daniel Del Valle, Nina Frieman, Jonathan Galassi, Brian Gittis, Jennifer González, Debra Helfand, Sean McDonald, Caitlin O'Beirne,

Guy Oldfield, Shelia O'Shea, Brianna Panzica, Hillary Tisman, Claire Tobin, Don Weisberg y Amber Williams.

Cuando yo era joven, en Doubleday, a principios de los noventa, el editor jefe de la casa parecía un padre (más o menos), y así es como pienso en el trabajo de David Gernert en la década lleva como mi agente. David trabajó con paciencia en cada una de las muchas revisiones de este manuscrito, me siguió la corriente durante innumerables sesiones de pensar demasiado en todo. Luego, salió para encontrarle un nuevo hogar al libro y me llevó de la mano durante todo el proceso.

Un enorme agradecimiento a las demás personas que leyeron los primeros borradores de este libro: Lily Burnes-Heath, Hannah Griffiths, Katie Lundstrom, Paula McLain, Sarah McNally, Jennifer Wallace y Anna Worrall, quienes fueron extremadamente generosas al brindar comentarios perspicaces e inestimables que se reflejan en cada página. Este libro no existiría sin todo lo que me enseñaron.

Y, finalmente, gracias como siempre a mi mujer, Madeline McIntosh, quien ha estado conmigo en este mismo pequeño pueblo durante un cuarto de siglo.

Estoy inmensamente agradecido con todos vosotros.

Si te ha gustado esta novela…

Si has llegado hasta aquí, es porque has terminado de leer esta novela y apostamos a que te ha gustado tanto como a nosotras que la elegimos para MOTUS.

Por eso estamos seguras de que te va a gustar otro de nuestros libros favoritos: Hora de pagar, de Celia Walden. Aquí no tenemos una heroína sino tres, que juntas deciden que ha llegado el momento de terminar con Jamie, el depredador de la empresa. Ellas no se conocían, pero esa noche en el bar se enteran de que él les ha arruinado la vida a todas: una es la fundadora, a quien él pretende echar, otra es su amante secreta, de quien ha abusado sexualmente, y la tercera su secretaria, madre soltera, a la que él ha despedido para encubrir sus propios errores.

Lo que no pueden prever es que los acontecimientos se van a precipitar, que el plan se va a descontrolar y ellas mismas van a tener que arriesgar mucho más de lo que imaginaban. Pero ya no hay vuelta atrás.

No vas a poder soltarlo hasta el final, de eso estamos seguras.

¡Que lo disfrutes!

El equipo editorial de MOTUS.

Escanea el código QR para ver más información

de Hora de pagar

Foto del autor: Sam McIntosh

CHRIS PAVONE es autor de cinco thrillers internacionales, todos best sellers del New York Times, USA Today, Wall Street Journal, Washington Post, Chicago Tribune e Indie Next. Ha ganado los premios Edgar y Anthony. Varios de sus libros están en desarrollo para cine y televisión y han sido traducidos a más de 20 idiomas.

Chris creció en Brooklyn, es graduado de la Universidad de Cornell y trabajó como editor de importantes editoriales de revistas y de libros, donde tuvo cargos desde editor de textos hasta director editorial. Vive con su familia en la ciudad de Nueva York.

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:

MotusThriller

www.motus-thriller.com